



Juana Manuela Gorriti

Panoramas de la vida

Tomo II

Colección de novelas, fantasías, leyendas y
descripciones americanas

Índice

Un drama en 15 minutos
El postrer mandato
Un viaje aciago
Una querella
Belzu
Los mellizos del Illimani
 Historia contemporánea
Una visita al manicomio
Un viaje al país del oro
El emparedado

El fantasma de un rencor
Una visita infernal
Yerbas y alfileres
Veladas de la infancia
Caer de las nubes
Nuestra señora de los desamparados
Impresiones del dos de mayo
Gethsemaní
El día de difuntos
La ciudad de los contrastes
Escenas de Lima
Risas y gorjeos
Una bandada de mariposas
Crónica de las veredas
Luz y sombra
Oasis
Memento
Charla femenil
Perfiles divinos
Camila O'Gorman
Feliza
- I -
El satélite
- II -
La obsesión
- III -
Un encuentro
- IV -
Mirajes de la última hora

Un drama en 15 minutos
A la señorita Ana Soler

En una tarde apacible de mayo, mar tranquilo y viento en popa, el velero bergantín «Alción» dejaba las floridas costas de Corfú, y surcando las encantadas aguas jónicas, dirigía su rumbo a Occidente. Tripulábanlo doce hombres, al mando del capitán Brunel, antiguo oficial de la marina francesa, enérgico y decidido militar, curtido al sol de los trópicos, retemplado en las tormentas, y largamente fogueado al calor de cien combates en las guerras del imperio.

La catástrofe de Waterloo y la traición del Belerofonte, lo arrojaron a tierra, vencido, pero no humillado. Sí, porque no pudiendo soportar la presencia de ejércitos extranjeros en el seno de la Francia, imponiéndola leyes y soberanos, alejose de ella, y fue a pedir a la patria de Arístides, esa tierra clásica de los gloriosos recuerdos, consuelo para su pena.

Y a fe que lo encontró en el amor de una griega, bella como Aspasia, que se unió a su destino y le dio horas de una felicidad desconocida hasta entonces para él en su vida borrascosa de marino.

Pero ¡ay! la dicha es fugaz como un celaje de verano; y la del capitán Brunel fue de corta duración. La hermosa griega murió dando a luz una niña que él acogió como su sola esperanza.

Y le consagró su vida; y se dio para ella a un duro e incesante trabajo, con que en pocos años hizo una fortuna considerable, consistente en una quinta situada en esa isla deliciosa, donde el poeta asentó la morada de Calipso, vastos huertos y jardines, y un coqueto bergantín, mixto entre mercante y guerrero, que surcaba los mares riéndose de los piratas por las troneras de cuatro buenos cañones, y allegando a su dueño sendas cantidades de cequíes.

Cuando la caída de los Borbones hubo alejado de Francia a los enemigos del imperio fenecido con su César, Brunel sintió el deseo de volver a la patria.

Arregló sus negocios comerciales, vendió su quinta, se dio a la vela para Marsella, su país natal, llenas las bodegas de su barco de valiosas mercaderías.

Pero el capitán Brunel llevaba consigo un objeto 7 más precioso que el bergantín y su rico cargamento.

Su hija.

Elena poseía a la vez la belleza académica del Ática y la gracia irresistible de la Francia. Silenciosa y recostada en los cojines de su diván, semejaba a la Venus de Praxiteles. Hablaba, y la Provenza sonreía entre las largas pestañas de sus ojos negros, y en los graciosos contornos de su boca.

Soberana en la casa paterna, vivía feliz, dividiendo su culto entre la Virgen de la Guarda y la santa Panagia; su amor, entre su padre y un gallardo joven, con quien, desde la rada al balcón, tenía organizada, por medio de setales, una deliciosa telegrafía.

Así, aunque amaba su hermosa patria, abandonábala sin pena, porque allá bajo las blancas velas del «Alción» Renato la aguardaba.

Aguardábala impaciente; pues el capitán Brunel había aplazado su unión hasta su vuelta a Francia.

-¡En fin! -exclamó Renato en un arrebató de gozo, tendiendo la mano a su novia para recibirla a bordo.

-¡En fin! -creyó Elena oír, como un eco fatídico entre el grupo de marinos que la rodeaban.

Y tuvo miedo.

Pero la voz alegre de su padre disipó su penosa emoción.

-Teniente -exclamó, poniendo la mano de su hija en la de Renato-, he aquí tu esposa. Mirad allá 8 esas doradas nubes que velan el horizonte: tras de ellas está la Francia. En su amada ribera, bajo la calurosa región

del Mediodía se asienta una ciudad de blancas cúpulas y de aspecto oriental: Marsella.

Allí, rodeada de vergeles, a la sombra de dos palmeras, una misteriosa casita está diciendo a los recién casados: ¡Habitadme!

¡Y estrechó en un solo abrazo a los dos amantes!

-Entretanto -añadió con entusiasmo- la cubierta del «Alción» es ya el suelo de la patria. ¡Viva la Francia! ¡Abrazadme, hijos míos! Y tú, Demetrio, mi valiente piloto, deja por un momento ese aire sombrío, y da la mano a mi hija. ¿Por qué huyes de ella? Se diría que la aborreces. Siempre te vi así, esquivo y huraño en su presencia.

El extraño personaje a quien el capitán se dirigía, se acercó a Elena, que sintió pesar sobre ella una mirada de fuego.

Y sentada sola en la cámara, mientras que Renato y su padre se ocupaban de la maniobra, pensaba todavía en la expresión, a la vez feroz y codiciosa, de aquella mirada; y por más que rechazaba como pueril aquella preocupación, un vago terror se apoderaba de su ánimo.

La noche había cerrado, y el puente del «Alción» estaba desierto. Dos hombres velaban solos: uno en el timón, otro en el castillo de proa.

Profundo 9 silencio, el silencio solemne del mar reinaba en torno.

Sin embargo, de la escotilla iluminada de la cámara del capitán se elevaban de vez en cuando rumores de voces que venían a interrumpirlo.

Y así pasaron las horas.

El hombre del timón consultó de pronto su reloj, y dejando la barra, fue hacia el del castillo de proa. Acercose al hombre que allí velaba, y:

-La hora ha llegado -dijo quedo. Y deslizándose como una sombra, bajó a la cámara donde dormía la gente, y abrió una linterna sorda que llevaba consigo.

En el mismo instante, de cada hamaca saltó un hombre armado.

-¡Bien! -exclamó Demetrio, que alumbrado por la luz rojiza de la linterna, tenía un aspecto feroz-, bien, camaradas. Estabais listos. Arriba, pues, y a ellos. Para vosotros las riquezas: para mí esa mujer que jure hacer mía desde el momento que la vi. Por ella abandoné la bella «Urca», de sombrías velas, terror del Archipiélago; por ella, disfrazado bajo el vestido de marino calabrés, manejo el timón de esta bicoca, esperando el día que debía traerla a nuestro bordo. Vosotros me obedecéis con el miserable nombre de Demetrio Dandini: ¿qué haréis cuando os diga que soy Cerninio de Lesbos, el jefe de todos los piratas que espuman los mares desde Chipre hasta Cerdeña?

10

A ese nombre formidable aquellos hombres palidieron. Más o menos piratas todos ellos, ninguno sin embargo, conocía sino de nombre al terrible corsario tan temido en las costas de Oriente.

Doblada una rodilla y las frentes inclinadas, llevaron la mano al corazón, en señal de homenaje.

El corsario apagó su linterna, y seguido de sus bandidos, ganó la escalera, llegó al puente, y se dirigió a la cámara donde el capitán, su hija y Renato, sentados a la mesa, comenzaban a gustar una cena compuesta de frutas y deliciosos vinos.

-Padre -dijo Elena, sin poder dominar la extraña inquietud que a pesar suyo invadía su ánimo-, ¿por qué has llenado tu barco de griegos?

-Son buenos marineros, hija mía. El isleño del Archipiélago es fuerte y sufrido en el rudo trabajo del mar. Por lo demás, mía no es la culpa. Demetrio reemplazó uno a uno con ellos a los pobres bretones que me arrebató la peste.

Al nombre de Demetrio, Elena se estremeció porque creyó ver al través de la escotilla dos ojos de fuego que la contemplaban entre las tinieblas.

De repente, estrechando con temor el brazo al capitán:

-¡Padre! -murmuró a su oído-, escucha. Se diría que andan sobre el puente.

-Y bien, es el vigía de cuarto que se releva.

11

Renato, que notó la inquietud de su amada, abrió la puerta, y antes que ella hubiera podido detenerlo, se puso en dos saltos sobre el puente.

En ese momento, sonó la detonación de una arma, escuchose el rumor de una lucha, y luego el ruido que produce un cuerpo al caer en el agua.

-¡Renato! -exclamó la joven, con acento desesperado, abalanzándose a la puerta.

Pero al mismo tiempo cerrola una mano vigorosa y el capitán ebrio de rabia sintió que la echaban barra y cerrojos, dejándolo a él encerrado y en completa inacción. Miró entorno, como una fiera acorralada, y no encontrando salida, armore de una pistola, tomó en brazos a su hija que estaba postrada en tierra casi exánime, sentola en un sitial, se colocó a su lado y esperó.

En el mismo instante el grupo de amotinados rodeó la escotilla.

-¡Capitán! -gritó una voz-, estás en nuestras manos, y nada puede salvarte. El teniente cayó al agua luchando, ¿sabes con quién? con Cerninio de Lesbos, que ya habrá dado buena cuenta de él. Date, pues a razón, entrérganos tu hija y el itinerario del «Alción», toma una lancha y lárgate, que no queremos matarte.

Mientras el bandido hablaba, el semblante del 12 capitán se iluminaba gradualmente con los siniestros tintes de un gozo lúgubre.

-¿Has acabado? -gritó.

-Sí, y esperamos.

-¡Pues escuchad! Son las nueve menos diez minutos. Si a las diez no han bajado por esta escotilla quince fusiles, otros tantos puñales y hachas y treinta pistolas, el «Alción» con todo lo que lleva consigo habrá saltado, lo menos media milla sobre el nivel del mar.

Y uniendo a la voz la acción, abrió la trampa que cerraba la santabárbara, colocada al pie de su cama, cogió un botafuego, encendiolo, tomó en la otra mano su reloj abierto, bajó la primera grada del terrible depósito, y gritó:

-¡Va uno!... ¡van dos!... ¡van tres!

Extraños murmullos se oyeron en lo alto; deliberaciones desesperadas, gritos de rabia, de temor; ¡imprecaciones, blasfemias!

Y el capitán de pie sobre la santabárbara, con el botafuego ardiendo en una mano, el reloj en la otra y la frente radiante de una serenidad terrible, gritaba con el acento inexorable del destino.

-¡Cuatro!... ¡cinco!... ¡seis!

Y la superficie de un gran espejo, colocado en la cámara, permitía a los bandidos, verlo en aquella 13 actitud; y la temerosa llama de la mecha que descendía cada vez más bajo la trampa.

-¡Cuatro!... ¡cinco!... ¡seis!

Al escuchar este guarismo de terrible proximidad, una general dispersión se efectuó en el puente, y luego el piso de la cámara se llenó de armas que caían una a una de lo alto de la escotilla.

El capitán las contó con sublime sangre fría, y gritó cuando hubo pasado por sus manos la última pistola.

-¡Franca la puerta, y la gente en su puesto!

La puerta se abrió, y Renato pálido y los vestidos descompuestos destilando agua se precipitó en la cámara.

-¡Elena! -exclamó.

-¡Hela ahí! -díjole el capitán-. Se ha desmayado. Déjala así, y a restituir arriba el orden perdido. ¿Qué fue de ti cuando te separaste de nosotros?

-Demetrio me recibió con un balazo; luché con él, dimos ambos en el agua, y mi puñal fue más afortunado que el suyo...

-¡Dios mío! -exclamó Elena, volviendo en sí de repente-. ¿Renato ha muerto? ¿mi padre ejecutó, acaso, su terrible designio?

-Te dormiste, hija mía, al hacernos los honores de la cena: pero nosotros como galantes caballeros, 14 hemos velado tu sueño, guardándonos de tocar a estos deliciosos manjares.

-¡Es posible! -exclamó la joven, llevando las manos a su frente-. ¿Cómo puede uno soñar así con los vivos colores de la realidad? ¡Oh! yo te he visto, Renato, luchando con un terrible bandido, caer al agua, debatirte y sucumbir bajo sus golpes. A ti, padre mío, de pie ahí, sobre la puerta abierta de la santabárbara, con una mecha encendida en una mano y el reloj en la otra, contando los minutos que nos separaban de la muerte. Y yo presa de una profunda angustia «¡Virgen santa de la Guarda! -exclamé-, consérvame a mi padre y a mi esposo; y si me permites poner el pie en el suelo de esa patria que voy a buscar, mis primeros pasos se dirigirán a tu sagrado templo». ¡Ah! ¿qué ha sido esto? ¿delirio? ¿realidad?

-Una pesadilla, hija mía -díjola el capitán-. ¿Qué hora contaste al comenzar la cena?

-Las diez menos cuarto, padre.

-Has dormido un cuarto de hora. Son las diez. Cenemos...

.....

Una mañana esplendente de junio, tres viajeros desembarcaban de un bergantín de blancas velas en el muelle de Marsella.

Era un anciano de bigotes canos y marcial continente, un apuesto joven, y una bellísima niña, 15 que realzaba sus gracias con el pintoresco traje de las hijas de la Grecia.

-Por aquí, teniente. Sigamos esta alameda de acacias que conduce al sagrado monte.

-¿Dónde me llevas, padre?

-Al santuario de Nuestra Señora de la Guarda. Recuerdas que hicistes un voto.

-Sí, en aquella horrible pesadilla.

-Esa pesadilla, Elena, fue una realidad.

Fin de Un drama en 15 minutos

16 17

El postrer mandato

A la señorita Sara Carranza

El reinado de los Incas había pasado para siempre; consumada estaba la traición que hiciera caer al último de ellos en un infame lazo. Despojado de su poder, arrancado del solio de sus padres, Atahualpa yacía cautivo en las prisiones de su imperial palacio de Cajamarca.

El desventurado monarca, había visto cada vez estrecharse más en torno suyo, el radio mezquino de esa sombra de libertad que el vencedor aparentaba dejarle. Del círculo amurallado del alcázar al de los ejercicios gimnásticos, que debía servir de medida al oro de su rescate; de allí a las tinieblas de un calabozo, donde, separado de los suyos, dejáronlo solo, cargadas de cadenas sus augustas manos.

-Mi última hora se acerca -dijo, ese día a Hernando, aquel generoso hermano de Pizarro, el 18 solo amigo que su infortunio hallara en aquel cubil de fieras.

-Nada temas -respondió el noble español-, que mientras yo aliente, tu vida es sagrada.

-¡Magnánimo corazón! -replicó el prisionero-: eres solo entre esos hombres feroces, y tus esfuerzos serán vanos... Han resuelto que yo muera, y moriré.

Hase apoderado de mí, al mirarte hoy, una tristeza de siniestro agüero...

¿Qué quiere anunciarme? Lo ignoro: pero de cierto algo funesto me predice...

Un guerrero que entró en el calabozo interrumpió al Inca.

-Hernando -dijo aquel-, el Consejo te encarga la misión de llevar al rey nuestro señor el quinto del botín conquistado, y me envía a ti para prevenirte que el convoy te espera y que debes disponerte a partir.

Hernando volvió hacia el cautivo una dolorosa mirada.

-¿Lo ves? -dijo este-, no me engañaban mis presentimientos: te alejan para darme la muerte.

-¡No! -exclamó el joven-. Aquí y en todas partes yo seré tu guarda. Cerca de ti, mi espada te habría defendido; lejos, reclamaré tus derechos; me arrojaré a los pies de mi rey y demandaré justicia de la dignidad soberana profanada en tu persona.

-¡Generoso amigo! -replicó el prisionero, sonriendo tristemente-, tú no cuentas con que ellos tienen prisa. Cuando hayas llegado cerca de tu dueño, Atahualpa dormirá ya con sus padres en el seno del gran Pachacámac. Además, ¿qué es, pues, este simulacro de vida que me queda? Hanme quitado el trono, la libertad, la familia, la luz... después de esto, morir es un bien; y los que me aman, lejos de lamentar mi suerte, deben regocijarse conmigo porque se aproxima el fin de mis desventuras. Pero antes de alejarte, concédeme una gracia.

-¡Habla! ¿qué puedo hacer por ti?

-¿Tú conoces a Yupanqui, aquel hijo de un cacique inmolado por mi hermano, que yo adopté y que estaba a mi lado cuando era prisionero?

-¿Quién? ¿aquel heroico adolescente que en ese día de iniquidad se arrojó delante de ti, recibiendo en su pecho los sacrílegos golpes que te asestaban?

El prisionero levantó los ojos al cielo, y una lágrima surcó su pálida mejilla.

-¿Él también, como mis más fieles súbditos, habrá perecido?

-No -repuso Hernando-. Cayó acribillado de heridas, y fue hecho prisionero; pero su juventud interesó a mi hermano, que le dio la libertad, después de haber cuidado de su vida.

20

A estas palabras el semblante del Inca se iluminó, y un rayo de gozo brilló en sus ojos.

-¡Y bien! -exclamó dirigiendo a Hernando una suplicante mirada-, deseo antes de morir, ver a este hijo de adopción; estrecharlo en mis brazos, y enviar con él a mis súbditos, que son también hijos míos, mi postrera voluntad, ¡mis últimos adioses!

-¡Ah! -dijo Hernando con acento de despecho-, si yo partiera con mi hermano el poder como parto los peligros, ni una gota de sangre se habría vertido entre los tuyos y los míos; y tú sentáste en tu trono todavía; y peruanos y españoles serían una sola nación, una sola familia. Mi hermano es bueno y generoso; mas tiene cerca de sí malos consejeros, que han subordinado a los temores de la religión las decisiones de su política... Pero al menos, serame dado cumplir tu anhelo: el joven Yupanqui tendrá libre acceso, hasta ti, para recibir tus órdenes y darte cuenta de su ejecución.

Al arrogarme este acto de autoridad en obsequio tuyo, seguro estoy de que, en mi ausencia, mi hermano lo ratificará.

-Noble guerrero -exclamó el Inca, tendiendo a Hernando los brazos encadenados-, ¡que tu Dios y el mío derramen sobre ti la más amorosa de sus miradas! ¡que la patria donde tornas te guarde un tesoro de amor y felicidad!... Y ahora... aléjate, 21 que el ánimo comienza a faltarme, y no quiero que otros ojos que los tuyos miren mi debilidad. Hernando se apartó del Inca, profundamente conmovido. Por más que procuraba rechazarlo, un lúgubre presentimiento invadía su alma.

Poco después el calabozo se abrió, dando paso a un joven de arrogante presencia, de negros y profundos ojos, que fue a caer a los pies del cautivo, y besó con doloroso fervor las cadenas que aprisionaban sus manos.

-¡Hijo mío! -díjole el Inca atrayéndolo a sus brazos-, el tiempo huye, y

la hora avanza. No te entregues a vanos lamentos, cierra el labio, esfuerza el corazón y escúchame.

El joven ahogó un gemido, pasó la mano por su frente y levantando la cabeza, mostró al Inca su bello semblante, triste, pero sereno.

-Heme aquí, padre mío -le dijo-, pronto a ejecutar aquello que te plazca mandarme.

-Escucha -prosiguió el prisionero-. Tú sabes que estos hombres cruentos están devorados por una sed inextinguible de oro, que no se sacia con los inmensos tesoros que, de ese funesto metal, los míos han amontonado a sus pies. Iniciados por algunos traidores en el secreto de la ciudad subterránea, búscanla con feroz codicia. Los caciques que conocen su entrada están en poder suyo; y para 22 vencer su constancia, sujétanlos diariamente a los más atroces tormentos. Hasta hoy han sido fuertes; pero su valor puede sucumbir. Y entonces aquel emporio maravilloso de riquezas acumulado por mis mayores; sus sagrados restos, desde el hijo del Sol hasta mi heroico padre, sacrílegamente profanados, serían el pasto de su inmundicia. ¡Oh! ¡Gran Pachacámac! ¡por tu divina luz eso no será! En verdad, yo estoy aprisionado, próximo a morir; pero he aquí, cerca de mí un hombre libre y fuerte...

-¡Habla! padre -interrumpió el joven-, ¿qué debo hacer?

-¡Huye! Para mayor presteza y seguridad, toma nuestra vertiginosa vía de las alturas; corre noche y día, sin detenerte ni aun para mojar tu sediento labio al paso de los torrentes, y llega a la Ciudad Santa antes que la flor de ariruma cogida al atravesar los jardines de este palacio, haya perdido su frescura. Muy niño eras todavía cuando yo te hice ver la metrópoli de los tesoros. ¿Has olvidado su entrada?

-No. Tras el lado occidental del Saxsa-huaman, entre un grupo de cerros peñascosos, en el fondo de una cañada sombreada de molles, álzase aislada una roca negra, que los viejos dicen es un destello de la luna. Su mole oculta la sagrada puerta.

-Haz, en el curso de una noche, levantar sobre 23 ella una montaña, cuya cima alumbrará el primer rayo del sol.

El Inca sacó de su seno una trompa de oro, y entregándola al joven:

-He aquí la pucuna imperial. Su voz tiene el poder de realizar lo imposible. Y ahora, hijo mío, que el Grande Espíritu te ilumine y guíe tus pasos...

El Inca tendió la mano al joven, y velose el rostro con su manto.

Poco después, el hijo adoptivo de Atahualpa corría con pie ligero al través de los aéreos senderos suspendidos sobre dos abismos, que serpentean en las cimas de los Andes. Desde aquel sublime observatorio sus miradas se extendían sobre el encantador panorama de esas montañas; esos valles, esas selvas, esos ríos, esos lagos que se ostentaban rientes a la luz del sol, mientras su dueño yacía en el fondo de un calabozo, cautivo, encadenado. Y lágrimas de dolor y de rabia surcaban las mejillas del joven y regaban su camino...

Un día, a la hora del crepúsculo, cuando el sol desaparecía de la quebrada, dorando solo las cúpulas de la ciudad y la elevada planicie del Rodadero, un viajero, terciado el morral, usado el coturno y el semblante fatigado por un largo viaje, llamó a la puerta de una cabaña. Abriola una 24 hermosa joven que al verlo exhaló un grito de gozo y se arrojó en

sus brazos.

-¡Yupanqui!

-¡Suma!

-¡Ah! ¿es un sueño? ¡No! ¡Estoy despierta y te estrecho en mis brazos!

Mírame vestida de luto; ¡créate muerto!...

-Muerto estoy, amada mía -respondió el joven con triste acento-, y vengo a decirte que desatados están ya los lazos de amor que nos unen.

Suma dio un grito de terror y cayó sin sentido a los pies de Yupanqui.

El joven fijó en el rostro de su amada una mirada de dolor; besó su pálida frente, colocó entre sus negros cabellos la flor de ariruma, fresca aun, y se alejó.

Al cerrar de aquella noche, oyose en las alturas de Saxsa-huaman el sonido de una pucuna que tocaba un aire guerrero. A su voz, los habitantes de las quebradas y los moradores de las alturas, prosternáronse con la frente en el suelo: habían reconocido la llamada del Inca.

Enseguida, todos aquellos que podían voltear una onda o blandir un chuzo alzáronse con presteza, armáronse y siguieron la voz del instrumento, que recorría el valle, traspasó las alturas y se detuvo, al fin, en la cañada sombreada de molles sobre la roca 25 negra que los viejos decían ser un destello de la luna.

La multitud se apiñó ansiosa en torno de la roca sobre cuya cima se hallaba un hombre de pie e inmóvil como un fantasma.

-¿Sabéis quién soy yo? -dijo con voz breve.

-¡Un enviado del Inca! -respondió la muchedumbre-. El hijo del Sol habla por tu boca. ¿Qué nos ordenas?

-¿Veis estas cuatro montañas que nos cercan? Sobre esta roca donde siento mis pies, el primer rayo del sol de la mañana alumbrará la cima de la quinta, tan semejante a las otras, que el ojo más penetrante no pueda distinguirla.

A estas palabras la multitud desapareció silenciosa, y la cañada quedó solitaria; y luego, en el mismo silencio volvió a invadirla, no una sino muchas veces, ejecutando, en el curso de la noche, una obra maravillosa.

Al siguiente día, el primer rayo del sol alumbró la cima de la quinta montaña, tan agreste como las otras y, como ellas, cubierta de cactus y musgos seculares.

Al mediar de la venidera noche oyose todavía la pucuna imperial. Los pueblos, después de haber adorado postrados su sacra voz, siguiéronle por las estrechas gargantas de una montaña sombría, en cuya cumbre la trompeta se detuvo al borde de un 26 abismo que los habitantes del valle denominaban con terror, Supai-simi1.

La noche era sombría, y negras nubes cubrían el cielo. En el lejano horizonte alzábase una tempestad cuyos relámpagos alumbraban el inmenso hacinamiento de hombres reunidos en torno del abismo.

La trompa calló, y la voz del enviado del Inca se alzó entre el silencio de la noche.

-Anoche el Inca os ordenó levantar una montaña. ¡Hoy os ordena morir!

El mensajero calló, y la multitud prosternándose, en torno a media voz un himno de muerte.

Y el inmenso grupo comenzó a estrecharse en torno de la profunda sima...

Y, en fin, un relámpago alumbró la cumbre de la montaña desierta y al

enviado del Inca, solo, inclinado sobre el negro cráter de Supai-simi. Como Hernando lo había presentido, como el Inca lo había predicho, la muerte del cautivo estaba decidida; y solo aguardaban, para ejecutarla, que el generoso hermano de Pizarro se hubiese alejado. Un día, con una mano arrojaron sobre él, el agua sagrada del bautismo, y con la otra presentáronle la sentencia.

27

Aquella noche, la última que debía pasar entre los vivientes, el desventurado monarca pidió que lo dejaran solo para recoger su espíritu. ¡Vana esperanza! El infame Valverde le impuso su odiosa presencia, importunándolo con las impías amenazas de una condenación eterna. El prisionero apartaba los ojos del cínico semblante del fraile, para volverlos al rostro divino del Crucificado; y se preguntaba como un Dios de amor podía ordenar tanta iniquidad.

De repente, la puerta del calabozo se abrió y el Inca vio aparecer a Yupanqui.

El joven palideció. Había comprendido con una mirada la situación; y adelantándose, grave y triste, fue a prosternarse a los pies del cautivo. -Tu voluntad está cumplida -le dijo en el sagrado dialecto de la imperial familia-. La mole de una montaña reposa sobre la entrada de la ciudad subterránea, y muertos están los que piedra a piedra la elevaron.

-Que el gran Pachacámac te bendiga, hijo mío, como te bendice tu padre -exclamó el Inca, posando sus manos sobre la cabeza del joven-. Vete en paz: vuelve a nuestros deliciosos valles, y sé feliz con Suma.

-No, padre -respondió Yupanqui-; la misión que me diste no está cumplida aun.

28

-¡Qué dices!

-Los caciques han perecido en los tormentos; y los artífices de la montaña en la profunda sima de Supai-simi; pero tu mensajero vive todavía. Su alma es fuerte; mas el rigor de los suplicios puede vencerla. Quitemos, pues, a nuestros verdugos ese placer.

Y sacando de su seno una flecha envenenada, se atravesó el corazón, y espiró sonriendo al prisionero con amor.

El Inca se inclinó sobre el cadáver de su hijo adoptivo, y besó su frente llorando.

-Que arrojen al campo a ese infiel -exclamó Valverde-; y que las aves de rapiña devoren su cuerpo.

Pero una mano misteriosa robó con el cadáver del Inca el de su hijo de adopción.

Fin de El postrer mandato

Siempre he creído que la fatalidad es el guía de mis pasos: los sucesos de mi vida me lo han probado, al menos, de una manera cierta. Todo lo que toco queda marcado de un sello extraño; sin conciencia de ello, mi labio vierte palabras proféticas; y los seres que a mí se acercan son arrebatados por un espíritu misterioso que los eleva a las nubes, o los hunde en los abismos: jamás los deja en las condiciones normales de la existencia. ¿Debo aplaudir o deplorar esta facultad sobrenatural unida a mi destino?

Así hablaba yo un día a la bella C., mientras, sentada a su lado en un diván, tejía para ella una corona de rosas.

-La lucha es la vida -respondió la graciosa chica, sacudiendo con donaire su rizada cabellera-; la lucha es la vida; y yo espero con ansia esa mística 30 influencia que venga a desterrar la monotonía insoportable de la mía. Agitarse, ya sea en la dicha o en el dolor: dudar, temer, desear ¡eso es vivir!

¡Querida niña! ¡Plegue a Dios derramar siempre sobre tus bellas horas esa dichosa monotonía; y aleje de ti, en su misericordia, las tempestades que invocas!

DE ARICA A LA PAZ

Nada tan riente, en apariencia, como la perspectiva de esta incursión al través de los nevados picos, para el viajero que, recostado en los mullidos cojines de un vagón, cruza en alas del vapor la larga etapa que separa Arica de Tacna. Míralas elevarse en esplendentes grupos sobre un cielo de azul purísimo, dibujando en sus profundas hondonadas, verdes mirajes que seducen los ojos y atraen el alma con la sed engañosa de lo desconocido.

-¡Un caballo! ¡Un caballo! -exclama, como Ricardo, al apearse bajo los floridos granados de la estación-. Pero, si el gran paladín sabía a qué atenerse al ofrecer su reino por un corcel, yo ignoraba del todo los percances que sobre el lomo de ese noble animal, esperan al peregrino en aquellas magníficas alturas.

Apenas si el fraternal hogar de Modesto y, las caricias de su preciosa compañera, pudieron detenerme en ese nido de flores que se asienta entre las arenas 31 del mar y las rocas del Tacora. En la tarde del tercero, abrigada la cabeza con un castor plumizo, embozada en mi albornoz, y estrechando en mis manos las de Modesto y Merced, esperaba yo impaciente el momento de partir, que retardaba cuanto podía la insoportable calma del arriero.

Modesto, que era profesor en un colegio, se desesperaba de no poder acompañarme, como el uso lo exigía, al salir de la ciudad, a causa de las clases que lo reclamaban a esa hora.

Yo reía de su angustia y del ceremonioso cortejo cuya falta lamentaba; y el arriero seguía en sus aprestos con la misma cachaza. Y yo le mostraba

el sol próximo al horizonte y él lo miraba como quien mira llover.

-¡Modesto! ¡Modesto! -gritó de repente una voz que venía de afuera; y fuertes aldabazos resonaron en la puerta falsa, que se abría sobre la Alameda.

-¡Es el loquísimo Carlos! -dijo Merced-. Muchacho, corre a abrirle, que va a romper el postigo.

La puerta se abrió y dio paso a un joven de estatura mediana y simpática fisonomía, bajo cuya serenidad retozaba a grandes brincos una marcada travesura. Nada, sin embargo, había de notable en sus facciones, sino es dos ojos negros, atrevidos hasta la impertinencia; pero que atraían, no obstante, con su mirada franca y benévola.

32

Saludó con gentil desembarazo, y oí que decía a Modesto en voz baja:

-¡Chico!, un tallo de pensamientos a la aguada, sobre este soneto que desde Lima me pide R. B.

Y dio a Modesto un álbum de laca adornado con arabescos de oro.

-Caballero, ¿me dará usted permiso para leer ese soneto? -dije yo apoderándome del álbum sin esperar el permiso.

-¡Ay, señora! después de Echeverría nadie debería decir galanterías a esa bella florecita... Pero ella lo ha querido... ¡ay!

-¡Cuidado! señor mío -repliqué yo riendo-, que soy amiga de B. y si se me antoja hacerle saber cómo en estas latitudes existe un mortal que suspira por su mujer y se atreve a hacerle versos, lo vería usted llegar en tres saltos y... ¡desafío, y muerte al canto!

-Helay niña, ya estamos listos -dijo el arriero presentándose ensillado un caballejo negro, de revuelto y erizado pelaje.

Estreché en un solo abrazo a Modesto y Merced, saludé a su amigo, puse el pie en la mano del arriero, monté y partí.

Había ya atravesado en toda su longitud la romántica alameda que divide la ciudad, y llegaba delante de la quinta de Hangas, cuando un jinete, 33

corriendo en mi alcance a carrera tendida, vino a ponerse a mi lado.

Era el bardo del soneto, enviado por Modesto para hacerme compañía.

Montaba un potro tordo, que llamó mi atención por su extremada belleza, y lo manejaba con garbo sin igual.

En la necesidad de aceptar la compañía de un desconocido, con quien nada podía hablar que me fuese personal, propúseme estudiar a este muchacho cuyas miradas triscaban a vueltas de una helada gravedad.

No necesité emplear astucia alguna para descubrir en él un fanfarrón de escepticismo que, bajo la apariencia de un libertino, encerraba una alma tierna, candorosa y buena.

Notando que se volvía con frecuencia para mirar hacia atrás, adiviné el deseo de ver llegar al arriero, para entregarle mi custodia y regresar a Tacna. En consecuencia, fingí la resolución de pasar la noche en el caserío pintoresco de Calana; y para mejor persuadirselo, eché pie a tierra en la primera puerta, dile las gracias y lo despedí. Mas, apenas el primer recodo del camino hubo ocultado a mi gracioso acompañante, subí sobre una piedra, recobré el estribo y me puse en marcha de nuevo.

Era una hermosa tarde de primavera, serena y tibia. El sol iba a ponerse,

y yo corría a todo el 34 galope de mi cabalgadura bajo las verdes arboledas que sombream el camino de Pachia, pintoresca etapa donde termina

la llanura.

Entregada al pensamiento del viaje que emprendía, de sus variados incidentes y su anhelado término; olvidada de que transitaba por senderos que me eran desconocidos, caminaba, engolfándome con delicia en las olas de sombra que invadían el valle.

El último fulgor del día coloreaba con un dorado rojizo las nubes amontonadas sobre las sombras del Tacora. Un rumor lejano de cantos, mugidos y gorjeos, se mezclaba a la calma solemne que reinaba entorno. Las hojas de los sauces rozaban al paso mis mejillas como la caricia de una mano amiga: el suave perfume de las retamas embalsamaba el aire, despertando en mi alma dulces y dolorosos recuerdos. Yo lo aspiraba con amor, suspirando: ¡Lima! Y la mágica ciudad se alzaba en mi mente con su cabellera de gas y su diadema de palacios; y el silencio se poblaba de armonías; y la prestigiosa luz de la luna aumentaba la ilusión febril del pensamiento.

Un asperge de gotas frías salpicó de repente mi rostro. Entregado a sí propio, mi caballo atravesaba un río con el mismo desparpajo que si desensillado y sin jinete paciera en un gramadal.

Miré en torno mío y me encontré sola en el ancho 35 camino que sube de Pachia a las alturas de Palca. Había corrido, olvidando a mi arriero que se quedó rezagado en las chicherías del Alto de Lima.

Detúveme a esperarlo; pero, por más que me volvía y aguzaba el oído, nada vi, ni percibí ruido alguno en toda la vasta extensión del camino que de allí se descubría: nada, sino el solemne silencio del desierto. Sin embargo, ningún recelo vino a inquietarme. Estaba la noche tan luminosa, el aire tan suave, y la naturaleza abandonada a tan dulce reposo, que todo linaje de temor habría sido ridículo.

Seguí, pues, mi marcha, sola en la tierra, pero acompañada de una hermosa luna y de millares de estrellas, que parecían escoltarme y correr conmigo. Bien pronto dejé atrás la polvorosa llanura de Pachia con sus verdes oasis y azules lontananzas.

Las imponentes moles del Tacora se alzaban ante mí; y el pobre caballito negro, a pesar suyo, y dando lastimeros relinchos, tuvo que internarse conmigo en los tortuosos rodeos del aéreo camino trazado por las herraduras de las arrias en la rápida vertiente de las montañas.

A mis pies se abría como un abismo la profunda quebrada de Palca, valle salvaje y pintoresco, surcado de torrentes, donde crecen el molle y la salvia, cuyo acre perfume subía hasta mí en los vapores de la noche.

36

De vez en cuando, el chillido de una ave nocturna, volando sobre mi cabeza, me arrancaba al mundo de pensamientos que poblaban mi mente, y volvía a encontrarme sola en medio de la noche, suspendida entre el cielo y la tierra, en aquellos senderos abiertos sobre el nido de las águilas, al borde de los precipicios.

Así acabó la noche. Habíala pasado escalando los flancos de las montañas, y al amanecer me encontraba a una altura donde reinaba un frío penetrante, y la nieve cubría de blancos festones la copa de los tolares.

Mi caballo, jadeante, cayendo, despeado y jadeante, se detenía a cada instante dando fuertes resoplidos. Yo conocía ese síntoma precursor del terrible soroche. Desmonté inmediatamente, y tomando el frasco de álcali

que traía para preservarme yo misma de aquel horrible accidente, lo hice aspirar a la pobre bestia, que pareció aliviarse.

Entretanto, el día adelantaba, y el sol de la cordillera desplomaba sus rayos de fuego sobre la blanca nieve que tapizaba el suelo.

En la esperanza de ver llegar el arriero, senteme a la sombra de un peñasco en el declive de una hondonada profunda, en cuyo fondo blanqueaba la espuma de un torrente.

Pocos sitios he visto como aquel, tan agrestes y de tan sombría magnificencia. Sobre mi cabeza se aglomeraban en gigantescos grupos las masas de los Andes; y al frente, extendidos en vertiginoso descenso, el valle de Tacna y el doble azul del cielo y del Océano. Bandadas de cóndores completaban el paisaje, cerniéndose en el espacio en círculos de mal agüero para la salud de mi pobre caballejo, que a pesar de su cansancio, se encabritaba espantado por la sombra formidable de sus alas. Habían pasado algunas horas; pero, aun cuando de allí se descubría el camino en una extensión de más de dos leguas, nada divisó, nada veía sino era torbellinos de polvo arremolinados por el viento, y que, desviándose, iban a hundirse en los precipicios.

Era mediodía; y yo con mi caballo, que nos habíamos desayunado con un trozo de pan, teníamos una sed que se aumentaba con la vista lejana del agua que bullía entre las rocas, allá en el fondo de la hondonada.

Compadecida del pobre animal, busqué un paraje para bajar al torrente, y lo encontré, aunque en extremo fangoso. Eché adelante el caballo, que se estremecía, asustado de aquel peligroso descenso; pero atraído por las emanaciones del agua, bajaba describiendo zedas en las paredes del despeñadero, y al fin, rodeando, y muchas veces rodando, llegó conmigo al fondo del barranco.

38

Allí, una escena inesperada cautivó mi atención y me hizo olvidar la sed que me aquejaba.

Cuatro hombres armados de lampas y barretas se ocupaban en cavar una chulpa (la huaca del Sud). Aquel monumento de forma piramidal se alzaba al abrigo de tres peñascos, enteramente oculto por el lodo del camino; y fue quizá su misteriosa posición lo que despertó la codicia de esos hombres, que se sorprendieron desagradablemente a mi repentina aparición, y me miraron de reojo. Pero yo les mostré una curiosidad tan franca, desinteresada, y por decirlo así científica, que sus recelos se desvanecieron y me dieron permiso para quedarme a ver el éxito de aquella excavación.

Desbaratadas las paredes de la chulpa, los trabajadores se dieron a cavar el suelo en torno.

Al levantar la primera capa de tierra, la lampa tropezó contra un cuerpo duro. Era una laja colocada en el centro. Quitada esta, quedó visible la entrada de un subterráneo y una escalera de piedras toscas que se hundía en las tinieblas.

Los buscadores de riquezas no habían previsto aquel caso y carecían de luz. Felizmente yo tenía un cerillo en el saquito que llevaba terciado en bandolera. Partímoslo, y encendidas aquellas antorchas improvisadas, descendimos al subterráneo. Allí nos esperaba un extraño espectáculo.

39

En una especie de rotonda abovedada en forma de horno, hallábanse acomodadas cinco momias; cuatro en grupo, la quinta aislada.

El grupo representaba un hombre, una mujer y dos niños. Cada uno de los adultos tenía sobre sus rodillas un niño, y aquellos cuatro rostros desecados por los siglos estaban vueltos hacia la figura solitaria; y sus apagados, ojos fijos en ella con una avidez que había sobrevivido a la muerte y al tiempo.

En esta momia se descubrían particularidades notables. Su piel blanca, y su barba y cabellos rubios acusaban la raza europea; y entre los restos pulverizados del vestido que le cubría, se veía, cruzado sobre su pecho, un tahalí de soldado.

Mientras los trabajadores, ebrios de codicia, proseguían sus investigaciones, yo, ayudada de la débil luz del cerillo, examinaba las facciones, y sobre todo, la extraña actitud de esta momia. Sentada sobre los talones, y no en cuclillas como todas las momias peruanas, estaba sujeta a un trozo de roca por una faja que, en estrecho lazo, le rodeaba el cuello en mil vueltas; y sus manos, ahuecadas y juntas, ligadas también por un cabo de la misma faja.

Indudablemente, aquel resto humano, fue un soldado español inmolado en holocausto a la venganza de los indios.

40

De repente noté con asombro que aquellas pupilas terrosas brillaban con una luz amarillenta. Acerqué más la llama del cerillo, y vi multiplicarse el mismo resplandor en la boca, las manos y los oídos de la momia. Todo lo comprendí entonces. Una escena lúgubre se desarrolló en mi mente, y vi animarse el siniestro grupo, y sus miradas extintas, y la secular sonrisa impresa en sus labios secos, estaban diciendo todavía: «¿Queréis oro? ¡Toma oro!». Y el hombre de sangre fue relleno del funesto metal que vino a conquistar a precio de tantos crímenes.

Mis compañeros, chasqueados en sus investigaciones bajo el pavimento del subterráneo, recibieron un gran alegrón cuando les mostré el oro que encerraba la momia blanca. Pero en vano procuré hacerles comprender su valor científico: rieron de mí, y seducidos por unos cuantos puñados de oro, destruyeron esa interesante página de la historia.

A mí me permitieron llevar un idolito preciosamente trabajado en arcilla negra, y en el que yo reconocí uno de esos oráculos que los indios consultaban en sus templos.

Encantada con esta adquisición, recogí mi caballo y seguí a aquellos hombres que, agradecidos a mi hallazgo, me volvieron al camino por una senda menos áspera que la que traje para bajar al agua; 41 partieron conmigo un lunch compuesto de papas, ají molido, queso y aguardiente, y se alejaron muy contentos, cantando en coro un yaraví.

Sin embargo, quien más había ganado en los tesoros contenidos en la chulpa era yo, sin duda. ¿No poseía aquel lindo idolito que podía revelarme el porvenir; el porvenir, que nos obstinamos siempre en revestir con los rosados colores de la dicha? Los indios Urus, que habitan los totorales flotantes del Titicaca, me habían enseñado la manera de consultar esos oráculos, que ellos guardan escondidos con grande veneración, pero me faltaba el agua, requisito necesario para oír su voz. Guárdelo, a mi vez, cuidadosamente en mi seno, y seguí mi marcha, muy inquieta ya por la

tardanza del arriero.

El día declinaba, arreciaba el frío, y las cañadas comenzaban a llenarse de sombra.

De pronto una ráfaga de viento se llevó mi sombrero, que vi revolotear en el aire sin poder recobrarlo. Pero en el momento que desaparecía, una mano lo arrebató al abismo.

El ruido que mi caballo hacía en el piso rocalloso del camino me había impedido sentir los pasos de otro que marchaba detrás. Montábalo un joven bello y apuesto, que al darme el sombrero me saludó con amable cortesanía, y se informó del motivo de mi soledad en aquellos desiertos parajes.

Cuando lo ⁴² hubo sabido, se indignó contra el arriero, y me aseguró que no se apartaría de mí hasta que éste llegase. En vano le supliqué no me afligiera retardando por causa mía la rapidez de su viaje: nada quiso oír, y fuerza me fue aceptar a pesar mío.

Sujetó el brioso andar de su caballo al paso tardo del mío, cansado y flaco, y se abandonó a un millar de preguntas, que habrían sido indiscretas, si no fueran todas en mi propio interés. Todo lo indago, menos mi nombre: circunstancia que aumentó mi estimación por aquel protector desconocido.

Cuando se hubo informado de cuanto me concernía, entró espontáneamente en la relación de lo que le era personal. Me habló de Valparaíso, su residencia; de las gentes de Lima que allí había conocido, y finalmente de su viaje a Cochabamba, donde lo llevaba un objeto de supremo interés para él.

Subrayo estas palabras para expresar de algún modo el sentimiento íntimo, religioso con que fueron pronunciadas, y que me hicieron adivinar un amor profundo en aquel noble y hermoso corazón.

Bajamos a un paraje donde el camino cortaba el cauce de un manantial de límpida corriente. Mi compañero adivinando mi sed, desmontó para ofrecerme un vaso de agua.

Recordé entonces el oráculo de la chulpa; y como ya había hablado de ello al joven, al darle las gracias, ⁴³ le pregunté, riendo, si quería preguntarle algo sobre Cochabamba.

Imposible me sería pintar la expresión de gozo con que acogió mi oferta. Acercose a mí y esperó con mudo recogimiento a que yo llenara las formalidades del rito.

Era el idolito una vasija pequeña que representaba un guerrero indio con el carcaj a la espalda y apoyado en su arco. Los bordes del receptáculo estaban ocultos entre la toca de plumas que cubrían su cabeza, y el pedestal encerraba una especie de tambor donde sonaba la voz desde que la vasija se llenaba de agua.

Vertí, pues, el resto de mi vaso dentro del idolito, y lo puse en las manos del joven, que lo aplicó al oído y cerró los ojos.

A poco lo vi palidecer.

Preguntele que había oído.

-Un llanto mezclado de ayes profundos -me respondió, y me devolvió el ídolo. Yo lo apliqué al oído a mi vez; y escuché distintamente, pronunciada y repetida con un acento semejante al latido de un péndulo, esta palabra siniestra:

-¡Tiembra!

Mi compañero se repuso luego, y rió de su emoción. Era joven, y el sol de su dicha alumbraba su alma; pero yo, que había vivido y sufrido mucho, era ya supersticiosa, y volví los ojos hacia atrás con 44 inquietud, como el ave que siente zumbar la tempestad donde dejara su nido. Había cerrado la noche y la nieve caía a copos cuando llegamos al tambo de Tacora.

El primer objeto que se nos presentó al entrar en el patio fue un cadáver tendido en tierra entre cuatro cirios. Era el del administrador del establecimiento, muerto pocas horas antes del tifus, horrible fiebre que estaba diezmando las poblaciones. Su pobre viuda, sentada a la cabecera del difunto, lloraba la doble pérdida de su marido y del bienestar de sus hijos, que, sin asilo ni sustento, iban a ser arrojados con ella de aquella casa donde habían vivido felices. Dios no lo permitió. Apenas mi joven protector hubo sabido qué desgracia amenazaba aquella pobre madre, corrió a ella, y apartándola de ese lúgubre sitio, le dio, con una suma de dinero para el entierro, una carta dirigida al propietario del tambo, amigo suyo, garantizándole en la dirección del establecimiento.

Sin embargo, no obstante aquella hermosa acción, que debió derramar la alegría en su alma, el bello joven estuvo triste y sombrío aquella noche. ¡Ah! ¡como dice el vulgo: «ningún corazón engaña a su dueño»!...

Por fin, a las doce del siguiente día, cuando casi de rodillas suplicaba a mi compañero que prosiguiera 45 su viaje, el bueno del arriero se me apareció con sus bestias y él mismo, asorochados, maltrechos y en la más triste figura.

Sin embargo; yo vi el cielo abierto con su presencia, pues me consumía de aflicción el perjuicio que estaba ocasionando a aquel excelente joven, de cuya impaciencia por partir pude juzgar muy luego; pues apenas me hubo recomendado al arriero, y cambiado conmigo su tarjeta, saltó sobre el caballo, y partió como una exhalación.

Supe entonces el nombre de aquel sujeto generoso; y mi labio lo envió a Dios en una ferviente plegaria, «¿Por qué no lo escuchaste, Señor?».

Pocos momentos después yo también continuaba mi marcha, seguida del arriero, que atacado del soroche había caído en un extraño amilanamiento, y lloraba como un niño. Sin embargo, como era necesario arrancarlo al sueño, mortal para los que padecen aquel accidente, hícame sorda a su llanto y le anuncié la resolución de trasnochar, a fin de ganar el tiempo perdido. Casi se muere al escucharla pero como la conciencia le decía que la culpa era suya, forzoso le fue obedecer.

A las nueve de la noche bajamos a la cuenca profunda del Mauri, río caudaloso encerrado entre los flancos de dos montañas, cuyas aguas, congeladas hasta la mitad de su corriente, se rompían rugiendo 46 bajo los pies de nuestros caballos, con grande espanto del arriero, que en el curso de su rudo oficio, jamás había hecho, decía él, un viaje tan estrafalario.

El cauce del Mauri es la línea divisoria entre el Perú y Bolivia.

En la playa opuesta, encontramos tendidos los cadáveres de tres indios pertenecientes a una hacienda de las cercanías, que atacados del tifus y en el delirio de aquella horrible fiebre, se habían arrojado al agua, de donde salieron moribundos a expirar en la arena.

No de allí a mucho comenzamos a encontrar largas hileras de hombres

marchando silenciosos en dirección a los vecinos pueblos. Eran indios de las punas que llevaban sus muertos al cementerio. Por todas partes, a mi paso, hallábamos los caseríos desiertos, los campos yermos, las sementeras abandonadas. La muerte se cernía sobre aquellas alturas derramando en torno el exterminio.

Como para indemnizar mis ojos de tan lúgubres cuadros, la aurora me guardaba un esplente (sic) espectáculo.

El día comenzaba a teñir de rosa las últimas cimas de Tacora, que hacía tiempo había dejado atrás; las estrellas habían desaparecido, y la luna palidecía, recostada como una viajera cansada en las profundidades del espacio. Los cerros, que desde 47 el Mauri comenzaban a alejarse, apartándose bruscamente en la abra de Santiago, dejaron descubiertas la pampa de ese nombre, y la majestuosa cordillera de oriente, con sus tres magníficos nevados. Illimani, Illampu y Sorata, altares sublimes del Dios Vivo, a cuya vista el alma se recoge y ora.

Mi primera impresión se tradujo en llanto: llanto al que, por una extraña intuición, se mezclaron los nombres de mis hijas:

-¡Mercedes! ¡Edelmira! ¡Clorinda! -exclamé, ante esas tres maravillas de la creación.

En ese momento, una niebla sombría, surcada de relámpagos, se abatió de repente como una larga faja sobre el Illampu y el Illimani; al mismo tiempo que de un cúmulo de nubes amontonadas sobre la cumbre del Sorata, se desprendía un vaporoso fragmento que tomó luego, en contornos vagos, la forma de un ángel; y elevándose lentamente, se desvaneció en el azul profundo del cielo.

A esa vista mi corazón se estremeció, y la terrible amenaza del misterioso penate de la chulpa resonó en mi alma.

Mientras yo caminaba absorta en mis pensamientos, el arriero, en la esperanza de matar el soroche, se había bebido toda la porción de espíritu de vino que llevábamos; y de bruces sobre el cuello de la mula, se dejaba llevar, en una completa embriaguez. En 48 vano lo llamé por su nombre y aun por otros a que su estado lo hacía acreedor: aquella alma vagaba en los espacios del infinito.

¿Qué hacer? Fuerza me fue arrear a ese hombre con sus bestias, y sujetar mi impaciencia al grado de su cansancio.

Había anochecido y nevaba, cuando llegué al pueblo triste y ruinoso de M. No había allí tambo, ni especie alguna de posada; y a pesar mío tuve que pedir hospitalidad en la casa parroquial. El cura me recibió con benévolo apresuramiento, y puso a mi disposición los pocos recursos con que podía contar en aquel miserable lugar.

Era un clérigo joven, profundamente instruido, animoso y de buena voluntad, que soportaba con plácida resignación los rudos trabajos de su cargo, mucho más penosos en aquella época, en que la epidemia asolaba su curato; cuando era necesario recorrer largas distancias al través de las heladas punas, desafiando la nieve y los vendavales para llevar a los moribundos los socorros del médico y del sacerdote.

En el momento que yo llegué a su casa, regresaba el mismo de una choza aislada en los lejanos campos donde había ido a auxiliar a una familia atacada del tifus, que pereció toda a sus ojos, salvándose únicamente un niño de tres años.

El cura lo recogió; trájolo piadosamente en sus brazos, y lo acostó en su propia cama, con la solitud de una madre.

Cuando el niño se hubo dormido, el cura me pidió permiso para dejarme, pues la campana le llamaba al rosario.

Seguí a la iglesia donde las gentes del pueblo estaban ya reunidas.

Notábase en la nave numerosos espacios vacíos. Eran los que dejaron los infelices barridos por la peste.

El cura, en vez de subir al púlpito, se postró humildemente al pie del altar, mezclado con sus feligreses, y recitó con voz grave pero llena de unción ese conjunto de tiernas plegarias que constituye el rosario de María.

Después del rosario les dirigió una corta plática. Reprochóles las rencillas, las enemistades, los odios entre criaturas de un día, a los ojos de Dios, y en presencia de su cólera visible en el azote de la peste; los exhortó al perdón, a la unión, al amor, a la caridad, a la penitencia; y concluyó dándoles su bendición.

De vuelta a la casa, el cura que había enviado todos sus criados a cuidar de los enfermos, encendió lo que él llamaba su cocina improvisada: un grande anafe de rom; frió dos papas; añadió a este potaje 50 dos tazas de leche de oveja, azucarada, y sirviéndolas sobre una gran mesa cubierta a medias por un pequeño mantel, se puso a cenar conmigo, muy contento de tener con quien hablar del mundo de los vivientes en aquel lugar de destierro.

Nada hay tan triste como la existencia de un cura de puna. Colocado entre una naturaleza muerta y un pueblo salvaje, sus ojos y su espíritu no encuentran dónde posarse, si no es en el recuerdo.

Sin embargo, la palabra de aquel hombre sabía colorearlo todo; y las siembras de las papas, la cosecha de la quinua, el corte de la cebada y el esquila de los rebaños, incidentes triviales, tomaban en sus labios la gracia y el poderoso interés del idilio.

Dos días después, al cerrar la noche, divisé de lo alto de la cuesta, extendida a orillas del Chuquiago, aquella Paz a la que yo había jurado jamás volver, como si algo pudiera resistir a la poderosa ola del destino. Y volví a pisar aquellas calles tortuosas, pobladas con los recuerdos del pasado; recuerdos tristes, pero dorados por el sol lejano de la juventud; y encontré los afectos de la amistad y de la familia, que envolvieron mis días en su calurosa atmósfera.

Pero ¡ay! mis ojos iban a buscar siempre un punto en el horizonte.

51

«Mi nido está en un jazmín: ¿quién me lo traerá?».

Al llegar a la Paz, habíame salido al encuentro un hermoso lebrél blanco, que se arrojó a mí, hízome mil caricias, y desde ese momento no se apartó de mi lado.

Pocos días después, una noche que fatigada de un largo paseo me había acostado temprano, el lebrél que dormía a mis pies, se despertó aullando. En el mismo instante la puerta se abrió con recato y un hombre se precipitó en el cuarto.

De pronto creí que era un ladrón; pero luego reconocí en él a mi aturdido acompañante de Tacna, al poeta del soneto.

-¡He matado a un hombre! -me dijo, al oído, porque yo no estaba sola: una joven parienta me acompañaba.

-Y viene usted a buscar un asilo en Bolivia. Sea usted bien venido. Aquí nada tiene usted que temer.

-Al contrario, lo temo todo de la policía, que me persigue y me espera a la puerta de esta casa, donde no se atreve a penetrar.

-Por Dios, explíquese usted.

Supe entonces que el joven poeta, llegado aquella tarde al oscurecer, encontró en la casa donde iba a alojarse una reunión festiva compuesta de jóvenes de ambos sexos, que celebraban un cumpleaños.

52

Una de las muchachas más lindas de La Paz, la morena Rosa C. llamó la atención del joven tacneño, que se dio desde luego a cortejarla con su característica impetuosidad. Por desgracia, encontrábase allí el novio de la niña. Federico S., joven altivo y quisquilloso en demasía. Ofendido por los obsequios, que su amada parecía admitir con agrado; y no siéndole permitido enfadarse en una reunión de buen tono, recurrió al arma del ridículo para vengarse de su rival. Acercose al piano, y acompañándose con un estrepitoso ritornello, cantó de pie el himno de Ingavi.

Quien recuerde el 18 de noviembre de 1841, comprenderá la indignación que ese canto encerraba para Carlos.

Federico S. no había cantado dos estrofas, cuando sintió una mano que se posaba en su hombro.

-¿Sabía usted al cantar, que aquí se encuentra un peruano?

-¡Bah! y ¿por qué si no estoy cantando?

-¡Insolente! ¿llamas a los peruanos cobardes? Aquí hay uno que te hará ver lo contrario. ¡Ven!

El ruido de la fiesta cubrió este diálogo, que pasó desapercibido para todos excepto para Rosa. La pobre joven se arrepintió amargamente de su coquetería; y olvidada de sí misma ante el peligro que por culpa suya corría su novio, siguió a aquellos 53 hombres, corriendo cuanto pudo; pero ellos marchaban a buen paso y muy luego los perdió de vista entre las tinieblas.

Dio entonces aviso a la policía en el deseo de evitar una desgracia. ¡Vana esperanza! el destino había fallado, y uno de esos dos jóvenes debía morir.

Llegados a un sitio solitario, ambos rivales se hicieron fuego.

La bala de S. rozó la sien de Carlos, llevándose un bucle de sus cabellos; la de este atravesó el cuerpo a su enemigo y lo arrojó al suelo sin sentido.

Cuando Carlos huyendo bajaba la cuesta de San Pedro, que separa este pueblo de la ciudad, una partida de policía que lo buscaba lo rodeó y le intimó arresto; pero él se escapó de entre sus manos y se refugió en casa. No había tiempo que perder: levánteme, curé su herida, y mientras Rosaura, la joven que me acompañaba, lo vestía de mujer y se lo llevaba por una puerta excusada, corrí yo en auxilio de su enemigo, que encontré incorporado, y procurando levantarse, asiéndose a los espinos que crecían en aquel sitio. Trájelo a casa, donde los médicos reconocieron su herida, que encontraron mortal.

Contentáronse con ordenar algunos lenitivos, y se retiraron, dejándome

sola con el moribundo, que pasó la noche en dolorosa agonía.

54

Sin embargo, solo las crispaciones de sus manos, retorciéndose entre las mías indicaban su horrible sufrimiento: el valiente joven lo soportaba sin exhalar una queja.

En uno de esos momentos, volvió hacia mí una mirada suplicante, y me hizo un encargo. Había ofendido a su madre, que se hallaba ausente, y me rogó que postrándome a sus pies, en nombre suyo, le pidiese perdón.

Mi promesa le dio una grande tranquilidad; y al amanecer expiró en mis brazos.

¡Qué reflexiones tan tristes hice yo aquella noche, mirando agonizar a ese hombre, que en la flor de la vida, bello, y la mente llena de ilusiones, iba a hundirse en el sepulcro! ¡Ay! ¡cerca estaba el día en que, con el corazón destrozado, vería pasar esos mismos pensamientos en el duelo de mi alma!

En tanto que yo velaba al desgraciado Federico en su agonía, Carlos, disfrazado y conducido por Rosaura, se ocultaba en casa de un cónsul, donde debía esperar una ocasión favorable para huir de la Paz, cuyas avenidas todas estaban guardadas por los amigos de S., que hallando lenta la acción de la justicia, querían hacerla por su mano; y vigilaban las garitas y las casas de los agentes extranjeros. Así era que, solo guardando un riguroso encierro podía el pobre fugitivo sustraerse a las investigaciones de sus 55 enemigos. Pero no era la prudencia de Carlos. Dos días después estaba perdidamente enamorado de la hija de su huésped; y dejando su escondite, la seguía por toda la casa.

Todavía no hacía una semana que estaba allí, cuando un día, viendo a la joven asomada a una ventana, tuvo un arrebató de celos; y queriendo saber a quién miraba, fue a ponerse a su lado. Media hora después la casa fue rodeada de gendarmes, y Carlos aprehendido, cargado de grillos y encerrado en un calabozo.

Al saber estas tristes nuevas temblé por su vida; y viendo al pobre joven forastero y solo, a merced de enemigos poderosos, propuse salvarlo, empleando para ello, no la lucha, sino el arma del débil: la astucia.

El único medio de arrebatarlo a una muerte cierta era la fuga; y a ello dirigí mis esfuerzos. Pero en vano recorrí secretamente los edificios vecinos a la cárcel: en cada uno se hallaba apostado un espía.

Fue por fin necesario tentar un peligro, la compra del carcelero: sonarlo en el terreno de la codicia y del temor. Todo inútil: las promesas y las amenazas de mis agentes estrelláronse en su incorruptible honradez.

Y los días pasaban, y los amigos del malogrado S. 56 vagaban en torno a la cárcel con una frecuencia siniestra.

Apurado todo recurso, eché mano, por último, a un expediente supremo, ante el cual había retrocedido hasta entonces.

Había un nombre que era y es todavía un mágico talismán para un pueblo boliviano; nombre que levantaba o apaciguaba las tempestades populares, según la voluntad de que lo invocaba; nombre que fue un fanatismo, y que es y será un culto: Belzu.

Así me pues del prestigio de ese nombre, me envolví en su omnipotencia, y desde ese momento cedió todo a mi voluntad.

Llamé al carcelero, y llevándolo intencionalmente a un salón donde estaba

el retrato de ese caudillo, le intímé en su nombre la evasión del joven preso, necesaria, le dije, a sus planes políticos como agente suyo en Bolivia.

El carcelero dobló una rodilla ante aquella imagen y juró cumplir mis órdenes, aunque le costara la vida.

A las doce de aquella noche, el preso y el carcelero se me presentaron, prontos a partir.

Viendo a Carlos montando el caballo de un amigo suyo, le pregunté dónde estaba aquel bello tordo que tanto me había agradado.

-¡Ay! -dijo él, con su melancólica chanza- de 57 los seres que esa tarde estuvieron a las órdenes de usted, el uno murió una hora después, el otro, como Caín, anda fugitivo.

Estrechó mi mano, y partió a carrera perdiéndose entre las sombras.

Y yo quedé dando gracias a Dios por la libertad del pobre muchacho; pero murmurando, con el corazón oprimido: «El uno murió; el otro tuvo la horrible desgracia de matar a su hermano, y anda fugitivo. ¡Fatalidad! ¡Fatalidad!».

La luz del día desvaneció aquellos lúgubres pensamientos. Pero ¡ah! esa jornada no debía, acabar, sin que esa fatalidad, que me aterraba, volviese a mostrarme su enemiga faz.

En un periódico de Cochabamba leí el siguiente artículo necrológico: «El bello y noble Alfredo W., que llegado hace poco entre nosotros conquistó tantas simpatías, ha perecido, víctima de un suicidio. ¡Los motivos que lo han llevado a este acto de desesperación merecen una mención particular!

Apasionado de una mujer, amado y llamado por ella en socorro de su padre, arruinado por una quiebra, y preso por deudas, el generoso joven corrió a dar a su amada su fortuna y su nombre; pero encontró una decepción donde creyó hallar la felicidad. El corazón que venía a buscar lleno de fe, había 58 cambiado de dueño: otro poseía su amor. Alfredo no quiso pedir el olvido al tiempo: pidió a la muerte su reposo eterno. ¡Que duerma en paz!».

El héroe de esa trágica leyenda, aquel desgraciado Alfredo W., era el generoso protector que había amparado mi soledad en los desfiladeros del Tacora. ¡Fatalidad! Fatalidad!

Un aullido lúgubre respondió a esta siniestra palabra que yo pronunciaba entre lágrimas. Era mi lebrél que había venido a colocar su cabeza sobre mis rodillas, y me miraba con ojos extraviados. A poco lo vi vacilar y caer.

El pobre animal estaba envenenado, y expiró entre horribles convulsiones, fijando en mí su cariñosa mirada...

En breve, yo misma, casi moribunda, y el corazón destrozado, me alejaba de aquella ciudad donde había presenciado tantos horrores.

En el pueblo de M. encontré la casa parroquial desierta. El cura, y el huérfano adoptado por él, habían sido arrebatados por la horrible epidemia.

Al desandar mi camino, encontraba marcada con ruinas la huella de mis pasos. ¡Fatalidad! ¡Fatalidad!

Y al llegar a Lima, en fin, la bella C. vino a mi encuentro vestida de luto triste y llorosa.

Ella también había sufrido la fatal influencia. 59 Aquel a quien dio su amor había muerto cuando venía a unirse a ella, sin que le fuera dado ni aun el consuelo de llorar sobre su tumba. Pereció en el mar, y su cuerpo yacía en el fondo del abismo.
¡Querida niña! ¡plegue a Dios derramar sobre tu pérdida felicidad la paz del olvido!

Fin de Un viaje aciago

60 61
Una querella

Era una noche de enero, calurosa y sin estrellas. El cielo estaba cargado de sofocantes vapores, y ni la más tenue ráfaga de brisa venía a refrescar la atmósfera, abrasada por el sol de un largo día.

En las sombras revueltas del camino que conduce de la Magdalena a la portada de Juan Simón, corría un jinete montado en un brioso caballo negro.

El noble corcel parecía comprender la impaciencia de su dueño, y devoraba el espacio en fogoso galope. Sin embargo, a estar dotado de reflexión, habríale asombrado el encontrarse corriendo a esa hora, él, habituado a reposar hasta el mediar de la noche en una fresca pesebrera, cercada de rosales, tapizada de sabrosa yerba, y acariciado por una blanca manita, en cuya palma comía bizcochos exquisitos.

¿Por qué aquella noche le había faltado todo eso? ¿Por qué había cólera en el movimiento de la brida que lo conducía? Y lo que era peor aun, ¿por qué 62 inusitados golpes de acicate, venían de vez en cuando a lastimar sus lucientes ijares?

Todo esto habría podido explicar la expresión pintada en el semblante del nocturno caballero, su frente, ora cubierta de mortal palidez, ora encendida con el rubor de la indignación; su sonrisa, que él habría querido tornar irónica y que era solo dolorosa.

El valiente potro, siempre, aguijoneado por la inmerecida espuela, cruzó como una exhalación las calles de Lima, flanqueó la plazoleta del teatro, espléndidamente iluminada para una función de beneficio, y entró en una de las más bellas casas de Valladolid.

Al echar pie a tierra, su amo, que lo cuidaba con el anhelo cariñoso de un árabe, apartose de él con despego abandonándolo en manos de un criado, sin darle siquiera una mirada; y taciturno, sombrío, atravesó el patio y se

dirigió al principal.

Su mano iba a tocar el botón dorado de la mampara, cuando esta se abrió dando paso a una joven suntuosamente vestida, que al verlo retrocedió, con un ademán de gozosa admiración.

-¡Qué feliz casualidad! -exclamó.

¡Y no había de decir que la dicha me acompaña! ¡Tú aquí! tu aquí en el momento que contrariada, rabiando con toda la susceptibilidad de mis nervios... Figúrate primo mío, que, sin 63 esperanza de encontrarte, venía a pedir a José la dirección de tu edén para enviar audazmente un mensajero en busca tuya; y me iba dando al diablo la solapada reserva de aquel taimado, cuando hete aquí, como llovido del cielo para acompañarme al teatro, y hacer los honores del palco a la linda Alina Wilson. ¿Sabes que la Bazuri nos ha dedicado a ambas su función de beneficio?

¡Ah! ¡imagina la magnífica aparición de dos jóvenes tan bonitas, servidas por el león de los salones, el codiciado ensueño de tantas hermosas, el bello Enrique de Mendoza!

-¡Qué triunfo!... Pero ¿qué es lo que tienes, primo mío? -exclamó la elegante parlanchina, notando de pronto el aire sombrío, con que su interlocutor escuchaba aquella larga tirada.

-¡Nada! querida Luisa. Hablabas con tal entusiasmo que no dejabas lugar para colocar una frase.

-¡Nada, y estás pálido y con un aire que huele a tragedia de una legua!

-Visiones de tu fantasía, linda prima -repuso el joven, haciendo un supremo esfuerzo para llamar a sus labios una sonrisa-. ¡Ni qué preocupación resistiría a la perspectiva de una deliciosa velada entre dos astros de belleza!... Pero yo supongo que este traje es por demás inconveniente...

64

-Ve a cambiarlo, que tienes tiempo de sobra, en tanto que llega el coche a buscarnos, pues quise venir a pie, temiendo entrar con ruido en casa de un soltero. ¿Cuándo dejarás de serlo, Enrique? ¿Cuándo vendrá a estos lujosos salones su divinidad tutelar? ¿Cuánta luz, qué perfume derramaría en esta suntuosa morada una mujer joven y bella?... Alina Wilson, por ejemplo.

-¿Y por qué ella más que otra cualquiera?

-¡Ingrato! ¿no has encontrado alguna vez la mirada de esos grandes ojos azules?

-Si no la conozco, prima.

-¿Es posible? Pues ella te conoce a ti... quizá demasiado, para su tranquilidad... Pero ve a vestirte, y no pases cuidado por mí, que quiero repasar en tu magnífico piano mi último estudio, una reverie que me tiene loca. Figúrate una sublimidad musical, firmada por un nombre oscuro de mujer, e impresa en Londres por G. Gottschallk que me envió el único ejemplar que existe en Lima. Pienso hacer un efecto inmenso en el concierto que va a dar Alina en la próxima semana... Pero, vete, y despacha pronto primo mío, que la hora avanza.

Enrique dejó a su prima sentada al piano, y entrando en su cuarto, ocupose aunque con profundo disgusto, en los detalles del tocador.

65

Y en tanto que su mano crispada por la fiebre enlazaba la corbata y calzaba el guante, preguntábase cómo podría soportar durante cuatro

mortales horas la frívola alegría de sus compañeras de velada, cuyo prólogo reía ya bajo los ágiles dedos de su prima en festivas notas que el sonoro Pleyel parecía reproducir con placer, y que caían en el corazón de Enrique como gotas de plomo hirviendo sobre las llagas de un mártir. De repente, a los caprichosos floreos sucedieron los patéticos acentos de una extraña melodía.

Enrique se estremeció.

-¡La Cautiva! -exclamó- ¡esa música sublime que escribí a mi lado y que viene ahora a hablarme de ella!

Y cual si le persiguiese un fantasma, Enrique huyó hasta el fondo del jardín.

Mas, luego, arrastrado por aquellos encantados acordes que llegaban hasta él apagados pero distintos, volvió sobre sus pasos, y pálido, conteniendo el aliento y las manos sobre el corazón, de pie tras las cortinas de la puerta, escuchó con dolosa avidez.

Imposible sería describir con la pálida fraseología las bellezas sucesivamente plácidas y sombrías de aquella melodía, del todo imitativa cuyas notas reproducían con todas sus terribles peripecias una trágica leyenda.

66

Escuchábase el fragoroso vaivén de las azules olas del Mediterráneo, estrellándose en las graníticas rompientes de la costa africana, sobre cuyas rocas soberbios como el despotismo, silenciosos como la esclavitud, elévanse los muros de un harem. La oscura mole se inclina sobre el abismo y sus bóvedas se dibujan fantásticas sobre el estrellado cielo.

Blanca como la desnudada túnica abierta sobre su anhelante seno, pálida, desmelenada, y secos los bellos ojos enrojecidos por el llanto, una mujer hermosa y desolada, asidas sus diáfanas manos a las rejas de un ajimez, y la mirada perdida en el vasto horizonte, busca en sus brumosas lontananzas los recuerdos de su destrozada existencia.

Allí están los rientes días de la infancia con sus turbulentos juegos, y la juventud con sus ardientes suspiros, sus deliciosas promesas... Y la mágica luz del recuerdo presta al ilusorio miraje los vivos colores de la realidad.

Los radiantes rayos de un sol primaveral iluminan las floridas riberas de la Sicilia. Allá al cabo de una sombrasa avenida de sicomoros, divísanse las elevadas torres y la gótica fachada de un templo.

En sus bóvedas resuena la voz majestuosa del órgano, y el ancho pórtico da salida al alegre cortejo de una boda. Graciosas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de flores, se agrupan en torno a los 67 héroes de la fiesta, entonando gozosos epitalamios.

¡Qué bella es la desposada! En su rostro resplandecen la juventud y la dicha.

¡Cuán hermoso el doncel en cuyo brazo se apoya con el dulce abandono del amor!

La comitiva ha llegado al promedio del camino, entre el mar y el castillo, morada de aquellos que el amor ha unido en indisoluble lazo.

¿Por qué la desposada, apartándose de su brillante séquito, abandona el brazo en que se apoya y se dirige sola a la ribera?

Va a cumplir un voto depositando su corona virginal a los pies de la

Madona, cuyo santuario se divisa allá, entre las musgosas rocas de la costa.

Hela allí postrada al pie del tosco altar de piedra, fijos los ojos en la santa imagen, murmurando una amorosa plegaria, y el alma abismada en la contemplación de una dicha sin fin...

Dos figuras siniestras, dos hombres medio desnudos, armados de anchos puñales, surgiendo de repente de entre las breñas, se arrojan sobre ella, arráncanla del sagrado recinto y del beatífico ensueño que la absorbe; inutilizan su resistencia, sofocan sus gritos, y la arrastran en pos suyo hacia una nave que oculta los aguarda entre las sinuosidades de un risco. Saltan en ella y se alejan, mezclando sus horribles risas a los lamentos
68 desesperados de la virgen, que el viento arrebató con la corsaria nave hacia las costas de África.

Y la desdichada cautiva, al volver de su largo desmayo, se encuentra a los pies de un amo, cuyas impuras miradas la codician; pero que aplazando sus tiránicas violencias la encierra en una suntuosa alcoba, dorada jaula, cuyas rejas la infortunada sacude una a una, con rabioso terror, mesando sus cabellos, invocando al cielo y al infierno, hasta que exhausta de fuerza cae exánime en tierra.

Enrique habría caído también, tan dolorosos eran los latidos que destrozaban su corazón, si lágrimas, arrancadas a pesar suyo por los recuerdos despertados en él, por aquella tétrica melodía, lágrimas amargas, pero al fin, lágrimas, no hubieran venido a aliviarlo.

Mas la pasión que en ese momento dominaba a Enrique, tiene la funesta propiedad de emponzoñarlo todo en el alma que sojuzga. El recuerdo de las palabras de su prima, respecto de aquella música, asaltó su mente, y la imagen de G. Gottschalk surgió como una sombra más, en las tinieblas que ofuscaban su espíritu.

-¡Entonces también me engañaba! -exclamó- ¡mentía en esas melodías celestiales, como mentía en sus palabras de amor!

Y asíéndose a su orgullo, y elevándolo a la altura de su dolor, arrojó con un ademán colérico aquellas 69 benéficas lágrimas; sereno su semblante, ensayó en el espejo una sonrisa y fue a reunirse a su prima, que lo llamaba porque era hora de partir.

Poco después, en uno de los más visibles palcos de primera, viose en compañía de las dos más bellas jóvenes de la fiesta, al león de los salones, al codiciado ensueño de las hermosas, que desde luego hicieronlo el punto de mira de sus gemelos.

En cuanto a Enrique, parecióle Alina la muchacha más linda que hasta entonces habían contemplado sus ojos. El recuerdo de la indiscreta revelación que poco antes le había hecho su prima, halagó su espíritu; díjose que sería altamente descortés el no ofrecer a esa deliciosa niña algunas flores de galantería; y pensando además, que debía castigar y olvidar, dióse a obsequiarla con lisonjas apasionadas, que llegaban al corazón de la joven transformadas en ondas de ventura.

Quien hubiera observado aquella noche a Enrique, habría notado que su actitud era violenta, y forzada su sonrisa; y que frecuentes distracciones absorbían su mente y le cortaban la frase. Mas sus compañeras, la una interesada en creer, la otra demasiado ocupada de sí misma, juzgaronlo apasionadamente enamorado, y él mismo embriagado con sus propias palabras,

comenzó a sentir en ellas un eco de verdad, y cuando salió del teatro dando 70 el brazo a la bella Alina, orgulloso de las miradas de admiración y de envidia que encontraba al paso, creyose casi curado del mal que roía su alma.

Apenas había tenido tiempo de cambiar con los bellos ojos de Alina la última mirada, al partir el carruaje que llevaba a las dos amigas, cuando una mano vino a posarse familiarmente en su hombro.

-¿Qué es esto? -exclamó Eduardo, uno de sus íntimos amigos, con gozosa admiración- ¿tú, en la tierra de los vivientes, misántropo del amor? ¿Qué milagro te devuelve a la sociedad, a tu bella prima, a tu carrera de conquistas?... porque, no lo niegues, acabas de hacer una.

-¡Una conquista! ¿A qué das tú ese nombre?

-Al hecho de pasar toda una velada al lado de una mujer, monopolizando sus miradas; sus sonrisas, atravesar el largo trayecto del palco al estribo del carruaje llevándola tiernamente apoyada en vuestro brazo, mirando vuestros ojos en sus ojos; decirse adiós en una cariñosa ojeada... ¡Bah! sino es eso una conquista... Pero ¿qué es lo que ha pasado allá bajo las encantadas arboledas de la Magdalena? ¡Tú aquí! ¿Ha entrado en aquella deliciosa casita el fuego o la peste?

-Al contrario, como que a esta hora se duerme allí tranquilamente.

-¡Ah! ya sé. ¡Una querella! ¿Estás celoso de R. 71 J., que mezcla siempre el nombre armonioso de María en sus sentimentales cantos? ¿Has enojado acaso a tu despótica beldad con alguna mirada que osaste dirigir a otra, un suspiro de que no le diste cuenta al momento? O bien...

-Basta de suposiciones, Eduardo, no la veré jamás: estamos separados para siempre: ya lo sabes todo.

-¡Oh! no te enfades, y recibe más bien mis sinceras felicitaciones. Ya era tiempo de sacudir ese yugo feudal que te sujetaba, lejos de tus amigos y de la sociedad, a los pies de una mujer que, si es linda, carece de posición, y no tiene más fortuna que una casita rústica, un bosquecillo de rosales, su piano y sus pinceles, objetos admirables bajo su mano, es cierto; pero sin valor intrínseco en nuestro metalizado mundo.

Conclusión: a un joven rico y brillante como tú, una rica heredera como Alina Wilson, que representa una gran fortuna, y un nombre nobiliario en Inglaterra.

Entretanto, para recatar de alguna manera la vergüenza de esa tonta existencia que llevabas, entrégate a la deliciosa vida de soltero, y saborea alegremente sus últimos goces.

-¿Quieres cesar de fastidiarme con tus ruines especulaciones?

-Sí, a condición de que tomes parte en la fiesta 72 que tiene lugar esta noche en los salones de Tulia.

-¿Quién es Tulia, si gustas decírmelo?

-Quién es Tulia... ¡ah!... si olvidaba que hablo con un antípoda. En verdad, que de un año acá te has hecho enterrar vivo. ¡Oh! ¡tengo lástima de ti!

¡Tulia! Figúrate, desgraciado, un ser delicioso, fantástico, verdadero Proteo que reviste sucesivamente todas las gracias y los más opuestos géneros de belleza. Creola nuestra fantasía una noche que, fastidiados de las monótonas veladas del Club, inventamos un palacio encantado rodeado de sombrosos jardines, dominio de una misteriosa beldad, que nos reuniera en

suntuosas soirées en medio a un cortejo de hermosas mujeres, ocultas como ella, bajo el picante antifaz.

Un comité fue encargado de arreglar con doce mil soles al mes, la regia morada de Tulia; y otro entre los mejor relacionados, de renovar el personal de cada fiesta.

Esta noche soy yo el caballero de la reina, ¿quieres ocupar mi lugar?

-¡Y bien! ¡sí!

-¡Hurrah!... ¡Curado el joven! ¡curado del tonto amor que lo encerraba en un limbo!

¡Ah! cuántas veces, echándote de menos en los 73 bailes, en las carreras de caballos, en las partidas de campo, he maldecido a tu María, que...

-Eduardo, si no quieres que cierre tu boca un bofetón, no pronuncies jamás ese nombre.

-¡Me callo! ¡me callo! Haz de cuenta que nada he dicho... ¿Pero vendrás a la fiesta?

-Iré: lo he dicho ya. ¿Se juega allí?

-¡Por supuesto! ¿Qué fiesta puede haber sin juego?

-Entonces, vuelvo a casa para tomar dinero. ¿Vienes conmigo?

-Es mejor que adelante para anunciarte. He aquí mi tarjeta de introducción.

-Soirée de Tulia, Naranjos, 4...

-Está bien

-Hasta luego. ¡Oh! ¡qué placer voy a dar a tus amigos!...

José salió al encuentro a su amo para ayudarlo a desnudarse. Enrique le ordenó dejarlo solo, y entró en su cuarto. Abrió su escritorio tarareando el rondo final de la ópera. Quería aturdirse, y acallar con la algazara de la vida exterior el lamento que se elevaba en su alma.

Llenó de oro sus bolsillos, y sonriendo con amargura: estoy en fondos -se dijo-, y puedo perder largamente. ¡Llevo hace un año una vida tan tonta!

74 Eduardo tiene razón: era tiempo de que todo esto acabase.

Queriendo tomar algunos billetes de banco, abrió por distracción una gaveta llena de cartas.

Al verlas, Enrique retiró bruscamente la mano, cual si hubiera tocado un áspid.

Pero una fuerza superior a su cólera lo atrajo de nuevo hacia ellas.

Abríalas una a una, y leía su última frase:

«¡Tuya! ¡Tuya!».

¡Sí, pero a condición de ser caprichosa, coqueta, altiva, exigente, y de no dar jamás explicación de los misterios de mi conducta!

Y Enrique, indignándose de más en más al eco de su propia voz, las estrujaba entre sus dedos: ¡pero luego, el suave olor del lirio que de aquellas cartas se exhalaba, un delicioso miraje, el miraje del pasado, surgió en su mente, con sus encantadas horas de intimidad y de abandono, al lado de una mujer idolatrada; sus juegos, en que ambos se tornaban niños; sus querellas, que estrechaban cada vez más los lazos de su amor! Y, sin embargo, todo había acabado, y, no debían volver a verse los que así habían vivido de una sola vida, no teniendo los dos sino un solo pensamiento, un solo anhelo, una sola voluntad.

Y Enrique se preguntó qué haría en adelante de su existencia dividida, trunca, vacía de la felicidad que 75 antes la llenaba; y el

pensamiento del suicidio anegó su espíritu, y su mano cogió un revólver. Pero la vista de aquellas cartas lo detuvo.

-¡Todavía no! -se dijo-. Es necesario devolverle sus cartas... ¡Verla otra vez!

Llamó y pidió su caballo.

-¿El señor ignora que son las dos de la mañana? -observó admirado José.

-¿Te lo he preguntado acaso?

José obedeció en silencio.

Cinco minutos después, Enrique salía de su casa a toda brida.

-¡Enrique! ¡Enrique! -gritó una voz algo abombada-. ¿Adónde corres así?

¿Quieres desventurado, hacerme perder la apuesta de un costoso lunch?

Eduardo hablaba todavía, y ya el jinete había desaparecido.

Media hora más tarde, con el corazón agitado por un sentimiento indefinible, mezcla confusa de dolor, de cólera y de un gozo amargo, Enrique flanqueaba los vergeles de ese lindo pueblecito, oculto como una violeta entre los oasis sembrados acá y allá, en las riberas del océano.

De pronto, su caballo, sin necesidad de la brida, se detuvo ante la reja de madera que cercaba un huerto en cuyo centro una graciosa casita de madera pintada al temple, blanqueaba entre el ramaje.

Enrique ató su caballo al tronco de un sauce, salvó la reja y atravesando el huerto, se dirigió a la casa.

Los perfumes embriagantes de las rosas, de los jazmines y azahares saturaban el aire llevando a su corazón, en ondas del dolor, el recuerdo de una dicha desvanecida.

Enrique dio vuelta en torno de la casa. Una puerta-ventana de esas que dan salida a los jardines en las villas italianas, estaba abierta e iluminada.

Enrique se detuvo ante ella. Una mujer vestida de blanco, los codos apoyados en una mesa y el rostro oculto entre las manos estaba inmóvil y silenciosa. Delante de ella veíanse los fragmentos de un retrato.

Al ruido que la arena hizo bajo el pie de Enrique, un rostro bello aunque en extremo pálido se volvió hacia él.

-¡María! -iba exclamar Enrique; pero una fría mirada cambió aquella apasionada invocación en una frase ceremoniosa.

-Suplico a usted señora -la dijo-, que me perdone si, aunque con profundo disgusto, regreso a su casa. Mañana emprendo un largo viaje; y antes de partir me es necesario devolver a usted objetos que no pueden confiarse a nadie.

77

Y le presentó un paquete de cartas.

Recibióla ella en silencio y lo arrojó sobre la mesa.

-¿Me será permitido demandar igual restitución? -añadió Enrique, irritado de esa aparente serenidad.

María se levantó, fue hacia un escritorio, tomó un paquete sellado y se lo entregó.

-¡Estaban listas!

-Sí, señor.

Nada había ya que decir ni que esperar y sin embargo, Enrique permanecía aun allí. Parecíale que sus pies habían echado raíces en aquel sitio donde tanto tiempo había habitado su alma.

-¡Ah! -dijo- ¡he aquí todo concluido entre nosotros! he aquí extraños

el uno al otro. Sin embargo... antes de separarnos para siempre, ¿no querría usted dejarme un sentimiento menos amargo? ¿no procurará usted justificarse?

María irguió su bella cabeza y guardó silencio.

-Pues, bien -díjole Enrique, haciendo esfuerzo para ahogar un sollozo que quería mezclarse a su voz; pues bien, cualquiera que sea lo que acontezca, acuérdesse usted que la he perdonado.

-¡Perdonarme! -exclamó ella- ¡perdonarme! ¿qué? ¿El haber ultrajado mi amor? ¿el haber hecho la desgracia de mi vida? ¡Ah! si uno de nosotros tiene que perdonar, no es ciertamente usted, señor.

78

-¡No soy yo! -exclamó Enrique dando un paso hacia ella-. ¡Ah! dígnese usted al menos decirme...

-¡Nada! ¡señor, nada! ¿Para qué servirían las explicaciones? Tan solo para probarnos una vez más, que nuestras almas no se comprenden, y que el camino de la vida es para nosotros muy diferente. El de usted es brillante, sembrado de flores: usted lo recorrerá sin obstáculos y la dicha vendrá a su encuentro, complázceme en creerlo, y solo deseo que un día se arrepienta. He ahí todo lo que tengo que decir. Adiós.

La voz de María se apagó a estas palabras; pero, dominando inmediatamente aquella impresión; revistió su semblante de una serenidad que exasperó a Enrique.

Habría querido verla desolada, derramando lágrimas tan amargas como las que él sentía rebosar en su propio corazón.

-¿Rehúsa usted justificarse? -díjola con amarga ironía-. Tiene razón usted, porque yo no daría fe a sus palabras.

-Y bien -replicó ella-, ¿por qué agriarnos más con discusiones inútiles? Separémonos sin ofendernos de nuevo: ¿No sabemos ya que nuestros caracteres no simpatizan? Todo queda reasumido en estas palabras: usted no me amaba, no me estimaba bastante para confiarme su honor y la felicidad de su vida.

79

-¡Que no la amaba! -exclamó Enrique con una explosión de resentimiento. ¡Ah! ¿no es usted quien hace seis meses está aplazando indefinidamente el día de nuestra unión, sin expresar el motivo? ¿Qué ha destruido mi confianza, sino la conducta culpablemente misteriosa que usted observa conmigo de un tiempo a esta parte? ¿Se dignó explicarme su turbación cuando yo llegaba más temprano que de costumbre? ¿Ha querido usted jamás decirme quién le escribía esas cartas que nublaban su frente o la hacían resplandecer de gozo? ¿Y ese joven que encuentro siempre en el camino de esta casa, y cuya vista hace nacer en los labios de usted una sonrisa de secreta inteligencia quién es?

En fin, esta tarde llego y encuentro a usted radiante de una alegría, cuya causa se obstinó en ocultarme, a mí, que vivía de su vida... Durante nuestra discusión oigo pasos en su gabinete de pintura; quiero entrar y usted se opone; insisto, y usted se coloca delante de la puerta. ¿Qué debía yo creer? ¿Qué había tras de esa puerta? ¡Ah! dele usted si puede, otro nombre que no sea éste: ¡Infamia!

Una llamarada de indignación brilló en los ojos de María, que levantándose, pálida y erguida, fue a abrir la puerta de aquel gabinete.

-Enrique -dijo, haciendo un gran esfuerzo para afirmar su voz-, la mayor prueba de amor que usted 80 pudo darme habría sido el fiarse en mi palabra; creerme, cuando respondía a cada injuriosa sospecha que usted me arrojaba al rostro. ¡Te amo! ¡te amo! Pero no: suspicaz como un corazón sin generosidad, celoso como quien sabe engañar, ha sido usted duro, injusto, egoísta. No reflexionaba que siendo usted rico y yo destituida de fortuna, debía mostrarme altiva, y rehusar muchas veces justificarme. Sabiendo bien que, la familia de usted aristócrata de raza y de dinero, deseaba darle una esposa acaudalada nunca habría concedido a usted mi mano, si un abogado, antiguo amigo de mis padres no hubiera descubierto en unos antiguos documentos, mi legítimo derecho a una cuantiosa herencia. Era forzoso entablar un litis, y aquel hombre generoso, dolido de mi orfandad, lo siguió con incansable solicitud, hasta hoy, que la corte falló definitivamente en mi favor.

Esta era la causa de ese retardo que tanta sombra arrojaba en el ánimo de usted.

Mi protector, impedido por los años y una dolorosa parálisis, me escribía las noticias buenas o malas que debía darme. Su hijo me traía, las cartas, y recogía las firmas necesarias en aquel litigio. Ese era el joven cuya presencia inspiraba a usted ofensivas sospechas. Entretanto, y mientras mi abogado arrancaba de manos de un usurpador mi perdida fortuna, aprovechaba yo aquella dilación 81 para acabar un cuadro: el retrato de una noble y hermosa mujer muerta víctima de su celo caritativo durante una epidemia.

-Consagrábalo a su hijo, que muchas veces había llorado conmigo el temprano fin de aquel ser idolatrado. Ayer había alguien oculto en este gabinete, es cierto; pero era mi maestro, que habiendo conocido el original, daba a mi obra los últimos toques.

A estas palabras, acercándose a un gran cuadro colocado en el caballete apartó el velo que lo cubría.

-¡María! -exclamó Enrique cayendo de rodillas ante ella, y ante el retrato de su madre.

-He ahí -continuó ella, con frialdad-, he ahí explicadas esas reservas que una alma leal habría aceptado sin examen.

-Pero usted lo ha destruido todo con su violencia y sus injuriosas suposiciones; ha ofendido mi dignidad en lo que tiene de más sagrado: el honor; ha herido profundamente mi corazón, y roto en él para siempre los lazos que nos unían.

Y María pálida pero firme y serena, dejó el cuarto sin dirigir a su amante una mirada.

Enrique salió de aquella casa loco de dolor. Atravesó el jardín, cuyas flores balanceándose al húmedo ambiente del alba, se inclinaban ante el cual amigos que lo saludaran al paso. Volvió a saltar la 82 reja y pasó al lado de su caballo sin verlo, sin oír el relincho lastimero con que el pobre animal lo llamaba.

-¡No me ama ya! -exclamaba, marchando a largos pasos- ¡la he ofendido, y quiere castigarme, arrojándome de su presencia; desecha mi amor, quiere que muera!

Al llevar la mano al corazón encontró el revólver con que poco antes los celos lo habían armado. Enrique lo estrechó contra su pecho como a su

última esperanza.

-¡Muramos! -dijo-, aquí cerca de esa morada, donde mi alma vagara eternamente en busca de la suya.

Miró hacia el oriente, que comenzaba a teñirse con los rosados tintes de la mañana.

-¡Al primer rayo de sol! -se dijo, acariciando el cañón de su revólver.

En ese momento una mujer cubierta de harapos, lívida y demacrada, llevando consigo dos niños, uno en los brazos, el otro de la mano, pasó al lado de Enrique, arrastrándose a lo largo del camino.

A esa vista, un sentimiento de piedad distrajo un momento su espíritu de la siniestra idea que lo absorbía. Acercose a la triste madre y le preguntó por qué se encontraba a esa hora, en aquel paraje desierto, desamparada y sola.

-¡Ay de mí! -respondió la desventurada-, como nos ve usted ahora, señor, así nos hallamos ya en el mundo: huérfanos y sin asilo. Vivíamos del diario trabajo de mi marido pero caímos los dos, al mismo tiempo enfermos: fue necesario separarnos para ir al hospital, él a San Andrés, yo a Santa Ana, con mis hijos.

Ayer encontrándome sin fiebre, diéronme de baja, y me encontré a la puerta del hospital más débil y enferma en la convalecencia, que lo había estado en la enfermedad. Arrastreme con mis hijos hasta Malambo donde vivía, en un callejón, pero durante mi enfermedad, el casero había alquilado mi cuarto. Fui a San Andrés en busca de mi marido, y lo encontré tendido en el De profundis... ¡Juzgue usted, señor, mi situación!... Sin saber dónde volver los ojos, pensé en unos parientes lejanos que residen en la Magdalena, y vengo a pedirles un asilo.

En medio de su desesperación, Enrique pensó con una vislumbre de gozo que el oro que llenaba sus bolsillos, destinado a una noche de orgía, podía ahora derramar el consuelo en aquellos desgraciados. Vertió en la raída manta de la pobre viuda que cayó de rodillas con sus niños, implorando para su bienhechor las bendiciones del cielo.

-¡Orad por mí! -les dijo él, alejándose. Y su voz a estas palabras tenía un acento lúgubre, porque una ; luz dorada comenzaba a colorear las copas de los árboles.

Enrique tomó su arma, y envió a María su último pensamiento; a Dios su última plegaria...

.....

De repente, un brazo cariñoso rodeó su cuello: un rostro pálido y mojado de lágrimas se apoyó en su rostro.

-¡Perdón!

-¡Perdón! -dijeron ambos a la vez.

-Y el primer rayo de sol, aguardado como una señal de muerte, alumbró la felicidad de dos seres que casi hubo de separar para siempre el exceso mismo de su amor.

Poco después, con gran sorpresa de sus amigos y de la sociedad limeña, que la idolatraba, la linda Alina Wilson, hija de un ministro extranjero,

arrancándose al abrazo paterno que anhelaba retenerla, dejaba para siempre las playas del Perú.

¿Por qué abandonaba así, padre, amigos, adoraciones?

¡Ah! es que, por una ley fatal, aquello mismo que hace la felicidad de una alma, hace la desventura de otra.

En el mundo moral, como en el mundo físico, la luz es causa de la sombra.

Fin de Una querella

Belzu

- I -

Al escribir estas líneas, que bosquejan a grandes rasgos la figura del hombre ilustre cuyo nombre las encabeza, he creído cumplir un deber. Mientras las traza mi humilde mano, dos plumas magistrales se ocupan del mismo objeto, y desarrollarán de un modo brillante los detalles de aquella esplendorosa existencia. Pero la vida humana, y notablemente la de que nos ocupamos tiene dos faces: una de luz, otra de sombra. Una iluminada por los rayos de la dicha, de la fortuna, de la gloria; la otra perdida en la oscuridad de la pobreza, en las tinieblas de los días de dolor y de prueba. Los dos ilustrados biógrafos, fueron testigos y parte integrante de la primera: yo, compañera inseparable de la segunda.

Por tanto, y esperando que este modesto relato sirva en algo al complemento de aquellos importantes trabajos, lo he seguido, y le doy cima.

86

Manuel Isidoro Belzu nació en la Paz el 4 de abril de 1811. Fueron sus padres don Gaspar Belzu y doña, Manuela Umeres. Recibió su educación primaria en las aulas que los Padres franciscanos tenían en el convento de este orden. Su grande inteligencia le habría hecho distinguir con brillo en la carrera de las letras, si desde muy temprano el joven Belzu no hubiese manifestado un carácter inquieto, aventurero y caballeresco, que se avenía mal en los bancos escolares, y pedía instintivamente una espada y un corcel.

En efecto, apenas a la edad de 13 años, se escapó un día del aula, fue a

reunirse al ejército independiente pocos días antes de la batalla de Zepite, y con el fusil al hombro, combatió como soldado en aquella gloriosa jornada. Después, envuelto en el desastre que la siguió, disperso, a pie, y ocultándose de pueblo en pueblo, fue reconocido y arrestado por un oficial amigo de su familia, que lo trajo a la Paz y lo entregó a su madre.

El joven volvió al aula pero no su pensamiento, ni sus aspiraciones, que habían quedado entre las filas de los libros; y las visiones de la guerra venían de continuo a interponerse entre él y los libros de la ciencia, y así pasaron dos años; y los días gloriosos de Ayacucho vinieron, y el ejército libertador se 87 derramó como una avenida de luz en todo el alto Perú.

El general Sucre había distinguido entre los oficiales de la secretaría del virrey La Serna a un joven inteligente y laborioso a quien dio su confianza y lo llevó a su lado. Era este un hermano de Belzu, mayor suyo en muchos años, y que habiéndolo criado, lo amaba como a un hijo.

A su paso por la Paz, tomolo consigo, y lo llevó a Chuquisaca, dándole colocación como escribiente en una de las secciones del ministerio.

Pero no era esa la cuenta del joven Belzu. Aborrecía de muerte la existencia sedentaria de las oficinas; frecuentaba las academias militares, y quien lo buscaba estaba seguro de encontrarlo, con el libro de ordenanzas en la mano, sentado en el escaño de los oficiales de guardia a la puerta de los cuarteles.

Un día que el batallón, Legión Colombiana, había salido de Chuquisaca con destino al Cuzco, hacia el fin de la etapa, el capitán Salaverry que mandaba granaderos en aquel cuerpo, fue abordado por un muchacho que le pidió lo diese de alta en su compañía. El capitán reconoció en él al oficinista visitador de los cuarteles: ¿qué descubrió aquel héroe en ciernes en el niño que tenía a la vista? Lo cierto es que en el momento lo recibió como distinguido, y le dio un puesto en la marcha. Desde ese día, Salaverry 88 lo tomó a su cargo. Usando con él de un extremado rigor, al mismo tiempo que lo enaltecía, elevándolo así, y tratándolo como a igual suyo, imponíale todas las cargas, y le daba todo los trabajos de la Mayoría del cuerpo, encargada a él en ausencia del segundo jefe. Nunca lo apartaba de su lado. Él mismo le enseñó el manejo de las armas; y el joven ganó, tanto con aquella intimidación, que muy luego obtuvo el grado de subteniente. Belzu recordó hasta el último día de su vida, la saludable influencia que aquella severidad protectora ejerció en su juventud; y cuando vino al Perú con el ejército boliviano en la inicua invasión de 1839, rehusó siempre su acción personal en los combates contra aquel que, según su propia expresión, había dado nueva vida a su alma.

En 1828, iniciada y abierta la campaña contra Bolivia, Belzu vino con el ejército peruano, más bien que como soldado, como acompañante de la esposa del general Gamarra, que lo estimaba y distinguía entre los oficiales de su clase.

Llegado el ejército al Desaguadero, Belzu, viendo realizarse la invasión, pidió su separación servicio, en razón de no poder entrar a su patria como enemigo. Gamarra quiso disuadirlo de aquella idea; pero la bella Francisca Subiaga, que también sabía comprender todo lo que era noble y generoso 89 aprobó la resolución del joven; lo abrazó, y usando del supremo

ascendiente que ejercía en el ánimo de su marido, le ordenó acceder a aquella demanda.

Belzu volvió a su país, donde poco después tomó servicio como primer ayudante en el batallón 1.º de Bolivia.

Posteriormente, habiendo caído en desgracia del general Santa Cruz, presidente de la República en aquella época, fue confinado a Cobija en clase de ayudante de aquella gobernación.

Belzu marchó a desempeñar aquel triste destino con la alegre imprevisión de la juventud, y permaneció allí algún tiempo; pero un día, a consecuencia de una carta en que su anciana madre le manifestaba el temor de no volver a verlo a causa del estado deplorable de su salud, Belzu, sin solicitar licencia de nadie, ensilló su caballo, ciñó su espada y partió.

Llegado a la Paz, fue a presentarse al general Santa Cruz.

Este, al verlo, se imaginó alguna novedad ocurrida en el puerto; y le preguntó el objeto de su venida.

-El destierro me era insoportable -respondió Belzu, con la cruda franqueza que le fue característica-. No he cometido ninguna falta que pudiera autorizarlo, y vengo a pedir a usted que lo haga cesar.

Santa Cruz, acostumbrado al servilismo que lo rodeaba, quedó aturdido ante aquella audacia 90 inaudita en los fastos de su administración; mas volviendo luego de su asombro a impulsos de la cólera, avanzó hacia Belzu con el puño levantado. Pero el joven oficial dando un paso atrás, y desnudando a medias su florete, le dijo con serenidad y mesura:

-Conténgase vuestra excelencia, y lleve entendido, que, si valiéndose de su autoridad, quiere ultrajarme, la nación me ha dado esta espada para hacer respetar al soldado que la sirve.

Santa Cruz se contuvo, en efecto; pero mordíendose el labio de rabia, llamó a su guardia, y haciendo aprender a Belzu, lo mandó en reclusión a la fortaleza de Oruro.

Un día que el coronel Ballivian pasaba por aquel punto con el batallón lo que mandaba, fue a visitar en su prisión al ayudante que le habían quitado para enviarlo al destierro. Ballivian lo estimaba. Llamábalo el bajo del batallón; lo echaba de menos y escribió a Santa Cruz pidiéndole su libertad y su antiguo puesto en el cuerpo.

Santa Cruz concedió lo primero; pero envió a Belzu como supernumerario al batallón N.º 3, que se encontraba en Chichas, y que poco después pasó de guarnición a Tarija.

Allí, Belzu conoció, amó y se unió en matrimonio con una hija del general Gorriti, emigrado argentino.

Demasiado jóvenes ambos esposos, no supieron 91 comprender sus cualidades ni soportar sus defectos; y aquellas dos existencias se separaron para no volver a reunirse sino en la hora suprema al borde del sepulcro.

Santa Cruz, que en su prevención contra Belzu, y a pesar del relevante mérito del joven oficial, lo había postergado hasta entonces, le dio al fin, pero como regalo de boda, la efectividad de capitán, y el grado de sargento mayor.

Después, y sucesivamente, sirvió en el batallón N.º 4 y en el ministerio de la guerra, donde se hallaba cuando en mayo de 1835 se abrió la campaña sobre el Perú.

En la batalla de Yanacocha, donde se distinguió entre los más valientes, fue ascendido a comandante y segundo jefe de un cuerpo, con el que siguió la campaña sobre el norte.

Belzu desaprobó abiertamente la actitud del mandatario de Bolivia, desde el momento en que de auxiliar se convirtió en conquistador. Consagró lágrimas de dolor y de indignación al sacrificio de la ilustre víctima del 18 de febrero, y nunca, según su propia expresión -nunca sino en aquella guerra impolítica, el cumplimiento del deber militar fue penoso para él. Así, cuando el ejército llamado pacificador hubo llegado a Lima y que Belzu encontró incorporados 92 a él muchos de sus antiguos camaradas del ejército peruano que ahora lo abordaron cariñosos, él se alejó de ellos con desprecio: aquella alma honrada no podía perdonarles su traición.

Entre esos hombres había uno, que, incapaz de comprender el noble sentimiento que dictaba la conducta de Belzu en aquella ocasión, se vengó de él más tarde; pero como se vengan los traidores; con una venganza ruin. Ese hombre se llama Pezet.

Entretanto, a pesar de las ideas subversivas de Belzu, el ánimo de Santa Cruz había cambiado mucho respecto a él.

Desde Yanacocha las cualidades de este bravo oficial lo habían forzado a estimarlo; pero demasiado orgulloso para olvidar la severa lección que dio un día a su despótica arbitrariedad, lo mantenía alejado. Mas después del ataque de Ninabamba, en que el valor y la serenidad de Belzu salvaron el honor boliviano, forzando al enemigo a una pronta retirada, Santa Cruz lo olvidó todo, abrazó a Belzu, colmolo de elogios, y lo llevó a su lado.

Abierta la campaña del norte contra el ejército chileno, Belzu dejó de ser edecán de Santa Cruz para servir como segundo jefe en el batallón N.º 4, se distinguió en Buin, y otros encuentros con los valientes hijos de Lautaro.

Un día, el 20 de enero de 1839, los dos ejércitos, 93 perú-boliviano y chileno-peruano, se encontraron frente a frente en los campos del Yungay.

Los hijos de los héroes de Maipú, a fuerza de audacia habíanse hecho dueños del cerro conocido con el nombre de «Pan de azúcar», y desde allí acribillaban con un fuego mortífero el ejército boliviano.

Santa Cruz, viendo diezmados sus escuadrones, que comenzaban a desbandarse tendió en torno una mirada, y exclamó con esa voz que resonó triunfante en Pichincha:

-Venga aquí el soldado más valiente, quien quiera que sea; tome una compañía, y desaloje a los chilenos de aquella cumbre.

Santa Cruz no había acabado de hablar, cuando Belzu, al frente de una compañía, escalaba las ásperas pendientes del cerro.

Un momento después, cubierto de ensangrentado polvo, bajaba solo: la compañía entera había sucumbido.

Sin proferir una palabra; sin pedir órdenes, tomó otra compañía y volvió a la carga.

-Bien ¡comandante Belzu! -le gritó Santa Cruz a lo lejos.

El combate fue ahora largo, encarnizado. Belzu a pie y espada en mano subía al través de la tromba de balas que venían de arriba y barrían a sus soldados, 94 cuyos mutilados cuerpos rodaban a los precipicios que

flanqueaban su camino.

De repente, y a la revuelta de un peñasco donde se había empeñado una lucha cuerpo a cuerpo, una voz, dominando el tumulto de las armas, gritó en lo alto saliendo de las filas enemigas:

-¡A la derecha, bravo oficial!

Belzu instintivamente se inclinó hacia aquel lado.

En el mismo instante, un trozo de roca, empujado por la mano de un soldado chileno, cayó a su izquierda y se estrelló en tierra.

Poco después Belzu bajaba de nuevo solo: toda su gente había perecido, y él volvía en busca de otro refuerzo.

Esta vez Santa Cruz lo detuvo.

-Basta, bravo entre los bravos -le dijo con voz solemne-. El deber está cumplido, el honor satisfecho. Salvemos a nuestros soldados.

En el desbanda completo de aquella retirada, Belzu, merced a la influencia que comenzaba ya a ejercer en el ánimo de estos, fue parte a mantener el orden, y reunir a los dispersos, con lo que se logró formar una división compuesta de dos batallones.

Los generales Otero y Pardo de Zela se pusieron a la cabeza de esta fuerza y marcharon al Sur en la intención de reunirse a Santa Cruz.

Nada se opuso a su paso, hasta el punto de 95 Cora-cora más allá de Ayacucho. Allí supieron que aquel a quien iban a buscar, noticioso de la revolución que le cerraba las puertas de Bolivia, se había embarcado en Yslay, y navegaba hacia Guayaquil. Abandonados de su jefe, Otero y Pardo de Zela pensaron al fin en capitular. Para ello era necesario mandar las condiciones al encuentro de Gamarra; y Belzu elegido para el desempeño de esa misión, peligrosa en aquellas circunstancias, marchó inmediatamente a cumplirla.

Dos días después, el coronel Desestua, destacado con una división al alcance de los restos del ejército de la confederación, detenía a Belzu y lo hacía prisionero. Conducido al Callao y encerrado en Casamatas con los oficiales bolivianos que cayeron en manos de los vencedores, muchos entre estos antiguos compañeros suyos en el ejército peruano quisieron sacarlo de allí, garantizando su libre morada en Lima. Belzu rechazó este servicio de la amistad, no queriendo abandonar a sus compatriotas en el infortunio. Y en efecto durante aquel largo cautiverio, Belzu fue su sostén y su campeón contra la arbitrariedad y las crueldades que el gobernador del Callao, pretendía ejercer con los desgraciados prisioneros.

Si en el campo de batalla había desplegado valor y arrojo, no fue menos el que manifestó desde el 96 fondo de esa mazmorra, exponiéndose diariamente a la venganza de aquel funcionario. Hoy arrancaba de la puerta del calabozo común, un cartel humillante, fijado allí por orden del gobernador; mañana, rechazado un nuevo ultraje inferido por este a sus desventurados compañeros salía al encuentro a aquel loco, y lo arrojaba a empujones del recinto de la prisión.

Así, poseídos de gratitud y admiración ante aquel enérgico comportamiento, los prisioneros bolivianos, entre los que figuraban jefes de alto grado, dieron a Belzu el mando de la triste colonia, sometiéndolo todo a su voluntad. De entonces data el ascendiente poderoso que ejerció durante su vida en el alma de sus compatriotas, y que después de su muerte sublevó un pueblo entero a la sola presencia de su cadáver.

Restituido a la libertad en virtud de un tratado entre el Perú y Bolivia, Belzu regresó a la patria rodeado de un prestigio, que pasó en alarma a los ambiciosos, y que después fue con sobrada razón, motivo de recelo para los gobiernos.

Sin embargo, el general Velazco, presidente de Bolivia, lo recibió con distinción, ascendiolo a teniente coronel, y le dio el mando del batallón 7.º de línea, cuerpo recién formado, y que Belzu puso luego en pie brillante de disciplina.

Derrocado el gobierno Velazco por una revolución, 97 el general Agreda y el coronel Goitia, que la encabezaban, proclamaron al general Santa Cruz, asilado entonces en Guayaquil, y lo llevaron al poder. Belzu no tomó parte alguna, ni en pro, ni en contra de aquel movimiento: acantonado con su cuerpo en Laja, pueblo situado a seis leguas de la Paz, dejó correr los acontecimientos al grado de la casualidad, esperando, quizá imponerles, a una hora dada, el poderoso contrapeso de su influencia. Así, esa prescindencia fue luego sospechosa a los jefes que dirigían el nuevo orden de cosas. Atribuyéronla a miras de ambición personal, y resolvieron deshacerse de él, o al menos alejarlo del teatro político; pero temiéndolo mucho para atacarlo abiertamente, recurrieron a la traición.

Una noche que, habiendo cedido su alojamiento a la señora del general Vivanco, llegada allí de paso a la Paz, Belzu fue a pedir una cama en el del coronel Goitia, aprovecharon aquella ocasión, y mientras dormía, se arrojaron sobre él; ligaron sus manos, y custodiado por una fuerte escolta lo enviaron camino del Beni.

Pero no había el prisionero llegado todavía a Samaipata, cuando una nueva revolución ejecutada en el ejército por los partidarios del general Ballivian, lo restituyó a la libertad.

De regreso a incorporarse al ejército, encontró a 98 este en Sicasica, donde Ballivian se había retirado para reforzarlo a fin de rechazar la invasión peruana, que a marchas forzadas seguía sus pasos. Un mes más tarde, la aurora del 18 de noviembre encontró los dos ejércitos, peruano y boliviano, frente a frente, y alineados en orden de batalla a mitad de la extensa llanura de Ingavi.

El batallón 9.º que Belzu mandaba aquel día se encontraba a retaguardia y recibió orden de mantenerse allí de reserva. Belzu no tuvo paciencia para esperar que le mandaran entrar en acción: dejó el mando del cuerpo al 2.º jefe, desenvainó su espada y se arrojó a vanguardia, donde peleó como soldado.

Al siguiente día, Ballivian enviaba a Belzu un edecán portador de las charreteras de coronel y de una orden de arresto por haber abandonado su batallón para ir a batirse sin orden superior.

No obstante, aquella buena inteligencia entre Ballivian y Belzu no debía durar mucho tiempo. Aquellos dos hombres, sintiéndose de igual fuerza en arrojo, audacia y valentía, eran también demasiado semejantes en cualidades y defectos, para que pudieran respirar en paz la misma atmósfera.

Además, un militar de la importancia de Belzu, debía necesariamente inspirar emulaciones y concitarse enemigos, que deseando su caída, trabajaron para ello.

Las sugerencias de estos acabaron de indisponer contra él el ánimo de Ballivian, que, dado a toda suerte de recelos, quiso alejarlo del ejército y lo mandó a ocupar la prefectura y comandancia general de Cobija. Por una coincidencia singular el odio de dos mandatarios le había dado el mismo punto de destierro.

Mas, ahora, Belzu, lejos de fastidiarse en aquel arido y triste lugar consagrose enteramente a su mejoramiento material y administrativo. Llamado de nuevo cerca del gobierno, a causa de los amagos de la guerra con el Perú, a su arribo a la Paz fue nombrado comandante general de la división de vanguardia, y marchó a situarse en la frontera. Pero en el momento que recibía la orden de pasar el Desaguadero, y se disponía a ejecutarla, un despacho del gobierno lo llamó precipitadamente a la Paz. Ballivian lo recibió teniendo en la mano un anónimo en que acusaban a Belzu de conspiración en connivencia con los pueblos del sur. Dióselo a leer, y le hizo reconveniones en las que llevó el enojo a tal punto, que Belzu se vio forzado a renovar en aquella ocasión la escena habida entre él y Santa Cruz a la vuelta de su primer destierro.

Pero las cosas no pasaron esta vez como en 100 aquella; y si el hijo de Juana Basilia Caleumana sabía dominar sus pasiones hasta la hipocresía, el de Isidora Segurola era demasiado leal para ocultarlas, y muchas veces se dejaba arrastrar por ellas hasta el frenesí.

En un arrebato indigno en aquel grande hombre, llamó a su guardia, y haciendo prender a Belzu lo mandó de último soldado al batallón 9.º que con otros cuerpos se hallaba acantonado en el Obraje a una legua de la

Paz.

El coronel Honorato, designado para conducirlo, lo entregó al coronel Ballivian, jefe de aquel cuerpo, y Belzu, despojado de las insignias de su rango, fue dado de alta como soldado raso.

Este incidente produjo grande escándalo en el ejército. Los jefes se creyeron ultrajados en su clase, y los soldados, que tenían ya por Belzu esa adhesión que después se elevó a las proporciones religiosas de un culto, lo rodearon, murmurando sordas amenazas, que dieron a Belzu el pensamiento de una pronta venganza.

En efecto, hablar a la tropa y ponerla de acuerdo con sus proyectos, fue para él obra de pocas horas.

Dueño de todas las fuerzas acampadas en el Obraje, a las cuatro de la mañana del 5 de julio, mientras reinaban en torno la oscuridad y el silencio, levantose de repente del jergón en que yacía, y 101 dando la voz convenida a cuya seña la tropa se alzó en pie y tomó las armas, púsose a la cabeza del batallón 9.º y seguido de los otros cuerpos, marchó sobre la Paz.

Apoderose de la plaza sin ser sentido; marchó con tres compañías al cuartel del escuadrón que, junto con un batallón mandado por el coronel Dávalos, guarnecía la ciudad; sacó formados ambos cuerpos, y los llevó a incorporarse al resto de la fuerza. Enseguida, tomando dos compañías, se dirige a palacio, y ordena a la guardia abrir la puerta. Franca ya esta, no se encontró a Ballivian, que avisado a tiempo se había puesto en salvo. Viendo fracasado el movimiento en su objeto primordial, la tropa se inclinó a las sugerencias del coronel Mariano Ballivian, traído allí

preso; y el tumulto de la reacción recorrió las filas.

Belzu oyó los gritos de la defección; y rodeado de enemigos conoció que era necesario huir para salvarse.

En ese momento, una mano amiga echó sobre sus hombros una capa de paisano y lo impelió hacia una calle oscura y solitaria. Era el coronel Mariano Ballivian. Condiscípulo de Belzu, lo había amado siempre; y en ese momento, corazón magnánimo, no solamente lo amaba: lo admiraba. Belzu salvó a favor de la tenue luz crepuscular. 102 Solo, perseguido, y cercado por todas partes, guardose de intentar la salida de la ciudad, cuyas garitas estaban vigiladas; y pasando sobre millares de peligros, logró por fin refugiarse en la choza de un indio, a las orillas del río de Challapampa.

Allí vino a buscarlo un amigo, lo ocultó en un subterráneo bajo los cimientos de su casa, y con salida a la de una señora que vivía en el retiro acompañada de una negra.

A esta dio el ama el encargo de cuidar al fugitivo; misión que la negra desempeñó con la adhesión y fidelidad características en su raza.

Belzu, permaneció allí escondido tres meses, en tanto que, en la ciudad y sus contornos se hacían para encontrarlo, exquisitas diligencias.

Sin embargo, la monotonía de aquel encierro se volvió luego insoportable por el carácter activo, impetuoso y osado del proscrito, que sin hablar de ello a sus amigos, comenzó a buscar los medios de efectuar una fuga a pesar de los riesgos que la hacían imposible.

Una mañana de setiembre el señor Sáenz, argentino establecido en la Paz, se hallaba en la garita del Panteón y hablaba con el guarda en lo bajo del corredor al borde del camino.

Mientras hablaba, su mirada, vagando distraída, cayó sobre un indio que, con el képi a la espalda 103 y en la mano el bordón del viajero, subía la áspera senda que conduce a la cuesta. La elevada estatura de aquel hombre, extraña a la raza indígena, fijó su atención en el caminante, y los ojos de ambos se encontraron.

¡Cuáles serían su sorpresa y su inquietud al reconocer a Belzu!

Por una rápida inspiración, cogió bruscamente al guarda por el brazo, y le mostró un águila que volaba sobre sus cabezas, distrayendo de aquel modo la vigilancia del funcionario, mientras el fugitivo se perdía entre los matorrales del camino hondo y pedregoso que desemboca ante el arco del cementerio.

Acostumbrado a las rudas fatigas del soldado, y a favor de aquel disfraz, el proscrito caminó todo el día y a las siete de la noche atravesaba en una balsa el lago de Titicaca, y pocas horas más tarde, descansaba libre en el suelo del Perú.

No de allí a mucho, hallándose en Arequipa, llamolo de nuevo a Bolivia la revolución que, encabezada por los generales Agreda e Irigoyen, estalló en los departamentos del sur. Belzu se situó en Pomata; y una noche acompañado de algunos bolivianos que proscritos, como él habían venido a reunírsele, pasó el Desaguadero y se apoderó de la fuerza que lo guardaba; mas bien esta, al reconocerlos, se le plegó entrando de lleno en sus miras.

104

Al día siguiente se hacía dueño de dos compañías del batallón 1.º que

destacadas contra él de la Paz, a la primera noticia de su entrada al territorio boliviano, lo encontraron en Guarina y se reunieron a él con gritos de entusiasmo.

De allí se dirigió a la provincia de Muñecas, cuyos habitantes, levantados en masa, se pusieron a sus órdenes, proporcionándole toda suerte de recursos. Poco después, la revolución del sur, mal apagada en Vitiche, se extendió al norte, y estalló en la Paz, encabezada, por el coronel Ravelo, quien inmediatamente envió una comisión cerca de Belzu para llamarlo a nombre del pueblo, que reclamaba su presencia.

A su entrada a la Paz recibió Belzu espléndidas ovaciones; y el pueblo, reunido en comicios, le confirió la pluma blanca de general.

Muy luego la revolución se extendió en todos los ámbitos de Bolivia; Ballivian abdicó, retirándose al exterior, y Belzu fue llamado al poder.

Belzu lo rehusó, y envió emisarios al general Velazco, emigrado entonces en la República Argentina, y salió él mismo a su encuentro reuniéndosele en Sucre, y lo investió del mando supremo.

¿Qué motivos aconsejaron a Belzu no aceptarlo 105 para sí? La convicción, quizás, de que aun no había llegado su hora.

La verdad es que él empleó toda su influencia para sostener a Velazco en el poder, hasta que las intrigas de los partidos lograron separar a estos dos hombres, que, unidos, tanto bien habían hecho a Bolivia.

Impresionado por las sugerencias de Olañeta, hombre superior, ambicioso, e interesado en desquiciar el nuevo orden de cosas, Velazco empezó a desconfiar de Belzu, y muy luego la enemistad se declaró entre ellos.

Un día, con la excentricidad caballeresca genial en él, Belzu se declara desligado de sus compromisos con el gobierno, renuncia la cartera de la guerra que servía, y dejando la capital sin anunciarlo a Velazco, marchó al norte, donde unido a varios cuerpos del ejército, proclamó la revolución que aceptaron, Oruro, Cochabamba y la Paz.

Muy luego, y después de un combate con el resto de las fuerzas que le quedaban al gobierno, Belzu invocado por los pueblos, ascendía al poder. La narradora rehúsa seguirlo en aquel elevado puesto en que la esposa rehusó acompañarlo también.

Pero, llegado a esas cimas vertiginosas de la vida, Belzu no se deslumbró. Guardó siempre su rectitud incontrastable, su amor a la verdad, y una generosidad 106 que más de una vez desarmó a sus enemigos convirtiendo su odio en fanática adhesión.

Así logró frustrar infinitas revoluciones tramadas contra él en aquel país clásico de la conspiración, a pesar del oro de los ricos, enconados por la protección que dispensaba a los infelices indios, defendiéndolos de sus iníquas arbitrariedades con severa energía.

Realizó, en la hacienda pública, grandes economías que llenaron las arcas nacionales, mantuvo en respetuosa amistad a las repúblicas vecinas, y cumplido su período legal, caso único desde la fundación de Bolivia, transmitió el poder a su sucesor, y se retiró a Europa.

Allí vuelto a la vida privada, hacía notar por su conmiseración hacia los menesterosos. En aquellos países, donde la civilización, refinando los goces ha entronizado el egoísmo, mirábase con extrañeza y creíase loco a ese filántropo que recorría las comarcas derramando socorros y consuelos sobre los desgraciados.

Empuñó el bordón de peregrino y visitó la Tierra Santa; habitó bajo las tiendas del árabe; recorrió la Turquía y el Egipto; escaló las Pirámides, y subió el Nilo hasta sus cataratas.

En aquellas remotas soledades, fueron a buscarlo los primeros apremios de sus compatriotas que lo llamaban, invocando su civismo contra la despótica 107 arbitrariedad de Linares, elevado al poder por una revolución.

Belzu sabía a qué atenerse respecto a lo que ellos llamaban arbitrariedad en la conducta de aquel mandatario: sabía que era la severidad necesaria en ese país profundamente desmoralizado por la acción de una continuada guerra civil.

Así, no solamente la aprobó, sino que le escribió congratulándolo por aquel rigor saludable en esa actualidad: rigor a que él no tuvo necesidad de recurrir en iguales circunstancias, porque le bastaba solo el prestigio de su nombre.

Como Ballivian, como Velazco, como Córdoba, Linares cayó también, expulsado del poder por sus mismos amigos, y enfermo, casi moribundo, desamparado de todos, refugiose en Chile: y el general Achá, nulidad militar, fue elevado al poder.

Juguete de los partidos, durante el período de su administración se perpetraron en Bolivia atrocidades cuyo recuerdo estremece de horror, y que han dejado en aquel país una herencia de odios que no se extinguirá jamás.

- II -

La campaña de seis días

Bolivia acababa de ver sucumbir su poder constitucional, bajo la acción violenta de un motín 108 militar. Las causas que determinaron aquella catástrofe surgieron todas de la debilidad y vacilación que caracterizaron siempre los actos de la administración Achá.

El período de aquel mandatario tocaba a su fin. Las actas populares proclamaban la candidatura del general Belzu, y este nombre de mágica influencia en las muchedumbres, despertaba, de un confín a otro de la república, ideas de prosperidad y bienandanza, olvidadas hacía largo tiempo. La trasmisión legal iba a efectuarse, y Bolivia se presagiaba una era de ventura.

Sin embargo, aquel de quien la esperaba, en un voluntario ostracismo, se mantenía lejano. Sentado en los hogares de un pueblo extraño, solo, pobre y perseguido por la ruin venganza de un gobernante hostil, negábase al llamamiento de sus compatriotas, a los ruegos de sus amigos y al propio anhelo de su alma, no queriendo que su presencia influyera de manera en la espontaneidad del voto nacional.

Entretanto, una hoguera de intrigas ardía en el seno de esa patria, a cuya tranquilidad se sacrificaba él con tanta abnegación. Gavillas de ambiciosos recorrían el país, entregándose a toda suerte de manejos para escalar el poder.

Y así llegó el 28 de diciembre, en cuya alborada estalló en Cochabamba una insurrección de cuartel. 109 Encabezábala un soldado oscuro, uno de esos generales forjados por el favoritismo de actualidad, y cuyas charreteras arrancan burlonas sonrisas: Melgarejo.

¿Quién era ese hombre? ¿de dónde salió, y cómo cayó en las cuadras de un cuartel? Nadie se ocupó nunca de averiguarlo. Es probable que una de esas levas, que de vez en cuando espuman las masas, lo llevó a vestir la jerga del soldado.

Una noche en diciembre de 1840 estalló un motín en el batallón «Legión», que guarnecía la plaza de Oruro. Encabezábanlo tres sargentos. Choque, Pecho y Melgarejo.

El objeto de aquel motín fue el pillaje. En efecto, saquearon la ciudad y se dispersaron. Melgarejo fue a dar a Tacna, donde se hallaba emigrado el general Ballivian, que lo acogió en su casa, y después lo trajo consigo a Bolivia.

Después, solo tres veces ha sonado el nombre de Melgarejo: las tres en sentencias de muerte pronunciadas por consejos de guerra y revocadas por Belzu, que tres veces le salvó la vida.

El 20 de febrero de 18... la «Época de la Paz» registraba en sus columnas un voto de gratitud dirigido a Belzu por un reo indultado. Firmábalo Mariano Melgarejo.

He ahí el pasado del hombre que el 28 de diciembre asaltó como un bandido el poder constitucional, el 110 vándalo, que cañoneó una ciudad pacífica, entregada al sueño; y pisoteando el libro sagrado de la Ley, se investió del mando supremo por su propia autoridad, pasando sin transición de los bancos de la taberna al dosel presidencial.

Así, el primer acto de su sacrílego triunfo, fue dar muerte a la constitución. Disolvió el Consejo de Estado, suprimió el municipio, ese elemento equilibrador entre el gobierno y el ciudadano. Plantó la pluma blanca, consagrada al mérito militar, en cabezas infames, dilapidó en torpes saturnales el tesoro nacional, y puso la república como se halla: al borde de un abismo.

El general Belzu se encontraba por entonces en Islay. Él, que, sumiso hasta el fanatismo a la ley constitucional, había resistido al llamamiento de los pueblos, que levantados en masa, lo proclamaron unánimes en marzo de 1862, ahora, a la noticia del peligro inminente que amenazaba a la patria, solo, inerme contando únicamente con su valor, corrió a salvarle o morir. Ni en el desfiladero de Leónidas, ni el abismo de Curcio, hubo más abnegación, que en esas etapas solemnes de Arica a Corocoro, donde llegando solo con su criado, se presentó a tomar el cuartel.

Al verlo, los soldados cayeron de rodillas, y le presentaron las armas.

¿Qué sostenía a aquel hombre 111 en ese sublime abandono de sí mismo? Su confianza en la misión de dicha prosperidad que tenía para la patria, su fe en el amor del pueblo. No engañó esa fe, al ilustre mártir: el pueblo le ha elevado templos en su alma.

El 20 de marzo, la Paz se despertó conmovida con estas palabras: ¡Belzu

viene!

Desde esa hora, la ciudad bullía en gozosa agitación. El pueblo, sin armas, llevando solo en los labios el nombre de Belzu, se arrojó sobre la columna que había quedado de guarnición. El oficial que la mandaba (Cortez) ordenó hacer fuego, pero la multitud ahogó aquel movimiento, arremolinándose, compacta en torno de la tropa, y arrebatándole las armas. A vista de sus soldados vencidos sin pelear, Cortez se puso en fuga. Esa noche, y al siguiente día, los caminos estaban invadidos por largas hileras de peregrinos que, el alma llena de fervor, corrían al encuentro de aquel hombre tan largo tiempo deseado. Su inesperada presencia en Bolivia les parecía un sueño. Pero muy luego, aquellos que se habían adelantado, volvieron sucesivamente, clamando:

-¡Ya está en Corocoro! ¡Ya está en Viache! ¡Ya está en el Alto!

Aquello fue una escena de locura, de idolatría. Ese hombre no caminaba: lo llevaban en brazos. Seguíanlo 112 pueblos enteros, contemplándolo maravillados; y los que estaban lejos pedían a gritos que los dejaran acercarse para tocarlo, y convencerse de que no era una ilusión. ¡Oh! bello debe ser verse amado de esa suerte: las últimas horas de aquella existencia valían siglos de ventura.

Y él, entregado a esa dicha suprema; al gozo de volver a ver la tierra natal, de aspirar su aire, y soñar para ello la realización de las ideas de mejora y progreso recogidas en sus lejanos viajes, se adormecía en una indolencia extraña en las circunstancias, y enteramente ajena a aquella activa naturaleza. Habríase dicho que lo retenía la mano de la fatalidad. Así pasaron cuatro días.

En ese corto espacio, cuántos tiernos episodios vinieron a probarle a cada momento el amor entusiasta de sus compatriotas. Los padres le llevaban sus hijos, equipados para el combate; las señoras le enviaban armas cargadas por su mano, y adornadas con ramilletes de flores; las pobres verduleras y fruteras del mercado, desenterrando el producto de los sudores de toda su vida, le llevaron el dinero con que se hizo aquella campaña. Una mendiga paralítica, se arrastró hasta sus pies, y poniendo en sus manos una alcancía en que guardaba, quién sabe cuánto tiempo hacía, los ahorros de la caridad 113 pública, le dijo que allí encontraría algo de sus limosnas. Belzu recibió esta ofrenda llorando de enternecimiento.

Los jóvenes más apuestos de la ciudad se le presentaron armados de rifles, para combatir a su lado. Más de doscientos niños de todas edades y condiciones, solicitaron formarse en cuerpo y velar cerca de él.

Entretanto, el tiempo transcurría, sin que los amigos de Belzu pudiesen alcanzar de él la orden de fortificar la plaza para ponerse en actitud de defensa contra Melgarejo, que, recibiendo aviso en Oruro, regresaba a marchas forzadas. Indignábase cuando le hablaban de levantar barricadas, que pudiesen causar daño a la ciudad; y con la poca fuerza que contaba quería batirse en el campo.

El 25 de marzo, un extraordinario anunció la aproximación de Melgarejo con su ejército, y algunas horas después una fuerte avanzada se presentó en el Alto. Belzu mismo seguido de algunos de los suyos, le salió al encuentro. La avanzada huyó, dejando un rezagado que fue hecho prisionero. El pueblo, reconociendo en él a uno de los que habían ido de la Paz a incorporarse a Melgarejo, quiso matarlo. Belzu lo defendió y para mejor asegurar su vida,

mandó llevarlo a palacio.

Aquella noche, habiendo al fin conseguido de Belzu 114 el asentimiento deseado, el pueblo, secundado por Edelmira la heroica hija de Belzu, se entregó a los trabajos de fortificación.

Fantástico era el espectáculo que presentaba aquella noche la Paz.

Hombres, mujeres y niños, todos acudían cargando adobes, piedras, y toda especie de materiales. Luego, transformados de cargadores en ingenieros, trabajaron toda la noche, a la luz de las fogatas alimentadas por los niños.

A la mañana siguiente, la plaza como por encanto, se hallaba circuida de fuertes barricadas, y el pueblo, ebrio de entusiasmo, armado solamente de ciento ochenta fusiles, se preparó a la pelea y esperó.

Así pasó el 26 de marzo. En la noche, Belzu visitaba las barricadas, donde fue recibido con gozosas aclamaciones, volvió a palacio, se acostó en su cama y durmió tranquilo, cual si ningún peligro lo amenazara. Cerca de él velaba su hija. La pobre niña, avezada a las catástrofes y profundamente inquieta, sentía sin embargo, abrirse su alma a la confianza, ante aquella impasible serenidad. No presentía que estaba velando el último sueño de un moribundo.

A las doce del siguiente día, Melgarejo llegaba al Alto. Los que estuvieron a su lado cuentan que al divisar la ciudad que se extendía abajo, fortificada 115 y hostil, se detuvo para darse lo que es fama que él llama baño de inspiración: la embriaguez.

En efecto, cuanto ese hombre ha hecho hasta hora, absurdo o criminal, todo fue inspirado por ese degradante vicio. Entonces, por ejemplo, dicen que echando en torno una mirada recelosa, dijo a uno de los suyos.

-Hoy desconfío del ejército, y voy a anticipar un escarmiento, fusilando al primero que se me presente.

En ese momento el capitán Cortez, aquel oficial que mandaba la fuerza de guarnición vencida por el pueblo seis días antes, y que huyendo se ocultó en el pueblo de Achocalle, saliendo de su escondite alcanzó al ejército, y vino a presentarse a Melgarejo.

Verlo, mandar salir cuatro tiradores y ordenar hacerle fuego, fue asunto de un instante. En vano el desgraciado probó que había cumplido su deber hasta el fin, en la noche del 21; en vano viendo la inutilidad de su justificación, se asió desesperado a la capa de Melgarejo. Éste lo magulló a golpes con el cañón de su revólver; y uno de sus edecanes haciendo el oficio de verdugo, arrancó de las manos del desventurado, aquel paño, único resto de su esperanza. Entonces empezó sobre el pobre Cortez un fuego graneado que lo mató a pausas; y por encima de su cuerpo palpitante pasó el ejército, acabando de mutilarlo los acerados cascos de los caballos.

116

Después de este sangriento episodio, Melgarejo descendió del Alto y atacó las barricadas. El pueblo las defendió con un denuedo que puso en derrota al ejército.

El ataque preparado por Melgarejo conforme a un plan que cierto ingenioso sucrense le envió al enemigo, fue dirigido a la barricada de la Merced, penetrando por las puertas traseras del convento, forzadas a cañonazos, como las del templo mismo, que fue el teatro de un sangriento combate.

Melgarejo se constituyó allí en persona, con sus mejores materiales de guerra, cañones, jefes y soldados ofreciéndolos en holocausto estéril a los tiros de la barricada, mientras él solo se mantenía a cubierto. Esto explica cómo en aquella matanza horrible que cubrió de cadáveres el atrio y una parte del templo, él solo quedó ileso.

Llegó en fin el momento en que faltó a Melgarejo la obediencia ciega del soldado, ante el espectáculo de la sangre que corría sin provecho alguno para los asaltadores de la plaza. Entonces, desesperado de todo expediente, hizo alto al combate, y fue a vagar solo por las inmediaciones desiertas que estaban al abrigo de los fuegos de la plaza. Ignoraba que allí donde había buscado un refugio se hallaba precisamente bajo los rifles de veinte valientes apostados en las bóvedas de la Merced, y mandados por el bravo Larrea, que les impidió matarlo, 117 recordándoles la orden que tenían de Belzu para respetar su vida.

No menor resolución que entre los asaltadores de la barricada de la Merced, reinaba en todos los grupos del ejército agresor. Situados en torno de la plaza, contemplaban con espanto su desesperada posición. Hallábanse entre un pueblo pronto a lanzarse sobre ellos, y las balas de la barricada, certeras, inexorables. Su derrota estaba consumada, y no les quedaba ni el recurso de la fuga; pues los que pudieron huir, eran perseguidos por el pueblo, que, en la previsión de aquel caso, se hallaba fuera de barricadas. Así ninguno de ellos aspiraba a otra cosa que a una ocasión de rendirse, cualquiera que fuese, a todo trance o condición. Convencidos con escarmiento de que las barricadas eran, no solo inexpugnables, sino inatacables, poseídos de esta certidumbre, cesó el fuego de ataque en todas direcciones.

Aprovechando este momento, el coronel Peña invitado a fraternizar con el pueblo, entró en la plaza con ciento treinta hombres de su cuerpo, no pasado sino vendido. Belzu los recibió con abrazos, y prohibió el desarme de los rendidos: imprudencia ajena de un veterano, y que tan caro debía pagar luego.

Es indecible el gozo que se apoderó de los soldados 118 al penetrar en la plaza, viéndose recibidos con tan magnánimas demostraciones de simpatía.

Los soldados apostados en otras direcciones siguieron el ejemplo de los primeros: se presentaron rendidos en las barricadas, que les dieron entrada franca; y bien pronto el palacio en que se hallaba Belzu, y sus inmensos salones se llenaron de jefes y soldados, que estrechándose en torno de él y mezclados con los defensores de la plaza, formaron una delirante confusión de abrazos y aclamaciones.

Esta escena, aunque tornó la suerte de ese día en sangre y luto para los vencedores, y por largo tiempo en ruina y exterminio para Bolivia, será también un timbre de gloria para los nobles hijos del Illimani. El terrible desenlace de esa jornada habrá servido al menos, para realzar la virtud y el heroísmo de ese pueblo que venció por su valor y sucumbió por su magnanimidad. ¡Enorgullécete Paz, Níobe trágico y sublime de los Andes! aun cayendo, conquistaste siempre un nombre inmortal. Y tú, grande y gloriosa víctima de ese día; regocíjate que tu sangre no habrá corrido en vano para el porvenir de esa tierra que te fue tan querida.

Mientras Belzu, se adormecía imprudente, al arrullo de aquella inmensa

ovación, por las barricadas abandonadas ya, en la certeza del triunfo, entraban y salían emisarios que informaron a Melgarejo del estado de la plaza, y de la insensata confianza que embargaba a Belzu en aquel momento decisivo. Eran estos, jefes y oficiales, desecho del ejército en épocas anteriores, recogidos por Melgarejo, y que aviniéndose mal con el triunfo de Belzu, penetraron pérfidamente con el objeto de provocar una reacción en el ejército rendido, una vez que esta era ya superior en armas y número a los defensores de la plaza.

Melgarejo que un momento antes solo y abandonado quería darse un balazo, para escapar a la vez de la vergüenza y de la ira del pueblo, doblemente reanimado ahora, por la esperanza y por el alcohol, que en casos dados es para él un motor de coraje, tuvo una idea; idea siniestra que irradió en su estrecho cerebro, como la luz que enciende la noche en la pupila del tigre.

Rondando en torno de la plaza, por calles desiertas, volvióse de repente a los pocos húsares que lo acompañaban y les ordenó seguirlo.

Bajo la pendiente calle a espaldas de la Merced, costeando sus muros; torció a la derecha, y se presentó en la barricada que cerraba la calle de las Cajas.

Por desgracia, los soldados que la guardaban, arrastrados por el contagio de la funesta confianza de Belzu, habían abandonado su puesto, y mezclados con los rendidos llenaban en ese momento la plaza.

Tan desierta estaba la barricada que los húsares 120 tuvieron tiempo para derribar los adobes necesarios al paso de los caballos.

Melgarejo no fue apercibido hasta que llegó al ángulo de la plaza. Allí un grupo de soldados lo detuvo; pero él vivió a Belzu, y estos le dieron paso.

La súbita presencia de Melgarejo en el patio de palacio pasmó a todos, soldados y paisanos. Lo creían prófugo y de repente lo veían allí. Así, unos lo juzgaban prisionero, otros que rendido venía a presentarse a

Belzu.

Este, al saber lo que ocurría, creyó lo mismo; y dio orden para que lo dejaran entrar, reiterando la orden que ya había dado para que no se le ofendiera en manera alguna. Y cuando uno de los suyos (Machicado) lo insultó en la escalera de palacio, y lo asió por el cuello, Belzu mandó a su sobrino para que prohibiera en su nombre el tocar siquiera a la persona de Melgarejo.

Cuatro veces había salvado la vida a ese hombre: y tenía por aquella existencia el apego simpático que nos inspiran los objetos librados por nosotros de la destrucción.

Pero la muerte de Machicado, que cayó bajo la espada de Melgarejo, puso de manifiesto el carácter con que este entraba.

Los paisanos, que habían ya dejado las armas, viéndose cercados de soldados, y creyendo en una traición preconcebida, recurrieron a la fuga; y estos hallándose dueños del sitio, y al frente suyo el jefe que un momento antes los mandaba, obedecieron maquinalmente a la reacción. Aprovechando este momento de asombro, Melgarejo subió hasta la antesala que precede al gran salón de palacio.

Belzu ignoraba lo que en ese momento acababa de pasar, lleno de confianza y desarmado, salió a recibir al funesto huésped, y le tendió los brazos.

El coronel Campero que precedía de un paso a Melgarejo, interceptó aquel

abrazo.

Melgarejo entonces en voz baja, dio orden a dos rifleros que habían subido con él, de hacer fuego sobre Belzu. Estos no obedecieron.

En ese momento Belzu, separándose de los brazos de Campero, los tendió de nuevo a Melgarejo.

-Está usted libre -comenzó a decirle. Pero a las primeras palabras la voz se extinguió en su labio y cayó al suelo bañado en sangre.

Melgarejo había sacado de su seno un revólver, y mientras con el brazo derecho simulaba un abrazo, con su mano izquierda le atravesó las sienas con una bala que produjo la muerte instantánea.

Después de este crimen, Melgarejo saliendo a la galería que se abre sobre el patio, gritó:

-Belzu ha muerto.

122

Estas palabras consumaron la reacción. El asesino huyó de aquel sitio, espantado por la sombra de Belzu, cuyo cadáver, recogido con religiosa veneración, fue trasladado a su casa, seguido por una multitud de pueblo, que no arredraba la tromba de balas que barría las calles, acribillando a los fugitivos vencedores, de la plaza.

En un salón convertido en capilla ardiente, el cadáver de Belzu yacía rodeado del triple silencio de la noche, de la muerte y del dolor.

Hacia fuera, en la calle, al otro lado de la puerta cerrada, oíase un rumor que iba creciendo gradualmente y que a la primera luz del alba se tornó formidable. Muy luego, golpes espantosos sacudieron aquella puerta que amenazó caer. Abierta al fin, una inmensa multitud invadió el patio y las escaleras; y precipitándose en el salón mortuario, se arrojó sobre el cadáver exhalando gritos de dolor. Allí permaneció tres días, renovándose sin cesar, gimiendo, amenazando.

Asustado Melgarejo ante la audacia de aquel dolor popular, pretendió hacer a Belzu los honores fúnebres que prescribía su rango. El pueblo declaró que no lo consentiría; y que daría muerte al soldado que se atreviera a seguir el convoy fúnebre. Y apoderado del cadáver, el pueblo lo revistió de las insignias del 123 supremo mando, y lo llevó en procesión a su última morada.

Así pasó a la tumba y a la historia aquel hombre que pudo gloriarse de haber fanatizado y hecho eterno el más inconstante de los sentimientos humanos, el amor popular.

La distinguida señora, la pobre obrera, el artesano, el mendigo, guardan entre los relicarios venerados de su piedad, el retrato de Belzu. Penetrad en el interior de las punas, y veréis en las chozas de los miserables indios, arder devotas lámparas ante su imagen.

El solo vínculo que puede unir entre sí, a los pueblos de Bolivia, antagonistas en intereses y carácter, es el sentimiento democrático; y Belzu era el primero, el último y poderoso representante de ese sentimiento, que fue el secreto de la mágica influencia que ejercía y ejercerá todavía largo tiempo en el alma del pueblo.

Hoy solo quedan allí caudillos locales, que para sublevar las multitudes se ven obligados a representar recuerdos nefastos, y a predicar en teorías y hechos la disolución.

Ojalá que aquella catástrofe, y el holocausto de ese protagonista de la

democracia cierran el drama terrible entre Caín y Abel, que se repite en ese país con espantosa frecuencia.

124

Bolivia en pleno siglo diez y nueve, parece vivir todavía bajo el inexorable numen de la fatalidad mitológica. Su prolongada y sangrienta tragedia reproduce hoy todos los horrores que refleja en nuestros días el teatro antiguo; y sus hijos ofrecen en espectáculo al mundo de los cristianos otros tantos Orestes y Agamenones, Eteocles y Polinices. Sus presidentes pasan a nuestra vista como los reyes de Macbeth, brotando sangre y protestando contra el crimen que les arrancó la vida. ¿Cuál será el término de este cúmulo de horrores? ¿dónde nos conducirá? ¡Haga el señor, como en el Génesis, de ese caos nacer la luz!

Fin de Belzu

125

Los mellizos del Illimani
Historia contemporánea

Eran dos; y en efecto, se les hubiera creído gemelos. Sin embargo, Álvarez y Loaiza eran solo amigos.

Pero amigos, con esa amistad de la infancia, lazo más fuerte que el parentesco y que el amor.

Hijos de dos familias unidas por una larga vecindad, nacidos en un mismo día, meciolos la misma cuna, y de ella bajaron asidos de las manos para recorrer los senderos de la vida.

Juntos entraron en la escuela; juntos lloraron ante el terrible problema del alfabeto; juntos atravesaron el monótono espacio que se extiende desde el Ba hasta el Zun. Juntos hicieron las primeras travesuras, y juntos recibieron los condignos palmetazos. Juntos dejaron la miga para pasar al colegio; y juntos se rellenaron de griego y de latín; juntos hicieron su entrada en el mundo; juntos corrieron la vida 126 borrasca de solteros, y juntos pidieron, obtuvieron y recibieron en matrimonio a dos buenas mozas, amadas con idéntico amor, y con igual entusiasmo.

Pero ¡ay! que aquí esa doble existencia se bifurcó de una manera dolorosa para aquellos dos corazones fundidos en uno solo.

Las esposas se rebelaron contra esa amistad llevada al terreno de lo sublime; creyéronse defraudadas en sus derechos al amor que contaran monopolizar; y la mujer de Álvarez miró de reojo a Loaiza; y la mujer de

Loaiza dio a Álvarez con la puerta en las narices.

Pero ellos estaban demasiado habituados a esta vida de intimidad inalterable, para resignarse a romperla y si el hogar del uno estaba vedado al otro, la ciudad les ofrecía su larga alameda, sombrosa y perfumada, donde los dos amigos pasaban largas horas entregados a las encantadas reminiscencias del pasado.

Vestidos con la rigurosa igualdad que usaron desde la infancia hasta la vejez, bajo cuya apariencia los presentamos, cubría sus hombros una capa española de color turquí, que contrastaba singularmente con sus cabelleras blancas de largos y plateados bucles.

Cada tarde a la hora del crepúsculo, cuando el sol se oculta, y que el sacromonte a cuya falda se extiende la opulenta Chuquiago, hace resplandecer ¹²⁷ en el éter la nieve de sus ventisqueros, y cambia en azul el rojo violado de su granítico pie, veíase aparecer al mismo tiempo a los dos amigos, el uno atravesando el puente de Socabaya, el otro descendiendo la calle de Cochabambinos, reunirse bajo el arco de la alameda, estrecharse las manos y desaparecer juntos entre la fronda de los rosales.

En las pláticas de aquellos solitarios paseos, el presente y el porvenir estaban proscritos.

-¿Te acuerdas? -decía el uno, señalando el vuelo de una ave en busca de su nido.

-¿Te acuerdas? -decía el otro, escuchando a lo lejos las dolientes notas de un yaraví.

Y Álvarez dirigía una mirada de temor hacia la calle de Chirinos; y Loaiza otra de miedo hacia la plaza de San Francisco.

Un día, Álvarez esperó en vano a su amigo: Loaiza no vino; y Álvarez regresó a su casa, quebrantado el corazón, y el alma llena de lúgubres presentimientos. ¿Cómo saber lo que había sido de Loaiza? Álvarez estaba desterrado de la morada de su amigo; y el nombre de este proscrito en su casa.

Y la ausencia de Loaiza se prolongaba, y una terrible inquietud se apoderaba de Álvarez, inquietud que se aumentaba con la extraña alegría, que se pintaba en el semblante de su mujer.

128

Álvarez, fue a vagar en torno a la casa, de su amigo, y pasó ante su puerta.

El patio estaba lleno de gente arrodillada en la actitud de la plegaria.

Álvarez, con el corazón palpitante y la voz trémula, preguntó lo que aquello significaba.

-El dueño de esta casa está moribundo y le administran los sacramentos -le respondieron.

Álvarez cayó como herido del rayo, y fue conducido a su casa privado de conocimiento.

Tres días después dos féretros ocupaban lo alto de un catafalco, levantado en el templo de la Merced; y algunas horas más tarde, la puerta del cementerio se abría para recibir los restos de aquellos que no habían querido separarse ni en la muerte, y que eran llamados los mellizos del Illimani por sus capas azules y sus nevadas cabelleras.

Fin de Los mellizos del Illimani

129

Una visita al manicomio

- I -

En el lindo pueblecito del Cercado, lugar sombroso y romántico, situado como un apéndice de Lima, entre el circuito de sus murallas, elévase ese suntuoso y lúgubre edificio rodeado de huertos, jardines y fuentes. Envuélvelo profundo silencio, tan solo interrumpido allá, de vez en cuando, por algún extraño grito que aleja a los paseantes de aquel ameno sitio, y desgarrar el corazón a aquellos que vagan atraídos por el amor de seres queridos encerrados entre sus fúnebres muros. Cuán honda compasión inspiran esas madres, hijas y esposas que vienen cada día a pasar horas enteras ante la gran verja, pegado el rostro a las barras de hierro, fijos los tristes ojos en esa puerta que recuerda el *Lacciate ogni speranza* de la terrible leyenda.

-Jamás me atrevería a pasar esos siniestros 130 umbrales, madre Teresa -dije a la hermana de Caridad, superiora de esa casa, un día que pasando por allí me divisó desde el peristilo, y me llamaba con expresivas señas.

-Pues sí, que los atravesará usted -insistió ella, viniendo a mí, que me había detenido cerca de la verja. Estaba vacilando, entre usted y Carmencita, para dar a la una o la otra una delicada misión.

-¿De qué se trata, madre?

-De devolver a su familia a Delfina H. que está ya del todo curada de su locura; pero empleando para ello las precauciones necesarias a fin de que no se aperciba de qué lugar sale, pues la hemos hecho creer que se halla en una casa de campo a seis leguas de Lima, donde la hermana María y yo estamos convaleciendo, y la trajimos a ella enferma de tercianas a la cabeza. He ahí todo. Ahora invente usted a su modo y compóngase como pueda.

-¡Y bien! ¡espéreme usted aquí un momento!... Supongo que en este carruaje he de llevarla.

-Precisamente.

-Vuelvo luego.

Corrí a casa de una amiga que habita en la huerta inmediata, dejó mi manto, endoso una talma, caló un sombrero, y regreso a reunirme con madre Teresa. Di previamente algunas órdenes al cochero, y seguí 131 a aquella en el interior de esa mansión más temible que la tumba. Asida al brazo de la superiora caminaba yo profundamente conmovida a la idea de las escenas dolorosas que iba a presenciar. Pero a medida que avanzábamos, ofrecíanse a mis ojos cuadros de una alegría y sencillez infantiles que serenaron mi espíritu y me dieron ánimo para contemplar en todos sus detalles la fantástica existencia de esos seres, cuya alma habita el mundo misterioso de los delirios.

- II -

Un diablo enamorado

Era la hora de la recreación. Los pensionistas de la casa tenían ante sí ese tiempo de ocio, y lo empleaban al grado de su fantasía, riendo, hablando o meditando.

Aquí entre las columnas de un pórtico, una antigua actriz ensayaba su rol y exclamaba:

-¡Quiere que crea que lo persigue un Dios!... ¡Como si los dioses fueran como Dido!...

-¡Lucía! -dijo con dulce acento la hermana Teresa.

-Madre -respondió la reina de Cartago, cambiando en un gracioso movimiento la amarga sonrisa de su labio.

132

-Cuide usted su voz para las letanías del rosario.

-Ya, ya, madre; heme aquí silenciosa. Y nos despidió con un majestuoso ademán.

Más allá, sentada en una piedra, juntas las manos y los ojos elevados al cielo, una hermosa italiana cantaba el «Stabat mater».

Habíala vuelto loca la muerte de su hijo asesinado en sus brazos por los celos de un marido feroz.

No lejos de ella una docena de lindas jóvenes cuyos cabellos cortos indicaban la aplicación de la nieve a sus enfermos cerebros, sentábanse en semicírculo, y figurándose en el teatro, aplaudían sonriendo aquel canto lastimero.

Luego, alzándose como una bandada de aves corrieron a coger flores que entretejían con sus nacientes rizos, mirándose en el agua azulada de los estanques: después, separándose en parejas derramáronse por todos los senderos del jardín, unas silbando a los pájaros, otras llamando a las nubes; esta platicando cariñosa con el tronco de un ciprés, aquella procurando estrechar en sus brazos un rayo de sol que se deslizaba entre

dos ramas; y todas cantando, bailando, riendo.

Habíamos llegado al fondo del jardín.

-Esta puertecita da entrada al huerto -díjome la hermana Teresa abriéndola con una llave que tomó de su bolsillo.

Una vasta selva de árboles frutales, fresca, 133 sombrosa, agreste a la vez que cultivada, extendía en un largo espacio su verde fronda poblada de armoniosos rumores.

-En este lado del edificio, continuó la hermana Teresa -hay una habitación aislada con puerta y ventana al huerto. En ella he alojado a Delfina, que tanto por las miras de su padre, como porque no es el médico de la casa quien la asiste sino la doctora Retamoso, debía permanecer aquí oculta a las miradas de todas, ignorando su hospedaje desde el capellán hasta los empleados del establecimiento. ¿Quiere usted esperarme aquí en tanto que voy a prepararla a esta visita? Pero quizá tenga usted miedo de quedarse sola.

-¡Oh! ¡no, madre! ¿Soy acaso una muchacha?

Pero cuando la blanca toca de la hermana Teresa, hubo desaparecido entre el ramaje, púseme a temblar, y un extraño terror invadió mi mente.

-¡Si estuviera yo loca, y que la visita a este sitio temible, la misión dada por la hermana Teresa y las escenas del jardín, fueran otros tantos desvaríos de un cerebro enfermo!

Y un sudor frío bañó mis sienes y alzando los ojos al cielo, oré con fervor, pidiendo a Dios que apartara de mí aquella horrible alucinación.

-¡Psit! ¡psit! -oí decir de repente, y mirando en torno inquieta, vi venir hacia mí, ocultándose entre 134 los troncos de los árboles a un joven moreno, flaco y pálido, de ojos vivísimos aunque vagarosos, que andando de puntillas, con un dedo sobre los labios cual si me impusiera silencio, sentose a mi lado y me dijo con ademán sigiloso:

-¿Quién quiera que seas: puedes encargarte de una embajada al reino de las tinieblas?

-Ignoro en qué continente se asienta esa negra monarquía; pero quien boca tiene a Roma llega -respondí sonriendo para ocultar mi inmenso miedo. Él lo conoció, sin embargo, con esa lucidez extraña que a veces se revela en los dementes.

-No tema -me dijo- que aunque diablo y perteneciente a la décima legión, llevo debajo la diamantina coraza un corazón asaz blando; y tanto que cierta dulcísima pasión, encontrándole muy cómodo, ha hecho de él un asiento. Breve: estoy enamorado; enamorado, ¡y de quién! de una esposa de Dios, vulgo monja. Pero ¡qué monjita, Belcebú! con unos ojos de hurí, y una boca de coral; y un piececito limeño, y un donaire de gitana, y, y, y cien mil íes de más, en aquel cuerpo gentil.

Pero pálida y cenceña como la flor del café.

Mas esa palidez da nuevo realce a su belleza.

¡Y luego, aquellos blancos cendales, que la 135 idealizan! Es de la Concepción, como si dijéramos: el país de las buenas mozas.

Vila un día que me colé en el convento, oculto bajo el antojo de una mujer en estado interesante.

La vi, y olvidé las profundas regiones del fuego, y los espacios infinitos donde me llevaba la voluntad del dueño: hice oídos de sueco a su tremenda voz y todo lo olvidé, y todo lo arrostré, para pensar tan solo en la

suprema dicha de contemplarla, y buscar valiendome, si era necesario, de todos los medios infernales la manera de quedarme en ese estrecho recinto. ¡Ah! era que para mí encerraba una eternidad de amor.

¿Pero dónde esconderme? ¿de quién asirme, allí, que no fuera a dar conmigo en el lugar vedado?

Por dicha a la mujer del antojo antojósele visitar la celda de mi bella. Se extasió ante los caprichosos dibujos de las blondas que adornaban profusamente su lecho virginal; ante la Urna y los magníficos ramos de briscado tachonados de pedrería colocados ante ella; cosechó impíamente las perfumadas rosas de su jardincito; acarició a la cuculí que arrullaba entre los dorados alambres de una jaula; admiró la belleza de las sultanas del gallinero, y las lucientes plumas del valiente jiro que las acompañaba...

136

Rápida como un relámpago, cruzó mi mente una idea; y de ella a la ejecución, no mucho más largo espacio.

De repente el gallo exhaló cantos de alborozo que hicieron estremecer a mi monja. Era que yo había hecho de él mi escondite. ¿Qué sitio más cómodo ni más próximo a mi amada? Desde entonces el tiempo tornose para mí dulce como un sueño de amor. Veíala a toda hora, ya sola, ya rodeada de sus lindas compañeras. Como la luna entre miradas de estrellas. Mi canto era el regulador de sus horas: coro, labor, lectura, descanso. Entonces con qué delicia contemplaba yo la expresión meditabunda de su mirada, que algunas veces se elevaba al cielo cual si buscara la explicación de algún misterio.

Era que la atmósfera de mi amor circundaba su alma, y ella aspiraba sin saberlo, sus ardientes efluvios.

Pero no hay dicha durable; y he ahí que un día mi monja cayó enferma, enferma de languidez; y los médicos ordenando el cambio de aires arrancáronla de su bello monasterio y la relegaron al de C. antro de tarascas, todas viejas como las parcas y feas como el pecado.

Y allí tuve que seguirla; y abandoné al déspota del corral bajo cuya pluma habíame ocultado; y 137 me embarqué en el sahumador; y próximo ya a cerrarse la portería de nuestra nueva morada, me encarné, en el atrasado cuerpo del mandadero, que fue lo primero que se me presentó.

¡Mas lo que puede el amor! allí me aclimaté; y por los bellos ojos de mi princesa me he dado al servicio de aquellas brujas.

Pero ¡ca! si apenas me dejan tiempo para mirarla a la cara. Todo el día me estiran a comisiones, de la mañana a la noche; del austro al septentrión; y de la aurora al ocaso.

«Como que vas a la portada del Callao, acércate por Cocharcas», suelen decirme aquellas pécoras; y me aturrullan con mensajes al confesor, al síndico, al abogado, al padre capellán.

El tedio de vida tal me habría devorado, si no hallara una excelente manera de conjurarlo, pescando los dichos y hechos que, de mañana a la noche ruedan por las veredas de esta excéntrica ciudad.

Compré una canasta en el almacén del té, y allí los echaba en graciosa confusión para llevarlos a mi hermosa, que los recibía con la ávida curiosidad de una monja y la sonrisa de una hada.

Un día que en mi canasta, llevaba, mezclados con el recado, diálogos de

todos los colores, desde el rojo subido hasta el azul de cielo, encontré con un diablo amigo mío.

138

-¡Qué sed tengo! -me dijo echando humo por la boca-. ¿Llevas siquiera guayabas en esa elegante canasta?

-No, que son acordes y discordancias.

-¡Malditos sean ellos! ¿para qué guardas esa peste?... Sin embargo; ahí anda uno de nuestros camaradas dando serenatas de violín... Da eso, que está a proposito para que haga un potpourri.

-Pero si es para las monjas.

-¡Para las monjas! ¡quita allá, mentecato!

¿Necesitan acaso de tu chismografía las que tienen a su servicio una legión de mujeres de todas las castas, que se la llevan a cuál mejor?

¿Quieres saber las cosas más ocultas de la calle? Pregúntalo en los conventos.

Y hablando así, vació de mi canasta a sus enormes bolsillos todo lo que no era huevos, papas, yucas y coles, me hizo una mueca, y se largó.

- III -

Después de hablar así, el joven inclinó la cabeza y quedose pensativo.

De pronto, haciendo un gesto de sorpresa:

-¡Mujer! -exclamó-, ¿qué has hecho de mi relato? Ya puedes devolvérmelo porque si yo me enojo...

139

-¡Cómo! -apresureme a responder, muerta de miedo, pero aparentando serenidad-, si tu relato me está sonriendo entre tus dientes. He ahí el momento en que el cronista vació tu canastilla.

-¡Ah! -repuso él- ¿comprendes la extensión de mi desgracia? ¡El ser infernal hábame robado mi precioso botín, la diversión de mi bella, la golosina de la abadesa, el pasto de aquella fiera condición sin la cual érame imposible penetrar en el convento! ¿Qué hacer? ¿de qué asirme para tener la dicha de contemplar a ese astro de mi vida que me escondían aquellos muros malditos?

Vagando errante la mirada encontré a una beata que, caído sobre los ojos el manto, el ademán compungido y en las manos un bolsón, dirigíase a la iglesia.

«He aquí pescado mi asunto -pensé-. Esta bruja lleva en su saco los anales de la semana para regalar los oídos al confesor. Carguemos con ello al convento».

Correr tras ella, arrebatarle el saco y tornarme en humo, fue obra de un pestaño.

La beata se dio a gritar: «¡Al ladrón! ¡Celador! ¡celador!».

¡Nada! ya había yo andado diez calles.

Llego al convento, traspongo la portería, arriba a presencia de la abadesa, que abiertos sus redondos 140 ojos en todo su fatídico

grandor, fijábalos en el saco cual signos de interrogación.

Alarga la mano, apodérase del bolsón, lo abre con impaciente ansiedad...

El bolsón contenía solo algunas libras de cólera, de envidia y de hipocresía, artículos que la abadesa tenía para dar y prestar en su maldito cuerpo.

La horrible bruja apartó los ojos del saco para clavarlos en mí con una llameante mirada que me fascinó porque pareciome reconocer en ella la del sombrío rey del abismo.

Alzose siniestra, terrible; con una mano abrió aquella puerta fatal que te ha conducido aquí; con la otra me arrastró a esta prisión, en donde como a un simple mortal guárdame encerrado hace tanto tiempo. Allá algunas veces, a intervalos que mi amor cuenta como eternidades, la hermosa estrella de mi dicha perdida aparéceme a lo lejos; me mira, sonríeme y pasa. Pero ¡ah! que yo no diera la ventura de ese fugitivo instante por toda la felicidad de otro tiempo allá en la mansión celeste.

El joven se interrumpió de repente; y mirando con terror a la hermana Teresa que venía hacia nosotros:

-¡La abadesa! -exclamó, saltando con asombrosa agilidad los setos de rosales y desapareciendo entre el ramaje.

141

-¡Siempre con el mismo terror hacia un ser fantástico que él llama la «abadesa» -dijo la hermana-. Era un excelente joven, hijo de una honrada familia. Hacía poco que servía como inspector en el cuerpo de celadores, cuando una noche tuvo que entrar en el convento de la Concepción llamado por la campana de alarma. Las monjas habían sentido ladrones en los techos y pedían socorro. Dióselo el joven inspector, que registró el convento y tranquilizó a la comunidad. Pero al despedirse de las religiosas dejó entre ellas el juicio. Al siguiente día fue conducido loco a este recinto. Hablando así la hermana Teresa, llegó conmigo a la apartada habitación donde moraba Delfina.

- IV -

El amor de una virgen

Tenía quince años, y era bella con los últimos fulgores de la infancia y los primeros destellos de la juventud. Su corazón dormía como un lago rodeado de azucenas apenas rizado por las brisas de la mañana, sus pensamientos como blancas mariposas volaban plácidos en el oasis de la vida cosechando rientes ensueños que cada primavera coloreaba más y más con los tintes más seductores que los de las rosas que abrían en el jardín donde la linda joven, entre 142 una romanza y un vago suspiro, daba todavía los últimos saltos de la niñez.

Una noche, con todo ese tesoro de belleza, de dicha y de candor, sin contar un elegantísimo vestido de muselina blanca; sembrada de jazmines la negra cabellera, y prendido al pecho un ramilletito de violetas, Delfina hacía su primera entrada al mundo en un resplandeciente salón de baile. Un silencio de admiración acogió su presencia en ese terrible palenque de las bellas y muy luego los más apuestos bailarines se disputaron el honor de pedirla una cuadrilla.

Uno, el más bello, el más elegante, se inclinó silencioso ante ella y le tendió la mano.

A esa muda invitación, Delfina se levantó; y sin dignarse mirar a los otros solicitantes, asiose al brazo del caballero, y fue a tomar sitio con él en la cuadrilla, dejándolos resentidos y picada en lo vivo su vanidad. ¿Qué la importaba a ella? ¿podía advertirlo siquiera? Dos bellos ojos, los ojos de su caballero interceptaban, digo mal, absorbían todas sus miradas, y no se apartaron de ella en toda la noche.

Al dejar el baile, el lindo ramilletito de violetas había desaparecido del pecho de Delfina; pero en su frente irradiaba un nuevo encanto:

La aureola del amor.

143

- V -

Un paseo a la Oroya

Enrique Meiggs lo había organizado para festejar a un joven y apuesto literato, hijo de la capital más prestigiosa de las repúblicas sudamericanas. La sala de espera en la estación estaba llena de una elegante concurrencia. Las muchachas más lindas de Lima eran de la partida; y calados blancos sombreritos de paja, y el rostro medio oculto entre azules velos, esperaban impacientes el áspero silbato de prevención, alegres, risueñas, felices.

Pero había entre ellas una que era más feliz que todas:

Delfina.

Al llegar a la estación, sus ojos divisaron al héroe de la fiesta; y aunque él se hallaba a distancia, y que sus miradas no se volvieran hacia ella, allí estaba el tren pronto a partir y acercábase la hora deliciosa en que, reunidos en los muelles asientos de un vagón, recorrerían juntos el vertiginoso camino que se eleva serpeando sobre abismos en las vertientes altísimas de los Andes.

El pito suena, el tañido de la campana llama a los viajeros a su puesto; el convoy parte.

Pero aquel que embargaba las miradas de Delfina 144 y absorbía su corazón, no estaba cerca de ella. Hallábase al lado de una bellísima blonda de azules ojos; torneado cuello, y cuyo canto era el hechizo de los

salones.

Los rosados labios de la rubia sonreían sin cesar a su vecino, monopolizando sus miradas, sus palabras y toda su atención, con dolor de la pobre Delfina que veía desvanecerse la visión de dicha que la había aparecido en los salones del baile.

Una esperanza la alentaba. Su ramillete, el ramillete de violetas que desapareció de entre las blondas de su cotilla al dejar el sarao, asomaba sus azulados pétalos, medio oculto en el pecho de su caballero.

Pero la hermosa blonda lleva al cinto una camelia blanca.

Él la dice a media voz una palabra; y la flor desprendida del cinturón pasa a manos del joven que al colocarla junto al corazón arroja el marchito ramillete, que va a caer entre dos piedras al borde del camino.

El rumor fragoso del tren ahogó el grito desgarrador que arrancó a Delfina aquella última decepción.

Mas, tornose luego impasible, y en su bello semblante se esparció una lúgubre serenidad.

Dos días después de aquella fiesta, la pobre 145 niña, presa de una locura silenciosa y triste, era conducida a la secreta morada donde la señora Retamoso, con el maravilloso remedio que ella sola posee, le devolvió la salud.

- VI -

El riego de lágrimas

Cuando llegamos a su habitación, Delfina sentada al piano tocaba con gusto exquisito, el Último pensamiento de Weber.

La hermana Teresa, como lo habíamos convenido, apartose de mí y me dejó entrar sola.

-¡Tú aquí! -exclamó, Delfina, corriendo a mi encuentro- ¿qué vientos te traen a este chacarón, donde perezco de fastidio?

-Vengo a robarte -dájela, fingiendo mirar con recelo en torno.

-¡A robarme! ¡qué idea tan bella y novelesca! Pero, dime, ¿por qué me trajeron aquí? La hermana Teresa, dice, que tuve unas horribles tercianas al cerebro; que deliraba y que los médicos ordenaron mi traslación a este valle, tanto con la esperanza de curarme, como por ocultar a mi pobre mamá enferma, el estado en que yo me encontraba.

-¡Y bien! tus tercianas han desaparecido; te 146 hallas en buena salud, lozana y bellísima. Mas, como el doctor Macedo teme todavía, y tu padre es de su opinión, tu mamá y yo hemos organizado este rapto que debe llevarse a efecto ahora mismo, si tú quieres.

-Pues no he de querer, si estoy harta de tedio.

-Y bien, todo está listo... Solo que hay una pequeña dificultad, que

salgas de aquí sin ser vista de las hermanas y de la mujer del mayordomo. Llamaban así delante de ella a la señora Retamoso.

-¡Dios mío! ¿qué hacer entonces?

-Previéndolo todo, traje conmigo una beatita que me acompañó hasta esta puerta y que dejándome su manto y su rosario, se deslizó por un portillo de la huerta y se queda escondida en la chacra vecina. ¿Quieres endosar estas prendas?

-Que me place -exclamó la chica apoderándose de la manta, cubriéndose con ella el rostro y enredando entre los dedos el rosario-: ¿estoy bien disfrazada así? Partamos.

-Un poco más caído ese capuz: así sobre los ojos. Poco importa que no veas: aquí esta mi brazo para guiarte.

Y apoderándome del suyo, atravesamos el huerto 147 y los patios exteriores, donde por orden de la superiora habíase hecho profundo silencio.

El coche con sus persianas y cristales cerrados, aguardábanos en una callejuela desierta, al costado de la casa.

-Henos aquí en plena libertad -dije abrazando a Delfina, para impedirle echar hacia atrás su embozo, al tomar asiento en el carruaje y a tiempo que este partía a galope, por el lado de Barbones.

Cuando hubimos traspuesto las últimas casas de los arrabales, y que por entre tapias y callejones dejamos atrás el cementerio y la Pólvora, internándonos entre los primeros grupos de colinas que se alzan al pie de los Andes, bajé yo misma las persianas del coche, y volviéndome a Delfina invitela a mirar, el magnífico panorama que de allí se divisaba.

Pero ella había ya dejado la manta, y reía, aplaudiendo gozosa aquella novelesca escapada.

Hacia la tarde, el cochero dio un rodeo, y tomando por la izquierda, descendió al valle del Rímac y regresó siguiendo la vera del ferrocarril de la Oraya.

A vista de aquella línea, la sonrisa desapareció de los labios de Delfina, y su mejilla cubriose de una palidez que me asustó.

148

Con la cabeza inclinada fuera del coche, contemplaba el paisaje, cual si buscara algún sitio de ella conocido.

De pronto, mandó parar el coche, y arrojándose fuera del carruaje, sin esperar que este se detuviera, diose a registrar con la mirada en torno.

-¡Ah! -exclamó de repente sacando de entre dos piedras un objeto que estrechó en su pecho-. ¡Mi ramillete! ¡mi pobre ramillete de violetas!

Y un torrente de lágrimas regó las marchitas flores.

Pero muy luego llegamos a su casa y la alegría de la familia, y los besos maternos secaron aquellas lágrimas, como los rayos del sol secan sobre los pétalos de una rosa el rocío de la mañana.

Delfina ha recobrado la salud y con ella la plácida sonrisa de otro tiempo.

Consagrada a la música, toca y canta, con gusto primoroso; pero en su piano, así como en su voz, hay una nota más: la del dolor.

Fin de Una visita al manicomio

149

Un viaje al país del oro
Al niño Ernesto Quesada

- I -

La leontina

Un día, a la última hora de la tarde, cansada, enferma y helada de frío, azuzaba yo mi caballo para llegar a la capilla subterránea de Uchusuma, larga y forzosa etapa de diez y ocho leguas, atravesada como una amenaza en el camino de Bolivia a Tacna.

Había ya dejado atrás el Mauri, y las ásperas serranías que lo aprisionan, y cruzaba corriendo las áridas llanuras barridas por el cierzo y cortadas de pantanos, que avecinan al grupo de piedras rocallosas, arrojadas por algún cataclismo, en cuyo centro se halla la entrada de esa especie de cueva, único albergue para el viajero en aquel fingido yermo.

150

De pronto, y al través de las ráfagas de viento que me cegaban, vi relumbrar un objeto entre los guijarros del camino.

Volvíme atrás, y desmontando, para examinar lo que era, recogí una elegante y excéntrica joya. Era una leontina compuesta de doce pepas de oro de forma y colores diversos. Engarzábanlas anillos mates del mismo metal, y en algunas de ellas había incrustadas partículas de pizarra y cuarzo.

Juzgué, desde luego, que aquella alhaja había sido perdida recientemente, y me proponía averiguarlo adelante, cuando vi venir a lo lejos un hombre, que, inclinado sobre el cuello de su caballo, y apartando con la mano las ramas de los tolares, parecía buscar algo en el suelo.

Al divisarme, corrió hacia mí con visibles muestras de angustia, que yo abrevié yendo a su encuentro, y presentándole la joya.

Imposible sería pintar la expresión de gozo que al verla brilló en sus

ojos. Me la arrebató, más bien que la tomó de mis manos; estrechola contra el corazón, y la enganchó en el reloj y el ojal de su chaleco con un anhelo que se balanceaba entre la veneración y la codicia.

Enseguida, y como si saliera de un éxtasis, volvióse a mí, y me saludó dándome gracias y rogándome perdonara su preocupación.

151

-Motivo había para ello, caballero -respondile yo con un tanto de ironía-. Perder doce lingotes de oro, no es asunto de poco más o menos.

-¡Ah! -replicó él con sentido acento-, no es el valor intrínseco de esta prenda lo que la hace preciosa para mí: es que cada una de esas pepas encierra, al lado de un recuerdo de sufrimientos, otro de inefable abnegación.

Creílo fácilmente; pues aunque la oscuridad me impedía ver el rostro de mi interlocutor, la voz que me hablaba era joven y tenía armoniosas inflexiones que anunciaban franqueza y espontaneidad.

Seguimos juntos nuestro camino, y llegamos, en fin, al montón de peñascos que, hacía media hora, divisaba yo en el horizonte, como un dolmen druídico.

Desensillamos nuestros caballos, y ateridos de frío, nos refugiamos en la cueva dejándolos al cuidado de un indio viejo, seco y negro como un árbol quemado, único resto de su familia devorada por la tífus.

El desdichado se alzó de la piedra en que yacía, solo y acurrucado en la actitud de la momia, para entregarse con la diligente actividad de su raza, a los cuidados del hospedaje. Hizo beber a los caballos, dioles un pienso de cebada, y los cubrió con sus mantas, fue enseguida a recoger las ramas secas de la tola, encendió una fogata y concluyó trayéndonos luz y agua caliente.

152

Pude, entonces echar una mirada sobre la persona de mi accidental compañero.

Era un joven de abierta y simpática fisonomía. En lo alto de su frente, el abrigo del sombrero había conservado, como una aureola, el color primitivo de su rostro, tostado por el sol de largos viajes o rudos trabajos a la intemperie.

La hora, el lugar, la circunstancia fortuita de nuestro encuentro, y sobre todo, la diferencia de nuestras edades, establecieron luego entre nosotros la confianza. Juntos hicimos el café aplicando a su confección los conocimientos de ambos, y riendo de nuestra ciencia a la Brillat Saverin. Pero en el momento de servirlo, encontramos que no teníamos azúcar.

Mi compañero dejó tristemente su taza sobre la piedra que nos servía de mesa, y se puso a mirarme con envidia tomar mi café a la turca.

Recordé entonces que llevaba en mi bolsillo una bombonera llena de esos microscópicos alfeñiques de azúcar que, regalan a sus favorecidos, las monjas Concebidas de la Paz.

-Vamos, niño mimado -le dije, vaciando en su taza el contenido de la bombonera, he ahí endulzado el café. Tómelo usted y de hoy mas, habitúese a las amarguras del paladar y a las de la vida.

En los labios del joven vagó una triste sonrisa, que 153 apagó la mía, recordándome las palabras con que acogió mi observación, al recobrar la leontina.

Alentado por la amistosa familiaridad que reinaba ya entre ambos, pedile me contara la historia de aquella joya, y él me refirió la siguiente:

-Nací bajo la presión de un destino hostil. Mi padre murió en Uchumayo, cerca de Arequipa, defendiendo contra los invasores la entrada de la ciudad Santa, y yo vine al mundo entre las lágrimas de la viudez, y el desamparo de la orfandad...

¡Digo mal! Al ver la luz encontré los brazos cariñosos de una madre. Cuando un niño tiene madre, posee todos los tesoros de la tierra: es un monarca en su hogar, donde tiene un reino maravilloso: el corazón maternal.

Los primeros años de mi infancia deslizaronse risueños, como una alborada de primavera. Nuestra casucha a orillas del Chili, aseada, fresca y sombreada de higueras y perales, tenía siempre un aire de fiesta; y en los ojos de mi madre brillaba una ternura tan ardiente, que yo equivocaba todo aquello con la felicidad. Así, cuando había pasado el día jugando o leyendo al lado de mi madre, entre los tiestos de flores, mientras ella hacía encajes, sentada a su telar, y que al cerrar la noche me dormía en sus brazos al plácido murmullo del río, parecíame imposible una existencia más feliz que la nuestra.

Pero a medida que crecía, y que la razón comenzó a derramar en mi espíritu su rayo severo y frío, aquellos hermosos mirajes fueron desvaneciéndose, y la realidad desnuda y triste, apareció a mis ojos. Vi a mi madre abrumada de trabajos para rodearme a mí de contento y bienestar. Mi blando lecho, mi delicado alimento, y la educación que recibía en el primer colegio de Arequipa, comprábalos ella con vigiliass y duras privaciones.

Esta revelación produjo un gran cambio en mi ser moral. De turbulento que era, volvíme reflexivo; y a la perezosa indolencia de mi corta edad sucedió una actividad febril que llenó de asombro a mis profesores, descontentos hasta entonces por mi poca aplicación al estudio.

Sin embargo, al regresar a casa, y traspasar sus umbrales, tornaba a ser el mismo niño egoísta que se dejaba regalar a costa del descanso de su madre. Veíala tan contenta y diligente en torno mío, que me parecía natural que se sacrificara por mí.

Un incidente vino a operar mi entera transformación.

Una noche que mi madre trabajaba en su costura a la luz de la vela, y yo dormía a su lado, la cabeza apoyada en sus rodillas, me despertó de repente una voz que hablaba en destemplado tono.

Al abrir los ojos, vi una mujerona mofletuda y 155 de aire masculino, que de pie, y la mano en la cadera dirigía a mi madre las más irreverentes frases.

-Le digo a usted, doña María -gritaba alzando el dedo en son de amenaza, le digo a usted que no sufriré ya más esas dilaciones de cuatro y seis días que ya usted entablado en el pago del alquiler. Cinco pesos se encuentran hasta bajo de las piedras y no seré yo quien espere a que se le antoje a usted llevármelos: mayormente habiendo solicitantes que me ofrecen ocho, lucientes y adelantados.

-¡Ah! señora Gervasia -respondió mi madre, con voz temblorosa, y los ojos

lentos de lágrimas-, espero que no hará usted la crueldad de arrojarme de la casa. Recuerde usted que en diez años que la habito siempre me vio usted llegar el primero del mes llevándole su dinero. Pero ¡ay! usted sabe cuánto ha bajado, de algún tiempo a esta parte, el precio del trabajo, sobre todo, en la costura. Vea usted estas camisas de munición con tantas fuerzas, tantas piezas y respaldos. Y, sin embargo, las pagan solo a real. Noventa y nueve llevo acabadas; y esta que estoy rematando es la última. Mañana recibiré doce pesos y medio. Cinco serán para usted y el resto para el colegio de mi hijo, y para comprarle calzado.

-¡Calzado! ¿Y por qué siendo tan pobre no acostumbra a ir descalzo? ¿Y por qué no pudiendo pagar la casa, le costea usted colegio? Póngale usted
156 una lampa en la mano y alquílelo en alguna chacra.

-¡Ah! ¡señora Gervasia! ¡cómo se ve que usted no tiene hijos!

-¡Hijos! Dios me libre de tal plaga. Se los regalo a usted. Por eso estoy tan gorda, y usted tan acartonada. Ese muchacho se la está tragando: si en él se le va cuanto gana.

-Pobre hijo mío -exclamó mi madre, sonriendo amargamente, y acariciando mi cabeza-, qué le doy yo sino miseria. ¡Ah! ¡otra sería nuestra suerte, si viviera mi Solís!

-Si no hubiera ido a morir tontamente por servir ambiciones ajenas. ¿Por qué no hizo como mi marido, que apenas vio encrespase la política, colgó la casaca para mejor ocasión y negociaba que era un gusto con los unos y con los otros? ¡Bah! un hombre, cargado con un hijo, y además la añadidura de haber contraído matrimonio sin la competente licencia, es decir, sin derecho a montepío. ¡Mire usted cuántas razones para no exponer su vida!

-No me entrometo a juzgar lo que hizo el marido de usted; pero en cuanto al mío, era su deber combatir en defensa de la patria invadida por un ejército extranjero.

-¡La patria! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¿todavía cree usted en esas patrañas? ¿Hay alguien que sirva otra cosa que su conveniencia? ¡Vaya! que no la creía
157 a usted tan simplonaza!

Al oír aquella insolencia, quise alzarme de un salto. Mi madre retuvo con fuerza mi cabeza sobre sus rodillas.

-¡Bien! ¡bien! señora Gervasia -dijo con tanta dulzura, como aspereza empleaba con ella esa impertinente-, mañana a las ocho llevaré esta obra al contratista, y a las nueve recibirá usted su dinero, que procuraré pagar puntualmente, en adelante.

-Cuento con ello; porque digo a usted que no aguanto más dilaciones. Hasta mañana a las nueve sin falta. ¿Entiende usted?

Impedido de contentar mi enojo echando fuera a aquella bruja, me deshice en lágrimas que mi madre enjugaba procurando consolarme, pero llorando ella también furtivamente.

Al siguiente día dejaba el colegio para entrar como dependiente en casa de un judío italiano negociante en joyas y quincallería.

Samuel Tradi era un hombre de voz dulcísima y cariñosas palabras; pero avaro y codicioso, como hijo de su raza. Habitando un pueblo donde las dulces virtudes de la mujer hacen de la vida doméstica un verdadero paraíso, vivía solo, y el corazón vacío de todo linaje de afecciones, colocado entre la caja y los escaparates de su almacén.

Cuando se hubo convencido de mi aptitud en el manejo de los libros, y la

redacción de su 158 correspondencia comercial, me abrazó; me llamó carísimo, y concluyó ofreciéndome por el trabajo de quince horas diarias en el escritorio y el mostrador, alojamiento, mesa y un sueldo de diez pesos.

Sublevome aquella propuesta que olía grandemente a las lentejas de Jacob; pero reflexionando que aquel salario, aunque corto podía aliviar a mi madre, acepté inmediatamente, sin hacer la menor observación.

Para mejor asegurarme, el judío se apresuró a adelantarme un sueldo, que yo llevé triunfante a mi madre diciéndole que aquello era la mitad de mi haber mensual: piadosa mentira inventada para hacérselo aceptar todo entero.

Opúsose ella mucho a mi salida del colegio pero acabó por ceder al apremio de las circunstancias; bien es verdad que derramando amargas lágrimas, sobre todo cuando, por la noche al cerrar su puerta, se encontró sola en aquella casa que desde mi nacimiento había habitado conmigo. No menos dolorosa fue para mí esa noche que por vez primera pasaba apartado de ella. Conté todas sus horas; y por más que procuraba mezclar la serenidad a la firmeza de mi resolución, tenía el corazón quebrantado, y los ojos llenos de lágrimas.

Pero a la mañana siguiente, cuando la primera luz del alba me mostró frente a mi cama el escritorio donde una parte de trabajo me aguardaba; y más 159 allá, colgadas a un clavo las llaves del almacén confiado a mi celo, comprendí la gravedad de mis deberes, y desde esa hora dejé de ser un niño y me volví un hombre.

Mi madre notó este cambio en el momento, cuando fui a verla. Su primera impresión se tradujo por una sonrisa de orgullo; pero luego la oí murmurar suspirando:

-¡Oh! ¡pobreza! ¡pobreza! que arrebatas a las madres la infancia de sus hijos, con sus gracias y sus risas; y en la edad de los juegos los condenas a sembrar los abrojos de Adán.

Sin embargo, ella y yo nos acostumbramos poco a poco a esa separación, compensada, por otra parte, en mucho con el doble gozo del domingo, que pasábamos juntos, desde las seis de la mañana, hasta las nueve de la noche.

Aquellos días eran para la pobre madre una verdadera fiesta. Privándose, quizá, de lo necesario, durante la semana, esperábame con toda suerte de regalos; y nuestras tres comidas eran otros tantos banquetes, tomados mano a mano, bajo la fronda de las higueras; cuyas ramas, movidas por el viento, dejaban caer en nuestra mesa sus deliciosos frutos, que saboreábamos riendo y formando dulces proyectos para el porvenir; proyectos en que, la fresca imaginación de mi madre, joven todavía, desarrollaba 160 risueños cuadros, que como hija del Misti, engastaba siempre en la bella campiña de Arequipa.

Luego queriendo dar a estos sueños la apariencia de la realidad, íbamos a terminar en el campo aquellas encantadoras jornadas, señalando los sitios donde había de alzarse nuestra casa de campo, rodeada de jardines y vergeles.

Así pasaron dos años. Samuel Tradi, estaba cada día más contento de mí. La práctica me había perfeccionado tanto en las especulaciones del mostrador, que el establecimiento prosperaba extraordinariamente. Sin embargo, por

más que me abrumaba de elogios y caricias, el judío se guardó bien de ofrecerme el menor aumento en el sueldo miserable que me daba.

Un día me anunció que iba a dejar Arequipa, y establecerse en Valparaíso, donde lo llamaba el interés de su comercio. Propúsome llevarme consigo pero añadiendo inmediatamente, que le sirviera en Chile bajo las mismas condiciones que en Arequipa.

Duro me era apartarme de mi madre, y más duro todavía, darle el pesar de aquella separación; pero era también necesario seguir la carrera comenzada, y en la que había hecho tantos progresos. Además, con Samuel tenía ya adquirido un crédito que solo encontraría en otra parte a costa de una larga prueba ¹⁶¹ en cuyo tiempo, mi madre carecería de aquel sueldo, que corto como era, le servía a ella de mucho.

Esta razón, más que todas las otras, me determinó a seguir al judío en su nueva fortuna.

Mi madre, paciente y resignada al sufrimiento soportó este dolor con santa resignación. Para hacérmelo menos amargo, ocultó sus lágrimas; llamó a sus labios la sonrisa, y con el corazón destrozado por mi partida, comenzó a hablarme de la alegría del regreso, del gozo de volver a vernos, para no separarnos más.

En cuanto a mí, su aparente serenidad, y la novedad de los preparativos del viaje distrajeron mi pena; de manera que el día de la separación, me hallaba casi contento.

Salimos al oscurecer para atravesar en la noche el ardiente desierto que separa Arequipa de Islay.

Para abreviar los adioses, Samuel me acompañó a despedirme de mi madre. Con gran sorpresa mía, no la encontramos en casa; y fuerza me fue seguir al judío que me arrancó de aquel umbral donde quería esperarla y tras del cual quedaba mi universo y mi felicidad.

Entonces, solamente comencé a sentir cuánto dolor había de costarme vivir separado de mi madre. Si hubiese sido posible desligarme del compromiso contraído con el judío, de seguro me habría quedado.

162

Partimos.

Había anochecido, y la luna alumbraba con una luz triste las blancas bóvedas de la ciudad, cuyo aspecto oriental tenía en aquella hora, algo de fantástico, que aguzaba mi pena. No podía resignarme a partir sin haber visto a mi madre: y oraba en silencio, comprimiendo mis sollozos, mientras Samuel me exponía el programa de las operaciones comerciales que se proponía realizar en Chile, así como el cuadro de mis nuevos deberes como dependiente, en aquel mercado. Y absorto en sus especulaciones de negociante, alejábame de aquella blanca ciudad que lo había albergado, y del majestuoso Misti y de la encantada campiña, sin darles ni una mirada, ni un recuerdo.

Así dejarían sus padres la tierra de Canaan para acudir al olor de las cebollas de Egipto.

Al volver un recodo del camino, divisé una persona sentada, inmóvil sobre un ribazo. Era mi madre. Queriéndome evitar el dolor de la despedida en el hogar doméstico, había venido allí y me aguardaba llorando.

Al acercarme, se levantó, secó sus lágrimas, y me abrazó procurando afirmar su voz para darme sus últimos consejos. Después me bendijo, y

apartándose de mí, se puso de rodillas y oró, siguiéndome con los 163 ojos, hasta que nos hubimos internado en las tortuosas callejuelas de Yanahuara.

A vueltas de mi pena, pensaba con extrañeza en el adiós lacónico que mi madre dio a Samuel, absteniéndose de recomendarle su hijo. ¡Pobre madre! El tiempo me hizo ver que ella sabía cuán inútil era todo eso con aquella alma de piedra.

Un mes más tarde, nos hallábamos establecidos en Valparaíso, y el almacén de Samuel Tradi gozaba de gran reputación. El hijo de Israel poseía por línea recta la ciencia de los negocios lucrativos. Sin descuidar en lo menor las valiosas especulaciones de la joyería, descendió al tráfico de víveres: compró un buque, y se dio al comercio de cabotaje asociado a un piloto, compatriota suyo: David Isacar, judío célebre, verdadera estampa de bandido, piel tostada, y ojos torvos de traidora mirada.

Entre David y Samuel existían relaciones de larga data, interrumpidas en otra parte, y reanudadas un día, en un repentino encuentro sobre la playa de Valparaíso.

Aquellos dos hombres, en apariencia tan diferentes, tenían sin embargo un punto de semejanza que constituía en ambos el fondo de su ser: la codicia. Pero a este sentimiento que, como todas las malas pasiones, debía separarlos mezclábase algo misterioso 164 que los unía en lazo estrecho, y hacia una sola de esas dos existencias.

Por aquel tiempo, como una ráfaga eléctrica, la noticia de los tesoros descubiertos en California recorrió el mundo en todos sentidos, y atrajo hacia aquel país maravilloso una peregrinación universal. Chile se despobló, y sus graneros se vaciaron, para ir a derramarse en esas auríferas playas abiertas a toda suerte de especulación.

El minero, el agricultor, el mercader, el agiotista, el jugador, todos formaron allí su castillo aéreo, y corrieron a realizarlo. El Pacífico se cubrió de velas que de todos los puntos del globo llevaban su contingente de brazos para arrancar aquella tierra el precioso metal que cobijaba. Supónese desde luego que Samuel Tradi había de ser uno de los primeros en acometer aquella empresa.

En efecto, combinada en largas conferencias con Isacar, alistó su buque, cargolo de trigo, harinas y tasajo, embaló de su joyería lo más valioso, y traspasó el resto de su almacén. Organizó enseguida un cuerpo de trabajadores niños todos más o menos que yo, los tomados entre las clases menesterosas. Embarcó, inmediatamente, y desde esa hora, apoderándose de ellos, los empleó en los trabajos de a bordo.

Entonces vino a mí con semblante cariñoso «Andresino mío -me dijo, acariciando mi mejilla- por 165 supuesto, tú vendrás conmigo. ¿Cómo había yo de dejarte, ahora que se trata de recoger millones en aquella región del oro?».

-¿Y mi madre? -pensé yo.

Pero la novedad de lo desconocido me sedujo con sus nebulosas lontananzas, y sin formular condición alguna me decidí a seguir al judío a California, como lo había seguido a Chile.

Escribí a mi madre dándole razones que pudieran hacerla aceptar ese ensanche inmenso en el espacio que nos separaba, y pocas horas después dejábamos la rada de Valparaíso y nos hacíamos a la mar.

Sentado en la popa del Luján, nombre de nuestro bergantín, y rodeado de los infantiles trabajadores de Samuel, miraba alejarse el puerto con sus verdes cerros sembrados de kioscos y risueños jardines.

Cuando hubo desaparecido la última cima y que el azul del cielo se juntó con el azul del océano, los pobres chicos echaron a llorar.

Al ver sus harapos, conocíase que casi todos eran huérfanos, que nada dejaban sino miseria. No obstante, dejaban el calor del suelo natal, las caricias del ambiente y los echaban de menos.

Debiendo completar nuestra carga en el Callao, hicimos escala en ese puerto. Entonces conocimos la hermosa Lima, sentada en un oasis sobre abrasados eriales. Todavía el gas y el vapor no habían ido a quitarle las emociones del Carrizal y la perfumada sombra de sus noches; aun podía llamarse la ciudad del enamorado Amat y de la linda Perrichole. Allí también, como en Chile, la fiebre del oro se había apoderado de las cabezas. Millares de hombres, arrancándose a sus hogares, a su familia, partían diariamente bajo toda suerte de condición, en los buques que a toda hora zarpaban del Callao con destino a California.

Nosotros tuvimos dos pasajeros. Cuando aparejábamos para proseguir nuestra marcha, presentose un joven solicitando embarcarse con su hermana. Pagó el pasaje de esta y él se contrató como marinero, habiendo previamente manifestado a Daniel, que mandaba el buque, sus aptitudes como hombre de mar.

Alejandro S., era un oficial de marina separado de nuestra escuadra por las vicisitudes de la política. Pobre y sin tener a quien confiar aquella niña, su única familia, llevábale consigo, al ir en busca de una fortuna que le negaba su patria. Animoso y estoico en el infortunio, resignose a su nueva posición, cual si nunca hubiera hecho otra cosa que tirar cable y remendar velas.

En cuanto a su hermana, nunca vi una criatura tan preciosa. Verdadero tipo de limeña, todo en ella era gracia y belleza, desde su larga cabellera hasta su pulido pie. Su nombre -Estela- iba escrito en sus admirables ojos negros, cuya mirada a la vez casta y voluptuosa, tenía un fulgor, que a mí, niño, me hacía soñar con el cielo; pero que en corazones viriles debía encender pasiones violentas y terribles.

Desde la primera vista, una tierna simpatía nos llevó el uno hacia el otro; y en mi corazón comenzó a palpar un sentimiento ignorado: el amor fraternal; bálsamo suave, que ensanchó mi alma, comprimida al frío contacto del egoísmo y la avaricia.

Respirando ambos la celeste atmósfera de la infancia, nos amamos como se amarían dos tórtolas peregrinas; como se amaran dos ángeles perdidos en el espacio.

Siempre juntos en nuestros paseos, en nuestras lecturas, en nuestras plegarias, parecíanos imposible poder vivir de otro modo. Nuestras, pláticas no tenían fin. Ella me hablaba de su madre muerta; yo de la mía ausente. A los recuerdos severos de mi infancia, devorado por el estudio y el trabajo, mezclaba ella las risueñas memorias de la suya, transcurrida entre alegres juegos cruzando los jardines floridos del Rímac. En nuestras dos existencias; confundidas así, en el pasado y el presente, aquello que el uno conocía venía a suplir lo que el otro ignoraba. Yo tenía más que Estela, la ciencia de los libros; ella más que yo, la ciencia de la vida.

Yo le demostraba en qué latitud vagábamos, guiando, su 168 mirada sobre los paralelos de la carta; ella me enseñaba a conocer los sórdidos instintos de Samuel y de David en el acento de su voz, y en la expresión de su semblante.

Alejandro S. acogió con benevolencia este afecto que lo reemplazaba a él en el cuidado de su hermana, permitiéndole entregarse sin zozobra a los deberes de su cargo.

En efecto, desde el primer día de nuestro conocimiento, me declaré el caballero sirviente de Estela. La cedí mi camarote; servíale en la mesa; y contrariando la ruin cicatería de los judíos rodeábala de todo el bienestar que podía procurarse a bordo. Coloqué para ella mullidos asientos sobre cubierta, y allí pasábamos largas veladas en dulce contemplación, siguiendo con los ojos el curso de las estrellas, y las fosforescentes olas del Océano...

¡Perdón! estoy abusando de la atención de uste con estos detalles pueriles. ¡Ah! ¡me es tan grato detener la mente en esos recuerdos, que han dejado una huella luminosa en mi existencia!

Una avería en el timón, nos obligó a hacer rumbo a Panamá y detenernos allí dos días para repararla.

Encontramos las calles, casas y hoteles invadidos por un mundo de emigrantes yankees de todas 169 clases y comuniones: militares, filibusteros, cazadores de las praderas; metodistas, cuáqueros, mormones, espiritistas que de paso a California, hacían de la ciudad un verdadero pandemónium, entregándose a toda suerte de excentricidad.

Ya era uno que, formando un montón de piedras, subíase encima y predicaba su doctrina política o religiosa; ya otros mil que llegaban caían sobre él, lo derribaban de su pedestal, y con aquellas mismas piedras lo magullaban hasta dejarlo semimuerto. Por aquí, dos pugilistas se hacen saltar los ojos a puñetazos; por allí un par de espadachines se atraviesan el cuerpo con una doble estocada, y cayendo sin vida, dejan sus armas a los testigos que continúan la pelea, despachando dos o tres al otro mundo, y van a acabar aquel negocio bebiendo sendos tragos en honor de los difuntos.

Estas escenas, y el aspecto de sus protagonistas me llenaron de asombro; pero luego tuve ocasión de conocer que de todas esas formidables peripecias se compone la existencia normal de ese pueblo yankee, gigante en todo, desde las virtudes hasta la extravagancia.

Entre esos hombres, notábase uno, menos por su estatura atlética, que por la diferencia de raza y fisonomía. Tenía la tez cobriza, los cabellos 170 negros, abundantes y lacios, los dientes blancos apartados, agudos: y unos ojos de buitre, que se fijaron en Estela con ansiosa codicia.

Por una misteriosa intuición, la vista de ese hombre produjo en mí un sentimiento de odio, cual si hubiera reconocido en él un enemigo. Estela misma, acostumbrada como limeña, a arrostrar con regia serenidad las ardientes ojeadas que atrae la belleza, sintiose sobrecogida de espanto, bajo esa mirada negra, pertinaz, obstinada que encontraba a cada paso, y que la siguió hasta que nos embarcamos.

Cuando nos dábamos a la vela, divisamos todavía aquel hombre, apoyado en el tronco de un cocotero, inmóvil y la vista fija en nuestro buque, hacia

el punto en que el blanco velo de Estela ondulaba con la brisa de la tarde.

Alejámonos, y bien pronto las costas de Panamá se desvanecieron entre la bruma del horizonte; pero no así, la impresión de terror que el emigrante había dejado en el ánimo de Estela.

Apoderose de ella una extraña inquietud, un miedo pueril que le obligaba a ir siempre asida al brazo de su hermano.

Cuando quise llevarla a nuestro paseo nocturno de costumbre, me detuvo con un ademán de terror.

171

-¿Qué temes? -la dije-. ¿No estoy yo a tu lado?

-¡Ay! Andrés -respondió- tú eres un niño, y no podrías defenderme.

-Defenderte de qué, ¿no estás aquí en completa seguridad?

-¡Qué sé yo! Pero ya no me atrevería a quedar un momento allá arriba después de entrada la noche. Me estremezco al pensar que hemos pasado largas veladas sobre cubierta, solos y envueltos en la sombra, dos débiles niños... ¡Andrés!... ¡qué mirada, la de aquel hombre color de cobre! ¿La recuerdas? A mí se me ha quedado grabada en el cerebro. Dormida me parece en sueños: despierta la veo reverberar en el fondo de mi pensamiento, y me turba a todas horas.

La medrosa preocupación que atormentaba a Estela, derramó en nuestra intimidad fraternal una sombra de tristeza que neutralizaba su encanto.

Durante el día, y cuando el sol lo doraba todo con sus alegres rayos, ella la primera reía de sus insensatos terrores, y me prometía desecharlos.

Pero desde que caía la tarde y que la sombra de nuestras velas se extendía en largas siluetas sobre el azul oscuro del mar, el gozo de Estela se desvanecía. La pobre niña, triste y meditabunda, 172 encerrábase en su camarote, o bien, pasaba las noches envuelta en una capa, sentada al lado de su hermano, que velaba en el timón.

Alejandro se apercibió del sombrío humor de su compañera, y quiso averiguar la causa; pero ella le ocultó obstinadamente; y usando de la influencia que ejercía en mí, impúsome igual silencio.

La travesía, que hasta entonces fue para mí una serie de días deliciosos, volvióseme tediosa, insoportable, y aun a precio del dolor de alejarme de Estela, anhelaba el término del viaje, que debía separarnos, en la esperanza de que el cambio de atmósfera, y la vista de nuevos objetos, disiparía el extraño pavor que le aquejaba.

En fin, al amanecer una mañana de mayo vimos alzarse en el horizonte una selva de mástiles, sobre la que flotaban las banderas de todas las naciones.

Era la bahía de San Francisco. Habíamos llegado a California, esa tierra, objeto de tantos dorados ensueños.

Al echar el ancla entre aquella innumerable, multitud de naves, notamos que la mayor parte de ellas estaban desiertas y abandonadas. Como esos navíos fantásticos de los cuentos orientales, 173 balanceábanse sobre sus anclas coquetamente empavesadas, pero silenciosas y solitarias. Muy luego, a nuestro mismo bordo tuvimos la solución de aquel extraño enigma. Una hora después de nuestra llegada, la tripulación entera había desertado, para ir a engrosar las falanges de aventureros que poblaban ya las cañadas auríferas del Sacramento.

Los judíos encontraron reducido su equipaje a los niños chilenos, que, aislados y faltos de medios para fugarse, permanecieron tranquilos; bien es verdad que Samuel, en el temor de que siguieran el ejemplo de los marineros, a vueltas de las más paternales caricias, no los perdía de vista, y los dejó encerrados en la bodega mientras desembarcamos, para buscar alojamiento.

No poco nos costó atracar en los muelles cercados de embarcaciones cargadas de gente, que pugnaba por saltar a tierra.

Al cabo, y después de larga espera, logramos poner el pie sobre aquella anhelada ribera.

Encontramos la playa cubierta de bagajes abandonados de sus dueños, por la carencia de medios de transporte y de sitios de depósito. Baúles, cajas, sacos de rico tafilete, esparcidos por aquí y allí, obstruían el paso, sin que el pillaje hubiese tocado siquiera sus cerraduras oxidadas por la 174 intemperie. De tal manera, la sed de oro, en su acepción intrínseca, había absorbido toda codicia de detal.

El aspecto de la ciudad no se nos mostró menos extraño que cuanto nos había aparecido desde que divisamos el puerto. Una inmensa toldería de toda clase de telas y colores, desde el oscuro pelo del camello árabe hasta el brocado rojo de la China, se extendía en líneas paralelas a otras, de elegantes construcciones de madera, formando calles interminables, que llenaba un pueblo mixto, turbulento, agitado, cuyo susurro se componía de todos los idiomas de la tierra; desde la sonora lengua de Cervantes, hasta el desapacible cacareo de los macaos; desde el purísimo galo de la Turena hasta el salvaje gruñido del apache.

Pero en aquel cosmopolita emporio de nacionalidades, dominaba siempre el elemento yankee. Yankees eran las posadas; yankees los teatros; yankee la única institución que daba una sombra de garantía a la propiedad y a la vida de los individuos, en aquel formidable choque de personalidades y de intereses contrarios. Todo, en fin, presagiaba que muy luego plantaría allí su estrellado pabellón esa raza de titanes, destinada a escalar el cielo o a hundirse bajo el peso de su misma grandeza.

Caminábamos abriéndonos paso al través de la 175 muchedumbre abigarrada que circulaba en todos sentidos. El teniente Alejandro me había encargado el cuidado de conducir a su hermana: y cargando al hombro el ligero equipaje de esta y el suyo propio, marchaba delante, seguido de Samuel. Nosotros dos veníamos los últimos, asidos de las manos y platicando alegremente.

Estela, encantada de hallarse en tierra, aspiraba con delicia el ambiente perfumado que venía de las vecinas praderas.

Vestida de muselina blanca, y sobre sus largos rizos un sombrerillo de paja, bella y fresca como aquella mañana de primavera, reía, olvidada de sus terrores, con el confiado abandono de la infancia, mezclando a sus risas, gozosas exclamaciones.

-¡Dios mío! ¡qué país tan bello! ¡Mira esas lomas cubiertas de pinos tan altos! ¡Repara en los pies de esa gringa: si creo que se ha calzado nuestras chalupas de a bordo!... ¡Y aquella que va montada en un buey! Mira esa bandada de aves blancas que cruzan el cielo: ¡hasta aquí se oyen sus cantos! ¿Qué es lo que hacen aquellos hombres en torno a una mesa tras de los cristales de este hotel? ¡Están jugando a los dados! Cada uno tiene

delante un montón de piedras amarillas... ¡Bah!... ¡el oro de California!
¡Qué semblantes tan airados! De seguro, esta 176 partida va a parar
en un combate. Todos esos hombres están armados de revólver... ¡Ah!...
La voz de Estela se ahogó de repente en un grito de terror.

Uno de los jugadores, había levantado la cabeza y fijado en ella sus ojos.
Era el hombre color de cobre que se quedó en Panamá, contemplándola
apoyado al tronco de un cocotero.

Pálida, turbada, temblorosa, Estela huyó de allí y fue a colocarse delante
de su hermano.

-Y ahora, Andrés -me dijo-, ¿reirás todavía de mis temores? ¡Tú lo has
visto: ese hombre dispone de un poder infernal! ¿Cómo es que lo
encontramos aquí, habiéndolo dejado en Panamá?

-Nada más sencillo. Recuerda que al dejar el istmo, vimos el vapor Oregón,
de viaje a California, entrar en escala a ese puerto.

Pero estas razones, si fueron parte a ahuyentar del ánimo de Estela las
ideas supersticiosas, nada pudieron contra el espanto que se había
apoderado de ella a la vista del emigrante.

Yo mismo, comencé a sentirme profundamente inquieto del estado en que la
veía. Habría dado la mitad de mi vida por tener dos años más, para ir a
encontrar a ese hombre y pedirle cuenta del miedo que inspiraba a Estela.

177

A la entrada de una plazoleta, entre la barraca de un aserrador y la
tienda de un licorista, hallamos al fin, un hueco bastante espacioso para
plantar nuestras carpas en tanto que se negociaba la venta del cargamento
y se hacían los preparativos de nuestro viaje a los placeres del
Sacramento.

El momento de la separación había llegado. Alejandro, llevando consigo a
su hermana, fuese en busca de Madama Gerard, una modista de Lima
recientemente establecida en San Francisco, con quien había de quedar
Estela, mientras él iba a las minas.

Seguimos hasta el consulado del Perú, donde se detuvieron, y triste,
triste como en la hora que me separé de mi madre, aparteme de ellos para
volver a bordo, llevando a Isacar, la orden de desembarque.

El día declinaba; la ciudad que comenzaba a iluminarse tomaba un aspecto
fantástico, con sus improvisados palacios de madera, sus orientales
tiendas y el inmenso pueblo que llenaba sus calles.

Al atravesar una plaza, divisé un corro de hombres que conferenciaban con
aire de misterio.

Vestían el traje de los habitantes de Sonora, envolvíanse en anchos
serapes, y hablaban 178 una lengua extraña, compuesta de sonidos
agrestes como los rumores de una selva.

Al costear el grupo, descubrí a pesar del embozo, rostros pintados con el
tinte rojo y negro de los navajos. Aquellos hombres eran salvajes
disfrazados.

En el centro del corro, y hablando con vehemente ademán un hombre de
elevada estatura cautivaba la atención de los rostros tatuados, que
vueltos a él, y haciéndole círculo, escuchábanlo con muestras de
entusiasmo y sumisión.

El sombrero y el serape ocultaban su rostro; pero no tuve necesidad de
verlo para reconocer al fatídico personaje que atemorizaba a Estela, al

hombre color de cobre. Aun más: en las facciones de este y las de sus compañeros noté una sorprendente afinidad de raza. Los ojos que relampagueaban a la sombra de los negros arabescos del tatuaje, tenían el mismo resplandor bravío y siniestro de aquellos ojos que habían fascinado a Estela; igualmente agudos y separados eran, los dientes que blanqueaban entre aquellas bocas contraídas por la atención dada a ese hombre que les hablaba en su bárbaro idioma, con la rapidez y soltura de la lengua materna.

Ayer, pasando del Atlántico al Pacífico unido a una falange de aventureros; hoy entre elegantes 179 tahures, alrededor de un tapiz verde, jugando montones de oro; y ahora en fin, conferenciando, misteriosamente rebozado en un disfraz, con los hijos de una tribu réproba. ¿Quién era pues ese hombre?

Alejeme de allí, preocupado de una vaga zozobra. El extraño espanto que aquel hombre había inspirado a Estela, comenzó a presentármese como el presentimiento, o por mejor decir, la intuición de un peligro inminente. ¿Cuál? Yo no podía señalarlo. Mirar a una mujer, sobre todo, si es linda; seguirla, nada más natural. Sin embargo, recordando aquella mirada que había sobrecogido a Estela en la plaza de Panamá, y que acababa de aterrarla al través de los cristales del hotel, encontré en ella, mezclada a impetuosos deseos, una resolución decidida, inexorable amenazante en su sombría fijeza.

En vez de ir a bordo, regresé a buscar a Estela en el consulado peruano. Mas no estaba allí, su hermano la había llevado a casa de madama Gerard. Pero aunque esta tenía un almacén de modas, fue imposible descubrirlo, en aquel dédalo de calles y callejuelas.

En fin, reflexionando que no era ya el compañero de Estela, sino el dependiente de Samuel Tradi, forzoso me fue sobreponerme al inquieto anhelo que me llamaba a velar cerca de ella; y poniendo, como 180 dice el vulgo, una piedra sobre el corazón, volver al desempeño de mi comisión a bordo. Entonces, solamente, conocí cuanto se había allegado mi corazón a esa amiga de ayer, arrojada por la casualidad sobre mi camino; y nunca tampoco hasta entonces parecíome tan odiosa esa sujeción del albedrío a la ajena voluntad, que hace del hombre un ser pasivo y una nulidad de su poderoso querer.

Encontré a Isacar sobre cubierta, en compañía de tres hombres tan parecidos a él en la expresión de la fisonomía, que se les habría creído parientes suyos, o cuando menos, antiguos camaradas. Hablaban con animación, y al parecer, discutían un proyecto.

El ruido de sus voces, y la preocupación que los absorbía, impidióles apercibirse de mi llegada, que de pronto desconcertó a Isacar. Pero el astuto calabrés se repuso luego, y reanudando, o fingiendo reanudar la interrumpida plática, dio cima a una cuestión que versaba sobre náutica, y despidió así a sus mal encarados acompañantes.

Dos días después, nuestro cargamento estaba vendido y todo preparado para el viaje al interior.

Isacar quedaba al mando del buque, bergantín fuerte y velero, con el que hacía viajes de transporte a los puertos del Sur. Samuel marchaba con nosotros a los placeres del Sacramento.

Temiendo los subidos precios del pasaje, el judío, 181 había

dispuesto el viaje por tierra, y comprado un carro en que debíamos ir amontonados él, yo, los muchachos y los útiles necesarios a la extracción y lavaje del oro.

Pero cuando todo estaba preparado para la marcha planteose una nueva línea de vapores fluviales, que entró en competencia con la ya establecida; y he aquí a esta, rebajando sus pasajes hasta lo ínfimo, y la otra, dándolos gratis para desbancarla.

Esta circunstancia fue parte a que Samuel cambiara de idea, y resolviese embarcarse. Pero se guardó bien de tomar pasaje en los vapores que los obsequiaba; pues temía una revancha de aquella excéntrica liberalidad: concertolo, sobre manera módico a bordo del «Nuevo Mundo» hermoso vapor, lujosamente condecorado, perteneciente a la primera empresa.

Entretanto, yo ignoraba el paradero de Estela y hallábame devorado de ansiedad. ¿Partiría sin verla? ¿Alejaríame sin confiar a su hermano los siniestros recelos que me preocupaban?

Sin embargo, pasaban los días, y el de la marcha se acercaba, y llegó la Víspera sin que hubiese podido saber nada de ellos.

Dormía yo aquella noche, un sueño inquieto, poblado de visiones y pesadillas, cuando vino a despertarme un rumor extraño, mezclado de gritos, 182 de imprecaciones y gemidos. Precipíteme hacia fuera; y la vista del espectáculo que se ofreció a mis ojos, me arrancó este grito de terror: ¡Estela!

Un mar de fuego arremolinaba sobre la ciudad sus gigantescas llamas, que impelidas por una fuerte brisa de Este, envolvíanlo todo en humeantes torbellinos, extendiéndose con prodigiosa rapidez hasta el puerto.

Bandadas de pueblo, agitándose entre el humo y los torrentes de chispas atravesaban la encendida zona, completando el infernal aspecto de aquel cuadro.

-¡Estela! -exclamé, y arrojeme a las llamas.

Los elegantes edificios que al llegar cautivaron mis miradas, desplomábanse en torno mío, sepultando bajo sus ardientes escombros la multitud, que huyendo del fuego se precipitaba en las calles.

El corazón palpitante, el oído atento, los ojos deslumbrados por las llamas, el aliento sofocado por el humo, corría yo, abriéndome paso entre la muchedumbre clamorosa, vagando al acaso, sin saber dónde dirigir mis pasos, cayendo, alzándome, pero corriendo siempre, y llamando a Estela con gritos ahogados por el hálito candente del incendio.

En un momento que, arrebatado por el empuje de la turba, corría con ella, sin que mis pies tocaran el suelo, cruceme con un hombre de alta estatura, que llevando en brazos un cuerpo envuelto en una sábana marchaba en sentido inverso. Su imponente busto 183 dominaba a la multitud, cuya corriente cortaba con seguro paso.

La ola humana que me arrebatava, llevome cerca de él, y tuve tiempo de reconocerlo. Era el hombre cobrizo de los agudos dientes.

Un grito de rabia se exhaló de mi pecho; y haciendo un supremo esfuerzo, logré asir el cuerpo que llevaba entre sus brazos. Pero la fuerza que me arrastraba me impelió a larga distancia; y derramándose en el recinto de una plaza dejome en tierra, con la rabia en el corazón y la desesperación en el alma. No tenía duda: aquel cuerpo era Estela, que ese ser misterioso se robaba.

De repente noté que mis manos estrechaban convulsivamente un objeto. Era un trozo de aquella sábana que yo así al paso, en la esperanza de salvar a Estela.

Entre los dobleces que la crispación de mis nervios había impreso en la tela, encontré un rizo de cabellos blondos. Este descubrimiento me tranquilizó un tanto. No era el cuerpo de Estela, lo que aquel sudario envolvía.

Sin embargo, ¿qué había sido de esta querida niña, en la horrorosa catástrofe que tuvo lugar aquella noche?

El alba me encontró recorriendo las calles, chamuscados los cabellos y el vestido desgarrado, 184 llamando inútilmente, entre el tumulto, a Estela y su hermano.

Fuerza era, no obstante, abandonar esas investigaciones, para reunirme a Samuel, pues la hora de partir había llegado.

Pero ¡ah! ¿cómo partir en tan horrible incertidumbre? ¡Imposible!

Así lo significué a Samuel, que, dando a su meliflua voz un acento trágico.

-¡Ingrato! -exclamó- ¿quieres abandonar por compañeros de un día, a este viejo amigo, que compartió con tu madre el cuidado de tu infancia! ¡Yo iré a decírselo, pero antes te maldeciré en su nombre!

Estas palabras despertaron un sentimiento que vivía latente en mi alma, el remordimiento. En efecto, mecido por las dulces emociones de un nuevo cariño, comenzaba a olvidar el cariño de mi madre. La severa reconvención del judío parecióme el eco de mi conciencia.

-¡Partamos! ¡partamos! -le dije, y me apresuré a seguirlo.

Como he dicho ya, el «Nuevo Mundo» era un hermoso vapor, provisto no solo de toda suerte de comodidades, sino de lo superfluo del lujo. Su toldilla era una elegante galería, colgada de ricas cortinas, y adornada como un salón. Llenábala 185 una multitud de pasajeros que iban, venían, reían y hablaban a la vez, formando el más animado cuadro, en tanto que el vapor se deslizaba suavemente entre las pintorescas márgenes del Sacramento.

Recostado en la borda, cubierta de floridos tiestos, contemplaba yo tristemente la ciudad, que se destacaba a lo lejos como un miraje sobre el azul del océano. «¡Estela! ¡Estela!» murmuraba suspirando.

Una mano se posó en mi hombro. Volvíme y di un grito de gozo. Era ella.

Abrazámonos como quienes vuelven a verse, pasado un gran peligro.

Cuando la emoción me permitió hablar:

-¿Cómo es que te hallas aquí -la dije- después de haberte buscado tanto, inútilmente?

-Mi hermano está empleado a bordo -respondió ella-. En cuanto al motivo que me ha hecho dejar la casa de madama Gerard ¡ay! ¡Andrés!... ¡Siempre el hombre color de cobre! ¡Siempre ese fantasma amenazador que me sigue a todas partes! ¡Ah! ¡Tú no sabes lo que anoche aconteció!

Figúrate que dormíamos, Emilia Gerard y yo en un cuartito separado del de madama Gerard por un tabique de lienzo y por otro de tabla de la casa vecina por donde principió el fuego.

186

Despiértome, sofocado el aliento por una atmósfera densa y saturada de un fuerte olor de alquitrán. Casi al mismo tiempo, un resplandor rojizo

iluminó el cuarto, y torrentes de humo se introdujeron por los intersticios de las tablas.

Iba a despertar a Emilia, cuando de súbito, un golpe, asestado sin duda con una maza, hundió el tabique, y en un fondo de llamas vi dibujarse una figura colosal, que asomó la cabeza, haciendo blanquear a la luz de las llamas unos dientes agudos como los de un perro. ¡Era el hombre color de cobre!

Apenas tuve tiempo para deslizarme debajo de la cama. Muy luego sentí sus pasos en el cuarto. Yerta de terror, no me atrevía a respirar.

Y Emilia dormía siempre.

El hombre cobrizo palpó mi cama: la encontró vacía y dirigiéndose donde dormía Emilia, levantola en sus brazos, y saliendo por la brecha practicada en el tabique envuelto ya en las llamas, traspúsolo y desapareció.

Al sentirse asida, Emilia dio un grito que despertó a su madre; pero cuando esta acudió encontró el cuarto vacío e incendiado por las llamas: su hija había desaparecido, y yo oculta debajo de la cama estaba desmayada.

Los gritos de la pobre madre me despertaron del profundo desvanecimiento en que yacía. Era tiempo: las llamas iban ya a consumirlo todo.

En ese momento, mi hermano y el cónsul del Perú llegaron trayendo a Emilia, a quien encontraron sola entre la multitud.

Al sentirse arrebatada de su cama en medio del sueño, la pobre niña perdió el conocimiento. Vuelta en sí a impulsos de su mismo terror, dio gritos llamándome en su auxilio. Pero al escuchar el nombre que Emilia invocaba; su raptor la puso bruscamente en tierra; mírola con unos ojos que la hicieron estremecer y se alejó, perdiéndose entre la multitud.

El establecimiento de madama Gerard ha sido devorado por el fuego. Felizmente, su hijo ha llegado de las minas trayendo consigo un millón, y van a regresar a Francia. Me habría muerto de pesar si hubiera ocasionado su ruina. Porque estoy persuadida que ese hombre es el autor del incendio. Juzga si debo apartarme un punto de mi hermano. Ocultándole mis terrores y la persecución de ese hombre, para evitar un conflicto, he obtenido de él que me lleve consigo. Andrés, hermano mío, quédate con nosotros.

-Harto la anhela el corazón -la dije-, tú lo sabes bien; pero el deber me llama lejos de ti. Samuel confía en mí para realizar sus proyectos.

188

-Ese avaro te sacrificará. ¿Es capaz él de buena fe con nadie? Cortaría las alas a su mismo ángel de guarda, por vender sus blancas plumas. ¡Ah! ¡y por este descreído nos quieres abandonar!

Esto, y aun más, me decía a mí el corazón; pero Samuel había invocado un nombre que desarrollaba en el recuerdo una encantada lontananza: y la casita de las orillas del Chile, y su solitaria habitante me aparecían llamándome, y echándome en cara mi ingrato olvido.

Estela comprendió lo que pasaba en mi alma y no insistió más.

Apoyados en la borda, el uno al lado del otro; sobre nuestra cabeza el cielo estrellado y a nuestros pies la rizada corriente; gozosos de hallarnos reunidos cuando menos lo esperábamos; bogando, sobre un palacio de hadas, en un magnífico río, encerrado entre floridas praderas, volvimos

a ser los niños alegres de antes. Nuestra separación, el incendio y sus horribles peripecias; y hasta el recuerdo del ser extraño, cuya obsesión atormentaba a Estela, se borraron de nuestra mente, para dar lugar a las plácidas imágenes con que la dicha acaricia a sus elegidos.

Habíase iluminado la galería con vistosas lámparas, y presentaba un aspecto animado y pintoresco.

Estela y yo, asidos de las manos recorríamosla, 189 inspeccionando los heterogéneos grupos que la llenaban. Aquí un corro de fumadores, yankees, estirados en mullidos sillones, y los pies sobre una mesa, enviaban al aire en perfumadas espirales el humo de sus habanos; allí, sobre los cojines de un diván, un congreso femenino discutía a media voz, sobre modas y saraos. Mas allá, en medio de un círculo de curiosos, sosteníase con encarnizamiento una partida de ajedrez. Más lejos, aun, el ruido fatídico del cubilete, agitado por manos calenturientas, anunciaba el juego supremo, el terrible monte.

Detuvímonos a contemplar este grupo.

Componíanlo, el capitán del vapor, dos canadenses y un mejicano. El juego se hallaba fuertemente interesado, y mediaban crecidas puestas. Muy luego, la suerte se inclinó con un favor obstinado del lado del capitán y de uno de los canadenses, a cuyas manos fue a parar todo el oro de la mesa.

El mejicano se levantó al parecer sofocado por una violenta emoción; pidió permiso para ir un momento a tomar el aire, y se alejó. En ese momento trajeron té, y hubo un corto receso.

A poco, volvió el mejicano. Habíase tranquilizado; y con las manos cruzadas a la espalda miraba fijamente los dados, arrojados sobre el tapiz.

190

-Capitán -dijo, volviéndose a éste-, déme usted un gusto.

-No tiene usted sino pedir.

-Permítame usted besar estos dados, que tanto oro me han quitado.

-Dueño es usted de hacerlo.

Entonces, cruzado de brazos como se hallaba, el mejicano, inclinándose hasta tocar con el labio los dados, besolos con gravedad cómica.

Todos, hasta el otro perdido se rieron de aquella excentricidad. Pero el mejicano, imperturbablemente serio, fue a sentarse al lado de este.

-Pues, señor -dijo, marcando con lentitud cada una de sus palabras-, no siento perder mi dinero; sino perderlo, ganado con dados falsos.

-¡Falsos! -exclamó indignado el capitán, arrojando su taza-. ¿Quién osa dudar de mí? Los dados son míos, y yo los declaro buenos.

-¡Y bien! -replicó el mejicano en son de burla-, si tal convicción asiste a usted, nada más fácil que partirlos.

-¡Un cuchillo! -gritó el capitán-. Pero, ten entendido, infame calumniador, que su segunda función será cortarte la lengua.

Traído el cuchillo, cogiolo el capitán, y del primer machetazo dividió un dado en dos partes, 191 que mostraron su diámetro de marfil limpio de toda culpa.

El capitán asestó un golpe al otro dado pero el cuchillo se le cayó de la mano. El dado estaba relleno de azogue.

-¡Infamia! -exclamó el capitán, pálido de rabia-. ¡Cómo han podido hacerme este cambio! mis dados estaban guardados bajo esta llave.

Y mostró una que llevaba entre los sellos del reloj.

Pero Estela, cuyos ojos eran tan despabilados como bellos, había visto que el mejicano, en vez de besar el dado lo engullía, dejando otro en lugar suyo.

El capitán devolvió las sumas que había ganado, y en un arrebató de caballerescas indignación, arrojó al agua el dinero con que entrara en juego.

Era un yankee en toda la espléndida acepción de esta palabra; extremado en todo, esencialmente en lo que mira al honor.

Con él viajaba su hija, una lindísima joven, que desde la primera vista se aficionó tiernamente de Estela, quien no menos se prendó de la graciosa yankecita.

Entre este doble cariño, mediaba una dificultad; ninguna de las dos sabía la lengua de la otra. 192 Pero sus ojos, negros y azules hablaban el mismo idioma de sonrisas, y se comprendían a maravilla.

En ese momento, las señoras del diván se cansaron de charlar, y se acercaron al piano. Una de ellas, preludiando con un diestro arpegio tocó el valse La festa del cuarto acto de Hernani.

Al escuchar aquella música, de tan profundo efecto para los oídos americanos, las dos amigas se miraron sonriendo: ambas se habían adivinado.

Estela, con la rapidez de ademán que le era habitual, arrebató de la blonda cabeza de la yankee el calañez de terciopelo azul que la adornaba, quitole el largo velo blanco, y lo prendió sobre aquellos rubios cabellos, calándose ella el gracioso sombrerito. Luego, puso el brazo de su amiga sobre el suyo, y dando a su actitud un aire teatral de cortesana galantería, adelantose con ella al centro del círculo.

Su llegada produjo un grande entusiasmo. Las señoras despejaron; y retirándose entre las columnas de la galería, entonaron el canto lejano de los coros.

La pianista, encantada de aquella feliz ocurrencia que le permitía lucirse en su acompañamiento, comenzó su ejecución.

«Cessari, y suoni...»,

cantó Estela, en un contralto admirable.

193

«He come gli astri, Elvira mia,
sorrider sembrano al felice imené...»,

continuó arrebatando de entusiasmo al auditorio.

«Cosí brillar vedeali...»,

respondió el soprano dulcísimo de la joven yankee. Imposible sería pintar el mágico efecto producido por ese canto, que se elevaba en medio de la noche mezclándose al murmullo de la corriente y al rumor de los vecinos bosques, a favor del silencio con que se le escuchaba. Pasada la primera emoción, numerosos bravos estallaron en toda la extensión de la galería, en tanto que el acompañamiento ejecutaba el ritornello.

«Sí, sí, per sempre tuo...»,

cantó, en fin, Estela. Y uniéndose las dos voces, entonaron el dúo.

«Fino al sospiro estremo»,

terminando con la terrible imprecación

«¡Maledizione di Dio!».

Y uniendo a la voz el ademán, Estela tendió la mano hacia el vacío, y cantó:

«Non vedi, Elvira, un infernal sogghigno?».

Pero de súbito, le vimos palidecer, dar un grito y caer sin sentido. Mientras los pasajeros del «Nuevo Mundo» atraídos por las melodías de Verdi, escuchaban a las jóvenes diletanti, un vapor de la nueva línea, 194 forzando sus máquinas para adelantársele, pasó pegándose tan cerca a sus costados, que uno de sus pasajeros dio un salto y se traspordó.

Era el hombre color de cobre, que apareció de repente a Estela, como el fatídico enmascarado del drama.

-He ahí Falkand el filibustero -dijo al verlo, un viejo marinero.

-¡Qué! si es Murder ojo de azor -replicó el cazador de panteras.

-Si no fuera un imposible -observó un joven sonorense-, diría que estoy viendo al jefe de las bandas navajoes, al terrible Tobahoa, el de las mil cabelleras... que casi, casi, con la mía contó las mil y una.

Y mostró, a los que esto decía, lo alto de su frente rayada por una cicatriz profunda.

Pero el hombre reconocido en tan diversas personalidades, desapareció como había venido.

En tanto que nos ocupábamos en socorrer a Estela, el vapor se detenía en San Pablo y en Venecia, donde se embarcaron nuevos pasajeros.

Al volver de un largo desmayo, Estela fijó en mí una mirada angustiada, que comprendí desde luego: temía que yo le hubiera dicho todo a su hermano. Estreché su mano para tranquilizarla, y ella me dio gracias por mi silencio. Pero desde entonces tornose triste y meditabunda, sin que los cuidados de su 195 hermano ni la tierna amistad de la hija del capitán, pudieran arrancarla a la sombría preocupación que la embargaba. Llegamos, en fin, al Sacramento, preciosa ciudad, que comenzaba a crecer y derramarse en una florida y pintoresca llanura, tendida como un tapiz al pie de los altos montes que le envían mezclados a las aguas que la riegan, los tesoros que esconde su seno.

Forzoso fue separarme de mis amigos. Estela se echó llorando en mis brazos.

-Andrés -me dijo-. Un presentimiento me advierte que tengo cerca una gran desgracia. Ruega, a Dios por mí.

Abrazome otra vez, y se alejó sollozando.

En tanto que mi joven compañero me refería sus recuerdos, la capilla subterránea había recibido nuevos huéspedes. Dos mineros de Corocoro, y un barítono italiano, cargados de sus sacos de noche y las caronas de sus cabalgaduras, coláronse dentro; formaron de todo ello una especie de diván, y cómodamente arrellenados, fumando sus cigarros, escuchaban ellos también, con profundo interés aquella historia.

Sin embargo, el narrador, absorto en las visiones del pasado, ni siquiera se apercibió de aquel aumento de auditorio.

Pocos días después -continuó- nos hallábamos a 196 orillas del río Americano, haciendo parte de un pueblo extraño, hosco, taciturno, haraposo, diseminado entre las quiebras pizarrosas de aquellas márgenes, y excavándolas con febril actividad. Dividíase en dos campos, formados por nacionalidades recíprocamente hostiles.

Era el uno el campo de los chilenos: el otro era el de los yankees.

Sangrientos combates habían ya tenido lugar antes de nuestra llegada; combates cuyas funestas consecuencias señalaban numerosas cruces plantadas sobre montículos de tierra al borde de los senderos.

Un puesto, o placer, la posesión de un utensilio, la mirada de una mujer, todo esto, y mucho menos, era pretexto a tremendas riñas, en que los norteamericanos caían sobre los chilenos, o viceversa; y los revólveres de los unos, y los puñales de los otros, dejaban sangrientas huellas en ambos cuerpos.

Los chilenos cortaban las orejas a sus prisioneros; los yankees, volviendo oprobio por oprobio, los marcaban en la frente.

Sin embargo, y al través de tantos peligros, millones de hombres, encorvados sobre esa tierra bañada de sangre, los ojos encandilados por la codicia, mudos, desconfiados, sombríos, buscaban entre la arena húmeda que removía su barreta, la áurea centella que arrancaba un grito de gozo, reprimido 197 por el temor. Sí, porque ¡ay de aquel que siquiera dejara sospechar un hallazgo! su muerte era segura: pululaban allí centenares de bandidos, que, disfrazados con la blusa del obrero, se arrojaban sobre él, y hacían desaparecer hasta su mismo cadáver.

Al llegar a los placeres, era necesario elegir entre uno u otro campo. El que aislaba su habitación queriendo permanecer neutral, era perdido: unos y otros lo arruinaban. Achacábanle todos los desmanes anónimos cometidos allí, y aplicándole la ley de Lynch, en dos por tres lo despabilaban.

En vista de estas consideraciones, y no queriendo llevar entre los suyos a sus jóvenes trabajadores, por razones que yacían en su mente, Samuel se situó en Black hill, donde los norteamericanos tenían sus placeres y su campo.

A la mañana siguiente, antes de ponernos al trabajo, Samuel reunió a los niños.

Amiguitos les dijo -véome forzado a modificar mis condiciones anteriores; condiciones dictadas por esperanzas que la realidad ha también, grandemente modificado. El salario estipulado en nuestras convenciones, lo tomareis en el trabajo del domingo, que os cedo todo entero, a condición de que será para mí en el resto de la semana.

-Pero, si nosotros somos libres, y queremos trabajar por cuenta nuestra.

198

-¿Libres? ¡ah! ¿hijos míos, y quién me paga a mí el viaje de cada uno de vosotros, que me cuesta un dineral? ¡Libres! nadie lo es en este mundo, en donde, más o menos, todos dependemos los unos de los otros. Por lo demás, nada tendréis que echar de menos: estaréis bien alimentados, cómodamente alojados, vigilados, para apartaros de las malas compañías, y sobre todo, queridos.

Los pobres muchachos agacharon la cabeza.

-En cuanto a ti, mi Andresino, ¡oh! en cuanto a ti es diferente. Mírote como hijo mío. Y ¿no es natural que el hijo trabaje para su padre, restricción ni interés?

-¿Y mi madre? -dije yo, profundamente inquieto por el sesgo que el judío daba a sus palabras.

-¡Tu madre! ¿No sabes pues, cuantos recursos tiene a su disposición aquella excelente señora? En primer lugar su amor al trabajo; la actividad y fortaleza de su ánimo; y más que todo, su sobriedad. ¿Para qué quiere ella nada?

-¡Cómo! ¿ha de carecer mi madre del sueldo que debo ganar para ella?

-Conságrale el trabajo del domingo. Tu religión, menos severa que la mía, no lo proscribiera del día del Señor.

Comprendí cuán inútil era discutir sobre tal 199 asunto con aquel miserable especulador, y resolví atenerme a mí solo para aliviar la suerte de mi madre.

Bajo la dirección de Samuel, los noveles trabajadores tuvieron aquel día

un magnífico resultado. Desviada la corriente de un arroyuelo que se arrastraba formando numerosos meandros entre las quebras de Black hill, encontráronse bajo su lecho de cuarzo, ricos depósitos, que se prolongaban, aumentándose, hasta los bordes del río.

Al cabo de un mes, Samuel había realizado fuertes sumas, que enviaba sucesivamente a Isacar, destinadas a las especulaciones de su comercio. Al fin de cada semana, hacía su viaje de remesa a Sacramento de donde volvía cada vez más contento por las noticias que le daba su socio.

A pesar del buen suceso obtenido por mis compañeros en la parte baja de la cañada, yo rehusé siempre asociarme a sus trabajos. Gustábame aislar el mío; y remontaba el curso del arroyo, hasta donde la cañada, estrechándose de repente, encajonaba la corriente entre dos muros de pizarra, que aglomeraban sus negras capas en un declive rápido formando el agua elevados saltos.

En las cavidades de esta especie de cataratas había yo encontrado gruesas pepas de oro, que aunque raras me hacían creer en la existencia de uno de esos maravillosos bolsones, ensueños de los buscadores de oro en aquellas regiones.

Mi trabajo prosperaba extraordinariamente. En menos de tres meses las cascadas del arroyo me habían dado más oro del que hubiera necesitado para hacer mi fortuna. Pero, del que mis manos extraían solo me pertenecía el que hallara el domingo. Y como si un poder enemigo se mezclase en ello, el producto de mi jornada, cuantioso los otros días, era en este, exiguo y mezquino.

Guardábalo, sin embargo, religiosamente y privándome hasta de lo más preciso, podía al fin del mes cambiarlo por una gruesa pepa de oro, que enviaba al cónsul del Perú en San Francisco, para que la remitiera a mi madre.

Entretanto la época del deshielo había llegado; y las inundaciones cubriendo los campos, destruyeron las vías de comunicación, e hicieron casi imposible el tránsito.

La escasez no tardó en hacerse sentir, y el hambre le siguió de cerca. Los víveres subieron a un precio fabuloso; el pan y la carne fueron solo para el que podía poner en la balanza su peso en oro, y aun así, se los disputaban, revólver o puñal en mano.

201

La penuria general fue para nosotros una verdadera calamidad. Samuel faltó al artículo capital de su segundo tratado. Arrastrado por la codicia, vendió los víveres que guardaba para nuestra manutención, y nos mataba de hambre; bien es verdad, que procurando sazonar con pintoresca elocuencia nuestro homeopático alimento.

-Probad, queriditos míos -decía con su dulcísima voz-, probad este arroz tan exquisito, que para vosotros han aderezado mis manos. ¿Hay algo tan limpio y tan sabroso? ¿Sentís el rico perfume que exhala? Es un manojito de tomillo que cogí en aquella hondonada y lo hice cocer a vapor entre el grano y la cubierta de la olla. Paladead su parte grasosa: es mantequilla de Suiza (eran chorreras de velas de esperma que le vendía por nada el sirviente de un tibolí), que ayer compré al fondista del Gran Pino. Comed, comed, hijos, que para ello se hacen las cosas buenas.

Y uniendo a sus palabras el ejemplo, comía con un regodeo, que habría

despertado el apetito a un muerto.

Sin embargo, al cabo de quince días de aquel régimen cenobítico, Samuel y yo nos habíamos quedado solos en Black hill. Los muchachos habían desertado, uno, tras otro al campo de sus compatriotas.

202

El judío deploraba aquella deserción con apasionadas palabras.

-¡Ingratos! -decía- ¡criaturas hechas para mal! ¡Preferir a la amorosa blandura de mi trato, la compañía de esos desalmados! ¡Oh! ¡recoged, educad, habituaos a seres, que os abandonarán el mejor día, dejándoos una herida en el corazón!

Sin embargo, aquellos niños le habían dado en un trabajo de cuatro meses, cantidades inmensas de oro, que elevaban muy alto la cifra de su fortuna.

Samuel imitó mi ejemplo, y llevó su trabajo a la angostura del arroyo.

Cedile mi puesto, y subí hasta un paraje donde el arroyo formaba un recodo socavado en la roca por el curso torrentoso de las aguas, que corrían allí con rapidez, sobre un lecho de pizarra y de cuarzo.

Un poco más abajo, esta capa de pizarra quebrada en anchos trozos, abría a la corriente numerosas cavidades en que se perdía murmurando, para reaparecer después derramándose entre pintados guijarros.

Dejé a un lado mi barreta, y sentándome sobre un trozo de pizarra hundí la mano en uno de esos pequeños remansos. ¡Retirela llena de oro! 203

Hundila sucesivamente en todos los otros. ¡Oro! ¡oro! ¡siempre oro!

Aquel día fue magnífico. Era un sábado.

Un sábado, es decir, víspera del día consagrado a mi madre.

El resultado de mi jornada pasmó a Samuel, que exclamó:

-¡Una semana más, y compramos Canaan, la perdida patria!

Él pensaba en su patria; yo en mi madre.

Aquella noche no pude dormir. Las rientes visiones de una felicidad próxima, revoloteaban en torno mío, tendiéndome los brazos y señalándome la luz del nuevo día, que iba a realizarla.

Hacia el amanecer, entre el pesado marasmo que sucedió al insomnio, pareciome escuchar un ruido confuso, semejante al de un torrente, que yo creí el zumbido de la sangre en mi cerebro.

El primer albor de la mañana me encontró a la orilla del arrollo; los brazos caídos, y en actitud de desaliento.

Las auríferas cavidades de donde la víspera extraje tantas riquezas, habían desaparecido, con los trozos de roca que las formaban. El ruido que en sueños escuché, era una avalancha, que despeñándose de lo alto de las montañas, lo había 204 arrastrado todo hacia las olas tumultuosas del río Americano.

El radiante ensueño de la víspera se había desvanecido en el momento que iba a asirlo y tornarlo realidad. La hora con tanto anhelo deseada de ver a Estela, y volver al lado de mi madre, retrocedía hasta perderse en vagas lontananzas.

Senteme en el recodo sombrío del arroyo con el cuerpo y alma quebrantados, y la mirada maquinalmente fija en el negro cauce, cuyos bordes, dejados en seco, pasado el ímpetu de la avalancha, comenzaban a orearse, y tomar su azulado tinte.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, abismado en negros pensamientos. El sol penetrando entre las ramas de un pino que se alzaba sobre la roca,

deslizó uno de sus rayos en la oscuridad del recodo.

De repente, un pensamiento rápido y fulguroso como un relámpago, cruzó mi mente.

Alceme de un salto, y cogiendo la barreta, di un fuerte golpe en el borde saliente del cauce. La capa de pizarra que lo formaba saltó en trozos, descubriendo un ancho hueco, de cuyo fondo salieron resplandores que me deslumbraron.

Producíanlos enormes cantidades de oro, depositadas 205 allí, aglomeradas sin duda, durante siglos por la acción de alguna corriente subterránea.

El fabuloso bolsón buscado en vano por mineros de profesión, habíalo encontrado yo, niño débil o inexperto; lo tenía delante, y de pie, inmóvil, contemplaba aquella materia preciosa, que el sol hacía irradiar bajo la negra pizarra del cauce; y las alegrías y temores del rico, invadían mi alma. No era oro lo que mis ojos veían en el tesoro maravilloso que tenía a los pies: era la felicidad de mi madre, la de Estela, el gozo de ser libre para volver a verlas, unirnos en una sola familia, y no separarnos jamás.

Pero ¿cómo extraer aquel tesoro? ¿cómo ocultar su posesión a millares de aventureros que rodeaban en torno a los placeres simulando los hábitos del trabajo, para mejor acechar la ocasión de entregarse a sus rapiñas?

Sin embargo, preciso era decidirse, y sobre todo, darse prisa.

Con el cuello tendido y la mirada, alerta, descendí el curso del arroyo, y me adelanté hasta el campo.

Hallábase silencioso, casi desierto: los trabajadores festejaban el domingo en las tabernas vecinas o en los bosques, dando caza a las aves y a las fieras. Samuel mismo, encantado de la valiosa cosecha 206 de la víspera, habíase dado asueto, y jugaba al dominó en la fonda de un paisano.

Corrí a nuestra habitación, que era una tienda de esteras, donde Samuel y yo dormíamos: apartó la piel de búfalo que me servía de cama, y abrí en el suelo un hoyo de profundidad suficiente para guardar mi tesoro. Volví a colocar la piel en su lugar, y para disimular la tierra extraída eché sobre ella un montón de ropa.

Enseguida, enrollando una blusa de lona guarnecida de fuertes bolsillos, embocheme en un serape mejicano, y volví al recodo del arroyo.

Siete veces los anchos y profundos bolsillos de mi blusa, y el paño delantero del serape llenáronse de oro, y otras tantas desapareció en el hoyo oculto bajo la piel de búfalo.

Pero el receptáculo era inmenso. Extendíase al parecer bajo todo el lecho del arroyo, en la anchura del recodo; y su profundidad en la margen hacía conjeturar lo que tendría al centro del cauce.

Aquello era maravilloso. La deslumbrante realidad dejaba muy atrás las esperanzas del judío; no en una semana: en las doce horas del lunes que llegaba, Canaan era suyo.

Entretanto, el sol se había puesto y rumores lejanos anunciaban la vuelta de los trabajadores.

207

Corrí al campo, deposité en el hoyo el contenido de mi último viaje; arrojé lejos la tierra, que ahora reemplazaban masas enormes de oro, y

volviéndolo todo a su orden habitual en la tienda, rendido de fatiga, pero el alma cerniéndose en espacios infinitos, tendime en mi cama y cerré los ojos, menos que para dormir para entregarme a mis pensamientos. Interrumpiolo Samuel, entrando en la tienda muy alegre, en una mano un pastel, y en la otra una botella de Champagne.

-Andresino mío -dijo con acento cariñoso-. El suizo del Encenar me ha referido el contratiempo que ha sufrido tu trabajo en la pasada noche: la avalancha te lo ha inutilizado. Pero no importa: eres inteligente: buscarás otro, y lo hallarás. Lo principal esta ganado. ¿No has dado ayer a tu amigo una verdadera riqueza? Catorce arrobos de oro he mandado hoy a Isacar, incluidas a la remesa de la compañía Hobber. A esta hora están marchando a San Francisco.

Entretanto, hijo mío, gusta este bocadito que separé para ti, y mójalo con un vaso de Champagne que tan bien debe sentar después de un día de trabajo.

Recordé entonces que me hallaba en ayunas. Las emociones tumultuosas del día habían hecho enmudecer la voz siempre tan exigente del estómago infantil.

208

Comí el pastel sin apetito; pero en cuanto al Champagne levanté en alto el vaso, y convidando a Samuel.

-¡A la salud de mi madre! ¡a la de Estela! ¡a la dicha que va a darnos la opulencia!

Samuel creyó ver en este último brindis, una alusión inquietante, y lo terminó, contestando:

-¡Cuando la hayas encontrado!

Reí de aquella observación, pensando en la espléndida sorpresa que reservaba yo al judío, y apuré con ansia calenturienta el contenido del vaso.

Los humos del champagne paralizaron poco a poco en mi mente la acción febril del pensamiento. Quedeme, al fin, dormido; pero con un sueño pesado como un letargo, y poblado de caprichosas visiones.

Bandadas de salteadores, puñal en mano, escalando las paredes de mi cerebro, se arrojaban sobre mí; los unos, mirándome con los siniestros ojos del judío Isacar: los otros haciendo brillar en satánicas sonrisas los dientes agudos del hombre color de cobre. Y con la avidez de la codicia pintada en el semblante, abrían mi pecho para buscar al través de mis entrañas el escondido tesoro.

Una mano, posándose en mi hombro, disipó aquella fatigosa pesadilla.

Era Samuel, que estaba gritándome:

-¡Andrés, Andrés...! la avalancha, desprendida otra vez 209 de las montañas; pero ahora desbordándose en torrentes, cae sobre nuestro campo. ¿No ves?... ¡Todo esta inundado! Los yankees han huido: ¡huyamos!... Mira el agua que sube, y va luego a alcanzarnos... ¡huyamos! ¿qué tardas? ¡huyamos!

Y tomó cuesta arriba, las alturas de Black hill, coronadas de gente.

Pero yo no pensaba en huir. Si perdía el tesoro que me había hecho soñar tanta dicha, no, quería ya la vida. Inmóvil como un centinela entre el sitio que lo guardaba, y la inundación que iba a arrebatármelo, miraba las olas que avanzaban rugientes sobre la falda de la colina. Unas toesas más,

y me envolvían en sus negros torbellinos.

La luz del alba que comenzaba a asomar tras de las negras copas de los abetos aumentaba la desolación de aquel cuadro, presentándolo en todo su horror.

La cañada pintoresca, tendida al pie de Black hill, a cuyo abrigo alzaba sus tiendas el campo americano, había desaparecido con sus grupos de árboles y las habitaciones que estos sombreaban. Llenábanla las aguas del arroyo, convertido en torrente impetuoso, cuyas cascadas se despeñaban zumbando con ruido aterrador.

Por dicha, las primeras olas de la inundación 210 arrojaron no lejos de nuestra tienda, en una especie de ribazo, grandes masas de árboles y trozos de rocas que desviaron la corriente hacia la vecina hondonada, salvando nuestra habitación del estrago general.

Cuando, pasada la fuerza de la inundación, pude subir al recodo del arroyo, encontré su lecho de pizarra en seco. La impetuosa avalancha lo había socavado, abriendo al arroyo un nuevo cauce, por el cual corría ahora como bajo un puente natural. Otro habría caído en tierra, aniquilado ante aquella incalculable pérdida. A mí me hizo muy poca impresión. Era todavía, niño; y mi ambición no podía convertirse en codicia. Pesome solamente ver defraudado a Samuel en el logro de la enorme riqueza que, sin saberlo, iba a venirle a las manos.

Cuatro días después, el campo de los yankees se situaba más arriba; y el fondo de la cañada, en toda la extensión, bañada por las aguas de la avalancha, hallábase cubierta de trabajadores que, hundiendo las manos en el lodo de los charcos, recogían el oro en gruesas pepas.

Era el contenido del inmenso receptáculo depositado por los siglos bajo el lecho del arroyo.

Nadie como yo tenía derecho a esas riquezas 211 en tan pocas horas descubiertas y perdidas; mas, siguiendo el sistema de aislamiento en el trabajo, llevé mis investigaciones a la hondonada.

Allí el agua había dejado un ancho lodazal cuya superficie comenzaba a verdear con una naciente grama, indicando con esto, que nadie se había acercado a aquel paraje.

En efecto, a la primera paletada de barro extraje multitud de trozos de oro; ya enclavados en fragmentos de cuarzo, ya sueltos, y como fundidos al crisol.

Cuando a la caída de la tarde volvía a la tienda, apenas pude subir el repecho de la hondonada tal era el peso que llevaba conmigo.

¡Cuánto gozo iba a inundar el alma metalizada de Samuel a vista del cuantioso producto de aquella jornada, que era suya!

Pero con gran sorpresa mía, no respondió a la señal convenida entre nosotros para anunciarle un hallazgo. Apresuro el paso, entro en la tienda, y lo encuentro caído en tierra, las facciones descompuestas, fijos y extraviados los ojos y el cuerpo torcido en horribles convulsiones. A su lado yacía una carta abierta y estrujada.

Levantelo en mis brazos: y logré, aunque con gran dificultad, ponerlo en la cama. Su cuerpo tenía la rigidez del cadáver.

212

Procuré hacerle tragar unas gotas de agua y corrí en busca de un médico francés que por casualidad se hallaba de paso allí.

Desde que lo vio, el doctor declaró al enfermo atacado del cólera.
-Pero -añadió, examinando las mandíbulas, cerradas por una fuerte
contracción- el accidente ha sido provocado por emociones de dolor o de
cólera... Y... justamente, he aquí una carta que va a ponernos en vía de
lo que el sujeto ha sentido antes de ser atacado por el mal que se lo
lleva, porque, no se engañe usted, que es, sin duda su hijo, o su
dependiente: este es un hombre muerto. Con esta bebida que le dará usted,
en dos porciones, recobraré el habla.

Y volviéndose al pobre Samuel, que estaba al parecer sin conocimiento:
-¿No es verdad, señor -le dijo-, que usted me oye y se halla en el uso de
sus sentidos?

Un suspiro fatigoso fue la respuesta.

-¡Y bien! -continuó el doctor con un aplomo de Esculapio-, luego tendrá
usted de vuelta el uso de la palabra. Aprovéchelo, se lo aconsejo.

Y se fue muy fresco, después de arrojar aquella terrible receta.

Como había dicho el doctor, la acción de la 213 bebida hizo recobrar
el habla a Samuel que volviendo hacia mí sus apagados ojos:

-¡El Dios de mis padres se ha apartado de mí -exclamó- porque yo me he
apartado de sus caminos, por seguir los de la iniquidad!

El semblante de Samuel se descomponía cada vez más, y la huella de la
muerte se marcaba profundamente en los contornos de su boca.

-Sí -continuó con apagada voz-, he cambiado al Dios de Abraham por el
becerro de oro; y a este he sacrificado mi juventud, mi vida, y todos los
afectos de mi alma... Ahora mismo, que las fuerzas me abandonan, y que el
dolor se ha posado en mi cuerpo, la idea de dejar mis tesoros, es el mayor
de mis sufrimientos... Pero... ¿qué digo?... ¡¡¡Ah!!! ¡infame Isacar!
vuélveme mi oro... mi oro... ¡mi oro!...

Un horrible calambre contrajo todo su cuerpo y ahogó la voz en su
garganta.

-En nombre del cielo -exclamé, asustado de aquella agitación desesperada-
¡Samuel! cálmate, amigo. ¿Deseas más oro? Yo te daré todo el que quieras.
¡Tú no sabes! lo he encontrado a montones en los cenegales de la
hondonada... ¡Mira!

Y le presenté mi gamella casi colmada del oro que había extraído en la
jornada.

A su vista los ojos del judío ya vidriosos y 214 extraviados
brillaron con un fulgor sombrío, casi feroz.

-¡Dios de Jacob! -exclamó alargando su crispada mano y hundiéndola en la
resplandeciente masa- dame de tu eternidad un corto espacio para gozar con
la vista y el tacto de esta maravilla; y después lleva mi alma donde
plazca a tu voluntad.

.....

Una horrible convulsión ahogó la voz de Samuel, que se agitó algunos
instantes en violentos espasmos, quedando luego sin movimiento.

Creílo dormido.

Entonces me acordé que al lado de Samuel, caído y moribundo, había una
carta abierta y estrujada. Busquela y la hallé, a mis pies. La letra era
de Isacar, y gracias al conocimiento del dialecto calabrés, pude leer lo
que sigue, que extracto de un cúmulo de esas injurias y denuestos atroces
que abundan en el diccionario popular italiano:

«Demasiado tiempo abusaste de nuestra ignorancia en achaque de números, infiel depositario de unas piezas ganadas a riesgo de nuestra vida, a precio de nuestra sangre, y robadas por ti, miserable poltrón, que solo contabas el mérito de ocultarlas; y que las ocultabas tan bien a fe, que parecían luego una ilusión a las manos que las habían conquistado. Pero no
215 hay plazo que no se cumpla; y el que, dimos a tus depredaciones hoy se ha vencido, y vamos a cancelar nuestras cuentas, aunque no a tu manera, allá, en los Abruzzos, sino limpia y netamente.

En primer lugar, yo, que he tenido el talento de conducirte a la trampa en que has caído, yo me he apoderado de tu oro, recibido en diez remesas; y Bepo, Estéfano, Bambino y Testa di Fuoco, caídos como llovidos del cielo, han echado el arpón al Luiggi, nuestro bueno y velero Luiggi, con el que batirán las aguas del Pacífico dando tantos zabullones a los pasajeros incautos, que muy luego llenarán sus áreas.

En cuanto a este servidor tuyo, vase a Italia. Comprará un palacio en Nápoles la bella, y pasará la vida deficiosamente tendido al sol, bajo los floridos naranjos de sus jardines».

-¡Un ladrón! ¡miembro de una banda de salteadores! -exclamé volviendo mis ojos hacia Samuel, que estaba inmóvil, y su rostro súbitamente enflaquecido, cubierto de una palidez azulada y lívida.

Acerqueme a él y lo toqué. Estaba muerto.

Aunque la revelación que acababa de tener me hacía mirar con horror a ese hombre, era ya un cadáver; y el prestigio de la muerte, aureola luminosa para la virtud, es para el crimen un velo que atenúa su deformidad.

216

Vivo, Samuel hubiese sido a mis ojos un malvado, y me habría alejado de él con repugnancia; muerto, olvidé que era un infame encubridor de robos; que fue un avaro sin conciencia; que se había conducido villanamente conmigo, defraudándome el precio de mi trabajo en perjuicio de mi madre. Todo esto olvidé para recordar sus cariñosas palabras, y el encanto de su voz. Sentí que me habían apegado a él esos lazos invisibles pero fuertes de la costumbre, que tan profundamente arraigan en el alma de los niños; y lloré por él lágrimas de verdadero dolor; y pasó la noche velando al lado de su cadáver.

A la mañana siguiente, cuando salí a buscar quien me ayudase a sepultar al muerto, encontré un grande vacío en torno a nuestra tienda. El terror al contagio la había aislado completamente.

Nadie quiso prestarme su auxilio; y fuerza me fue cumplir solo este deber.

Pero, como dice el adagio, no hay mal que por bien no venga. Así, este espanto, fueme tan favorable que me permitió, al abrir la sepultura bajo la tienda misma, extraer mi tesoro y alejarme sin excitar sospecha alguna. Valime para ello del carro en que habíamos traído de Sacramento nuestros útiles de trabajo. Era una especie de caja, colocada sobre dos ruedas altas a propósito para atravesar las cenagosas llanuras.

217

Compré a un alemán, que acababa de llegar, el caballo en que vino, que era una bestia fuerte y en buenas carnes. Coloqué mi oro entre el fondo del carro, y una tabla del mismo grandor; eché encima mis ropas y algunas provisiones, y me puse en camino después de haber, a pesar del mosaísmo de Samuel, colocado una cruz sobre su tumba.

Poco después, por una calurosa tarde de junio, entraba yo con mi carro, hecho un cuento de harapos, pero sentado sobre un tesoro, en las populosas calles de Sacramento. Mi facha hacía reír a los impertinentes, y las muchachas me mostraban con el dedo. ¡Cuántos de ellos y ellas, si hubieran adivinado mi secreto, se habrían inclinado ante mí!

Estación de tránsito a las minas y teniendo en sus contornos mismos, ricos veneros, la ciudad de Sacramento hallábase ocupada por millares de huéspedes, que llenaban sus hoteles, y sus casas, albergándose hasta bajo los árboles de sus arrabales.

Dicho esto, inútil es añadir que un muchacho andrajoso como yo había de tener que resignarse a este último partido; tanto más cuanto que no pudiendo confiar a nadie la existencia de mi tesoro, érame imposible apartarme de aquel carro que lo guardaba.

Pasé pues de largo y atravesé la ciudad sin pensar siquiera en pedir hospedaje; deteniéndome solo para comprar algunas provisiones en la tienda de un 218 mercader de comestibles que estaba leyendo un periódico a dos vecinos, y hacía grandes exclamaciones sobre algún suceso trágico allí referido.

-¡Perderse un tan hermoso buque! -exclamaba-. Era, sin duda, el mejor de la antigua compañía.

-¡Y pensar que tantas desgracias las ocasionó solo el descuido de un fogonero!

-¿Descuido? Llámeme usted mala intención y lo habrá acertado: oiga usted, sino este párrafo.

«Por más investigaciones que se han hecho, imposible ha sido encontrar al fogonero que ocasionó este horrible incidente que ha costado la vida a más de veinte personas. Su desaparición hace sospechar en él una intención criminal».

Al escuchar aquella lectura, mi corazón se estremeció: un horrible pensamiento cruzó mi mente.

-En nombre del cielo -dije al mercader-, dígnese usted a sacarme de una cruel ansiedad. En ese trágico incidente ¿se trata del «Nuevo Mundo»? El mercader (todavía un yankee) mirome de pies a cabeza; y por no derogar, hablando a un desconocido; y ainda mais, a un desconocido tan indigente, mostrome la puerta, entregándome mis compras y guardándose el dinero. Fuerza me fue alejarme, aunque llevaba el alma agobiada por un lúgubre presentimiento.

Sin embargo, cuando dejadas atrás las últimas 219 calles de la ciudad, me encontré en aquella bellísima campiña cubierta de flores y sombreada por grupos de árboles, las nubes que oscurecían mi espíritu se disiparon. Nada vi en el aviso de aquel periódico, ni en las palabras del mercader que pudiera inducirme a pensar que el «Nuevo Mundo», ese buque donde Estela y su hermano se hallaban, fuera la víctima, de aquel desastre.

Reflexionando así, tranquilíceme gradualmente; y la calma de aquella hermosa naturaleza se apoderó de mi alma, que se abrió de nuevo a la esperanza.

Entretanto, la noche había venido; el cielo se poblaba de estrellas, y la brisa cargada de perfumes, hacía de la pradera una inmensa cazoleta.

A media hora de la ciudad y a corta distancia del río, una caravana había

hecho alto al abrigo de un grupo de sicomoros. Era una colonia de alemanes que llevaban sus hogares a las cañadas vecinas del Sacramento.

Fuime a ellos y les pedí me permitieran pasar la noche en su compañía.

Acogieronme con bondad y me hicieron lugar al lado del fuego, necesario en aquellas latitudes por la frialdad de las noches.

Una vez establecido mi hospedaje, los alemanes se dieron a una grave charla, abandonándome a mis pensamientos. Pensamientos color de rosa, que 220 poblaban de rientes imágenes las lontananzas del porvenir; que acortaban distancias del tiempo y del espacio, y traían al presente la dicha que para lo venidero forjaba el corazón.

La luz de la fogata, reflejándose en las móviles ramas de los sicomoros, daba a aquella fantasmagoría una prestigiosa decoración.

En un momento que la azulada llama, impelida por la brisa, esparcía en torno una claridad más viva, divisé una forma blanca, que saliendo de entre los matorrales del lado del río, avanzó vacilante, indecisa, hasta la zona luminosa proyectada por el fuego.

A su vista, pasé la mano por mi frente y me restregué los ojos, creyendo que soñaba. Pero convencido en fin de que estaba despierto, lancé un grito y corrí hacia aquella aparición.

¡Era Estela! Estela, no fresca, risueña y elegante; sino triste, sombría, espantada y los vestidos desgarrados.

Desconociome de pronto y quiso huir; pero al escuchar mi voz se arrojó en mis brazos. Quiso hablar; pero le faltaron las fuerzas y se desmayó.

Las mujeres de la colonia se apiadaron de ella: lleváronla a su tienda y le dieron toda suerte de auxilio.

Ocupado estaba yo con ellas en hacerla volver en 221 sí, cuando de súbito oímos un gran ruido en el campo. Invadiolo una turba de jinetes armados, que, sin desmontar, se arremolinaron silenciosos en torno a nuestros bagajes, escudriñándolo todo con la vista, cual si buscaran a alguien.

Uno de ellos, inclinado sobre el flanco de su caballo, levantó el paño de la tienda donde las mujeres rodeaban a Estela, ocultando de este modo su cuerpo, que yacía tendido en tierra.

La luz de una lámpara que nos alumbraba dio en el rostro del extraño visitante, haciendo brillar unos ojos fosfóricos y unos dientes agudos y apartados.

Era el hombre color de cobre.

Envolvíase en la manta rayada de blanco y negro de los llevaba la cabeza desnuda y sus cabellos abundosos y lacios, contenidos sobre las sienes por una banda roja.

Su aspecto era tan feroz, que al verlo las mujeres exhalaban un grito.

En cuanto a él, hundió su mirada de buitre en el interior de la tienda; paseola en derredor y enderezándose hizo dar un bote a su caballo; hizo oír un aullido ronco y gutural, y partió de su banda como un sombrío torbellino.

A ese grito, el cuerpo de Estela, que yacía sin movimiento, se estremeció, como sacudido por una descarga eléctrica; sus labios yertos, movidos por un 222 supremo esfuerzo, pronunciaron, mezclado a un gemido, el nombre de su hermano. Aquel lamento fue para mí una dolorosa revelación; y el relato que el mercader leía aquella tarde, apareció a mi mente con su

lúgubre complemento.

Estela volvió en fin de su largo desmayo. Como despertada por el terror, alzose de repente y mirando en torno con anonadados ojos:

-¡Andrés! -exclamó, encontrándome a su lado- ¿has oído ese grito? Es una señal. Es... el hombre color de cobre, que incendió el vapor; que mató a mi hermano; que me arrebató de entre sus brazos yertos, y de quien me he escapado por un milagro; pero que me sigue y a alcanzarme...

Y quiso huir arrancándose a nuestros brazos. La detuve.

-Nada temas -le dije-, estás conmigo.

Estela volvió en torno una triste mirada, y dijo, con acento dolorido:

-¡Sola en el mundo!

-¿Y yo? -exclamé- ¿no te amo, y soy también tu hermano?

-¡Oh! ¡Andrés! la vida comienza para ti, y te debes a tu madre que te espera. Si quieres volver a verla, huye de mí. El ser infernal que me persigue mata a cuantos se me acercan: mató a Alejandro; 223 mató a la hija del capitán, y te matará a ti si no me huyes.

-Al contrario. Heme aquí a tu lado, y para siempre. Pero ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Cómo han tenido lugar tan espantosos acontecimientos? ¿Por qué te encuentro en estos parajes, sola, en medio de la noche?

-¡Oh! -respondió ella- ¡es una horrible historia! ¡El bien hundiéndose de repente en los abismos del mal; la dicha naufragando a las puertas de una venturosa realidad!... ¡Y todo esto por culpa mía!

-¿Qué dices?

-Escucha. ¿Mis cartas no te decían cuán felices éramos, Alejandro, Lucy y yo? Y bien, la existencia, pasada así, entre dos seres queridos, recorriendo sobre las ondas, en su perpetuo viaje, los floridos campos, era para mí un encantado sueño. Alejandro y Lucy se amaban; yo era un vínculo más entre ellos, y su unión no estaba lejos. Solo tú faltabas a nuestra dicha; pero te hallabas cerca, y nos halagaba la esperanza de que pronto vendrías a reunirnos.

Así, dividiendo el tiempo entre la música, las dulces pláticas y los halagüeños propósitos, ha pasado este año, el más dichoso de mi vida. El capitán, unida su hija a mi hermano, contaba 224 formar una para una línea de vapores destinada a la navegación de San Francisco, a los puertos meridionales del Pacífico. Él mandaría uno de aquellos buques; Alejandro, otro, y Lucy conmigo se establecería en Lima. ¡Qué perspectiva! ¡La patria, la amistad, la familia!...

Pero ¡ay! todo aquello fue solo un encantado miraje, contemplado y desvanecido como la niebla al soplo de los vientos.

Anteayer, a la entrada de la noche, el «Nuevo Mundo», con sus máquinas encendidas, sus pasajeros embarcados y llevando a su bordo fuertes caudales en oro, aprestábase a zarpar del muelle del Sacramento.

Había yo dejado para ti una carta. En ella te daba parte de este programa encantador. Asignábate en él un hermoso rol; y gozosa con el gozo que te enviaba, llena el alma de rientes sensaciones, hallábame recostada en la borda, en el mismo sitio donde te encontré al partir para el Sacramento.

Como entonces, ahora también, la galería hallábase llena de gente que iba y venía, hablaba y se agitaba; pero yo me encontraba en mis pensamientos, que escuchaba, sin oír, aquel murmullo atronador.

A causa de la construcción particular del buque, desde el sitio donde me

hallaba, tenía adelante las 225 hornillas del vapor, ardiendo en toda su intensidad.

Mis ojos distraídos y vagorosos, atraídos por la reverberación del fuego, fijáronse al fin en aquel foco luminoso que brillaba en la noche como un infierno. Nada faltaba a la ilusión de aquel espectáculo. Dos hombres cuyas facciones desaparecían bajo una espesa capa de carbón, atizaban aquel fuego; y sus rostros enrojecidos por la llama, tenían una apariencia terrífica.

Uno de ellos, sobre todo, de estatura colosal, tenía unos cabellos tupidos y lacios, que el fuego erizaba, y que hacían adivinar un semblante diabólico.

Pero cuál sería mi espanto, cuando al volverse aquel hombre, vi dos ojos de buitre, relampaguear en la sombra; y bajo unos labios gruesos y contraídos dos hileras de dientes agudos y apartados; en fin, una figura que la irradiación de la dicha comenzaba a borrar de mi mente.

¡El hombre color de cobre!

Cuando la reacción del terror, que pegó mis pies al suelo, les hubo restituido su movimiento, huí de aquel sitio, y fuime a refugiar entre Lucy y Alejandro, que se espantaron de mi palidez.

Iba a hablar; iba a decirlo todo a mi hermano, pero como siempre detúvome el temor de suscitar un conflicto entre él y ese hombre espantoso: temor fatal que ha causado todo este desastre.

Callé, pues, y aterrada encerreme en mi camarote.

La fatiga del espíritu habíame adormecido y me agobiaba una horrible pesadilla. Un mar de fuego rielaba sobre mi cabeza en torbellinos de llamas: gritos tumultuosos me ensordecían, mezclándose a ellos lamentos y maldiciones. El aire que aspiraba era cálido y sofocante; y una extraña opresión abrumaba mi pecho.

De súbito despertome un fuerte golpe.

La puerta del camarote cayó, dando paso, entre una bocanada de fuego, a un hombre que llevaba en uno de sus brazos el cuerpo inerte de una mujer desmayada y que tomándome a mí en el otro, arrancome a las voraces llamas del incendio que devoraba el buque.

Era Alejandro que salvaba a su esposa y a su hermana.

Pero en el momento que llegaba al portalón para arrojarse con nosotros al agua, yo que me reclinaba en su hombro vi alzarse una figura negra, colosal, terrible que haciendo remolinear en el aire dos mazas de plomo pendientes de dos cordeles, dejolos caer sobre las cabezas reunidas de mi hermano y su novia, derribándolos muertos a sus pies...

El frío del agua me volvió en mi acuerdo. Abrí los ojos y vi fulgurar, casi pegados a mi rostro, dos ojos de buitre y una espantosa sonrisa mostrome los dientes agudos del hombre color de cobre.

Me llevaba en sus brazos y nadaba a la orilla donde enviaba una señal, con un grito ronco y siniestro.

El terror me dio fuerzas. Hice un movimiento brusco, escapeme de entre sus manos y me dejé caer al fondo del agua.

Cuando mis pies tocaron la arena limosa del fondo -continuó Estela- dejeme

arrastrar corriente abajo por el ímpetu de la onda, hasta que exhausta de aliento, hube de ir a buscarlo a la superficie del agua.

Encontreme en medio del río, envuelta en profunda oscuridad, escuchando por todos lados gritos de angustia, gemidos de agonía. La memoria me había abandonado. ¿Cómo me encontraba allí? ¿Qué había sucedido? Lo ignoraba. Sabía, solo, que huía de un espíritu maléfico a cuyo poder había escapado. ¿Cómo? Ignorábalo igualmente: mas, poseída de terror, apenas osaba asomar la cabeza fuera del agua lo bastante para aspirar un poco de aire; y nadaba, cortando la corriente con la fuerza que me prestaba el miedo. ¡Ah! cuando en días más felices, triscando con mis compañeras en la deliciosa ensenada de Chorrillos, aprendía de Ceferino el arte de la natación, ¿quién me dijera que había de servirme para salvar la vida y la honra? Alcancé por fin, la orilla, escarpada en aquel paraje 228 y cubierta de zarzas, que hundían en el agua sus espinosas ramas.

Fatigada, exánime, falta de aliento, asilas con ansiosa mano; pero las solté al punto y retrocedí espantada.

¡Enredábase en ellas una larga cabellera, que sostenía flotante el cuerpo de una mujer ya cadáver; era Lucy!...

Al volver de un síncope cuya duración no puedo calcular, encontreme arrojada por las olas sobre una playa desierta sombreada de altos jarales. Mis miembros entumecidos, carecían de movimiento. Un silencio sepulcral reinaba en torno, interrumpido solo por el murmullo de la corriente y el chillido de las aves nocturnas.

Procuré levantarme, y me arrastré hasta lo más tupido de la maleza. La oscuridad, el dolor y el miedo, forjaban en torno mío visiones que me aterraban.

De repente llegó a mis oídos, lejano, pero distinto, aterrador, el grito salvaje del hombre color de cobre; y a poco, un grupo de jinetes pasó cerca de mí, haciendo chispear los guijarros con los acerados cascos de sus caballos.

El terror me dio las fuerzas que no tenía: eché a huir en opuesta dirección y llegué cerca de aquí, a una espesura donde me oculté, y de donde el frío de 229 la noche me hizo salir, atraída por la lumbre.

¿Qué milagro de la Providencia te ha traído a mí?

Al siguiente día, todos partimos juntos: los alemanes a tomar su nuevo establecimiento, en las cañadas del Sacramento.

¡Sin el dolor que amargaba el alma de mi compañera y mi propio corazón, cuán delicioso habría sido aquel viaje!

Sentados el uno al lado del otro, muellemente llevados al través de bellísimas praderas, a nuestros pies un tesoro y sobre nuestras cabezas el esplendor de un cielo de verano, surcado de nacaradas nubes, y de bandadas de aves que llenaban el espacio con variadas armonías.

Pero Estela no era ahora ni la sombra de sí misma.

Su pena tenía un carácter siniestro; era muda y sin lágrimas.

Invitábala algunas veces a bajar del carro y marchar a pie. Cedía a mi ruego con una complacencia triste; y caminábamos, literalmente, sobre una alfombra de flores. Pero ella, cuya alma era tan entusiasta, pasaba ante estas magnificencias, de la naturaleza con la más fina indiferencia.

En fin, la ciudad de San Francisco y su bahía cubierta de buques nos aparecieron una mañana a la primera luz del alba; y poco después

atravesábamos sus calles dirigiéndonos al puerto donde esperábamos 230 encontrar algún buque próximo a darse a la vela para el Callao, pues, Estela anhelaba alejarse de aquellos lugares, que tan funesta influencia habían tenido en su destino. Yo mismo, agitado por una extraña inquietud, deseaba ardientemente el regreso a la patria.

Como para servir a nuestros propósitos, un gran cartelón pegado a una de las columnas del pórtico en una casa de consignaciones; anunciaba para aquella tarde la salida del bergantín «Pietranera» con dirección al Callao; añadiendo que ofrecía excelentes comodidades para carga y pasajeros.

A esta noticia el rostro de Estela, por vez primera, después de la horrorosa catástrofe del Sacramento, se coloreó con una sombra de alegría. Encantado con aquel signo de bonanza, dime apenas el tiempo necesario para cambiar nuestro oro en letras, y comprar a Estela esas ropas, cintas y fruslerías que forman el equipaje obligado de una joven. Tomé pasajes en la misma casa de consignaciones, y al caer la tarde nos embarcamos.

Cuando llegamos a bordo, estaban aparejando. Era aquel un buque recientemente pintado de negro; conocíase que le habían dado un nuevo velamen, y cambiado los principales mástiles de su arboladura.

Al pisar sus escaleras, al bajar a su cámara, pareciome aspirar un aire de antiguo conocimiento, y 231 cuando me presenté al capitán que se hallaba a proa con el piloto y el sobrecargo, creí haber visto ya otra vez, y así, juntos, aquellos rostros morenos y solapados.

Paseábame sobre cubierta preocupado por la idea importuna de un recuerdo que se alejaba al llegar a los bordes de la memoria, y que volvía, para alejarse otra vez, cuando Estela, que me había dejado para ir a tomar posesión de su camarote, acercose a mí, y murmuró a mi oído, «¡El

Luiggi!».

Un relámpago iluminó mi mente.

Nos hallábamos en el buque de Samuel, y en poder de los bandidos que lo habían robado; que contaban para enriquecer, con el oro de los pasajeros que arrojaran al mar, y que no tardarían en comenzar por nosotros.

Por más que me pesara alarmar a Estela, tuve que instruirla de nuestra desesperada situación.

Pero con gran asombro mío, su semblante abatido por el dolor, serenose de repente revistiéndose de admirable tranquilidad.

-Señor -dijo al capitán, sonriendo con pueril indiferencia-, estoy consultando a mi hermano si me será permitido pedir a usted un favor.

Al traer a bordo nuestro equipaje, una ola lo ha mojado todo. ¿Me dará usted licencia para extenderlo al aire sobre cubierta?

232

Yo escuchaba aterrado. En el baúl que encerraba las ropas de Estela se hallaban nuestras letras de cambio; y en mi saco de noche una gran cantidad de gruesas pepas de oro que yo había separado para llevarlas a mi madre.

Mi espanto: creció cuando obtenido el permiso, Estela volviéndose a un marinero que estaba allí cerca le rogó fuera a tomarlos en el camarote.

Traídos a cubierta el saco y el baúl, Estela buscó en su bolsillo y encontró con gran trabajo las llaves de uno y otro. Luego, en presencia del capitán y de sus compañeros, a quienes procuraba mantener allí cerca;

abrió y vació el saco y el baúl, y extendió las ropas, que en efecto estaban todas mojadas. Estela les había arrojado toda la provisión de agua que halló en el camarote.

¡El oro y las letras habían desaparecido!

Yo estaba absorto. Estela sin desconcertarse exhalaba mil exclamaciones de dolor a la vista de cada una de sus prendas; rizaba entre sus dedos las blondas ajadas por el agua, y me preguntaba con voz lamentable si en la vida, podría volver a comprar lo que aquella perversa oleada le había inutilizado.

Aquella astucia nos salvó.

Estela, con la curiosidad inquieta de las mujeres para registrarlo todo, había reconocido su antiguo camarote en un hueco, especie de escondite, formado por casualidad en la construcción del buque, y tan disimulado por el ajuste de dos tablas, que solo ojos tan perspicaces como los suyos podrían descubrirlo. Aterrada como yo, al recuerdo de la carta de Isacar, ocultó allí el oro y las letras, y formó el plan de aquella farsa, con la que echó tierra en los ojos de aquellos bribones redomados. Sin embargo, a pesar de la seguridad en que nos dejaba el engaño en que yacían los bandidos, la presencia de Estela entre ellos, me llenaba de inquietud. El sueño había huido de mis ojos y pasaba la noche a la puerta del camarote de Estela, de pie, inmóvil, el oído atento, la mirada perdida en las tinieblas y apretando en la mano el mango de un puñal.

En fin, un día al través de las primeras nieblas del otoño, divisamos la bandera del Perú izada en lo alto de un torreón.

Una hora después habíamos llegado al Callao.

A vista de este puerto, de donde había partido con su hermano, una lágrima rodó de los ojos de Estela. Pero ella la enjugó con prontitud y volvió a su triste serenidad.

Apenas echada el ancla llegó la visita de la aduana.

Un pensamiento vino a asaltarme, importunándome bajo la forma de un doloroso deber. Allí estaban tres bandidos, que habían robado un buque y que se proponían hacerlo teatro de robos y asesinatos. ¿Los denunciaría entregándolos al brazo de la ley? ¿Callaría haciéndome responsable de la sangre que iban a derramar?

Miré a Estela, que me comprendió.

-Dejemos siempre a Dios el castigo de los malos, y no manchemos nuestro labio con una delación.

Aprovechamos, sin embargo, de la presencia de la aduana para extraer nuestros fondos.

Cuando los bandidos vieron en mis manos un saco de oro y una cartera llena de letras de cambio, una llamarada de cólera ardió en sus ojos y fijaron en Estela una mirada fulminante.

El ferrocarril, establecido en nuestra ausencia, nos llevó a Lima.

Al poner el pie en las baldosas de la estación, Estela asió mi mano y me guió.

-¿Dónde me llevas? -la pregunté.

-A mi morada -respondiome.

Y caminamos largo rato.

Al pasar delante de una iglesia: «¡Santa Ana! -dijo Estela-. Aquí hice mi primera comunión». Entró en aquel templo, se arrodilló y oró.

Alzose luego, y observé que me miraba furtivamente con ojos llenos de lágrimas.

Una cuadra más arriba, vi, en el ángulo de la calle, 235 una gran piedra agujereada de parte a parte sin duda por la acción del agua.

-¡La Piedra Horadada! -exclamó Estela-. Cuando yo era niña, en nuestros bailes del domingo, danzábamos al son de graciosos cantos, en los que estos sitios eran nombrados entre armoniosas cadencias. ¡Quién me dijera que en ellos había de dar mis últimos pasos en el mundo!

-¡Tus últimos pasos en el mundo! ¿Qué dices?

-¡Espera! -dijo mi compañera, entrando conmigo en la portería del monasterio del Carmen, y llamando al postigo. La puerta se abrió.

-¡Estela! -gritó una monja anciana que a la sazón atravesaba el claustro, y que corrió a la puerta.

-Sí, madre abadesa, Estela, que pasó los primeros días de su vida a la sombra de estos muros, y vuelve a ellos para siempre. Dadme el velo de novicia.

Estela se volvió a mí, me abrazó y desapareció tras de aquella puerta, antes que yo hubiese podido volver en mí del estupor en que me dejó aquella repentina separación. Un rayo que hubiese caído sobre mi cabeza, una puñalada en la mitad del corazón, no me hubieran hecho tanto daño. Arrojeme contra aquella puerta, en la esperanza de derribarla; lloré, grité, llamé a Estela con todos los gemidos de la desesperación, y pasé la noche tendido en tierra ante aquella puerta cerrada y muda como un sepulcro.

236

Arranqueme al fin de allí, y algunas horas después, el vapor que marchaba al sur me llevaba a su bordo.

En el momento que desembarqué en Islay, monté a caballo y llegué a Arequipa, sin haber descansado una hora en el tránsito.

-¡Madre! -murmuraban mis labios mientras corría por la arenosa sabana que se extiende entre el puerto y la ciudad- ¡madre mía! tus sueños de dicha van a realizarse. He aquí tu hijo que lleva un tesoro para ponerlo a tus pies.

Había dejado atrás el desierto -continuó el joven, con voz cada vez más conmovida-, había pasado las quebradas estériles, y entrando en las que comenzaban ya a vestirse con las fragantes yerbas de nuestra hermosa campiña, subía el repecho del primer Alto. Al llegar a la cima, el Misti imponente y lóbrego me apareció todo entero, de su negro pie hasta su nevada cumbre.

La vista del monte sagrado, esa vista que estremece de alegría a todo arequipeño, hízome estremecer de extraño terror; y mis ojos, anhelantes, lo interrogaban, y el alma contristada creía ver en sus sombras siniestros augurios.

Cuando mi caballo, jadeante y sin aliento, se paraba relinchando en el segundo Alto, la noche comenzaba a extenderse sobre el inmenso paisaje. Sin embargo, los rayos de la luna me mostraban, aunque confusos, 237 todos sus detalles; y allá, en su lejano fondo, reflejábase en una larga hilera de blancas cúpulas:

¡Arequipa!

Atravesé rápido como una exhalación el valle de Congata y los callejones

de Tiabaya, asustando a las gentes que se encontraban a mi paso, y se apartaban temerosas; creyéndome un alma en pena. Mi caballo caía de cansancio; pero yo lo alzaba con la voz y con la espuela, y corría adelante.

De repente, a la vuelta de un recodo, la blanca ciudad me apareció otra vez, pero esta, del todo cercana: veía sus luces, oía sus rumores.

¡Azuzo mi caballo, que se precipita dando saltos desesperados; tocó los arrabales; atravieso el puente; subo la margen del río, ¡llego!...

La casita yacía allí, oscura y silenciosa; y las higueras tendían sobre ella su negra sombra.

La puerta estaba cerrada.

-Duerme -dije; y arrojándome del caballo, llamé con los golpes que solía en otro tiempo anunciarme a mi madre. La puerta permaneció cerrada, y el eco solo, me respondió de adentro, sonoro y vacío.

-¡Madre! ¡madre! -grité, pegando el rostro contra aquella puerta muda.

Una mujer salió a mis voces, de una casa vecina y vino a mí.

-Ayer la llevamos al cementerio -me dijo-. Las 238 penas y el trabajo han dado fin a su existencia. He aquí la llave de su casa, que ella me encargó recogiese para entregarla a su hijo.

Viéndome inmóvil y mudo, caído sobre el umbral, aquella mujer se compadeció de mí, y quiso llevarme a su casa; pero no pudiendo obtener que la siguiese, dejome solo y se retiró.

Ignoro cuánto tiempo quedé allí, caído en tierra y la frente apoyada en la piedra del umbral. La brisa helada de la noche me hizo volver del profundo anonadamiento en que yacía. Alceme del suelo con los miembros entumecidos y el cuerpo como aniquilado por una larga enfermedad. Busqué la llave sin poder encontrarla, hasta que la sentí apretada entre mis dedos.

Abrí la puerta y entré en aquella casa, donde corrieron tan dichosos los días de mi infancia, bajo el ala del ángel que había volado al cielo, después de haberme llorado y esperado en vano.

Encendí luz, y tendí en torno una dolorosa mirada.

Todo estaba como antes en aquella morada solitaria, y la presencia de mi madre se hacía sentir en todas partes. Aquí estaba su telar, allí su taburete y su labor; más allá mi cama, hecha, y pronta a recibirme, frente a la suya, revuelta, y mostrando en su desorden el paso de la muerte. En la cabecera de esa cama, al 239 pie de un crucifijo, y sobre una hoja de palma bendita, encontré esta joya; que contenía todo el oro que yo le envié de California, y que la pobre madre, disfrazando bajo aquella graciosa forma su tierna abnegación, guardaba siempre para mí.

Senteme al lado de aquel lecho vacío, apoyé la cabeza en las manos y me hundí en un abismo de dolor.

No era ya el niño que cuatro días antes lloraba a su compañera en la puerta del monasterio, llamándole con gritos y sollozos. El golpe que ahora me había herido era tan rudo que paralizó toda expansión; y las lágrimas, ese bálsamo supremo del alma, habíanse coagulado en mi corazón. La luz del siguiente día me encontró en la misma actitud, el labio mudo y los ojos secos; pero mis cabellos sedosos y húmedos, aun, con la savia de la infancia, estaban sembrados de canas.

Y el joven pasó su mano sobre su negra cabellera, entre cuyos bucles brillaban algunas hebras blancas.

-Aquella noche, entre los desvaríos de mi dolor -continuó-, pasado un momento de sombrío silencio formé un proyecto, que un mes después, había del todo realizado. Era este proyecto, cumplir los votos de mi madre; sus deseos para el porvenir, desarrollados por ella en diferentes perspectivas y gravados en mi mente al calor de su palabra.

240

Compré en la campiña todos los sitios que le eran agradables, y donde gustaba llevar sus pasos; construí la casa de campo rodeada de vergeles que su pintoresca imaginación ideaba, y llenela de todos los bellos objetos que solían recrear sus ojos. Adquirí a fuerza de oro los terrenos vecinos a nuestra casita de las orillas del Chili, y haciendo de ellos un vasto jardín, encerrela en su perfumada fronda, como el santuario de un ídolo.

En el recinto de este jardín, al centro de un bosquecillo de rosales, y no lejos del grupo de higueras, mandé erigir un sepulcro.

En él reposan los restos de mi madre, que yo robé una noche a la helada tierra del cementerio.

Así, morando al lado de su tumba, rodeándome de todo lo que de ella queda, fórjome la ilusión de que vive todavía.

He ahí porqué ayer estaba profundamente afligido por la pérdida de esta joya.

Alargué la mano a mi compañero, y estreché la suya, profundamente conmovida.

Entretanto, había amanecido, y el indio vino a decirnos que estaban ya ensillados nuestros caballos.

Dejamos la capilla subterránea y partiendo juntos, seguimos el mismo camino quebrado y rocalloso, que se extiende en rápido descenso desde las alturas de Tacora, hasta el llano de Pachia.

241

Al llegar a la Portada, el joven, arequipeño se despidió para entrar al Ingenio que se hallaba en una hondonada a la derecha del camino.

Los dos mineros de Corocoro, el barítono y yo seguimos nuestro camino, y marchábamos silenciosos. La historia de la noche nos había impresionado a todos.

-¿En qué piensa usted señora? -díjome uno de los mineros, presentándome un vaso de cerveza- ¿en el hombre color de cobre?

-¡Oh! ¡sí! Sus ojos de buitre y sus agudos dientes están bailando en mi mente. ¡Ser infernal! ¿Seguirá todavía la carrera de sus crímenes o habrá ya recibido el merecido castigo?

-¿Quién puede decírnoslo?

-¡Yo! -respondió el barítono, dejándonos mudos de sorpresa.

Pasada la sorpresa producida por aquella palabra, el barítono fue asaltado por un coro de reconvenciones.

-Cómo ¡lo sabía usted, y callaba!

-¿Por qué dejó usted ir al narrador, sin ponerle el punto final?

-¡Sin darle a saber en qué paró aquel malvado que tan buenos ratos le aguló!

-Guárdeme bien de incurrir en tal indiscreción. Lo que tengo que decir habría contristado más a ese joven, ya tan conmovido por su propio relato.

Así, 242 aunque reconocí desde luego en el retrato de aquel que él

llama el hombre color de cobre, al horrible proteo de quien voy a hablar, callé, para evitarle nuevas y penosas emociones.

Era en 1853. Hallábame en San Francisco, haciendo parte de la compañía lírica que Catalina Hayes llevó a California. Era una noche de carnaval y cantábamos «I Masnadieri» en el teatro principal de la ciudad.

Desde un ángulo oscuro, donde, pegado a un bastidor, aguardaba mi salida, contemplaba yo la inmensa concurrencia que llenaba los ámbitos de la sala, y en aquel momento, escuchando a Catalina, prorrumplía en frenéticos aplausos.

Entregado me hallaba al estudio en detal de ese conjunto heterogéneo de semblantes, actitudes y expresión, que constituye el público, potencia temible, a cuyo aspecto el artista interroga con terror, cuando vino a desviar mi ocupación, una escena muda que se representaba en la sala.

Desde que el telón se levantó, había llamado mi atención la extraña figura de un hombre, sentado al centro de la platea. Sobre un busto que anunciaba una estatura colosal, alzábase con salvaje arrogancia una cabeza que habría hecho huir de espanto al doctor Gall, de tal modo estaban en ella aglomeradas, en pasmoso desarrollo las más siniestras protuberancias.

243 Una masa enorme de cabellos largos, erizados y lacios, coronaba esta cabeza y añadía sombras al rostro de un color oscuro y sangriento donde relampagueaban con rabiosa fiereza unos ojos profundamente negros. Para completar este horrible conjunto, un labio naturalmente contraído, mostraba dos hileras de dientes blancos, apartados y agudos.

Tanto me impresionó la vista de ese hombre que no encontré extraño hubiera producido el mismo efecto en varios individuos, que, diseminados en diferentes puntos de la sala, se le iban insensiblemente acercando, por medio de un cambio de asiento, y habían acabado por formar un círculo en torno suyo. Situado en mi escondite, al fondo del escenario, abrazaba yo con una ojeada todos estos detalles.

A la derecha, un poco distante del círculo, tirado alrededor del hombre cobrizo, un anciano, al parecer oficial de marina, mirábale también fijamente; pero aquella mirada estaba impregnada de un rencor doloroso, visible en todos sus movimientos.

Mi entrada en escena precedía el fin del acto. Canté con una distracción que falseó todos los finales. Pero por más que me esforzaba para atender a la orquesta, mis ojos y mi pensamiento no se apartaban del drama que se representaba en la platea, y que comenzaba a tomar proporciones inquietantes. 244 Porque, al fin comprendí que los curiosos del círculo, eran empleados de policía disfrazados.

Al frente, mudo y amenazador, como un navío de guerra preparado al abordaje, el viejo observaba, con la mano escondida en las solapas de su casaca.

Todavía no había caído el telón, cuando a un movimiento del hombre cobrizo para dejar su asiento, doce agentes de policía se aliaron para arrojarse sobre él.

-¡Nadie toque a ese hombre -gritó de repente el viejo marino-, es mío: me debe su sangre!

Y saltando, veloz como el pensamiento, asiolo por sus largos cabellos y le atravesó el cráneo con una bala de su revólver.

Al siguiente día, haciendo frente al pórtico de la cárcel, alzábase una

horca, en la que estaba colgado el cadáver de un hombre sentenciado a aquel suplicio; y sustraído a él por una venganza. Delante de aquel horrible espectáculo arremolinábanse tumultuosos, grupos incesantemente renovados, en los que se referían del sentenciado historias espantosas.

-¡Falkland! -exclamaba uno- sí: no me engaño. Este es el filibustero incendiario de Centro América; el que gustaba de quemar a las familias, encerradas en sus casas.

-¡Ojo de Azor! el cazador que arrojamos de las praderas, por connivencia con los salvajes. Sí es él. 245 Tenía unos ojos que hacían parar a los gamos en la mitad de la carrera.

-¡Tobahoa! Al fin caíste malvado indio navajo, que has robado más niñas a nuestros pueblos que días cuentas en tu perversa vida. ¡Desollador de cabezas! ¡lástima que han roto la tuya! Comprara yo tu cabellera para consolar al pobre sonorenses de la larga cicatriz con que le hiciste perder su bellísima novia.

-¡Lástima, en efecto! -dijo, apartando el gentío, un hombre vestido de negro, que llegó seguido de dos cargadores-. ¡Consigo el permiso para disechar este cráneo, y lo encuentro fracturado! No obstante, quedan las mandíbulas, cuyos dientes, a lo que veo, son una especialidad. Muy luego el gabinete público de historia natural, dirigido por el doctor Smith, poseía una nueva joya: un par de mandíbulas humanas, cuyos dientes blancos y apartados, eran puntiagudos como agujas.

Poco después, los periódicos de San Francisco anunciaron el suicidio de Mr. Scot, capitán del «Nuevo Mundo» vapor perteneciente a la antigua compañía de navegación en el Sacramento, incendiado por un fogonero con la intención de robar los caudales que conducía.

Las crónicas atribuían la acción desesperada del capitán al pesar en que vivía hundido desde la muerte de su hija, que pereció en aquel siniestro...

246

Una alegre cabalgata de hermosas tacneñas residentes en Pachia, saliendo de repente debajo los «molles» de una quebrada, invadió el camino, arrebatados en su carrera y disipó con sus alegres carcajadas la tétrica impresión producida por aquel relato...

.....

Agosto, había pasado, sembrando en pos suyo el luto y la desolación. Las ciudades de la costa habían sido barridas por las olas, arrastrando consigo a sus míseros habitantes: Arica, Iquique, Pisagua, no existían, y Arequipa, la blanca ciudad de las mil cúpulas se había desplomado. Sus hijos vagando en torno a los escombros, como almas en pena, aquejados por el frío y el hambre alejábanse, al fin, y venían a buscar entre nosotros nuevos hogares.

Los que habíamos sido huéspedes de la bella ciudad, corríamos a la estación cada vez que llegaba el vapor del Sur, con la esperanza de encontrar entre los tristes emigrados, algunos rostros amigos; y escenas patéticas de abrazos y lágrimas se repetían sin cesar.

Un día, entre los pasajeros que desembarcaban del tren, vi un hombre cuyas facciones me pareció reconocer, sin poder no obstante recordar su nombre. Un tropel de gente lo ocultó a mi vista, y aquel recuerdo se borró.

247

Algunos días después, hallábame en el templo de las carmelitas, asistiendo a la misa solemne de una fiesta.

El altar estaba cubierto de luces y flores; ardía el incienso; y el órgano hacía oír sus acordes majestuosos.

En el rincón oscuro de la cancela donde me había colocado, noté de repente, que no estaba sola. Cerca de mí, sentado al extremo de un escaño, y la frente apoyada en la mano, hallábase un joven hundido en profunda meditación.

En cualquier otro lugar, no habría podido reconocer aquel rostro invadido por una barba abundante y negra; pero el sitio, y la emoción impresa en sus facciones, trajeron a mi memoria el viajero de la capilla de Uchusuma. Al nombre de Estela, que pronuncié en voz baja, el joven volvió la cabeza, reconocióme y estrechó mi mano.

-En nombre del cielo -le dije-, apresúrese usted a decirme qué suerte ha cabido en el horroroso cataclismo, a la casita sagrada de las orillas del Chili.

-El ángel que hizo allá su morada, extiende todavía sobre ella su ala protectora -respondió con acento fervoroso el joven arequipeño.

248

-Las bóvedas soberbias de los palacios se han hundido: ella conserva ileso su humilde techo, que hoy abriga a muchos infelices.

-Y ¿no ha pensado usted, al fin, en llevar a ella una esposa?

-¡No! -respondió-. En mi afecto fraternal por Estela debió existir el germen de una pasión, que interpone siempre su imagen entre mi corazón y el amor, llenándolo del sacro pavor que inspira el santuario.

-¿La ha visto usted?

-No he podido lograr esta dicha. Está en retiro, y su reclusión durará más tiempo del que puedo disponer yo, que he venido a comprar ropas y víveres para mis desventurados hermanos.

Mas ya que no me sea dado verla voy a oír su voz.

En ese momento las campanillas y las nubes de incienso anunciaron que iba a levantarse el velo del tabernáculo; el pueblo adoró de rodillas; y en medio del silencio producido por la mental plegaria, elevose de repente, intensa, dulcísima, una voz maravillosa, entonando un himno al Eterno.

Volvime hacia el joven; pero no tuve necesidad de preguntarle: la expresión de su semblante me decía que estaba oyendo a Estela.

Dejelo postrado en tierra, sumergido en un éxtasis, 249 en el que tendría una bella parte aquella dulce y dolorosa odisea comenzada en el Pacífico, continuada en las praderas del «Sacramento» y acabada a la puerta del monasterio.

Fin de Un viaje al país del oro

Éramos diez. Habíamos reunido la casualidad y nos retenía en un salón, en torno a una estufa improvisada, el más fuerte aguacero del pasado invierno.

En aquel heterogéneo círculo doblemente alumbrado por el gas y las brasas del hogar, el tiempo estaba representado en su más lata acción. La antigüedad, la edad media, el presente, y aun las promesas de un riente porvenir, en los bellos ojos de cuatro jóvenes graciosas y turbulentas, que se impacientaban, fastidiadas con la monotonía de la velada. El piano estaba, en verdad, abierto, y el pupitre sostenía una linda partitura y vales a discreción; pero hallábanse entre nosotros dos hombres de iglesia; y su presencia intimidaba a las chicas, y las impedía entregarse a los compases de Straus y las melodías de Verdi. Ni aun osaban apelar al supremo recurso de 252 los aburridos: pasearse cogidas del brazo, a lo largo del salón; y cuchicheaban entre ellas ahogando prolongados bostezos.

-Hijas mías -díjoles el venerable vicario de J., que notó su displicencia-, no os mortifiquéis por nosotros. Os lo ruego, divertíos a vuestra guisa. Yo, de mí, sé decir que me placería oíros cantar. ¡Cantar! Bien lo quisieran ellas; pero arredrábalas el repetido io t' amo de los maestros italianos, en presencia de aquellas adustas sotas, y se miraban sin saber cómo excusarse.

-¡Y bien! -continuó el vicario-, si os detiene la elección, que lo decida la suerte.

Y levantándose, fue a tomar del repertorio el primer cuaderno que le vino a la mano.

-¡Coincidencias! -exclamaron las niñas, riendo-. Ea, pues, hijas mías, a cantar las coincidencias.

Las jóvenes rieron de nuevo.

-Bueno, ¡os alegráis al fin!

-Señor, el cuaderno está en blanco -dijo la niña de la casa-. Su inscripción es el proyecto de una fantasía para dedicarla al profesor que me enseña el contrapunto.

-«¡Coincidencias!»». Eso más bien que de cantos, tiene sabor de relatos -dijo una señora mayor.

-Y quien dijo relatos -añadió otra- quiso decir pláticas de viejos.

253

-Y quien dijo pláticas de viejos, quiso aludir a mis noventa inviernos -repuso con enfado cómico el vicario.

-Y para castigar la culpable susceptibilidad de ese ministro del Señor

-replicó la matrona- simulando el énfasis de un fiscal -pido que se le aplique la ley al pie de la letra, y se le condene al relato de una coincidencia.

-Y para mostraros que los diez y ocho lustres no han podido quitarme la

complaciente obediencia debida a tan amables jueces, referiré, una muy singular coincidencia que por mucho tiempo hizo vacilar mi espíritu entre lo casual y lo sobre natural.

A estas palabras, los bostezos cesaron como por encanto; y las jóvenes, perdiendo su timidez acercaron sus sillas y rodearon al anciano vicario.

-Era yo cura de S. y me había comprometido el de H. a predicar el sermón de su fiesta.

Sin embargo esta se acercaba y yo todavía no lo había escrito, subyugado por la pereza que se apodera del ánimo en la vida de los campos.

En fin, llegó la víspera, el cura de H. me envió a buscar, y hube de ir allí, sin haber puesto mano en mi obra, creyendo que la vista del lugar, del templo y los preparativos de la fiesta fueran un estímulo a mi negligencia.

254

Pero llegado a H. presentóseme otro obstáculo: las visitas.

Para superar este inconveniente, fui a encerrarme en una celda de la Compañía, edificio vasto y solitario, donde podía aislarme como en un desierto. ¡Vana esperanza! aun allí vinieron a sitiarme durante el día entero los oficiosos saludos.

Alarmado en fin por el escaso tiempo que me quedaba para hacer aquella composición, apenas llegó la noche, encerme con llave y me puse a escribirla.

En el curso de mi obra, quise citar una frase que yo creía de Tertuliano, y no recordando el capítulo que la contenía, echeme a buscarla.

Sentía pesada la cabeza, y mi mano por momentos se paralizaba sobre las páginas del libro. Eran las doce de la noche.

-No busquéis vuestra cita en Tertuliano, se encuentra en el capítulo octavo de las Confesiones de San Agustín.

Al escuchar aquel apóstrofe, levanté la cabeza, sorprendido, y vi sentado delante de mí un clérigo.

Iba a preguntarle cómo había entrado, pues la puerta estaba con llave, cuando él, tendiendo hacia el fondo de la celda una mano demacrada y pálida me dijo:

-Yo duermo allí.

255

A estas palabras hice un movimiento de asombro que me despertó.

Era un sueño, pero la voz del clérigo sonaba todavía en mi oído: «No busquéis vuestra cita en Tertuliano; se encuentra en el capítulo octavo de las Confesiones de San Agustín».

Sin darme cuenta de lo que hacía cogí aquel libro y lo abrí en su capítulo octavo.

La frase que solicitaba, encontrábase allí.

Sorprendido por aquella extraña coincidencia, díjeme: sin embargo. El sueño da algunas veces grande lucidez; y mi recuerdo, avivado por su influencia ha venido bajo la figura fantástica del clérigo.

Y seguí mi trabajo sin pensar más en aquel incidente.

Al siguiente día, cuando, concluido mi sermón dirigíame a la iglesia, encontré en el claustro a un arquitecto que me dijo había sido enviado de Lima para dar otra forma a aquel edificio a fin de que sirviera al establecimiento de un colegio nacional.

Acabada la fiesta, y vuelto a casa del cura, fui con él a ver los primeros trabajos del arquitecto.

Al echar abajo la pared medianera entre la celda que yo ocupé y la siguiente, encontrose la pared doble; y en su estrecha separación, el cadáver de un jesuita.

256

¿No es verdad que mi fantástico sueño y la presencia de ese cadáver emparedado fueron una extraña coincidencia?

Sin embargo las jóvenes, aunque se preciaban de espíritus fuertes, estrecharon sus sillas mirando con terror las ondulaciones que el viento imprimía a las cortinas del salón.

-Pues que de coincidencias se trata -dijo el canónigo B.-, he aquí una no menos extraordinaria.

Fin de El emparedado

257

El fantasma de un rencor

Servía yo, hace ocho años, el curato de Lurin, y fui llamado para administrar los sacramentos a una joven que se moría de tisis. Trajéronla de Lima en la esperanza de curarla; pero aquella enfermedad inexorable seguía su fatal curso, y se la llevaba.

¡Un ángel de candor, bondad y resignación! Alejábase de la vida con ánimo sereno, deplorando únicamente el dolor de los que lloran en torno suyo.

Mas en aquella alma inmaculada había un punto negro: un resentimiento.

-Pero, hija mía, es necesario arrojar del corazón todo lo que pueda desagradar al Dios que va a recibirnos en su seno: es preciso perdonar -la dije.

-Padre, lo he perdonado ya- respondió la moribunda-, es mi hermano y mi amor fraternal nunca se ha desmentido. ¡Mas, en nombre del cielo, no me impongáis su presencia, porque me daría la muerte!

258

-Ese mal efecto se llama rencor -la dije, con severidad- y yo, que recibo vuestra confesión, yo ministro de Dios, os ordeno en su nombre que llaméis a vuestro hermano y le deis el ósculo de perdón.

-Hágase la voluntad de Dios -murmuró la joven, inclinando su pálida frente. Y yo, haciendo montar a caballo a un hombre de la familia lo envié inmediatamente a Lima.

La enferma fue una brillante joya del gran mundo; codiciada por su belleza y sus virtudes. Mas, ella, que recibió siempre indiferente los homenajes de los numerosos pretendientes que aspiraban a su mano, fijose al fin, en un joven militar, valiente, buen mozo y estimable; pero que por desgracia se concitara la enemistad del hermano de su novia en una cuestión política. Nada hay tan acerbo como un odio de partido; y si el oficial sacrificó el suyo al cariño de la hermana de su enemigo, este prohibió a aquella recibir al militar, sublevó contra él a la familia, y rompió la unión deseada.

El joven oficial, desesperado, se suicidó; la pobre niña se moría, y el hermano entregado a profundos remordimientos, deploraba amargamente la fatal locura que lo arrastró a causar tantos desastres.

En tanto que mi enviado marchaba a Lima, la enferma entró en delirio.

-No vengas, Eduardo -decía con fatigoso acento-, quiero morir en paz; y tu presencia, tu voz, la voz que condenó a Enrique, me impedirían perdonarte.

He ahí que viene -continuó, con terror-. ¡Asesino de Enrique, aléjate, huye, o te doy mi maldición!...

Esta exclamación fue acompañada de un grito que atrajo en torno del lecho a la familia

-¿Qué tienes Rosalía? ¿Rosalía qué sientes? -le preguntaban.

-¡Socorro! -exclamó la enferma- ¡socorro para Eduardo, cuyo caballo espantado de mi sudario acaba de arrojarlo a tierra donde yace sin sentido!

-¡Está delirando! -dijeron los suyos- ¡y no podrá recibir los sacramentos! No de allí a mucho, mi enviado llegó solo.

-¿Y Eduardo?

-El caballo que montaba, espantado al atravesar un grupo de sauces a la entrada de las primeras huertas del pueblo, se ha encabritado arrojándolo contra una tapia. Lo ha dejado sin sentido, y vengo en busca de auxilio para volverlo en sí y traerlo.

Trajeron en efecto a Eduardo, repuesto ya de su caída.

A su vista el delirio se desvaneció en la mente de la enferma, que reconociendo a su hermano, le tendió los brazos, y los restos de su resentimiento se fundieron entre las lágrimas y los besos fraternales.

Recostada en el pecho de su hermano recibió los sacramentos y en sus brazos exhaló el último suspiro.

Las jóvenes lloraban escuchando el triste relato del canónigo.

-¡Válgame Dios! -exclamó una señora- y qué fuerte olor de sacristía han esparcido en nuestro ánimo estas historias de clérigos. Será preciso para neutralizar el incienso, saturarlo con esencia de rosas. Y pues que de coincidencias se trata allá va una de tantas.

-Hable el siglo -repuso el vicario con un guiño picaresco.

Mi hermana a la edad de diez y ocho años hallábase en su noche de boda. Sola en su retrete, cambiaba el blanco cendal y la corona de azahar con el velo azul de un lindo sombrerito de paja para marcharse con su novio en el coche que esperaba en la puerta a pasar su luna de miel en las poéticas soledades de una huerta.

Lista ya, sentose, llena el alma de gratas ilusiones, esperando a que su marido pudiera arrancarse del cúmulo de abrumadoras felicitaciones para venir a reunirse con ella y partir.

Una trasparente bujía color de rosa alumbraba el retrete colocada en una palmatoria de plata sobre la mesa del centro, donde la novia apoyaba su brazo.

Todo era silencio en torno suyo, y solo se escuchaban a lo lejos, y medio apagados, los rumores de la fiesta.

De súbito óyense pasos en el dormitorio. La novia cree que es su esposo, y se levanta sonriendo para salir a su encuentro; pero al llegar a la puerta se detiene y exhala un grito.

En el umbral, apareció un hombre alto, moreno, cejijunto vestido de negro, y los ojos brillantes de siniestro resplandor, que avanzando hacia ella la arrebató en sus brazos.

En el mismo instante la luz de la bujía comenzó a debilitarse, y se apagó a tiempo que la voz del novio llamaba a su amada.

Cuando esta volvió en sí, encontrose apoyada la cabeza en el pecho de su marido sentada en los cojines del coche que rodaba en dirección del Cercado.

-¡Fue el demonio! -murmuró la desposada; y refirió a su marido aquella extraña aventura. Él rió y lo achacó a broma de su misma novia.

Y pasaron años, y mi hermana se envejeció.

Un día veinticuatro de agosto, atravesando la plaza de San Francisco, mi hermana se cruzó con un hombre cuya vista la hizo estremecer. Era el mismo que se le apareció en el retrete el día de su boda.

El desconocido siguió su camino, y mi hermana, dirigiéndose al primero que encontró le dijo con afán:

-Dispéñeme el señor: ¿quién es aquel hombre?

El interpelado respondió palideciendo.

-Es el demonio. Él me arrancó de mi pacífica morada para llevarme a palacio y hacerme a la fuerza presidente. He aquí los ministros que vienen a buscarme.

Eran los empleados del hospital que venían en pos suyo.

El hombre, a quien mi hermana interrogaba, era un loco.

Fin de Una visita infernal

264 265

Yerbas y alfileres

-Doctor ¿cree usted en maleficios? -dije un día a mi antiguo amigo el esclarecido profesor Passaman. Gustábame preguntarle, porque de sus respuestas surgía siempre una enseñanza, o un relato interesante.

-¿Que si creo en maleficios? -respondió-. En los de origen diabólico, no: en los de un orden natural, sí.

-Y sin que el diablo tenga en ellos parte, ¿no podrían ser la obra de un poder sobrenatural?

-La naturaleza es un destello del poder divino; y como tal, encierra en su seno misterios que confunden la ignorancia del hombre, cuyo orgullo lo lleva a buscar soluciones en quiméricos desvaríos.

-¿Y qué habría usted dicho si viera, como yo, a una mujer, después de tres meses de postración en el lecho de un hospital, escupir arañas y huesos de sapo?

-Digo que los tenía ocultos en la boca.

-¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Y aquellos a quienes martirizan en su imagen?

266

-¡Pamplinas! Ese martirio es una de tantas enfermedades que afligen a la humanidad, casualmente contemporánea de alguna enemistad, de algún odio; y he ahí que la superstición la achaca a su siniestra influencia.

He sido testigo y actor en una historia que es necesario referirte para desvanecer en ti esas absurdas creencias... Pero, ¡bah! tú las amas, son la golosina de tu espíritu, y te obstinas en conservarlas. Es inútil.

¡Oh! ¡no, querido doctor, refiera usted, por Dios, esa historia! ¿Quién sabe? ¡Tal vez me convierta!

-No lo creo -dijo él, y continuó.

Hallábame hace años, en la Paz, esa rica y populosa ciudad que conoces.

Habíame precedido allí, más que la fama de médico, la de magnetizador.

Multitud de pueblo vagaba noche y día en torno a mi morada. Todos anhelaban contemplar, sino probar los efectos de ese poder misterioso, del que solo habían oído hablar, y que preocupábalos ánimos con un sentimiento, mezcla de curiosidad y terror.

Entre el número infinito de personas que a toda hora solicitaban verme, presentose una joven cuyo vestido anunciaba la riqueza; pero su rostro, aunque bello, estaba pálido y revelaba la profunda tristeza de un largo

padecer.

267

-No vengo a consultar al médico -dijo, sonriendo con amargo desaliento-. ¡Ah! de la ciencia nada espero ya: vengo a preguntar a ese numen misterioso que os sirve la causa de un mal que consume a un ser idolatrado; extraña dolencia que ha resistido a los recursos del arte, a los votos, a las plegarias; vengo a demandarle un remedio, aunque sea a costa de mi sangre o de mi vida.

Dicen que para valeros de él lo encarnáis en un cerebro humano. Alojadlo en el mío: que vea con mi pensamiento; que hable por mi labio, y derrame la luz en el misterioso arcano que llena de dolor mi existencia, y ¡ah!...

Su voz se extinguió en un suspiro.

En tanto que hablaba, habíala yo magnetizado.

Unos pocos pases bastaron para mostrarme la lucidez extraordinaria que residía en aquella joven.

-¿Me escucháis, hermosa niña? -dijela empleando ese adjetivo de poderoso reclamo para toda mujer; porque al someterla a la acción magnética había olvidado un preliminar: preguntarla su nombre.

-¡Hermosa! -exclamó; y una sonrisa triste se dibujó en sus labios- ¡ah! ya no lo soy. El dolor ha destruido mi belleza y solo ha dejado en mí una sombra.

-¿Habéis sufrido mucho?

-¡Oh! ¡mucho!

268

Y una lágrima brotó de sus párpados cerrados y surcó su pálida mejilla.

-Pues bien, contadme vuestras penas. ¿Echáis de menos una dicha perdida? ¿Erais, pues, muy feliz?

-¡Ah! ¡y tanto! Santiago me amaba; iba a ser mi esposo; el sol del siguiente día debía vernos unidos, pero aquella noche fatal, la terrible enfermedad asaltó en su lecho a aquel que en él se acostara joven, bello, fuerte y lozano; y agarrotó sus miembros y lo dejó inmóvil, presa el cuerpo de horribles dolores que hacen de su vida un infierno. El año ha hecho dos veces su camino, sin traer ni una tregua a su dolencia. Toda esperanza se ha desvanecido ya en el alma de Santiago; y cuando me ve prosternada orando por su vuelta a la salud.

-Laura -me dice-, ¡pide mi muerte!

-Laura -dijela, interrumpiendo aquella larga exposición hecha con voz lenta y oprimida-, no más respecto al presente: retroceded al pasado, a ese último día de bonanza, volved a él la mirada... ¿qué veis?

-¡Mi felicidad!

-¿Y en torno a Santiago?

-¡Nada más que mi amor!

-¿Nada más? ¿Mirad bien?...

De súbito la sonámbula se estremeció, y su mano 269 tembló entre las mías; sus labios se crisparon y exclamó con voz ronca:

-¡Lorenza!

Pronunciado este nombre, apoderose de ella una tan terrible convulsión, que me vi forzado a despertarla.

Nada tan pasmoso como la transición del sueño magnético a la vigilia. Los bellos y tristes ojos de la joven me sonrieron con dulzura.

-Perdonad, doctor -dijo como avergonzada-, creo que me he distraído. Desde que el dolor me abrumba, estoy sujeta a frecuentes abstracciones. Os decía, hace un momento...

La interrumpí para anunciarle que sabía cuanto ella venía a confiarme, y le referí el caso de su novio, cual ella acababa de narrarlo.

Llenose de asombro, y me miró con una admiración mezclada de terror.

-¡Oh! -exclamó, pues que penetráis en lo desconocido, debéis saber la naturaleza del mal que aqueja al desventurado Santiago y lo lleva al sepulcro. ¡Salvadlo, doctor salvadlo! Él y yo somos ricos y os daremos nuestro oro y nuestra eterna gratitud.

Y la joven lloraba.

Logré tranquilizarla y la ofrecí restituir la salud a su novio.

Esta promesa cambió en gozo su dolor; y con el 270 confiado abandono de la juventud, entregose a la esperanza.

Aventuré, entonces, el nombre de Lorenza.

Laura hizo un ademán de sorpresa.

-Pues que ese don maravilloso os hace verlo todo, no es necesario decirnos que Lorenza es la amiga según mi corazón. ¡Ah! sin sus consuelos, sin la parte inmensa que toma en mis penas, tiempo ha que estas me habrían muerto.

El contraste que estas palabras de Laura formaban con el acento siniestro de su voz, al pronunciar, poco antes, el nombre de Lorenza, hiciéronme entrever un misterio que me propuse aclarar.

Laura se despidió, y una hora después fui llamado por la familia de su novio.

Entré en una casa de aspecto aristocrático y encontré a un bello joven pálido y demacrado, tendido en un lecho; y como lo había dicho Laura, agarrotados todos sus miembros por una horrible parálisis que lo tenía postrado, hacía dos años, sin que ninguno de los sistemas de curación adoptados por los diferentes facultativos que lo habían asistido pudiera aliviarlo.

Yo, como ellos, seguí el mío; pero en vano: aquella enfermedad resistía a todos los esfuerzos de la ciencia, y parecía burlarse de mi con síntomas disparatados, que cambiaban cada día mi diagnóstico.

Picado en lo vivo, consagreme con obstinación a 271 esa asistencia, segundado por Laura y su amiga Lorenza.

En cuanto a esta, no tardé en leer en su alma: amaba a Santiago.

Laura había penetrado ese misterio a la luz del sueño magnético.

He ahí por qué pronunciara con indignación el nombre de Lorenza.

Los días pasaron, y pasaron los meses; y el estado del enfermo era el mismo. Compadecido de su horrible sufrimiento no me separaba de su lado ni en la noche, alternando con sus bellas enfermeras en el cuidado de velarlo. Mi presencia parecía reanimarlo; y este era el único alivio que su médico podía darle.

Un día que hablaba con el doctor Boso, celebre botánico, exponíale el extraño carácter de aquella enfermedad que ni avanzaba ni retrocedía; persistente, inmóvil, horrible.

-Voy a darte un remedio que la vencerá -me dijo-. Es una yerba que he descubierto en las montañas de Apolobamba, y con la que he curado una parálisis de veinte años.

Aplícala a tu enfermo; dale a beber su jugo, y frota con ella su cuerpo. Es un simple maravilloso confectionado en el 272 laboratorio del gran químico que ha hecho el Universo.

Separose de mí y un momento después me envió un paquete de plantas frescamente arrancadas de su herbario.

Prepárelas según las prescripciones de mi amigo, y esperé para su aplicación las primeras horas de la mañana.

Aquella noche, teniendo para mis compañeras de velada la fatiga de largos insomnios, roguelas que se retirasen a reposar algunas horas, y me quedé solo con el enfermo.

Como todas las dolencias, la suya lo atormentaba mucho desde que el sol desaparecía.

Para aliviarlo en aquello que fuera posible, cambiábale la posición del cuerpo, estiraba los cobertores, alisaba las sábanas.

Al mullir su almohada, sentí entre la pluma un objeto resistente. Rompí la funda y lo extraje. Era una figura extraña, un muñeco de tela envuelto en un retazo de tafetán encarnado.

No pudiendo verlo bien a causa de la oscuridad del cuarto, alumbrado solo por una lámpara, guardelo en el bolsillo y no pensé en él.

A la mañana siguiente hice beber a mi enfermo el jugo de la yerba, dile la frotación y dejándolo al cuidado de Laura y su amiga, fui a pasar el día con 273 mi esposa, que se hallaba veraneando en el lindo pueblecito del Obraje.

Mientras hablaba con ella y varios amigos, buscando mi pañuelo, encontré el muñeco.

Mi mujer se apoderó de él y se dio a inspeccionarlo.

De repente hizo una exclamación de sorpresa.

El muñeco estaba clavado con alfileres desde el cuello hasta la punta de los pies.

Como tú, la señora Passaman es supersticiosa y se arrojó a la región de lo fantástico.

Por no aumentar sus divagaciones, me abstuve de decir dónde había encontrado el muñeco. Pero ella decidió que aquel a cuya intención había sido hecho, estaría sufriendo horriblemente.

Aquellas palabras me impresionaron; y sin quererlo pensé en mi pobre enfermo; y cosa extraña, contemplando aquella figura creí hallarle semejanza con Santiago.

Mi esposa, apiadada del original de aquella efigie, propúsose librar a esta de sus alfileres; pero el óxido los había adherido a la tela de que estaba hecho y vestido el muñeco; y solo valiéndose de una pinza de mi estuche pudo conseguirlo.

Luego que lo hubo desembarazado de su tortura, envolviolo piadosamente en un pañuelo de batista y lo guardó en el fondo de su cofre.

274

Cuando al anochecer regresé a la ciudad y entré en mi casa, encontré escrito veinte veces en la pizarra un llamamiento urgente de casa de Santiago.

Corrí allá y una gran desolación

Laura de rodillas y abnegada en lágrimas, tenía entre sus manos la mano yerta de Santiago, que inmóvil, desencajado el semblante y cerrados los

ojos, parecía un cadáver.

Lorenza en pie, pálida y secos los ojos, fijaba en Santiago una mirada extraña.

-¡Ah! ¡doctor! ¡vuestro remedio lo ha muerto! -exclamó Laura-. Dolores espantosos, acompañados de horribles convulsiones, han precedido su agonía; y helo ahí que está expirando.

Sin responderla, acerqueme al enfermo; examiné su pulso, y encontré en aquel aniquilamiento un sueño natural.

Senteme a la cabecera de la cama; pedí el jugo de la yerba, y entreabriendo los labios al enfermo, hícele pasar de hora en hora algunas gotas, durante toda la noche.

Al amanecer, después de un sueño de doce horas, Santiago abrió los ojos, y, con pasmo de Laura, tendieron a ella y a mí sus manos, que habían adquirido movimiento.

Pocos días después dejaba el lecho, y un año más tarde era el esposo de Laura.

275

-¿Tú lo has conocido ya sano?

-Sí.

-¿Y qué dices de eso?

-Yo creo en los alfileres de Lorenza.

-Yo creo en la yerba del doctor Boso.

Fin de Yervas y alfileres

276 277

Veladas de la infancia

Caer de las nubes

Al niño Washington Carranza

Mamá Teresa no era el solo cronista de las nocturnas reuniones a la luz de la luna, bajo los algarrobos del patio.

La vieja nodriza tenía días de sombría tristeza, dolorosos aniversarios que le recordaban la muerte de sus padres, de su marido, de sus hijos.

-Don Gerónimo -decía entonces a un contemporáneo suyo, antiguo, capataz de mulas-, cuente usted un caso a estos niños que yo tengo hoy el alma dolorida y quebrantado el corazón.

-Y cerrando los ojos, inclinada la cabeza y el rosario entre las manos,

hundíase en silenciosa plegaria.

Don Gerónimo Banda, tan bueno para una trova como para una conseja, sentábase en medio al 278 turbulento círculo y nos refería las escenas de su vida nómada, historias portentosas que escuchábamos maravillados tendido el cuello, conteniendo el aliento, y la vista fija en la masa de blancas barbas que ocultaba la boca del narrador.

Hoy era la persecución de un bandido que amparándose de las selvas, emprendía una fuga aérea sobre las copas de los árboles; mañana el terrible encuentro de un tigre, y las peripecias de la formidable lucha en que las garras de la fiera le destrozaban las espaldas, en tanto que él, puñal en mano, y el brazo hundido en las horribles fauces, rompíale las entrañas y la arrojaba sin vida a sus pies.

Otras veces, era la vertiginosa carrera sobre las alas de un avestruz, al través del espacio inmensurable de la pampa, huyendo ante las hordas salvajes, que en numerosa falange perseguían al extraño jinete sobre sus veloces corceles, como una cacería fantástica. Otras aun, descrita con gráfica expresión, la disparada de diez mil mulas, espantadas por la aparición de un alma en pena en las hondas gargantas de los Andes.

-Don Gerónimo -díjole, en cierta ocasión un niño- ¿hasta cuándo nos pasea usted por los campos? Llévenos, por su vida, a las ciudades; que es fatigoso asaz andar de ceca en meca por montes y llanuras.

-¿Sí?... Pues caballeros, voy a conducirlos a la 279 ciudad más bella que pudo soñar la fantasía. Cíñela el verdor de una eterna primavera; y los árboles de sus jardines maduran y abren a un tiempo mismo sus flores y sus frutos. Ángeles como los que visitan a los escogidos en las visiones místicas cruzan sus calles, ora revistiendo altos cendales, la undosa cabellera sembrada de estrellas; ora, velado el divino semblante y derramando solo, el fulgor de su mirada.

La vida es allí suave y perfumada como un lecho de rosas; y de ilusión en ilusión, deslízase cual un delicioso ensueño.

Esa ciudad es Lima...

A este nombre, un trueno de aplausos interrumpió al orador.

-¡Lima! ¡Lima! ¡el país que he jurado habitar!

-¡Y yo!

-¡Y yo!

-¡Y yo también!

-Yo tendré allí un palacio, y dar suntuosas fiestas.

-Yo, un vergel; un vergel sombroso y embalsamado, donde los naranjos derramarán sobre mí una lluvia de azahares, en tanto que mi mano coseche sus dorados frutos.

Todos esos votos se cumplieron pero ¡ay, el palacio y el vergel, quedáronse en los rientes mirajes de la imaginación infantil!

280

-¡Ah! ¡don Gerónimo! ¿cómo, una vez en ella, pudo usted abandonar aquella mansión encantadora?

-Porque la patria, niño mío, es un imán irresistible -reclamo que nos atrae y nos llama con todas las voces de la creación.

-¿Y?...

¿Y? Hallábase usted en Lima, extasiado por supuesto, y sin pensar en otra cosa que en los goces infinitos de aquella encantada ciudad.

-Hallábase, en efecto, morando en ese trozo de cielo caído entre los montes y el mar.

Como lo has dicho, Rafael, absorbíame el placer de contemplar sus anchurosas calles, sus misteriosos balcones, y su perpetuo aire de fiesta. Nunca los días me parecieron tan cortos, ni las noches tan deliciosas, como en aquel bendito tiempo en que contando apenas veinte años, provisto el bolsillo de lucientes onzas de oro, y la mente de doradas ilusiones, habité en aquel emporio del fausto y de la belleza. Banquetes, saraos, partidas de campo, serenatas: aquello era una serie interminable de placeres, que mi posición humilde, como capataz de mulas no me impedía gozar; porque estaba ventajosamente compensada con un don que me diera el cielo: era yo todo un gentil y bello joven.

Guiños y risas solapadas. Parecíanos imposible que don Gerónimo hubiera sido nunca ni joven ni bello. En cuanto a lo de gentil, se lo concedíanos, en el sentido de pagano.

-Una noche -continuó él, tras de un suspiro enviado a esas lejanas memorias- después de una corrida de toros en que yo y otros jóvenes aficionados sacamos airosas suertes, cansado y soñoliento entré en mi cuarto, y me arrojé vestido sobre la cama.

Dormía profundamente, cuando me despertaron fuertes golpes dados a la puerta, y la voz de un amigo que me llamaba.

-¡Cómo! -exclamó al verme acostado- ¿duermes, en tanto Paquita estará electrizando a medio mundo con las hechiceras piruetas de su bolero? ¡Al teatro! al teatro, y breve. ¿Había yo de consentir que faltara un solo aplauso a la perla de Andalucía?

Y me arrastró en pos suyo a la comedia.

No me pesó a fe, porque aquello estaba magnífico, Paquita, la bailarina favorita de Lima, extasiaba a la concurrencia numerosa que la contemplaba, pasando simultáneamente del arrobamiento al entusiasmo. Todo lo más escogido de la corte del virrey en señoras y caballeros estaba reunido allí, y aplaudía a la bella criatura que se deslizaba aérea en las graciosas ondulaciones de una danza original.

De repente, y en medio a los aplausos la tierra se estremeció con un sacudimiento rudo, que derribó los bastidores, rompió el lustro apagó las lámparas, y dejó la sala en completa oscuridad.

Un clamor inmenso resonó entre las tinieblas, y la multitud apiñada contra la estrecha puerta, en los esfuerzos de una fuga desesperada formaba una masa compacta de cuyo centro elevábanse gritos penetrantes, ayes ahogados, gemidos de agonía.

Envuelto en aquella trombra viviente, y temiendo la asfixia producida por una densa polvareda que sofocaba mi aliento, hice de manos y codos un uso enérgico, y logré abrirme paso al través de aquel muro viviente, que me expelió con la fuerza de un ariete hasta el centro del patio.

Con asombro mío, noté entonces que no estaba solo.

Pálida y desmayada, una hermosa mujer yacía en mis brazos.

Conmovido del estado en que la veía, llevala en ellos por entre los grupos de fugitivos en busca de auxilios para volverla a la vida.

De repente, un negro vestido de rica librea saltó del estribo de un carruaje, y acercándose a mí...

-Señor -me dijo-, esta señora es la excelentísima condesa de Valde Rosas

mi ama.

He aquí su carruaje caballero; ayudadme a colocarla en él, para llevarla a su casa.

Pero la bella dama estaba sin sentido, y yo no 283 debía abandonarla en manos de un esclavo. Entré, pues, con ella en el coche y procuré reanimarla, haciéndole aire con el riquísimo abanico que pendía, por medio de una cadena, del cerco de brillantes que rodeaba su torneado puño. La condesa volvió en sí, abrió los ojos, y miró con asombro en torno suyo. Y reparando en mí, «¿quién sois?», me dijo en tanto que, recelosa, apartábase de mi lado.

-El más feliz de los hombres, señora, por haberme sido dado prestaros mi auxilio...

-Cuando el terror me derribó medio muerta entre aquella multitud. ¡Oh! mi Salvador -exclamó la bella condesa, tendiéndome una manita cubierta de brillantes-, decidme vuestro nombre para que lo bendiga.

Díjeselo; y cuando llegamos ante una suntuosa casa donde el coche se detuvo, éramos, no ya dos amigos, sino dos cariñosos hermanos.

-Chico -díjome aquella encantadora, tornándose de pronto, la más salada limeña que vistió saya y manto-, chico mío, voy a presentarte a mis amigos, que reunidos aquí, me esperan para comer conmigo. ¡Cuánta envidia vas a darles cuando sepan que me salvaste la vida en aquel barullo infernal!... Mas, permite que antes me despoje de estas joyas, y cambie este pesado tisú con un vestido de gasa.

284

Y así diciendo, dejaba sobre una aljofaina de oro un tesoro de brillantes y de valiosas perlas: enseguida, haciéndome un saludo gracioso, corrió a la cámara vecina y cerró tras sí la puerta.

Quedeme solo meditando en mi aventura; bendiciendo el terrible incidente que me proporcionó el encuentro con aquella amable criatura que en tan cortos momentos de plática habíame concedido la preciosa intimidad de su trato, y la promesa de esa triunfante presentación, que debía concitar la envidia de sus amigos, es decir, de los jóvenes más nobles y elegantes de la nobleza limeña. Mecido por estas lisonjeras reflexiones, olvidaba el tiempo cuyas horas marcaba inútilmente a mi oído un reloj colocado delante de mí en una columna de alabastro.

De súbito, un rumor no lejano de voces y risas vino a romper aquel encanto.

En ese momento el reloj dio las dos de la mañana.

-¡Cómo! -exclamé- ¿habríame olvidado la condesa?

Una nueva explosión, mezcla confusa de risas y choque de vasos, vino a responder a este pensamiento.

Alceme lleno de enojo; y descorriendo las cortinas de terciopelo carmesí que ocultaban una ancha ventana, vi que esta se abría a seis pies de elevación, sobre un extenso jardín, en cuyo fondo divisábase una galería iluminada, cubierta de enredaderas, de donde venía la gozosa algazara.

285

Arrebatado de rabia, rompí de un puñetazo el vidrio que cerraba la ventana, y pasé del retrete a las ramas de un coposo chirimoyo, cuya cima elevándose sobre los árboles del jardín mostrome la galería alumbrada por un lustro cargado de rosadas bujías; y por entre los festones de

madreselva en flor, una mesa primorosamente servida, y a la condesa, que, en medio a un cortejo de jóvenes acicalados, hacía los honores de la cena. Las voces que en el retrete escuchaba confusas, llegábanme allí claras y distintas.

-¡Señores! -decía la condesa, tendiendo, para imponer silencio, una manita nacarada que salía como un lirio de entre las blondas de su blanco peinador-, preparad un entusiasta aplauso a esta idea original.

-¡La idea!

-¡La idea!

-Hela aquí: vuelvo cerca de mi inocente corderillo; condúzcolo cerca de vosotros, que por supuesto, le haréis una magnífica acogida. Llenamos los vasos; añado al de mi pastor unas gotas de láudano; quédase dormido; cargáis con él en mi coche y lo conducís al más lejano muladar; lo acostáis sobre algún montón de ceniza; estampáis en su frente con brea y carbón algún garabato que pueda tomarse por la garra del diablo, y lo dejáis dormir tranquilamente su narcótico.

286

(Estrepitosos aplausos). Y la pérfida, mezclando a ellos su argentada risa, continuó:

-¡Ah! ¡que no me sea dado contemplar su desolada facha cuando se despierte y encuentre en lugar de los primorosos comensales media docena de gallinazos!

-¿Sí? -dije enviándole una mirada de basilisco- ¡pues ahora lo veredes, bella condesa! ¡Ah! ¿queréis hacerme la befa de esos remilgados? pues yo haré que seáis vos de quien se burlen. Pensáis haber embobado a un necio: ¡yo haré que os crean el juguete de un ladrón! ¡Vamos a ver quién de los dos ríe mejor! Y entrando de nuevo al retrete cogí el montón de joyas que llenaba la aljofaina, desliceme al través de los desiertos salones, crucé el patio y gané la calle.

Alejándome a largos pasos, aplaudíame de haber vuelto chasco por chasco... y reía... no obstante que, no sé si de cólera o de dolor tenía las mejillas mojadas de lágrimas; y creyendo estrujar entre mis manos con indignación las joyas que poco antes adornaran el pecho de aquella traidora, estrechábalas contra mis labios en un paroxismo de rabia o de fervorosa unción... ¡Creo que echaba de menos el fraternal afecto prometido por la ingrata!

-¡Oh! ¡qué hombre tan sinvergüenza! -exclamó mamá Teresa; interrumpiendo su plegaria-. ¿No tenía usted bastante con la broma que le preparaba

287 a aquella desalmada? ¡Echar de menos sus mentirosas promesas! ¡besar como un sagrado escapulario los perendengues de la muy descocada!... ¡y venir todavía a contarlo!... ¡ojalá que lo hubieran llevado al muladar, y mucho peor!

-¡Paciencia! mi buena amiga, que usted va a ver como pagué aquel pecado, cuando sepa que mientras huía embebecido en aquellas profanas adoraciones, vime de súbito cercado por una ronda que dio conmigo en chirona. Sorprendido en altas horas de la noche con un tesoro de joyas en la mano, declaróseme culpable; calificáronme de ladrón, y me condenaron a la pena de doscientos azotes aplicados en las espaldas desnudas, por la mano del verdugo, en los cuatro ángulos de la plaza, montado al revés en vergonzosa cabalgadura.

No hubo remedio, ni apelación posible; y fuerza me fue resignarme a sufrir aquella dura sentencia.

Llegado el día fatal, una cohorte de esbirros apareció en la puerta de mi calabozo, presidida por un hombre vestido de rojo, macilento siniestro, que adelantándose con solemne ademán cogió mis manos y las ató a la espalda con fuertes ligaduras. Dos sayones se apoderaron de mí, y me colocaron sobre el burro aparejado que me esperaba en el patio 288 de la cárcel, donde se hallaba reunida una gran muchedumbre para gozar de mi suplicio.

El lúgubre cortejo púsose en marcha, entre burlas y silbidos, que se aumentaban a medida que avanzábamos en las calles obstruidas de gente como en un día de procesión.

En uno de los balcones del tránsito, llenos de bellas curiosas, radiante de galas y hermosura divisé a la condesa rodeada de sus almibarados caballeros. La cruel me saludó con el pañuelo, enviándome una burlona sonrisa.

-¡Bravo! -exclamó mamá Teresa-, ¡cosa mejor no podía hacer la indigna!

-Y el cortejo seguía, y yo temblaba de horror; y abriendo los ojos que cerrara por no ver a la condesa, encontreme, delante la plaza, y no lejos el terrible ángulo donde había de comenzar mi castigo. Y el pueblo se impacientaba; y los sayones, comprendiendo aquella impaciencia, azuzaron al jumento que echó a correr; ¡y como corriera con violencia dio un terrible tropezón que lo echó de bruces y me despertó!

La nodriza púsose furiosa, viendo burlada su decantada penetración; y nosotros, defraudados en la espera del terrible desenlace, no pudiendo arañar a don Gerónimo nos echamos a llorar.

Fin de Caer de las nubes

Nuestra señora de los desamparados

A la niña María Pelliza

-Era este un militar -contábanos una noche, rodeada de siete niñas, mamá Teresa, antigua nodriza de la familia, negra cordobesa ladina y sentenciosa, que había manejado los pañales de tres generaciones-, era un militar jaranista y pendenciero. Llamábanlo el capitán Rogerio, y mandaba una compañía de alabarderos, cuyo regimiento daba guarnición a Valencia, sobre las costas del Mediterráneo.

A los vicios ya enumerados, el capitán reunía el de jugador: jugador desdichado pero incorregible, que en busca siempre del desquite, echaba sobre el tapete verde cuanto había a las manos.

Consumido su patrimonio, Rogerio cayó en poder de los usureros. Sueldo, espada de gala, uniforme de parada, todo fue vendido por unos cuantos puñados de oro que devoró luego el abismo insondable del garito.

Consecuencia obligada de estos percances era el 290 humor de perros que jamás abandonaba al capitán, y que tropezaba con frecuencia en

cosillas de sus soldados expresado en sendos planazos, más de una vez severamente censurados por sus jefes, sin que por ello aquel rabioso se enmendara.

Pero quien más tenía que sufrir con este furor crónico del capitán, era su pobre mujer, joven bella y buena como un ángel.

En verdad que a ella no le pegaba como a sus soldados; pero, lo que es peor aun, para una alma delicada, abrumábala con palabras duras, la espantaba con horribles juramentos, rechazaba brutalmente su obsequiosa solicitud, y hasta le imputaba su constante malaventura, atribuyéndola a un sino adverso que -decía- pesaba sobre ella.

La pobre Lucía, sencilla y humilde, comenzaba a creerlo, y se preguntaba, qué pecados le habían atraído aquel anatema.

Lucía había perdido a sus padres, carecía de familia, y su orfandad la aislaba en el triste recinto de su hogar donde pasaba las noches temblando de miedo, no tanto de su soledad, como de ver llegar a su esposo con el sarcasmo en los labios y la cólera en el corazón.

No teniendo a quien comunicar sus penas, Lucía se refugiaba en el seno de Dios y oraba en fervorosas plegarias.

291

En tanto el capitán, cada día más encenagado en sus vicios repartía entre la orgía y el juego el tiempo que las ocupaciones de cuartel le dejaban libre, sin acordarse para nada de sus deberes de esposo y padre de familia; o si los recordaba, era para decirse que siendo su mujer buena y laboriosa, nada faltaría en su casa, por más que él derrochara.

Un día de pago en el regimiento, Rogerio se dirigía al cuartel llevando consigo el haber de su compañía.

Al atravesar el cuerpo de guardia, encontrose con el teniente Astolfo, joven calavera como él y compañero suyo de libertinaje.

-¡Acabarás de llegar! -exclamó este-. Pero... -añadió palpándole la escarcela- ¿tienes dinero? ¡Oh! ¡he ahí el mágico metal, que se encarga de responder con su armonioso ruido!

-Es el pre de mis soldados.

-¿Y el tuyo?

-¡El mío! Ya sabes que está pasando cuarteles de invierno en las arcas del judío Isaac.

-¡Ah!... ¿Y no sería posible sacar algo más a ese descreído?

-Como no sea un mandamiento de prisión que cargue conmigo a chirona. ¡Y de otro lado!

Si estoy como una patena. Todo ha pasado por esa criba.

292

-Las joyas de tu mujer.

-Duermen igualmente en las gavetas de aquel maldito.

-¡Cómo! si no hace tres días, vi en los lindos dedos de la dama valiosos anillos.

-Pregunta por ellos a los cuatro vientos. ¡Se los pedí, entregómelos, y abur!

-Bien, la quedará algo: los dijes del diario.

-¡Bah! se hace collares de rosas y pendientes de violetas.

-Lástima... carecer de dinero para empeñar una partida, precisamente en el momento que el pájaro que te debe tan fiera revancha, te envía, aunque

solapado, un insolente desafío.

-¡Qué dices vive Dios! ¡El siciliano!

-Oílo decir anoche a maese Andrés -mirándome por lo bajo-. Me marchó mañana, Andrecillo; porque desplumado he a todos los gallos de Valencia. Sin embargo, concédoles el desquite del estribo, y mañana en tu garito haré la razón a esos guapos. ¿Crees tú que alguno se atreva a darme cara?

-Yo apostaría -dijo el hostelero- a que el capitán Rogerio no se lo hará decir dos veces.

-¡Qué! si ayer le gané su última blanca, y además la gana de volver a las andadas.

-¡Por la cruz de mi toledana! ¿Eso dijo el mal nacido? ¡Pues yo haré ver a ese hijo de pirata quién es el capitán Rogerio!... ¡Pero ah!...

¡si soy como ese bellaco ha dicho... un hombre sin blanca!

-No hablara yo así, en lugar tuyo, llevando oro en la escarcela.

Rogerio se estremeció, y en sus ojos relampaguearon los ardientes estímulos del vicio que absorbía su vida. Sin embargo, vacilaba todavía.

-¡La paga de mi gente!... ¡No! -exclamó, rechazando la irresistible tentación-. Cómo exponer a los azares de la negra estrella que me persigue, hace tanto tiempo, el único bien que me resta: ¡el honor!

-Tendría; ¿por ventura razón el siciliano? ¿habraste vuelto cobarde?

-¡Astolfo!

-¡Por tu vida! ¿qué nombre daré a quien se deja amilanar por esos miedos? ¡Los caprichos de la suerte! ¡Insensato! por lo mismo que es una divinidad veleidosa, está próxima a sonreírte. ¡Oh! ¡ven! y que el jactancioso insular reciba una buena lección.

Rogerio cayó en el lazo de seducción que le tendía su amigo, y lo siguió al garito.

Estaba situado este lugar de reprobación en una callejuela morisca, y tenía por entrada un portal oscuro que conducía a la antesala flanqueada de aparadores cargados de garrafas que contenían vinos, cidra y licores espirituosos.

294

Un rumor confuso mezclado de imprecaciones y de metálicos ruidos salía por bocanadas de la cámara inmediata, cuya puerta custodiaba un hombrecillo rechoncho, colorado de fisonomía jovial, que se cuadró para dar paso a los recién venidos, sonriéndoles con un guiño de significativa expresión.

-Nuestro hombre esta aquí -exclamó Astolfo.

-Tanto mejor -repuso el capitán.

Y ambos pasaron adelante con el ademán familiar a parroquianos de tales parajes: calado el chapeo, una mano en el pomo de la espada, la otra atusando el mostacho.

La pieza en que entraron era una sala espaciosa y abovedada, probablemente el gineceo de algún antiguo harem, a juzgar por las ventanas guarnecidas de fuertes celosías. Alumbrábanla cinco lámparas pendientes de cadenas de hierro sobre otras tantas mesas forradas de pato verde y rodeadas de banquetas.

En torno a la del centro, más grande que las otras, agrupábanse en confusión abigarrada una multitud de hombres cuyos semblantes lívidos expresaban los horribles trances de una ansiosa expectativa, fijos los desencajados ojos en un círculo trazado en la superficie de la mesa, en

cuyo centro, divididas por una línea vertical había dos letras: S. A.

Al lado de estos, al parecer, fatales caracteres manos 295 crispadas por nerviosas convulsiones amontonaban puñados de oro, que desaparecían y se renovaban al fatídico caer de los dados, entre aclamaciones y blasfemias.

Apoyado en una de las mesas colaterales, solo, y puesta la mano sobre un cubilete de dados, vestido negro, alta gorguera, y espadín al cinto, hallábase un hombre de edad indefinible, color cetrino, rizada cabellera y barba punteaguda, cuyo bigote se retorció sombreando una boca de labios delgados y sarcásticos. Había algo de lúgubre en su espaciosa frente; y bajo sus pobladas y unidas cejas, relampagueaban unos ojos de expresión, a la vez burlona y triste, que fijaban en la puerta la mirada del que espera.

Al divisarlo, Rogerio apartándose de su amigo, fuese derecho a él.

-¿Me esperabais?

-Seguro de que vendríais.

-Y no obstante, no ha mucho expresabais audazmente lo contrario.

-¡Ah! ¡ah! ¡ah! Era para mejor obligaros a venir.

En verdad, próximo a partir, pésame el lastre de oro que llevo conmigo, ganado así tan fácilmente, en un golpe de fortuna; y vedándome la cortesía devolverlo a mis nobles adversarios, deseara que lo recobren, al menos como yo sé he ganado. Por ello he venido aquí. Esta mesa es mi palenque 296 -añadió dirigiéndose a la asamblea-, quien quiera, venga, que aquí estaré hasta el primer canto del gallo.

-Menos palabras, y al hecho -exclamó Rogerio.

-Y bien, ¡pardiez! ¡que me place! -respondió el incógnito.

Y así hablando, vació su escarcela y derramó en la mesa una cascada de relucientes doblones.

Imitolo el capitán, y no sin secreta vergüenza, alineó delante de sí tres doradas pilas de ducados: ¡la manutención de los cien valientes confiados a su cuidado!

Y la partida comenzó.

Lances diversos. Luego, la fortuna pareció inclinarse del lado de Rogerio; y tres golpes de dados le dieron otras tantas serias, que cercenaron enormemente la banca de su contrario, con gran contentamiento de Astolfo, quien dejando la puesta empeñada en la mesa común, vino a colocarse a espaldas de su amigo.

Por cuarta vez el cubilete sacudido por la mano del capitán, arrojó un par de treses que acabaron la obra de las senas, despojando al incógnito de todo el oro que llevaba consigo.

Rogerio dejó sobre la mesa el cubilete, y mirando a su antagonista con aire de triunfo.

297

-Llegó mi vez -dijo- de ponerme a vuestras órdenes. ¿Cesa o sigue la partida?

Sin responder, quitó este de su dedo un anillo cuya piedra ocultaba en el revés de la mano.

Un lampo fulgoroso iluminó la sala, deslumbrado al capitán, que fijó una mirada de asombro en el rutilante carbunco posado sobre la mesa y de cuyas facetas se desprendían rayos móviles y rojos como las llamas de un

incendio.

-Ocho mil doblones contra esta joya que brilló en la nívea mano de la Zoraya -dijo el incógnito, poniendo el dedo sobre la misteriosa piedra.

-Pagárala yo con un tesoro -respondió Rogerio, fascinado por los purpúreos resplandores que partían de aquel foco luminoso- pero, desquite y ganancia juntos, no alcanzan, sabeíslo bien a esa suma.

-Seguid, señor capitán -repuso el desconocido con acerada sonrisa-, seguid; que joya sé yo en poder vuestro más valiosa y superior en belleza a este rojo hijo del abismo.

El capitán recorrió rápidamente los rincones de su memoria, sin encontrar ni joya ni nada que valiera un ardite; pero seducido cada vez más por la irradiación del carbunco, arrebató los dados y sacudiéndolos con mano febril, los arrojó sobre el verde tapete.

Una sorda imprecación se escapó de los labios de Astolfo.

298

La superficie de los dados ostentaba dos puntos negros de terrífica significación.

-¡Ases! -exclamaron en coro los espectadores que rodeaban la mesa. Por vez primera en su vida, Rogerio perdió su serenidad.

Y era, que, también por primera vez, él, jugador, pendenciero, mal esposo y calavera insigne, se había apartado de la probidad y del honor.

Derrochaba lo suyo; y su ruina, si le pesaba, no le causaba vergüenza.

Ahora estaba anonadado. ¡El sueldo de su compañía perdido; un preso, una sentencia, la muerte! ¡Oh! ¡la muerte era nada; pero la degradación! la degradación, previa, ante el cadalso, en presencia de sus camaradas, ante el mundo, donde su nombre quedaría envilecido.

Todos estos fúnebres cuadros cruzaron en un segundo la mente de Rogerio.

-Y bien, señor capitán, ved que el tiempo marcha y que el canto del gallo no esta lejos. ¿Ceso o sigue la partida?

Y hablando así el incógnito sonreía, no con su sonrisa hiriente, sino con gracia y cortesía.

Pesárale al capitán aquel aire comedido: habría querido, al contrario, pretexto para una querrela.

-Me habéis ganado todo, y por tanto nuestra 299 partida ha concluido -respondió conteniendo su despecho.

-¡Todo! ¿Y esa joya?

-En verdad que no me sé poseedor de ninguna.

-Yo sí sé que sois su dueño. Juego contra ella el oro que os he ganado y esta llama del infierno -y señalaba el carbunco.

El capitán se estremeció de gozo.

-¡Pues bien! -dijo- sea cual fuere, está en juego.

La misma siniestra sonrisa rizó los labios del incógnito, que tomando de su escarcela una hoja de pergamino, trazó con la uña del pulgar algunas letras.

-He ahí la joya del capitán -dijo doblando la hoja y colocando sobre ella el carbunco.

-Seguid, capitán -le dijo inclinándose.

-Estabais feliz, y deseo que salgáis de aquí contento. Os cedo mi derecho. Rogerio sintió, al arrojar los dedos, algo extraño que le hizo cerrar los ojos.

El silencio que sucedió al ruido fatídico de su caída, se los hizo abrir de nuevo.

Los mismos dos fatales puntos negros se destacaban en la blanca superficie del marfil.

¡Había perdido! El proceso, la condenación, la muerte y la deshonra surgieron otra vez en su espíritu, mientras el incógnito, pasando a su dedo el carbunclo, 300 empujó hacia el capitán el montón de oro que le ganara, se puso en pie y le dejó, presentándole la hoja de pergamino.

-Tal precio tiene a mis ojos vuestra joya que la proclamo mi única ganancia. Mañana a la última hora del día os aguardo más allá de las ruinas del convento de benedictinos a la vera del encinar que costea el camino del puerto. Os conozco por demasiado galante para estar cierto que seréis puntual.

Y saludando con su sarcástica sonrisa, tendió la mano al capitán, se la estrechó y se fue.

El corro de espectadores se dispersó, dejando a los dos amigos solos.

Astolfo estaba agobiado de remordimientos. Aunque disipado y libertino asaz, no había perdido la conciencia; y el mal paso a que condujera a su camarada pesaba en su ánimo.

Rogerio sufría la reacción de las catástrofes: habíase tornado sereno. Ya no tenía derecho a llamarse hombre honrado; su honra había sucumbido; ni hombre pundonoroso: veíase forzado, paría ocultar su falta, a aceptar el oro que por desprecio su contrario le dejara.

Y en tanto que hundido en esas crueles reflexiones atravesaba, cogido al brazo de su amigo, las calles 301 alumbradas ya por la luz del alba su mano distraída desdoblaba maquinalmente la hoja del pergamino.

De repente, los ojos de Rogerio se quedaron fijos en una palabra en él escrita; y su rostro se tornó pálido y en el dolor que invadió su alma conoció la existencia y el valor de la joya que él poseía y que acababa de perder. La cólera sucedió luego al dolor; y apretando el puño de su espada:

-Te he vendido infamemente -exclamó, besando el nombre trazado en el pergamino-, pero a precio de mi alma, yo te reconquistaré.

-¿Dirasme por Dios, qué es lo que de nuevo te agita? -dijo Astolfo, espantado de la situación en que veía a su amigo.

-¿Quisieras hacer mucho por mí?

-¿Lo dudas?

-Pues déjame.

Y desasiéndose del brazo de su amigo, se alejó a largos pasos...

La luz del alba encontró a Lucía desvelada esperando a su marido.

Tres golpes pausados y suaves sonaron en la puerta.

-No es él ciertamente -dijose Lucía-. Así no llama Rogerio; sobre todo cuando trasnocha da unos golpes que muchas veces lo han puesto en conflicto con la ronda. ¿Quién va?

302

La voz de su esposo mensurada y suave llenó de asombro a la pobre joven, habituada a los coléricos apóstrofes con que en esas ocasiones la saludaba. Y al abrir la puerta violo pálido y triste, alargándole una mano helada, que estrechó la suya, besándola con trémulo labio.

-¡Dios mío! -murmuró inquieta- ¿de dónde acá esta dulzura que me espanta

más que su enojo? Sin embargo, está triste y parece que sufre.
Consolémoslo, que no hay dolor que resista al halago de una mujer amante...

El sol iba a ocultarse, y sus últimos rayos iluminaban la bella figura de Lucía que de pie ante un espejo adornábase con las galas sencillas de la pobreza. No obstante, ella sonreía porque se encontraba linda; y estaba linda porque: pobreza, mal trato, dolor, la juventud todo lo dora. Y mientras abrochaba a su cuello el collar de rosas, y prendía en su negra cabellera un velo de gasa, decíase, entre gozosa y admirada.

-Algo misterioso pasa en el alma de mi marido. ¡Cuán triste está!... pero también qué suave y cariñosa. Su mirada se fija en mí, con dolor y amor entrañable. Hase tornado además apacible y bueno. ¡Dios lo tenga de su mano!

Poco después, ambos asidos del brazo, ella alegre, él sombrío, salieron de la ciudad y seguían el camino 303 a la vera del encinar. Las ruinas del convento de benedictinos surgieron luego de entre un grupo de cipreses con sus muros desmoronados, y sus góticas torres.

-Rogerio -dijo la joven sonriendo cariñosa a su marido-, yo he venido aquí otra vez, cuando era niña, paseando con mis compañeras. Recuerdo que, mientras ellas corrían en este prado, yo, obedeciendo a un consejo de mi madre moribunda, penetré en ese templo abandonado, y fui a prosternarme ante la Santa Virgen que estaba en el altar. Pero notando que sus vestiduras estaban manchadas por las lluvias, y desgarrado el velo que cubría su sagrada cabeza, subí hasta ella, y desprendiendo, mis galas, adornela con ellas, y coloqué mi velo en su divino rostro. ¿Me permitirás entrar a dirigirle una plegaria?

El capitán quedó solo, recostado en el tronco de un ciprés, en cuya cima cantaba el búho con lamentoso acento.

Lúgubres pensamientos oscurecían su mente, semejantes a las negras siluetas de los árboles en aquella hora vespertina.

-¡Pobre Lucía! -exclamó- ¡hela ahí, que viene con pie ligero, alegre, confiada ignorante de la infamia de aquel a quien unió su destino!... ¡Ha llorado!... y temiendo mis injurias al aspecto de sus lágrimas las recataba bajo su velo. ¡Ah! ¡ella no sabe que yo las 304 enjugaría con mis labios, y las pagara con mi sangre!

Así discurriendo, cogió el brazo de su compañera, estrecholo contra su pecho, y siguió con ella el sendero que se extendía más allá de las ruinas. Ambos callaban; y aquel silencio, impresionaba hondamente a Rogerio. Habría querido romperlo; pero una fuerza extraña enmudecía su lengua y anudada la voz en su garganta.

No de allí a mucho, a la vuelta de una encrucijada, Rogerio divisó al incógnito que de pie y los brazos cruzados lo aguardaba.

A su vista, un sentimiento de indignación, ardió en sus ojos, y su mano apretó convulsiva el puño de la espada.

El desconocido, mostrándole el sol que desaparecía en el horizonte:

-Creí que no vendrías ya -le dijo, con su irónica sonrisa.

-Bien sabéis -respondió el capitán- que sé cumplir mi palabra. He ahí la prenda que he perdido: os la entrego. Y ahora os reto a duelo; porque quiero recobrarla con la punta de la espada.

Y desenvainó el acero.

El desconocido, volviéndose a la mujer velada, que estaba ante él inmóvil y silenciosa:

-Esclava -le dijo-. tu señor va dos veces a comprarte: en el juego y el combate. Pero, levanta ese velo, y muéstrale tu semblante.

305

A estas palabras, una voz dulcísima, que estremeció el corazón de Rogerio con misterioso pavor, se elevó de bajo el blanco cendal, diciendo:

-Aquel que se dice mi señor, acérquese, y levántelo si puede.

En el mismo instante, un rugido espantoso resonó en el espacio, y una ola de fuego envolvió al capitán, y lo arrojó a tierra sin sentido...

Cuando volvió en sí, y que poniéndose en pie miró en torno suyo, encontrase solo: su mujer y el incógnito habían desaparecido, y él, fatigado, dolorido, hallábase bajo el mismo ciprés donde quedara aguardando a su esposa en tanto que esta entraba en el derruido templo, para hacer una plegaria.

-¡Era el demonio! -exclamó- ¡y yo que pretendía reconquistar a mi esposa de manos de un hombre, hela entregado al enemigo del género humano, que rabioso de su virtud, le habrá dado la muerte!

Sin embargo, aquel hombre tan arrebatado, tan intemperante, en la coteria, no se abandonó a sus funestos estímulos. Era que el arrepentimiento, un arrepentimiento profundo, inmenso, invadió su alma, y llevó sus pasos al templo donde penetró golpeando su pecho con honda contrición.

El día acababa; el santuario estaba lleno de sombra, solo allá en el fondo de la nave, un rayo de luz, 306 deslizándose entre las grietas de la bóveda, iluminaba el tabernáculo.

De repente él se detuvo y exhaló un grito.

Lucía, envuelta en su velo, dormía a los pies de la Virgen, recostada en las gradas del altar.

Aquel grito despertó a la joven que, viendo a su marido, alzose de pronto.

-¡Perdona, amigo -le dijo asustada-, no ha sido culpa mía! Velé anoche, esperándote, y el sueño me ha ganado.

Rogerio cayó de rodillas ante ella y ante la Divina Señora, que de lo alto de su trono parecía sonreírles.

.....

Rogerio fue desde entonces un modelo de virtudes. Abandonó la vida tempestuosa de los campamentos, habitó y labró los campos, donde adquirió la paz del alma, el más hermoso de los bienes. La fortuna que buscara en vano entre los azares del juego, vino a visitarlo en las labores pacíficas de la vida rural. Fue rico, y derramó en torno suyo el amor y la caridad. Reedificó el templo donde tuvo lugar el milagro de su conversión, y lo consagró a aquella que en la tierra sufrió y lloró en la orfandad, y que es ahora en el trono de Dios la protectora de los desamparados.

Fin de Nuestra señora de los desamparados

Impresiones del dos de mayo

Era el 27 de abril, uno de los últimos de la temporada de Chorrillos.

Nunca la villa de los palacios había tenido tantos huéspedes: nunca su delicioso baño estuvo tan concurrido.

Felices y desgraciados, todos gozan en ese lugar bendito, a donde nos lleva siempre una esperanza: esperanza de dicha, esperanza de alivio; pero siempre la esperanza, esa única felicidad verdadera.

La vida que se tiene en Chorrillos es fantástica como un cuento de hadas.

El individuo se centuplica, porque está a la vez en todas partes: en el malecón, en el baño, en la plaza, en el hotel, en el templo. Se caza, se pesca, se organizan brillantes partidas de campo en los oasis del contorno. Las niñas cantan, bailan, ríen, triscan; las madres se extasían con esos cantos, con esas danzas, esos juegos, esas risas, mientras que sentadas en cuarto alrededor de una mesa, se entregan a las variadas combinaciones del rocambor.

308

Yo misma, con una mortal amenaza suspendida sobre el corazón y agonizando en el alma la esperanza, tenía, ese día, las cartas en la mano y decía:

-¡Juego!

-¡Más!

-¡Bien!

-Solo de espadas: esplendente, imperdible.

-Un momento -dijo de pronto el cesante asentando la baceta- que esta mano sea un oráculo. La escuadra española se aproxima; va a atacarnos. ¿De quién será la victoria? ¡España! ¡Chile! ¡Perú! -dijo señalándonos al jugador, a mi compañero y a mí.

-Roba tú -me dijo este, en vez del van sacramental-; yo tengo miedo a las espadas.

-Yo las amo. Son las armas de mi familia... Pero ¡ay! ¡aquellos que las llevan han caído todos, unos por la mano de Dios, otros por la de los hombres!

¡Y robé!

Robé la espada, dos chicos, y tres caballos; con los que di al esplendente solo, un esplendente codillo.

-¡Viva el Perú! -clamamos todos los gananciosos.

El del solo, aunque peruano y ardiente patriota, guardó silencio. Tan cierto es que el amor propio se sienta sobre todos los amores.

En ese momento sonó a lo lejos la detonación de un cañonazo, repetido tres veces por el eco de los cerros.

309

-Ese cañón no es ni del castillo ni de la bahía: es de afuera -dijo el derrotado jugador, que como viejo marino, entendía de ello.

Y añadió levantándose y tomando su sombrero:

-Señores, órdenes para el Callao.

La escuadra española ha llegado.

En efecto, pocos instantes después, dos, diez, veinte personas vinieron a darnos el mismo aviso que acababa de traer un tren extraordinario.

Imposible sería escribir el mágico efecto que produjo esta noticia, cayendo de repente sobre aquel nido de molicie. Dos horas después, los hombres, jóvenes, viejos y niños, habían desaparecido y se hallaban en el Callao, pidiendo sitio en las baterías. Las madres desoladas corrían en pos de sus hijos, para abrazarlos todavía antes del combate, y las niñas, palpitantes a la vez de zozobra y de entusiasmo, se apresuraban a llegar a Lima, ansiosas de ver a sus novios con el brillante uniforme de bomberos. En fin, al anochecer de ese día, Chorrillos estaba solitario, y por sus calles desiertas vagaban solo cuadrillas de perros, disputándose los restos de los interrumpidos festines.

Lima era ahora el foco de una inmensa agitación.

En los colegios y en los conventos se limpiaba, y forjaban armas; los salones se habían convertido en boticas, donde las manos más bellas preparaban hilas y remedios, mientras otras formaban cucardas para los combatientes.

El Ministerio de la guerra estaba sitiado por una multitud de individuos que solicitaban boletos de pasaje para las baterías del Callao; y los trenes que partían cada media hora, no bastaban a la muchedumbre de voluntarios, que se precipitaban apiñándose en los vagones.

Entre ellos presentose un anciano, llevando consigo una hoja de servicios que acreditaban una edad de 108 años y su presencia y cooperación en las principales batallas de la independencia.

El coronel Espinosa escribió de su puño esa boleta, recomendando en ella al benemérito soldado con expresiones propias de aquel entusiasta y noble corazón.

Entretanto, el plazo señalado en la intimación de Méndez Núñez tocó a su término, y el anhelado 1.º de mayo envió su luz.

El alba encontró a Lima entera de pie y rebulléndose en todos sentidos. Unos se dirigían a las alturas, otros a los templos; los más a la estación del Callao.

Yo seguía el impulso de este mar de vivientes, protegida por la estela de mi cuñado que, venido en comisión, regresaba a su batería. Una oleada de pueblo nos separó.

311

Por dicha divisé el grupo de sombreros blancos de las hermanas de caridad, con quienes debía ir al Callao; me reuní a ellas, y ocupamos solas un vagón, entre los bomberos franceses y los italianos.

Las brillantes cimbras de los unos recordaban los compañeros de Godofredo; el perfil académico de los otros a los de César.

En el momento de partir, una bella joven se asió a la portezuela de nuestro vagón, suplicando con voz angustiada que le dieran un asiento.

Las hermanas se compadecieron de ella y la hicieron entrar. Era la esposa del capitán Salcedo³ que mandaba un cañón en la torre de la Merced.

La pobre niña iba cargada de dulces y fiambres para regalar a su marido, y su gracioso rostro brilló de contento al tomar asiento a nuestro lado.

En fin, la campana toca los seis tañidos de marcha. Una aclamación inmensa ahogó el silbido del pito, y el pesado equipaje se deslizó majestuoso entre dos muros compactos de los que nos saludaban con gozo y envidia.

Y el camino huía detrás de nosotros, con las casas y los huertos; y Baquíjano con su cementerio pasaron como una visión; y el Callao con su

bahía, y mas allá, la escuadra enemiga, nos aparecieron acercándose
312 con pasmosa rapidez; y a su vista una prolongada aclamación partió del largo convoy.

De súbito el tren queda inmóvil en frente de Bellavista.

-¿Qué sucede?

-Bajemos -respondió con voz breve la superiora de Santa Ana.

-Pues qué ¿no vamos a servir al hospital de sangre en el Callao?

-El hospital de sangre está aquí. Sería peligroso para los heridos ser asistidos en un lugar barrido por la metralla y amenazado de incendio.

Y la buena religiosa que debía ser entendida en el asunto, pues se encontró en la toma de Sebastopol, atravesó con las otras hermanas el polvoroso médano que nos separaba de las primeras casas del pueblo.

Yo las seguí silenciosa y triste. ¿Por qué? ¿no iba a asistir a los heridos? ¿qué importaba que fuera en el Callao o allí?

¡Ah! quizá en el fondo del alma, donde se ocultan los sentimientos que no queremos confesar ni a nosotros mismos, esperaba que una bala benéfica me librara de la horrible desgracia que veía en lontananza.

Perdóneseme en gracia de que escribo mis impresiones, esta dolorosa reminiscencia del corazón, mezclada a los gloriosos hechos de ese gran

día.

313

Tomada posesión del hospital, la superiora me destinó a ayudar a la hermana boticaria en la confección de vendas y apósitos. Arreglamos para ello un gran salón pavimentado con madera, y nos entregamos a esa triste ocupación no sin dolorosas reflexiones, que la una ocultaba obedeciendo a la regla, la otra al largo hábito de sufrir.

No de allí a mucho llegó un gran refuerzo de colaboradoras. Las señoritas B... y Hortensia, la linda hija del malogrado artista D... se presentaron en nuestra improvisada oficina, y apoderándose de telas y ungüentos, en un momento dieron cima a la obra, dejando alineados tendales de emplastos, de vendas y de compresas.

Preparados los socorros de la ciencia, la hermana, boticaria pensó en los del cielo. Fue a buscar una caja de medallas de la Virgen y me ordenó enlazarlas, para ser repartidas entre los combatientes.

Entregada estaba a esa ocupación, cuando los bomberos de Lima, que con los otros dos cuerpos habían estado en ejercicio, invadieron el salón, señalado por error para alojarlos.

Aunque admirados de encontrar en su vivac aquella mezcla de pótimas de monjas y seglares, no se desconcertaron por ello. Echaron abajo sus sacos de noche, de donde en vez de sábanas comenzaron a salir pollos, jamones y toda suerte de fiambres, 314 acompañados de ricos frascos de bohemia llenos de un Italia de Palpa, más rico todavía. Y aquellos apuestos jóvenes, la flor de Lima, se dieron a contentar su apetito de veinte años, sazonzando aquel almuerzo con entusiastas brindis, en los que revelaban el propósito, llevado a cabo por muchos: de tomar doble acción en el combate; como bomberos y soldados.

Acabado el desayuno, volvieron a pedir el sagrado talismán, que recibieron doblada la rodilla y guardando, un recogimiento que contrastaba singularmente con su bulliciosa alegría.

Después de ellos llegaron muchos otros, artilleros y paisanos, al servicio

de las baterías, que de paso a sus puestos, recordando las tradiciones de la cuna, querían llevar consigo esa prenda de su fe.

Entretanto, el día declinaba y la escuadra española yacía inmóvil y silenciosa, con gran impaciencia de nuestros defensores, que ansiaban el momento de enviar mortales andanadas a los incendiarios de Valparaíso. Sin embargo, la jornada pasó en la enojosa inacción de la expectativa.

En fin, al acabar una noche que a todos pareció eterna, un rumor extraño, semejante al que haría el mar saliendo de su profunda cuenca, se dejó oír, primero lejano, confuso, zumbante, atronador.

Era un pueblo inmenso, que afluía de todas partes 315 y se precipitaba en oleadas, llenando el espacio que media entre Bellavista y el Callao; que se apoderaba de las alturas, y enarbolando estandartes atronaba el aire con belicosas aclamaciones.

La brisa del alba, disipando los vapores de la noche, descubrió la bahía, que presentaba un espectáculo imponente.

Las naves españolas con sus flámulas y gallardetes al aire y arriba su gente habían tomado posición delante del puerto, impasibles a los movimientos provocativos de atrevidos buquecillos.

Los buques extranjeros, abandonando su fondeadero y agrupados a distancia guardaban la actitud de testigos en aquel formidable duelo.

Nubes blancas interceptaban a trechos el azul del cielo, y sus sombras débiles daban a aquel cuadro un aspecto fantástico.

Era ya la mitad del día, y la ansiedad había llegado a su colmo. Techos, paredones, huacas, todo estaba lleno de espectadores, que, en diversas actitudes, tenían la vista fija en un mismo punto. El campanario del pueblo era el mejor sitio de observación. A favor de un larga-vista colocado allí se veía perfectamente todo lo que pasaba a bordo de los buques españoles.

De repente, el flanco de la Numancia arrojó una llamarada seguida de un trueno. La batería de Santa Rosa envió al momento igual respuesta; y una bomba 316 de hierro, rasando el agua, fue a hundirse en su seno, rompiendo la coraza de acero que la cubría.

El combate se empeñó entonces, crudo, terrible. Las granadas se elevaron en todas direcciones: describiendo humeantes parábolas, venían a caer sobre la muchedumbre, que lejos de huir se arrojaba sobre ellas y las desarmaba.

-En nombre del cielo, señoras, bajen ustedes de esa torre -exclamaba el gobernador.

Los enemigos tienen cañones de mucho alcance, y puede llegarles una bala.

-Envíenos usted más bien la bandera de la gobernación para hacerla flamear en esta altura y que nos miren los godos -respondió la señorita Juana B.

Una salva de aclamaciones estalló en ese momento, ahogando el ruido del combate.

¡Qué la motivaba!

Una de las naves españolas, yacía de costado y mojaba sus mástiles en el agua. Vino otra a ocupar su lugar y el fuego continuó de una y de otra parte nutrido y mortífero.

En lo más encarnizado de la lucha viose de repente surgir un hombre pegado al asta de una bandera de las baterías, arrollada por el viento, elevarse con la agilidad de un acróbata, llegar a lo alto, dar al aire el pabellón

nacional, y descender lentamente, desafiando las balas que llovían sobre él.

317

Habríamos dado un mundo por reconocerlo, pero el alcance del larga-vista no llegaba a tanto.

Sin embargo permitíanos ver los enormes boquetes abiertos por nuestras balas en las naves enemigas, y el estrago y la consternación derramados en su gente. Cada andanada de nuestras baterías, rebotando en la superficie del agua, les llevaba la muerte envuelta en dos elementos. ¡Ah! sin el funesto acontecimiento que arrebató al ilustre Gálvez, y con él a tantos valientes privándonos de la única batería que podía llenar este nombre, ninguno de esos fanfarrones incendiarios de ciudades inermes habría vuelto a su península para aumentar el oprobio de su derrota con los honores del triunfo.

-Señoras, los heridos llegan: es hora de ir al hospital -gritaron de abajo muchos que anhelaban aquel puesto.

Al llegar a la primera sala, donde estaban ya acostando a los heridos, para hacerles la primera cura, sentimos una extraña detonación que hizo temblar la tierra y rompió los vidrios de algunas ventanas.

El mismo siniestro pensamiento atravesó la mente de todos; pero nadie tuvo valor de comunicarlo.

Sin embargo, muy luego palpamos la fatal evidencia; aquella hermosa batería de donde Gálvez dirigía el combate, había volado, sembrando en torno los mutilados cuerpos de sus defensores. Vímoslos 318 llegar conducidos por el pueblo, que en esta ocasión se excedió a sí mismo en valor y abnegación.

Cada una de nosotras temía encontrar a los suyos en aquellas formas desfiguradas por el polvo, el fuego y la sangre.

Las salas del hospital ocupadas por los enfermos traídos el día anterior del Callao no bastaron para recibir a los heridos, y se resolvió organizar otro en el cementerio de Baquíjano.

Allí nos enviaron con tres hermanas que instalaron a los heridos en el hospital y las viviendas de la Capellanía.

A pesar de nuestro ardiente deseo de hacerlo todo para aquellos desdichados, la actividad de las hermanas de caridad nos usurpaba la mayor parte de nuestra tarea con gran pesar nuestro. La bella Jacinta B., los ojos llenos de lágrimas y sus blancas manos manchadas de sangre, corría a recibir los moribundos, los reclinaba en su seno, mojaba sus labios con bebidas refrigerantes y les dirigía palabras de consuelo.

Un jinete montado en caballo blanco, se abrió paso entre la multitud.

Traía consigo dos heridos: uno en brazos, otro a la grupa.

Recostado sobre su espalda, el moribundo había empapado en sangre los hombros los vestidos y hasta los bigotes canos de su conductor.

Este dejó a uno en los muchos brazos que se 319 alargaron para recibirlo; se inclinó hasta el suelo para que tomaran el otro sin causarle daño, y partió a carrera tendida, volviendo muchas veces con la misma carga.

Sin embargo, en cada uno de esos viajes atravesaba de sur a norte la línea de baterías, con los espacios desabrigados que lo separaban, barridas a cada minuto por huracanes de metralla. Pero ¿qué mucho, si ese hombre se

llamaba Alvarado Ortiz?

Entretanto las detonaciones del cañón empezaban a ser menos frecuentes, sucediendo a ellas una tempestad de aclamaciones, que se elevaba, extendiéndose desde el Callao hasta las torres de Lima, a vista de la derrotada escuadra, que, mohína, maltrecha y acosada por los brutales adioses del Victoria, del Loa y del Tumbes se retiraba al fondeadero, que no debía abandonar sino para ir a ocultar su vergüenza en las lejanas aguas de Filipinas.

La noche había oscurecido, y al gozo del triunfo comenzaban a mezclarse mortales inquietudes, los gemidos de los moribundos nos recordaron con terror los deudos y amigos que habían ido al combate, y que a esta hora se hallarían quizá tendidos en tierra, muertos o expirando sin socorro alguno.

-¡Al Callao! ¡al Callao! -clamaron muchas voces. Y una larga caravana de mujeres partió de Baquíjano.

Caminábamos, costeano la banda derecha del 320 camino, para evitar el choque de los grupos de gente que lo llenaban, yendo y viniendo, envueltos en la sombra, corriendo, llamando, interrogando y prorrumpiendo en gritos de alegría o de dolor.

-¿Guillermo? -exclamaba una voz.

-¿Mamá?

-¡Hijo del alma! ¡Bendito seas, Dios mío, que me lo devuelves!

Y besos mezclados de sollozos resonaron en las tinieblas.

-¡Cómo! ¡este niño, que no tendrá aun doce años, estaba en las baterías!

¿quién tuvo la crueldad de enviarlo allí?

-Soy, por dicha, alumno del colegio militar, es decir que, aunque escalando los muros del establecimiento, me presenté al combate en corporación.

¡Mas luego nos diseminamos en diferentes baterías! Yo elegí la de Chacabuco.

-Entonces ¿conoció usted al joven Abel Galíndez?

-Murió en la explosión de la torre de la Merced.

-¡¡Abel!! ¡hermano mío!!... -un grito terminó esta dolorosa exclamación.

La negra silueta de un jinete que pasó a nuestro lado fue por todas nosotras reconocida.

-¡Felipe!

321

-¡Felipe!

-¡Felipe!

-¡Presente! ¿Qué me quiere esta procesión de fantasmas?... ¡Ah!... señoras mías, ¿cómo imaginar que esos delicados pies transitarán por estos andurriales?

-¡Noticias! ¡noticias! ¡noticias!

-¿Qué es de mi hijo? ¿lo ha visto usted, Felipe?

-Ha combatido como un diablo en la batería de Chacabuco. Acabo de hablar con él.

-¿Y mi hermano? Entre los muertos oí un nombre que es el suyo.

-Está con el general La-Cotera. Esto importa decir que ha ganado mucha gloria.

-Y mi padre, Felipe, ¿mi padre?

-Valiente como en Ayacucho, como en Junín y como siempre.
-¿Y mi marido? ¡por Dios hábleme usted de mi marido!
-¡Ay! compadézcalo usted...
-¡Dios mío! ¡ha muerto!
-Peor que eso, amiga querida... ¡No le fue dado tomar parte en el combate!
¡Ah! no pueden ustedes calcular cuánto dolor encerrará para siempre esta frase: no pudo asistir al combate del 2 de mayo.
¡Sí! porque desde el primero al último, todos los que han tenido acción en esta jornada han conquistado 322 una gloria inmortal. ¿Van ustedes al Callao? Pues ahora verán qué fortificaciones defendían a los que hoy han alcanzado tan espléndido triunfo.
Algunos sacos de tierra fueron el único material empleado en la construcción de esas baterías, que hoy han destrozado y hecho huir a una escuadra entera.
Y usted, Felipe ¿qué rol ha tenido en los episodios de este hermoso día?
-El mejor que podía desear: he estado en todas partes, como ayudante, llevando órdenes a las baterías. En la de Ayacucho vi al anciano coronel Barrenechea, subido sobre un cañón, descubierto el cuerpo y hecho blanco de las balas enemigas, precisando las punterías con la agilidad y el arrojo de los veinte años.
Al pasar delante de la puerta del castillo, una bomba pasó por encima de mí, colocándose dentro, estalló sobre la cabeza del centinela, que impasible echó el arma al hombro, exclamando con voz vibrante: ¡Viva el Perú!
En ese momento una detonación espantosa estremeció la tierra: y una columna de humo mezclada de extraños objetos se elevó en los aires. Era la torre de la Merced que desaparecía, arrebatando a los héroes que la defendían.
Cuando llegué, al sitio de la catástrofe, encontré en él al coronel Espinosa. El viejo soldado de los 323 Andes, inclinado sobre los escombros, ocupábase en recoger los carbonizados restos de las víctimas, sin cuidarse de las balas que caían en torno. Su alta estatura, su ceño adusto, sus pobladas cejas, sus bigotes humeantes, y aquellos ojos de águila, le daban un aspecto sobremanera imponente. ¿Halló al amigo que buscaba? Lo ignoro. La vorágine de fuego que vi elevarse en el aire fue horrible, y debió devorarlo todo.
Sin embargo, vi la mano fraternal de un compatriota desenterrar a dos valientes colombianos sepultados en aquellas abrasadas ruinas.
Recordé entonces que aquella mañana vi llegar a dos heridos saludados con entusiasmo por los espectadores, que repetían los nombres de Ucros y Zuviría.
Recordé también que al lado de la camilla que conducía a uno de ellos: marchaba un joven que no quería separarse de él.
Pensando y platicando así, habíamos llegado a las primeras casas del Callao.
Felipe nos dejó para tornar a Lima; y nosotras nos empeñamos en aquellas calles, que conservaban todavía el olor de la pólvora.
Llenábalas un ruido tumultuoso que nos atemorizó.
Era el gozo de triunfo que tanto se parece al furor.

Quien nos vio aquel día tan valientes, desafiando las bombas rellenas de metralla, no habría podido reconocernos a esa hora, silenciosas, palpitantes, asidas de las manos, temblando como la hoja en el árbol. Una de nosotras tropezó de repente con un objeto blando, pero resistente. ¡Era un muerto!

A esa vista, la banda volvió caras y echó a correr. Una sola prosiguió su camino y se internó en la ciudad, cruzada solo por patrullas o pandillas de ebrios. Era aquella que iba en busca de su hijo. ¡Amor de madre! ¡Amor de madre! ¡tú has de sobrevivir a las ruinas del mundo!

Llegamos a Baquíjano, muy persuadidas de que solo servíamos para barchilones, y para comadrear nimiedades en los divanes de un salón. Dividímonos en dos partes: una se quedó en Baquíjano para servir a los heridos que aun quedaban en Bellavista, la otra regresó a Lima.

Las calles desde San Jacinto hasta la Estación estaban siempre, como el día anterior llenas de pueblo, que victoreaba, ebrio de toda suerte de embriaguez. Pero entre ese pueblo estaban mezcladas las más distinguidas señoras de Lima, llevando consigo lujosas camillas para llevarse a los heridos, cuyo cuidado se disputaban con celo fraternal y santo.

325

Presenció una de esas escenas que tuvo lugar en la Estación.

-Señora, voy a llevar conmigo este herido.

-Señora, eso no puede ser, pues ya lo he trasladado a esta cama.

-Si usted lo permite en ella me lo llevaré.

-¿Con qué derecho?

-Soy su hermana.

-¡Oh! ¡qué lástima! Vamos a buscar otro que sea solo en el mundo.

Pero, ¡ay! vosotros que habéis visto esas bellas manifestaciones del patriotismo que anima el alma de estas hermosas hijas de la benevolencia, guardad vuestra admiración para otras más meritorias. Id a ver las ahora en la mortal epidemia que está diezmando al pueblo, id a verlas, desafiando al contagio, arrodilladas a la cabecera de los enfermos en la miserable morada del pobre, donde su abnegación ha de quedar ignorada; contempladlas allí, y postraos y adoradlas.

Fin de Impresiones del dos de mayo

326 327

Gethsemaní

A la señorita Ana Pintos

Era el día primero de los Ázimos, aquella fiesta solemne, simulacro del fin del cautiverio egipcio y del regreso a la patria.

El cumplimiento de las profecías se acercaba, y Jesús, viendo llegada su hora, dejó la aldea de Bethania, donde moraban Lázaro, Marta y María,

aquellos amigos que él tanto amaba, y seguido de sus discípulos llegó delante de Jerusalén.

-Maestro, ¿dónde quieres que preparemos la Pascua? -dijéronle estos.

-Id -les respondió-, y llegados a la primera fuente seguid a un hombre que, lleno el cántaro, lo asienta en la cabeza y vuelve a su casa. Entrad en esta y decid al dueño: el Señor desea comer contigo la Pascua.

Los discípulos obedecieron, y Jesús, sentado en una piedra quedose solo.

La hora de nona había pasado hacía largo tiempo; 328 y el sol próximo al ocaso, doraba con sus últimos rayos la ciudad querida de sus abuelos, la hermosa Sunamitis cantada por la lira de Salomón, que alegre y risueñas se extendía sobre dos colinas acariciada por las tibias brisas de la primavera.

Y Jesús, contemplándola lloró.

Lloró sobre su grandeza y santidad pasadas, y sus presentes abominaciones: y su tremendos castigos, y su destrucción postrera, que veía surgir inminente en las lontananzas del porvenir...

Y alzando los ojos hacia la Eterna Clemencia, encontró la eterna Justicia, que, abarcando los ámbitos del cielo, severa, inexorable pedía la hostia de expiación.

Entonces, como en el día que bajando del padre, vino a tomar su puesto en la humanidad degenerada, lleno el corazón de piedad y de amor infinito, ofreciose otra vez por ella en holocausto...

Y cuando sus discípulos vinieron a buscarlo para decirle que todo había sido hecho como él lo mandara, encontráronlo triste pero sereno.

Mientras atravesaban las calles de la ciudad, invadida por una inmensa muchedumbre de pueblos, que, desde los confines del reino venían a celebrar la Pascua, uno de los doce compañeros de Jesús rezagándose furtivamente, penetró en el palacio del pontífice...

329

Llegados a la casa donde los discípulos siguieran al hombre del cántaro, su dueño, saliendo a recibirlos, condújolos a un rico sostenido por columnas de alabastro y tapizado de púrpura, donde estaba aderezada la mesa, coronada por el Cordero Pascual, y flanqueada por canastillos de lechugas amargas y panes sin levadura.

Al centro, colocado cerca de una hidria de vino, brillaba un cáliz de oro adornado con piedras preciosas.

Puestos a la mesa, levantose Jesús, y tomando una toalla y un lebrillo de agua, lavó los pies a sus discípulos, diciéndoles:

-Así como yo lo hago ahora, pidoos que os sirváis los unos a los otros: y que si me amáis, os améis con mi amor para que os conozcan por míos.

A tiempo que Jesús volvía a sentarse a la mesa, un hombre, con la respiración anhelante del que ha caminado aprisa, entró en el cenáculo.

Era Judas.

Su rostro impasible, en fuerza del disimulo, arrostró impávido las miradas de sus compañeros; pero no pudo resistirla de Jesús, dulce, triste, intensa, que le hizo bajar los ojos lleno de confusión; y que volvió a encontrar, cuando alzándolos de nuevo, miró a Jesús, que decía:

-Con deseo he deseado comer con vosotros esta 330 Pascua, que será la última, hasta que se cumpla en el reino de mi padre; porque mi hora ha llegado, y es necesario que os deje.

Y ellos, contristados:

-¿Adónde vas, Señor? -le decían-, donde vayas llévanos contigo.

-Donde yo voy vosotros no podéis seguirme ahora; pero yo os prepararé el camino -respondióle él con acento de entrañable ternura. Pero hablando así, turbóse de repente e, interrumpiéndose, añadió:

-En verdad os digo, que uno de vosotros me ha de entregar en manos de mis enemigos.

Y ellos, apenados, le preguntaban uno a uno:

- Por ventura, ¿soy yo, Maestro?

Y Pedro exclamó, en un arranque de fervoroso entusiasmo:

-¡Oh! ¡Maestro! no seré sin duda yo, que, lejos de traicionarte, daré por ti mi sangre y mi alma.

-¿Darás por mí tu sangre y tu alma? -díjole Jesús, mirándolo con una sonrisa de inefable tristeza. En verdad te digo que antes del primer canto del gallo, me habrás negado tres veces.

En fin, tomando un trozo de pan y el cáliz de vino, hizo de ellos una celestial sustancia, y se les dio en ella para siempre añadiendo:

-Haced esto en mi memoria.

Jesús, viendo que todo lo que a ese acto concernía estaba cumplido, dijo:

«¡Basta!», y recitado el Himno 331 dejó la mesa; y saliendo de la casa y de la ciudad, seguido de sus discípulos, atravesó el Cedrón, y dirigió sus pasos hacia un jardín llamado de Gethsemaní, que extendía su verde fronda al pie del Monte Olivete; lugar ameno y solitario, donde él iba con frecuencia para aislarse de los hombres y orar al Padre.

Mientras caminaba, un grande pavor, el pavor de la carne, rebelada contra las sublimidades del sacrificio, apoderose de él; y volviéndose a los suyos:

-¡Triste está mi alma hasta la muerte! -les dijo-. Velad y orad conmigo.

Y penetrando en el jardín, adelantose solo, y cayó postrado en tierra...

Mediaba la noche: una noche serena de primavera; la luna llena, filtrando sus plateados rayos al través del ramaje, alumbraba igualmente el grupo de hombres que, encargados de velar, dormían egoístas el grosero sueño de la materia; y más lejos, la figura sublime de Jesús, postrado en tierra, pálido y angustiado.

El peso de los dolores humanos que echara sobre sí, agobiaba su alma; y en las medrosas visiones de la hora postrera, el espectro del inmenso porvenir le apareció siniestro, espantable. Vio las cóleras, los odios y las persecuciones que los suyos habían de sufrir, al derramar en el mundo su divina palabra; 332 vio las guerras y las horribles matanzas que por su nombre y en su nombre habían de ensangrentar la tierra que él había venido a redimir; y la serie innumerable de los mártires, desde Esteban hasta Delboy, desde Molé hasta Juan de Hus y hasta Atahualpa, desfiló, silenciosa, lúgubre, ante su mente contristada.

Y él, que pocas horas antes llorara sobre Jerusalén, lloró ahora sobre la humanidad entera, y poseído de angustiosa agonía, la sien bañada de sangriento sudor:

-¡Padre! -exclamó- ¡haced que pase de mí este cáliz!

Mas, cuando su alma aniquilada por el dolor, iba a desfallecer, he aquí que de un cúmulo de blancas nubes aisladas en el azul del cielo, desprendiose una luz diáfana, azulada, que descendiendo a él, tomó de

súbito la figura maravillosa de un arcángel. Veía en sus manos un cáliz misterioso, que, doblando una rodilla vertió delante de Jesús. Era su sangre, su sangre, que mezclada a la de esos héroes de su fe, al tocar la tierra hizo brotar una planta, que convertida en un árbol gigantesco, cubrió con sus ramas el mundo; abrió, mal grado de los aquilones, su robusta florecencia, y maduró sus frutos, que gustados por los hombres, secaron en sus almas el odio, haciendo nacer el amor... Y Jesús leyó en ellas esas divinas palabras, 333 resumen de toda su doctrina: ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! La mística visión desapareció; y Jesús, alzándose de tierra, sereno, sublime, la frente cercada de divinos resplandores, salió al encuentro a sus enemigos, y se entregó a la muerte.

Fin de Gethsemaní

334 335

El día de difuntos

Si queréis sorprender los misterios de la vida, visitad este día la morada de los muertos.

A fin de que su memoria no estorbe en las alegrías del año, los vivos la han relegado al reducido espacio de una jornada. En esas veinte y cuatro horas de conmemoración, todos, inconsolables y consolados, todos acuden al cementerio y se agrupan en torno a los sepulcros; los unos para borrar con otras lágrimas las huellas de sus lágrimas; los otros para reemplazar con guirnaldas de hermosas flores la triste yerba del olvido.

Los estragos de la peste han aumentado la lúgubre peregrinación, que desde el alba llenaba las calles vecinas a Maravillas y el prolongado callejón que se extiende fuera de la portada.

A la seis la verja que cierra el recinto exterior del panteón ábrese dando paso a la multitud que lo invade silenciosa, derramándose en sus esplendidos jardines, perfumados con las flores de todas las zonas.

336

Óyese por todos lados un ruido de puertas como el despertar natural de una populosa metrópoli. Es la ciudad de la muerte, que abre sus sepulcros a la ofrenda del recuerdo.

Y el silencio se puebla de rumores; y se escuchan gritos mezclados de sollozos; y los callados ecos de aquellas bóvedas repiten nombres borrados ya del libro de la vida. El tumulto crece; la multitud se entrega a bulliciosas pláticas, razonadas con extrañas consejas sugeridas por la lectura de los epitafios, esos jeroglíficos del dolor.

¡Murió mártir!

-Decía un mármol, donde ostentaba su belleza soberana una mujer en cuya frente brilla el sol de diez y ocho primaveras.

¡Los días de mi peregrinación fueron cortos y malos!

-Decía otro. Y sobre la bíblica leyenda, un nombre poético entrelazado a una lira, sonaba al oído como una deliciosa melodía.

¡Ay!

-Tenía por única inscripción una lápida aislada como un anatema. ¡Qué historia de decepciones y de dolor cifrara esa lúgubre interjección!

Pero el día se adelanta y los epitafios desaparecen bajo lujosas coronas y perfumados ramilletes.

337

He allí los mausoleos que se cubren de flores. Aquí sobre un pedestal, a cuyas esculturas se entrelazan ramos de laurel, elévase un hermoso grupo.

Es el sepulcro de Althaus. El busto del general corona la cúspide de una columna. Al lado, con un pie sobre el pedestal y el otro asentado en la base de la columna, la estatua de su hija, la bella Grimanesa, en una actitud admirable de gracia, reclina su linda cabeza en el seno paterno, dando a la admiración esos brazos que Fidias envidiara para su Venus.

Cerca de allí, bajo la bóveda de una capilla óyense sollozos

desgarradores. Es la viuda de un héroe, que llora sobre su tumba.

Más allá, en tu frío lecho de piedra, duermes, bella Emilia, el eterno sueño. La admiración y el amor envolvieron en doradas nubes de incienso tu corta vida. ¿Qué te ha quedado de todo eso?

¡Y tú también, Martín! tú el hijo mimado de la dicha, el protagonista de las fiestas, el ensueño de las hermosas; ¡cuán solo y olvidado yaces! En tu sepulcro no hay otras flores que las que mi mano ha aglomerado durante un año, y que ahora cambio con este ramillete, cuyo aliento llevará a tu hondo sueño los perfumes de la vida.

Allí están los campeones del 2 de mayo; aquí las víctimas de la fiebre amarilla: Irigoyen y 338 Pacheco, esos astros que tanta luz irradiaron, yacen juntos, como en los versos del poeta.

Y allá, lejos, entre las rosadas adelfas, un emblema de eterno recuerdo señala el sepulcro del hermoso niño, cuya mirada parecía encerrar un secreto del cielo.

Pero abandonemos estos sitios, donde el dolor palpitante, aun pesa en el alma como el mármol que los cubre, y pasemos de los dominios de la muerte a la región de la apoteosis, donde los héroes de la independencia, Lamar, Necochea y Salaverry, duermen bajo las palmas de la inmortalidad.

Al centro del más bello de los jardines que adornan el exterior del vasto edificio; entre bosquecillos de floridos arbustos, y sombreado por un grupo de cipreses, un bellissimo templo de alabastro, eleva su elegante cúpula, coronada de una estatua. Su interior en forma de capilla está cubierto de ricas esculturas en madera y mármol; y el oro y pinturas de exquisito gusto brillan en los muros, en el altar y en la parte interior de la capilla.

Este monumento digno de un semidios es el sepulcro de La-Rosa y Tarragona.

Ciérralo una graciosa verja que corre en torno rematada en sus ángulos por cuatro pilastras. Allí estacionábase agrupada la multitud contemplando

339 aquella magnífica aparición -¡provoca a morir!- dijo a mi lado un joven del pueblo.

Palabras de profunda significación, en aquel hombre que llevaba la blusa del obrero, y que no podía aspirar a esa tumba sino con la muerte gloriosa

de los héroes a quienes está destinada.
Sin embargo, la inmortalidad de la gloria no alcanza a iluminar las
sombras de la muerte; ¡y llevaríamos de este lugar, desolantes
impresiones, sin esa cruz que se eleva, sobre las tumbas como un faro de
esperanza y de inmortalidad!...

Fin de El día de difuntos

340 341

La ciudad de los contrastes

En un oasis asentado entre las arenas del mar y las primeras rocas de los
Andes, extiéndese la opulenta metrópoli.

Capital de la más rica de las repúblicas sudamericanas, cuenta a granel
los millones que afluyen a su tesoro, por centenas los palacios de mármol
que se alzan en su recinto; pero se rehúsa una casa para sus recepciones
oficiales, un teatro donde recibir los grandes artistas, que atraídos por
su esplendor vienen a visitarla.

En el flanco septentrional de una bella plaza adornada con fuentes,
jardines y estatuas, álzase apenas del suelo un ruinoso, sucio y grotesco
edificio 342 coronado de una baranda de madera carcomida, y
flanqueado de tiendas atestadas de telas vistosas y de una profusión de
objetos heterogéneos. Diríase un bazar de Oriente.

Llámanlo Palacio de Gobierno. Sus huéspedes, curándose muy poco de esa
transitoria morada, conténtanse con forrarla interiormente de seda, oro y
mármol para su propio confort, dejando a sus sucesores el cuidado de la
parte monumental.

Cinco cuadras de allí distante, un engañoso frontispicio da entrada a un
caserón vetusto, informe, cuarteado en todos sentidos, y con las más
pronunciadas apariencias de un granero:

¡Es el teatro!

Y sin embargo, con la cuarta parte del oro y las pedrerías que en su
espléndido entusiasmo ha derramado Lima en ese escenario sobre sus
artistas favoritos, habría podido construir el más hermoso teatro del
mundo.

Y sin embargo, aun, en las noches de estrenos cuando las encantadoras
hijas del Rímac llenan las tres líneas de palcos, que el gas resplandece,
y los abanicos se agitan, y las miradas se cruzan, un prestigio extraño,
casi divino, trasforma el derruido edificio; y ningún joven abonado lo
cambiaría entonces por el más suntuoso teatro de París, por el más
aristocrático de Londres.

343

Pero esta misma ciudad, desdeñando indolente la creación de esos
monumentos que con el tiempo, son la base material de la vida social,

consagra a la exposición de su industria un bellissimo palacio, aloja a sus sentenciados en alcázares de granito y sepulta a sus muertos en basílicas de mármol.

Al traspasar la portada de Guadalupe divísanse ambos: palacio y alcázar. El uno gracioso, elegante, adornado con todos los órdenes de arquitectura, cercado de jardines donde se elevan los más sombrosos árboles; donde se abren las más hermosas flores, donde cantan las más canoras aves, donde rugen las más horribles fieras.

El otro, sombrío pero magnífico, agrupando sus bronceadas piedras en muros y bóvedas de severo e imponente aspecto. Tras de esos muros, bajo esas bóvedas, en vez del fatídico ruido de cadenas, escúchase el alegre golpear de instrumentos industriales; y en el silencio de la noche las notas melodiosas de Verdi y de Bellini se exhalan de ese recinto; llevando al alma de los desventurados que allí moran, recursos y esperanzas:

Es la Penitenciaría.

Si en pos de grandezas se torna la mirada hacia el nordeste, descúbrese más allá de la puerta de Maravillas una ciudad de mármol, blanca como un cisne y medio oculta entre la sombra inmóvil de los cipreses. En su extenso recinto se alzan en profuso desorden, cúpulas, pilastras, columnas cuyo elegante corte se dibuja en el azul del cielo. Creeríasela una fantástica, aparición entrevista allá en el fondo de un sueño.

Pero al aproximarse, al abarcar con una ojeada aquel suntuoso conjunto, detalles de un primor exquisito revelan el nombre de ese inmenso hacinamiento de riquezas artísticas:

Es el Cementerio.

Sin embargo, trabajo cuesta al pensamiento asimilar a la idea de la muerte un lugar donde por todas partes respira la vida en su más ardiente expresión. Amor, dolor, resignación, plegaria, todos los sentimientos sublimes del alma palpitan bajo la blanca inmovilidad de esas estatuas, que de entre del embalsamado follaje de los rosales se alzan esparciendo en torno a los helados restos que guardan esa vida inmortal transmitida al mármol por el fuego sagrado del genio.

En fin, si dejando la mansión de los muertos, el viajero penetra en la ciudad, encuéntrala habitada por un pueblo compuesto de las tres razas primitivas en tan iguales proporciones, que completando el contraste haríanlo vacilar entre Pekín y Congo, si el sello de belleza incomparable que este clima ³⁴⁵ afortunado imprime en la raza caucásica, no le forzara a exclamar:

-¡Lima!

Fin de La ciudad de los contrastes

Risas y gorjeos

¡Helas ahí! Como las golondrinas en una mañana de primavera, llegan riendo, cantando y derramando en todas partes a su paso, luz y alegría; en todas partes... ¡hasta en mi corazón! Sus nombres mismos son armoniosos y dulces como una caricia: ¡Emma! ¡Julia! ¡Rosa! ¡Eleodora! ¡Cristina! ¡Florinda! El alma rejuvenece al contacto de esas jóvenes flores que comienzan a abrir su cáliz a las promesas de la vida; y plácele seguir el vuelo vagaroso de sus ilusiones, como a la mirada el de esas bandadas de blancas aves que cruzan el cielo en las tardes de verano.

-¡Qué trozo tan bello es ese que acabas de cantar, querida mía! No lo conozco. ¿A qué partitura pertenece?

348

-Es una romanza de la ópera Guaraní, la última pieza de mi estudio. Cierto que es una música deliciosa, llena de dulzura, y de un carácter original. Sin embargo, la música no es para mí realmente bella, sino cuando refleja el recuerdo.

-¿No es verdad?... Pero, ¡ah! tus recuerdos, risueños, frescos, datan de ayer, y los encierra una aurora.

Julia suspiró profundamente; y dejando la romanza de Guaraní entonó, con los ojos llenos de lágrimas -Caro nome que el mio cor- esa cascada de perlas del Rigoletto.

Entre las compañeras de Julia, una voz murmuró un nombre: Maximiano. Recordé entonces, que no hacía mucho tiempo, una mano aleve dio la muerte a ese bello joven tan querido en la sociedad. ¡Pobre Julia! ¡En el riente miraje de sus recuerdos, alzábese ya una cruz!

-¡Al viento las penas! -exclamó Florinda, pasando su pañuelo sobre los húmedos ojos de la cantora-. ¡Oh! si cada una fuera a hablar de las suyas, el cuartel de Santa Ana, en el cementerio, puede decir si yo tengo derecho de estar entre los vivos.

-También tu -gritó Emma-. ¡Esto amenaza volverse un de profundis! ¡Bah! ¡silencio! ¡y basta de sombra!... ¿Quién ha oído anoche el violín encantador de la señora Filomeno?

349

-Yo.

-Y yo.

-Yo también.

Todas.

-¡Qué melodía celestial! ¡Ese instrumento tiene una alma, y siente, habla, ríe, llora!

-¡Y un sueño en Lima! ¡Qué horizontes inmensos de azul y grana, poblados de doradas quimeras, describen las notas melodiosas de esa brillante fantasía! Al escucharla, creía percibir el murmullo de los ríos, el canto de las aves, el susurrar de la brisa entre la fronda de las selvas.

-Tú te inclinas al idilio. A mí me aparecía un castillo feudal erizado de

almenas y torreones. Yo era su castellana, y escuchaba, asomada a una gótica ojiva, el amartelado canto de un trovador.

-¡Aristócrata hasta en sueños! Alma mía, esa raza está amenazada de una enfermedad mortal: la polilla. Yo, nieta de un prócer de la Independencia, hija de un republicano, sueño con un tribuno joven y elocuente, que, invocando el símbolo sagrado de la ventura humana: Libertad, Fraternidad, Igualdad, electriza al pueblo con el calor de su palabra; con el fuego de su mirada; y que al descender del pavés donde lo ha elevado el entusiasmo de la multitud, cae a mis pies y me llama su esposa.

350

Aquellas hermosas soñadoras que reían, cantaban, y hablaban de sus halagüeñas ilusiones, en tanto que la guerra civil abría a sus pies su espantosa sima, parecíanme una legión de ángeles sembrando flores sobre un abismo.

Una bandada de mariposas

Han invadido, de súbito, mi cuarto, arrancando la pluma de mi mano, y obligándome a volverme para mirarlas.

Estaban bellas. Con sus vaporosos vestidos blancos adornados con lazos, unos azules, otros color de rosa, ligeras, risueñas y juguetonas, sembraban en efecto a esas aladas flores del espacio.

-Papeles a la imprenta, mi vida, y vamos al teatro -exclamaba una.

-Esta noche es el beneficio de la señora Felices, y representan de Los amantes de Teruel.

-Mi ideal es Marcilla. Así, mañana me parecerán vulgares todos los hombres.

-¿Hasta Octavio?

-¡Ah! él se le parece: ¡es bello, rendido y espiritual!

-¿Quién es esa maravilla?

-Mi novio, señora; y si vienes con nosotras al teatro, tendrá el honor de serle presentado.

-Consiento a condición de mostrarme su retrato.

-El retrato de un buen mozo da siempre gusto de ver.

Crónica de las veredas

-Nada hay nuevo debajo del sol, según el Eclesiastés -ha exclamado un joven amigo mío, al estrechar la mano que escribe estas líneas.

-En efecto; ¿pero a qué viene ese exordio?

-Para probar a usted que no es invención mía la que va a oír respecto a su amigo Z. L.

-No hay tal amistad; pero, ¿qué es ello?

-Iba no ha mucho delante de mí, abstraído, y hablando con un interlocutor

invisible. No lo extrañé, pues conozco su manía por el monólogo; pero cuando me hubiese acercado más, oí que iba diciendo, fijos los ojos en las baldosas de la acera:

-¿No es verdad averiguada que aquella ingrata te ha hecho mil partidas malas, y que, por fin, ya no te ama?

-Sí.

-Entonces ¿por qué trepidas? ¡No, no cabe más ninguna cobarde vacilación! ¡Olvídala, olvídala, miserable! ¡arrójala del corazón! ¡relégala al desprecio! 352 Sí... Pero... ¡esos magníficos ojos negros!...

¡aquella boca que cuando quiere sabe decir palabras tan hechiceras, y aquel cuello! ¡y aquel pie! ¡y aquella mano!... y... todo, en aquel ser aborrecible y... ¡encantador!

Y pálido, y vagarosa la mirada, seguía adelante en dirección al Puente; y yo, a vista de la honda desesperación que revelaba su acento, pensé en el río, que en furiosa creciente sonaba no lejos con ruido siniestro.

«¡Zenen! ¡Zenen!» -gritó un joven, pasando delante de mí, y dando una palmadita en el hombro al infortunado que me precedía-. «¿Qué tienes, chico?».

Se diría que vas soñando.

-¡Soñando! -respondió L. cambiando súbitamente en fatua sonrisa, la tétrica expresión de su semblante-. Al contrario, muy real y seriamente, voy discutiendo con mi ingenio la manera de desasir de mí el amor incontrastable que Elvira se obstina en consagrarme.

-¡Qué no me vengan a mí esas dichas!

-¡Te regalo la mía!

-¡Acepto!... ¡Ser el Hernani de esa soberbia hermosura!... Pero sé generoso hasta el fin... ¡despéjame el campo!

-¡Retirarme de la casa!

353

-¡Sin duda! ¿Cómo le manifestarás, de otro modo, tu despego?

-¡Ah! es que ella ha jurado suicidarse el día que eso acontezca.

-¿Lo habrá ya intentado?

-¡Oh! ¡mil veces!

-Entonces, nada hay dicho; y preciso es dejarte bajo el peso de tu felicidad. ¡Adiós!

Y el joven se alejó en dirección a la plaza.

-¡Fingir! ¡ah! ¡cuán duro es, cuando el corazón está destrozado! -exclamó Zenen, suspirando.

Y desviándose de mi camino, tomó por el lado de los Desamparados.

-¡Ah! ¡ah! ¡ah! -rió una señora mayor, que había ido disputándome tácitamente el paso para escuchar aquellas endechas-. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

¡aaah! ¿Estos son los seductores? En la conciencia todos se reconocen, como este, seducidos, encadenados. Nunca pasé por el lado de dos hombres que hablan, sin oírles decir: «¡Ella! ¡con ella! ¡por ella! ¡sin ella!».

Nunca, entre mujeres, que no vayan diciendo con fervor apasionado: «¡Mis rizos! ¡mis blondas! el último vestido que me mandó la modista». Sin mencionar para maldita la cosa a sus presuntos tenorios. ¡Tenorios!

¡Tenorias! ¡digo yo!

Y mirándome con picaresca ironía, rió en mis barbas y se fue.

354

-Querido amigo -dije al cronista callejero-, yo creo que la señora tiene razón...

-Aguarde usted -exclamó él, interrumpiéndome-, si todavía no ha dado fin mi aventura.

Como para corroborar las palabras de aquella sibila, una hora después, pasando casualmente por delante de la casa de la cruel Elvira, he ahí que la veo aparecer, bella, alegre, elegante. Papá, mamá, hermanas, toda la familia salía a paseo. Las jóvenes formaron de dos en fondo, regazaron sus largas colas, y echaron a andar calle abajo, volviéndose, de vez en cuando para remirarse y dejar ver unas botitas de última importación, lo más lindo imaginable; pero que costarían un dineral.

-Papá -decía una de ellas- nosotras guiaremos, ¿no es cierto?

-Ya se ve que sí.

-Y ¿sabes dónde vamos a parar?

-No llega a tanto mi penetración.

-¿No? Pues vamos al almacén de Soldevila. Le han llegado novedades.

-Yo necesito un lazo para mi vestido rosa.

-Yo una sombrilla blanca, de gro y blondas.

-Yo un abrigo de cachemira para salir del teatro.

-Yo un pañuelo de batista bordado con calados de guipure.

355

-Y yo los zapatitos de raso blanco, que codicié en las vidrieras del Gallo.

-¡Estas niñas son capaces de empobrecer a Goyeneche!

-¡Te espanta esa bagatela! -observó la matrona-. ¿Qué piden las pobrecitas? trapos que llevan hasta las hijas de los sacristanes.

-Papá, creo que vienes regañando por lo que vas a comprar. Calla y recuerda que hoy es día de san Gastón.

-Y además, nos has dado tu palabra: palabra de rey... o de coronel, que es lo mismo.

-¡Ah! si el cajero fiscal oyera estos propósitos, había de tapiar la puerta de la Tesorería.

-Elvira, mira a Zenen, que va a entrar donde Gavard.

-¿Quién piensa en ese tonto? ¡repara en estas lindísimas castañas!

Las graciosas casquivanas entraron al deseado almacén, y yo he venido a dar a usted esta pequeña muestra de la ingratitud mujeril.

-Gracias a Dios, hace tiempo, que yo digo como madama Geofroid «quand j'étais femme».

356

Luz y sombra

Grato y de propicio agüero es comenzar con un epitalamio, ya sea un libro o una simple conseja. Cuán dulce luz derraman los rientes mirajes de una unión formada por el amor, y en cuya aureola brillan la juventud, el genio, la belleza.

¡Una boda! es decir: la primavera en el paraíso, con la ciencia del bien.

¡Una boda! mágica frase, acogida siempre con una sonrisa misteriosa.

¡Una boda! es decir: el paso desde el azulado nimbo donde el alma

dormitaba solitaria, a la región dorada, esplendorosa, de una noble existencia.

¡Una boda! es decir: mundos de tul, de encajes de sedosas gasas; ríos de brillantes; bellísimas flores; perfumes exquisitos; el nácar y el marfil bajo todas las formas; tesoros de raso, gro, terciopelo, blondas, oro y perlas derramados en faldas, colas, pufes, manteletas, sombrillas, zapatitos, botas, pantuflas; y allá en el fondo de un suntuoso retrete, sobre una columna de alabastro, ese delicioso vestido, ensueño de las jóvenes, compuesto de tul chantilly sobre moirée blanco, guarnecido de anchos volantes de valencienne, con una túnica del mismo 357 tul, e iguales guarniciones recogidas con ramilletes de azahares.

Desde lo alto de la columna, tan largo como la cola que se extiende en cascada de blondas, esa prenda alegórica de la desposada, un velo de malinas, orlado con una ancha guarda de bordado exquisito, se derrama sobre el delicioso vestido como una vaporosa niebla.

Coronando ese todo maravilloso, una guirnalda de las mismas flores que adornan la túnica, abre sus blancos pétalos entre hojas de esmeralda, dejando caer hacia atrás dos largos festones hasta lo bajo de la falda.

La bella María Rosa realzaba ese elegante traje, menos con sus valiosas joyas que con la modestia y la gracia innata de su porte.

¡Y él, Eugenio! Una aureola de felicidad circundaba su frente y daba nuevo realce a su varonil belleza.

Así hablaba un apuesto joven al referir la fiesta nupcial que acababa de presenciar.

Embebidas, y la mente en dulces ensueños, escuchábanlo mis lindas amigas, cuando él añadió: dentro de poco Pablo R., servidor de ustedes, y Emilia T., su amada, serán los protagonistas en una escena igual.

Pablo era amanuense en un Ministerio; Emilia, hija de un indefinido.

358

Al siguiente día, vilo llegar desesperado.

-Emilia no me ama ya -exclamó-. ¿Lo creeréis? La ingrata me pide que le devuelva sus juramentos; ¡que la dejé libre para dar a otro su corazón y su mano!... ¡Ah! ¡por dicha hay en el mundo tósigos y revólveres!

Y dándome una mirada sombría, díjome adiós, y se fue. Alarmada por el estado en que había visto al desgraciado Pablo, fui a reñir a Emilia y echarla en cara su conducta con aquel a quien tanto amó.

-Antes de condenarme -respondió ella- escucha el sueño que he tenido esta noche, y juzga si no debo ver en él una revelación del cielo.

Soñé que vestida de blanco y envuelta en el velo de novia, tendía mi mano a Pablo para acercarme al altar; y yo miraba complacida a mi futuro esposo, que nunca me pareció tan bello.

De repente, vi detrás de él surgir un espectro horrible, descarnado, lívido, que enviándome una mirada siniestra, alzó la mano en señal de amenaza.

Yo temblé por Pablo; y abrazándome a él, apóstrofe al fantasma:

-¿Quién eres? -le dije- ¿y por qué nos amenazas?

-Soy la miseria -respondió con voz cavernosa, y os aguardo en el ocaso de esa dulce luna que vais a comenzar.

359

El fantasma calló; y levantando el harapo que cubría su seno, mostrome

prendidos con avidez a sus pechos dos niños flacos, pálidos, hambrientos.
-Estos serán vuestros hijos -añadió- porque despreciáis el ejemplo de las aves del cielo, que forman el nido antes de traer la familia.

Desperté, muy contenta de que aquello fuera un sueño, pero resuelta a escuchar en él la voz de Dios.

Y yo desahucí a Pablo; porque, en efecto, aquella visión era horrible.

* * *

-Señoras -decía la otra noche un viajero en una soirée-, el diablo es un tonto de capirote. Pues, ¿no cuenta como un poderoso medio de tentación el espectáculo del mundo? ¡Ah! yo lo he visto, no de lo alto de la montaña, cual él lo mostró al Hombre-Dios, sino palpado con la mano, recorrido del septentrión al mediodía, desde el ocaso a la aurora; helo contemplado, bajo todos sus prismas; y vuelvo desalentado, y con una sola aspiración: hacerme ermitaño.

Ayer, contemplando el gentío que llenaba las calles, en pos de una procesión, recordaba las sombrías palabras de aquel pesimista; porque nada hay más triste que el aspecto de esa personificación del mundo: la multitud. ¿Dónde se revela con expresión más elocuente esa adolescencia perpetua que comenzó a las puertas del Paraíso, y que solo acabará el día último de los tiempos? Aquí una madre, caminando rodeada de seis niños, asidos a ella como náufragos a una tabla de salvamento. Es la viuda de un héroe, muerto en defensa de la patria; ¡de la patria que deja a su familia en la miseria! Allí, una joven, vistiendo el sayal de la penitencia, desnudos los pies, y en la mano un cirio de expiación. Marcha sola, bajos los ojos y la actitud contrita.

-¿Quién es? -preguntan en torno suyo, y alguien responde-: es la hermana de un sentenciado; y espera rescatar con ese voto de humillación, la vida y el crimen de Caín.

¡Cuánto respeto inspiraba aquella hermosa joven, que así se ofrecía en holocausto por la redención de su hermano!

Oasis

¡Cuán bellos son los que circundan a Lima, formando en torno suyo un collar de esmeraldas! Destácanse en semicírculo como verdes ramilletes en las rojas arenas de la costa.

361

Bellavista, que se asienta entre el bullicioso ferrocarril, y el callado cementerio; La Magdalena, oculto como un nido en la fronda de los vergeles; Matalechuza, la de los exóticos huertos; Miraflores, con sus alamedas de pinos y sus orientales palmeras; El Barranco, trozo del Edén, suspendido a pico sobre las rocas del océano; Borja, Piedraliza, Bocanegra y otros.

Así enumeraban en una velada, esos parajes floridos, asilo de solaz en los calurosos días del verano.

-Mamá, tengo una idea. ¿Me permites expresarla? -dijo la más linda de las hijas de la casa.

-¡Veamos! Una idea de Manuelita es siempre original.

-¡Tanto mejor! Hela aquí: mañana es cumpleaños, y...

Un joven. -¡Mañana! Yo creía que era el viernes.

-Ese día me bautizaron... ¡Oh! ¡qué importuna es una interrupción! Mañana es mi cumpleaños; y tú, como de costumbre, me obsequiarás doscientos soles, sin contar banquete y soirée, ¿no es esto?

-Sí, y creo que este año no tendrás queja de mí.

-Pues bien, mamá mía, quiero ahorrarte esos gastos, y con mis doscientos soles organizar una 362 cabalgata para recorrer esos rientes sitios, y comprar todas las flores y frutas que hallemos al paso.

-Pero, hija mía, en las actuales circunstancias ese paseo es terriblemente riesgoso. ¿Y los montoneros?

-Los montoneros son soldados, no ladrones.

-Pero hay ladrones que pueden hacerse montoneros y cargar, no solo con tus soles, sino con sus conductoras.

-Nos acompañarán estos caballeros, y en caso necesario, sabrán defendernos.

Tres jovencitos a la vez. -¡Oh! ¡sí! que si ellos son montoneros, nosotros somos guardias nacionales.

-¡Qué diferencia, hijos míos! Los montoneros no temen ni deben; y ustedes, si no temen, se deben al amor de sus madres y a la esperanza de sus familias...

Mas, no obstante esas reflexiones, la alegre cabalgata partió seguida de un criado conductor de dos mulas cargadas de capachos para llevar los fiambres, y traer la sabrosa y perfumada compra...

.....

-¿Y mi parte en el rico botín de los oasis? ¿dónde están las frutas y las flores prometidas?

Así llegué preguntando a las turistas de la víspera.

-Helas aquí -dijo la del cumpleaños, 363 presentándome un magnífico ramillete compuesto de flores y frutas-, pero la compra monstruo, con grande gozo mío, no ha tenido lugar.

-¿Cómo fue eso? ¿Te dolió un gasto tan fuerte?

-Mejor que eso. Habíamos cosechado en Matalochuza, cuyo propietario nos recibió con feudales honores, y recorridas las huertas de la Magdalena en su lado exterior, sin poder penetrar en su recinto, a causa de la ausencia de sus dueños, dirigímonos a Surco para hacer allí nuestra provisión.

Al atravesar los rieles del ferrocarril, en la estación de El Barranco, vimos bajo de un olivo, sentadas en el suelo dos personas que llamaron dolorosamente nuestra atención. Eran, una anciana y una joven pálida y demacrada, que reclinando la cabeza en el hombro de aquella, dormitaba con la respiración exhausta y oprimida. Cerca de ellas veíanse algunos bagajes: una pobre cama envuelta en un petate, y un saco de viaje raído y casi vacío. Sin consultarnos, mis hermanas y yo, saltamos del caballo, y nos encontramos rodeando al triste grupo.

La anciana nos refirió, entonces, que los médicos de la Sociedad de Señoras de Caridad habían ordenado a su nieta, enferma del pecho, el aire del campo; y que ella la había traído, esperando 364 hallar una habitación de precio proporcionado a su miserable situación, pero llegada allí, encontró tan caro aun el alquiler del más pobre cuartucho, que se veía en la necesidad de regresar a Lima, y resignarse a ver morir a su

hija.

-¡Oh! ¡no será así! -exclamamos a la vez, mis hermanas y yo.

-¿No es verdad, Manuelita? -decían ellas, pensando en los doscientos soles que tenía en mi cartera.

-¡Ciertamente! Y llorando, a la vez que de pena, de gozo al remediar aquella desgracia, tomé mis diez billetes de veinte soles y los puse en manos de la señora, que me miraba, muda de sorpresa y de enternecimiento. Luego, auxiliada por mis compañeras, alquilé un bonito cuarto con ventanas al campo y todo amueblado, compramos varias provisiones, trasladamos a la enferma, y limitando hasta allí nuestro paseo, regresamos muy contentas, no sin visitar los bellos jardines de Miraflores.

-¡Ven a mis brazos noble criatura! -exclamé, llorando a mi vez de enternecimiento-. La santa obra con que ayer celebraste el día de tu natalicio habrá sido glorificada por los ángeles en cánticos celestiales.

365

Memento

Mucho es para la humanidad, eternamente afanosa en pos del placer, a fin de ocultar su hereditaria dolencia, mucho es consagrar al dolor una de las trescientas sesenta y cinco jornadas que el año encierra. Por ello, necesario es tenerlo en cuenta.

Desde la víspera del día dedicado por la Iglesia a la conmemoración de los muertos, largas caravanas de peregrinos, saliendo por la portada de Maravillas, dirígense a esa blanca metrópoli que yace bajo la fronda inmóvil de los cipreses. Llegan; la cercan, y esperan con palpitante impaciencia. Apenas la grande verja se abre, penetran en el fúnebre recinto, y lo invaden en toda su extensión, llevando los ardientes rumores de la vida al helado silencio de la muerte.

Óyese por todas partes algo como el ruido de puertas que se abren. Diríase el matinal despertar de una ciudad. ¿Qué es eso?

Son los vivos que abren las puertas de los sepulcros; unos para regarlos con lágrimas; otros para cambiar con frescas flores la triste yerba del olvido.

Allí van los bomberos, apuestos mancebos, llevando con gracia su brillante uniforme, y anudado al brazo el crespón de duelo. Detiéndense ante los mausoleos de sus compañeros; órnalos con guirnaldas de flores; y en sentidos discursos ensalzan las virtudes de aquellos que en el cumplimiento del deber murieron.

Grupos de hermosas jóvenes en busca de sus amigas, muertas, recorren las líneas de epitafios, leyendo entre suspiros, sollozos y dolorosas exclamaciones; ¡Delia! ¡Elisa! ¡Emilia! ¡Rosa! ¡María! ¡Leonor! ¡Clorinda! nombres armoniosos, radiantes de poesía y de vida, que, sin embargo ¡ay! no son ya sino una memoria, un eco lejano de las beldades que los

llevaron:

«Ángeles que un mundo infortunado
por la inmortal morada abandonaron
y su inocente labio separaron

del cáliz de la vida acibarado».

Charla femenil

Espiritual, picante, y con toda la sal del Ática es la de las lindas amigas que sentadas en corro al lado mío, platican sobre las cosas más halagüeñas de la vida, en tanto que yo escribo lúgubres frases. Sus frescas risas, sus graciosos dichos, mezclados al sombrío cuadro que traza mi pluma, parécenme 367 esos blancos lirios que la primavera abre entre las grietas de los mármoles sepulcrales. Pero así como estos perfuman el cementerio, aquellos derraman su alegría donde, hace tanto tiempo, habita el dolor.

Mas, he aquí la reina de la elegancia, la bella ** que llega con un vestido de gro negro, cuya larga cola está adornada de pequeños volantes orlados de raso granate que se pierden en las bandas de la misma tela y color, colocadas a cortos espacios veladas con tul en el delantal. El peto del mismo raso, cubierto de tul negro, lleva en su parte superior un rizado de tul blanco que rodea el cuello.

La que con tanta gracia lleva este elegante vestido, está peinada de castaña y pequeños rizos sobre la frente, ocultos a medias con una echarpa chantillí, cuyas largas puntas flotan a la espalda.

La sombrilla, complemento de ese gracioso atavío es de las mismas estofas y colores que el vestido; y su mango de ébano tiene incrustados ocho carbunclos.

A la aparición de este tipo de elegancia, las parlanchinas enmudecen un momento para examinarla con curiosas miradas, y luego prorrumpen en exclamaciones y preguntas sin fin.

-¡Qué bien se viste usted!

368

-¡Con qué gracia!

-¡Con qué chic!

-¿Por qué las modistas varían siempre para usted la moda?

-Será porque yo corrijo a las modistas y no las permito vestirme a su gusto sino al mío.

Fin de Escenas de Lima

Camila O'Gorman

Era un día de primavera en las orillas del Plata.

El sol descendía, envolviendo en una zona de oro y grana la inmensidad de la Pampa.

Habíamos abandonado el tramway a la entrada del Parque de Saavedra; y dejando atrás este delicioso paraje, nos dirigíamos al través de los campos, por un sendero flanqueado de jardines al pueblo de San Martín, cuyas casas blanqueaban a lo lejos entre un océano de vegetación.

-¿Por qué no tomamos un coche, que nos llevará allí en media hora? -dijo un joven perezoso que iba sentándose en las raíces de todos los ombúes encontrados al paso.

370

-No, repuse yo -dejadme, por favor, caminar en íntimo contacto con esta amada tierra argentina que no me canso de contemplar.

Y paseando la mirada en torno al encantado panorama de cuyo seno surgían las cúpulas de los pintorescos pueblecitos que como una guirnalda circuyen la metrópoli:

-¡Belgrano! ¡Saavedra! ¡Rivadavia! ¡San Martín! -exclamaba-. ¡Qué sublime epopeya encerrada en esos nombres!... Y si añado el de aquel cuyos parientes venimos a visitar... ¡Pueyrredon!

-¿Sabe usted cómo se llamaba ese pueblo antes que Monte-Caseros cambiara su nombre? -dijo el coronel G., señalando el que teníamos al frente.

-No en verdad -respondí.

-Más allá de una casa de blancas arcadas donde nos dirigimos ¿qué divisa usted?

-Un paredón negro y derruido que contrasta notablemente con los rojos tejados y las blancas azoteas del pueblo.

-Es el último resto de los muros de un edificio que en tiempo del terror se denominaba: la Crujía. A su pie se perpetró el horrendo crimen que dio a Santos-Lugares su siniestra celebridad.

Al escuchar ese nombre, el blanco fantasma de una mártir cruzó mi mente.

371

-¡Camila O'Gorman! -exclamé.

Y la linda aldea que se alzaba entre la fronda de los vergeles tornose a mis ojos el campamento de terrible memoria; y las rojas anémonas de la campiña, gotas de sangre; y las ondulaciones del terreno, sepulturas.

Caminábamos en silencio, sin que se oyera otro ruido que el de nuestros pasos y los rumores de la ciudad, que llegaban a nosotros en tardías bocanadas, como el lejano oleaje del océano.

-¡Henos aquí taciturnos y sombríos cual si fuéramos siguiendo un convoy fúnebre! -dijo, rompiendo el silencio M. P. el espiritual escritor-. ¡En mala hora evocara el coronel la lúgubre crónica del paredón!

-¡Cierto! -repuso este-, y pésame de ello; pero hay momentos en que por un extraño fenómeno, una frase; el pensamiento que la produjo; el aire, la luz; una ráfaga de perfume o de melodía, se combinan en torno nuestro formando una cadena interminable de reminiscencias, de identidades misteriosas que resucitan el pasado y reconstruyen lo desvanecido: juventud, ilusiones, esperanzas, dolores.

Así, el aura embalsamada de este día primaveral hame traído a la memoria y al corazón otro en que, de regreso del colegio, niño todavía, o más
372 bien en esa edad, dintel de la infancia y de la juventud, llevando bajo el brazo a Balmes, Gil de Zárate, Ganot y Delaunay, caminaba extasiado en la contemplación de un grupo de jóvenes vestidas de blancos cendales y coronadas de rosas...

¡Cuán largo tiempo ha pasado desde entonces!... ¡Sin embargo, pareceme verlas todavía!...

-¿Y?

-¿Y?

-¿Y? -prorrumpimos, rodeando al coronel, que había callado, y caminaba silencioso.

Mas como nos viera siguiéndolo en la actitud del que escucha:

-Era esta hora -prosiguió-. El sol brillaba así próximo al ocaso; y la brisa de la tarde, pasando sobre aquellas juveniles cabezas, traíame los perfumados efluvios de sus guirnaldas.

Yo las aspiraba con el lánguido deleite que derrama en la juventud esta florida época del año.

Entre aquella pléyade de bellezas, una había cautivado mi atención.

Más alta y esbelta que sus compañeras llevaba en crenchas una larga cabellera negra como sus rasgados ojos de rizadas pestañas y voluptuosa mirada.

Tenía en una mano una pieza de música y en 373 la otra un abanico de marfil, con el que de vez en cuando echaba hacia atrás los pliegues de su velo.

La encantadora falange se detuvo a la puerta del templo del Socorro, cuyas campanas repicaban llamando a las solemnidades del mes consagrado a la Virgen María.

La joven de la negra cabellera paseó en torno una mirada rápida, cual si buscara algo, y penetró con sus compañeras en la nave sembrada de flores y suntuosamente iluminada.

Vila, seguida de ellas, abrirse paso entre la multitud, subir a lo alto del santuario, de donde muy luego, acompañada de los acordes melodiosos del piano, elevose una voz celestial entonando el Ave maris Stella.

Aquella voz era la suya: decíamelo el corazón, porque se combinaba con toda su persona el maravilloso contralto que llenó los ámbitos del templo, alternado por las majestuosas armonías del órgano.

Las notas de aquel sagrado cántico se exhalaban impregnadas de amor; pero de un amor humano que palpitaba en cada una de sus modulaciones, y hacía vibrar todas las fibras de mi alma.

El canto había cesado, y yo lo escuchaba todavía en mi corazón; y la imagen de la bella cantora 374 parecíame con su larga cabellera y sus grandes ojos negros de dulcísima mirada.

Y la luz de los cirios me parecía el fulgor de su aureola, y el humo del

incienso un místico nimbo, que iba a arrebatarla de la tierra a las celestes regiones.

El tumulto de la gente que se retiraba, concluida la fiesta desvaneció mi estático arrobamiento; pero aquella que lo produjera había desaparecido, sin que me fuera dado divisarle, a pesar de que, apostado en el atrio del templo, mis miradas abarcaban, en toda su prolongada extensión, las tres calles que desde allí se descubren.

Al siguiente día, aguardando con ansia febril la hora de salir del colegio, y estremecido de gozo al oírla sonar, corrí hacia ese lugar donde hacía veinticuatro horas moraba mi espíritu.

Las puertas del templo estaban cerradas: sus campanas mudas.

El mes sagrado había llegado a su fin, y con él las fiestas en que yo esperaba encontrar a la criatura encantadora cuyos negros ojos fulguraban en mi mente como dos radiosas estrellas.

Desde entonces, rondador incansable, desertaba la casa paterna para ir a pasar las noches recorriendo las calles anexas a la parroquia del Socorro, asomando a las puertas, escuchando, pegado el oído 375 a las celosías de las ventanas, en busca de un eco de la voz, de una sombra de la imagen de aquella que se había apoderado de mi corazón.

Pero vanas fueron mis investigaciones; pasó el tiempo, sin que jamás volviera a encontrar vestigio suyo, ni en el templo, ni en la calle ni en parte alguna.

La profunda preocupación de mi ánimo, y mis prolongadas ausencias dieron al fin el alarma en mi familia. Creyóseme entregado a los peligros de un amor indigno; y comenzaron a vigilar mis pasos.

Aunque nada que confirmase aquellos temores pudo descubrirse, mi padre creyó necesario alejarme de Buenos Aires; y hallándose próximo a marchar a Europa en una misión del gobierno, resolvió llevarme consigo.

El sentimiento que palpitaba en mi corazón tenía tanto de ideal, que más bien que amor era un culto. Su objeto entrevisto y desaparecido para siempre, habíase tornado para mí un ser impalpable, una divinidad tutelar presente a toda hora en mi espíritu.

-Me seguirá más allá del océano -díjeme, y acepté resignado el proyecto de mi padre, quien aguardaba de mi parte una viva resistencia.

La noche anterior a mi partida, atravesaba yo 376 la plaza del retiro. Era un martes de carnaval.

No obstante la luctuosa época que pesaba como un sudario sobre la hermosa metrópoli del Plata, sus habitantes se entregaban a una recrudescencia de alegría que abría sus teatros y llenaba sus calles de bulliciosas mascaradas.

Llegaba yo al centro de la plaza cuando una mujer encubierta bajo el capuchón de un dominó negro, y que venía seguida de varias máscaras empeñadas en reconocerla asiose con angustia a mi brazo; y volviendo en pos suyo una mirada de espanto:

-¡Caballero! -díjome al oído-, perdonad si dispongo de vuestra protección sin aguardar el permiso. Lo veis: me persiguen, impidiéndome ir a un sitio donde soy esperada con mortal impaciencia.

Y echó a andar esta vez también, sin aguardar una respuesta que yo no podía darle, profundamente impresionado por el acento de su voz que despertó en mi corazón, con toda su dulce melodía, el eco de aquella que

cantó el Ave maris Stella en el templo del Socorro.

Ella conoció mi emoción.

-¡Os he contrariado! -exclamó-. ¡Perdón! otra vez. Pero considerad que en mi situación todo hombre me debía su amparo.

377

-¡Contrariarme! -prorrumpí con vehemencia-. ¡Ah! ¡si pudiera ir así hasta más allá de este mundo, escuchando esa voz que encantó un día mi oído, bajo las bóvedas del Socorro!

A esta palabra, la encubierta se estremeció; y apartando vivamente su brazo del mío:

-Os dejo en libertad -me dijo- pues corto es el trayecto que me resta.

Aceptad mi gratitud y acabad de obligarme, impidiendo que las máscaras de quienes me habéis libertado, y que veo en lo alto de la calle, intenten perseguirme.

Y se puso a bajar con paso rápido la calle de Santa Fe, que desciende al río.

A la mitad de aquella tortuosa pendiente, vilo detenerse encender un fósforo, cuya llama hizo oscilar sobre su cabeza.

En el mismo instante una luz idéntica brilló bajo la fronda de un grupo de sauces en la ribera.

La encubierta, al verla, apresuró el paso, y desapareció en las tinieblas.

Quedeme inmóvil, fijos los ojos en la sombra que me la ocultaba; en la mente la imagen de la virgen de blanco velo y perfumada guirnalda, y en el corazón un sentimiento de punzante amargura que hasta entonces érame desconocido: mezcla de dolor y de rabia que me impulsaba a los más horribles proyectos. Habría querido armar 378 mi mano de un puñal para ir a sondear con él los misterios que se escondían bajo aquel grupo de sauces.

Por dicha, la razón, no obstante hallarme en la edad que la rechaza, vino a mostrarme lo que había de ridículo en mi cólera.

En efecto ¿qué derechos tenía yo en la existencia de esa mujer a quien un caso fortuito me acercara durante un espacio de pocos minutos? La fugitiva del dominó negro, o la celestial aparición de blanca guirnalda ¿no eran para mí igualmente desconocidas?

Sin embargo, desde aquella noche, ambas vivían en mi mente, y cuando evocaba la radiosa imagen de la una, aparecíame siempre bajo el negro capuz de la otra.

Preocupados así, el espíritu y el corazón, partí de Buenos Aires, atravesé el océano y fui a perderme como un átomo en el ruidoso tumulto de las grandes metrópolis europeas.

La vista de nuevos horizontes, la sucesión infinita de escenarios en que la vida se agita en todos sentidos; la contemplación de las grandes obras del arte; los estudios serios a que hube de consagrarme; y sobre todo, el carácter ideal que revisten los afectos del corazón en la temprana edad de la vida, quitaron a ese sentimiento su 379 amargura dejándole solo aquello que en él hay suave y delicioso.

Así pasé un año entre París y Londres, trabajando con mi padre en el cumplimiento de la misión que allá lo llevara.

Llegó, en fin, el día anhelado del regreso.

¡Con qué gozo vi perderse en el horizonte las blancas costas de

Inglaterra! ¡Qué impaciencia en esos días de expectativa encerrados en la abrumadora travesía del Atlántico!

Colón ante la amenazante actitud de sus compañeros, no sintió, sin duda, tan devoradora ansiedad por la suspirada aparición del continente dividido en el fondo de sus sueños; ni a su vista palparíale el corazón tan gozoso como a mí.

Pernambuco, Bahía, Río-Janeiro, Montevideo, parecíanme escalones ascendentes que me llevaban a la suprema felicidad.

Al cruzar el Plata creí volverme loco de gozo; y pasé la noche inclinado sobre la borda, contemplando las olas; pidiendo a sus murmullos nuevas de aquella criatura celestial aparecida y desaparecida entre las sombras de un misterio.

Llegamos a Buenos Aires, con la primera luz del alba, que bañó sus lucientes cúpulas de azulados tintes.

380

Yo interrogaba con una mirada ansiosa su vasta extensión.

-¡Tú la guardas en tu seno! -exclamaba-. ¿Cuál de tus almenadas azoteas, cuál de tus blancas bóvedas, cual de tus sombreros vergeles la cobija? ¿qué hace ahora? ¿duerme reclinada con molicie en su lecho virginal? ¿Se despierta apartando con mano soñolienta los rizos de su negra cabellera? ¿Se baila triscando alegre con la onda de una fuente?

Desvariando así, saltaba a tierra y me internaba en las calles.

Contemplábalas con amor; habría querido besar el mármol de sus veredas, que había recibido la impresión de sus pasos.

Mi padre disipó aquel éxtasis, anunciándome que antes de entrar en la ciudad; y aun antes de ver a la familia debía dar al dictador cuenta de la misión que le confiara.

Y me llevó consigo a Palermo.

Rosas no estaba allí, y según se nos dijo debía hallarse en el campamento de Santos lugares, cuyo cuartel general estaba en el pueblo.

Al atravesar sus calles noté algo extraño en la expresión de los semblantes. Habríase dicho: una gran consternación, aun más, el rumoroso silencio de una terrible expectativa.

381

Fue imposible llegar a la presencia de Rosas, que se negaba a recibir aun a sus amigos.

Y como mi padre insistiera, dijéronle que el dictador había pronunciado una sentencia de muerte y no quería escuchar ninguna apelación.

Yo ignoraba quién fuera la víctima, y ya aquel fallo inexorable me horrorizó. ¿Cuál sería al saber que era una mujer?

Aparteme de mi padre, que se quedó aguardando una audiencia; y quise alejarme de ese lugar donde la mano del hombre iba a alzarse para destruir la obra de Dios. ¿Y en que, aun? ¡En su más bella creación! ¡una mujer! Y me alejaba aterrado; porque parecía sentir caer detrás de mí el fuego del cielo.

Mas las avenidas del pueblo estaban cerradas por dobles filas de soldados; y en todas, un imperioso ¡atrás! hizome retroceder.

Desesperado de poder sustraerme al horrible espectáculo, cuyos siniestros preparativos tenía a la vista, quise apurar contemplándolo todo su horror.

Y fui a situarme entre los grupos de curiosos que con estremecimientos de

terror tenían fijos los ojos en un edificio aislado cuyo aspecto lúgubre denunciaba una prisión.

Un nombre, el nombre de Camila O'Gorman, 382 mezclado a exclamaciones de conmiseración y a extraños relatos, corría de boca en boca entre la multitud.

Aquel nombre no me era desconocido: más de una vez habíalo oído pronunciar unido a homenajes de admiración tributados a una beldad.

-¡Tan joven y tan bella! -decía uno.

-¿La conoces? -replicaba otro.

-Entrevila solamente a la luz de una vela cuando bajaba del carro en que la traían presa. ¡Muchacha más linda!... ¡Y sin embargo, caer en tal aberración!

-¿Cuál es, pues, su delito?

-Amar.

-¡Amar! Delito universal.

-Pero el hombre a quien dio su amor estaba ligado al altar.

-Tú estás mal informado. Lo amó cuando era libre todavía. Ella lo ha declarado en el interrogatorio. Es una dolorosa historia.

El amante, inducido en error por la presencia de un rival favorecido con la influencia del padre de su amada, juzgola infiel a sus promesas y en un arrebato de desesperación, huyó de ella, y fue a pedir en un país extranjero las órdenes sagradas.

Camila lloró la ausencia de su amante. A su vez creyose también, olvidada; y no pudiendo 383 arrancar del corazón su amor volviólo a Dios: hízose devota.

Pasaba largas horas en el templo, ora entregada a fervorosas plegarias, ora elevando al cielo, en himnos de adoración, el tesoro de melodía que antes era el encanto de los salones.

Un día, en medio de los esplendores de una festividad religiosa, entre la augusta solemnidad de los sagrados cánticos, Camila oyó una voz que hizo descender su alma de las celestes esferas.

Era la voz de su amante, que apartándose del sacro ritmo, tornose un amoroso reclamo.

Y sus miradas se encontraron; y sus almas sedientas de amor uniéronse otra vez olvidándolo todo:

Ella, el honor, la sociedad, la familia.

Él a Dios.

¡Huyeron!

Huyeron, y fueron a extender su proscripita felicidad en un paraje ignorado, en donde no pudieron descubrirla ni las investigaciones de un padre irritado, ni los emisarios de Rosas, armados con las aterradoras órdenes de su dueño.

Pero ¿qué podrá ocultarse al ojo celoso de un rival vencido?

Desde la fuga de los amantes, el pretendiente desdeñado de Camila consagrose a buscarlos 384 con todo el rencor aglomerado en su alma. Oculto bajo diversos disfraces, recorrió el país, desde los arrabales de Buenos Aires hasta las más lejanas provincias. Visitó las ciudades, las aldeas, las aisladas cabañas de los campos; registró los más apartados rincones de los pagos. Todo inútilmente.

Rendido de fatiga, enfermo de despecho, llegó una noche a un pueblecito

extraviado en las selvas correntinas.

La hora era avanzada, y el reducido vecindario dormía entre las tinieblas. El siniestro peregrino sentose al abrigo de un árbol que crecía a la puerta de una casita blanca, extendiendo sobre ella su espesa fronda. Tiempo hacía que se hallaba allí, con la frente entre las manos, hundido en acerbos pensamientos, que contrastaban con la calina apacible de la noche.

De repente, unida a los acordes del piano, una voz melodiosa elevose en medio del silencio, cantando la doliente romanza del Sauce.

Al escucharla, el caminante se alzó con un salto de tigre; y arrojándose sobre el lomo de su caballo, se alejó a toda brida.

Pocos días después, una partida penetró a mano armada en el tranquilo pueblecito; y cercando la 385 casita blanca arrebató de ella a Camila y su amante, que fueron traídos a la presencia de Rosas, y pocas horas después condenados a muerte.

Un redoble de tambores interrumpió al narrador. Las campanas del pueblo tocaron a plegaria; la puerta de la prisión se abrió, y del fondo de su oscuro portal arrancó un grupo de soldados en cuyo centro venía una mujer vestida de blanco y cubierto el rostro con las ondas de una larga cabellera negra.

A su lado caminaba un hombre, vendados los ojos y arrastrando penosamente una barra de grillos.

Ambos se mostraban serenos, y escuchaban sin terror las tremendas exhortaciones de la última hora.

-¿Quién viene al lado mío? -dijo de pronto el sentenciado.

-Yo -respondió su compañera de suplicio-. ¡No temas! aguárdanos la dicha de morir juntos.

Un grito de espanto se exhaló de mi pecho.

Aquella voz del dominó negro: ¡era la voz del Maris Stella!

Fuera de mí, en un acceso de locura, arrojeme con ademán agresivo entre el grupo de esbirros.

Dos bayonetazos me echaron a tierra sin sentido; pero no antes de haber entrevisto bajo el fúnebre 386 cendal de su negra cabellera el divino perfil de aquella que deslumbró mis ojos en el templo del Socorro. El coronel se quedó solo, sentado al borde del camino, en tanto que nosotros, atravesando las lindas callecitas del pueblo penetrábamos, poco después, en el antiguo caserío de Perdriel, a donde nos dirigimos.

A la mañana siguiente visitamos el paredón de nuestra memoria.

A su pie una verde alfombra de vegetación alzaba floridos sus exuberantes vástagos; en sus grietas anidaban las tórtolas, y en su negra cima una alondra enviaba al aire alegres cantos.

Fin de Camila O'Gorman

387
Feliza

- I -
El satélite

En las primeras horas de una noche de diciembre, a su paso por Barracas al norte, lindo arrabal de Buenos Aires, un tramway se detuvo para desembarcar numerosos pasajeros ante la verja de una quinta cuyos jardines, iluminados, anunciaban una fiesta.

Los recién llegados se esparcieron platicando con ruidosa alegría por las avenidas de floridos arbustos que conducían a la casa.

Uno solo quedose rezagado.

388

Adelantó algunos pasos, y dando una mirada de investigación en torno, embozose en un plaid escocés que llevaba al hombro, recostose en el tronco de un árbol, envió al aire un largo silbido, y quedose al parecer en espera.

No de allí a mucho, un paso furtivo hizo crujir la arena del sendero; y una joven cuyo modesto vestido indicaba una criada, salió detrás de un grupo de árboles y se acercó al embozado.

-¡Señor Enrique! -murmuró con recelo.

-¡Bah! como todo en esta casa, ¿tú también me desconoces ya, Marieta?

-¡Oh! ¡no! pero... ¡cosa extraña! toda vez que veo a usted en su recinto, siento algo parecido al terror. A propósito de esas misteriosas sensaciones, mi abuela solía decir, que...

-Deja en paz a tu abuela y sus consejos. ¿Sabes si Feliza recibió una carta mía?

-Trajéronla esta mañana, cuando ella, sentada al piano, repasaba un nocturno de su composición.

-¿Y?

-Al verme tomarla de manos del factor, interrumpió su canto y la pidió.

-¡La ha leído!

-No, señor Enrique: sin levantar las manos del teclado, diola solo una mirada y me ordenó 389 encerrarla en sobre, inscribir el nombre de usted y enviarla al correo.

Héla aquí.

Al ver su carta, así devuelta, Enrique exhaló una sorda imprecación.

-¡Ah! ¡señor! -exclamó Marieta- ¿por qué se empeña usted en perseguir un imposible? Duéleme ver a un joven bello, generoso, espiritual, digno como nadie de ser feliz, obstinarse en solicitar un amor que le rehúsan.

-Ese amor fue mío, y quiero recobrarlo, aunque me cueste la vida.

-Habría usted interpretado en favor suyo la suavidad de su carácter, su dulce lenguaje, su cariñosa palabra. Todo eso es en ella habitual.

-¡Oh! la expresión de su amor era muy diferente de ese trivial dialecto del mundo... ¡Amábame!...

-Perdón, señor Enrique: yo soy una pobre muchacha y mi opinión nada vale; pero creo que un amor solo con otro amor se borra; y puedo asegurar que en el corazón de mi señora no existe ese sentimiento.

Muerto su esposo, a quien la unía solo un afecto del todo filial, ha sido consagrado al arte: su vida es un éxtasis de armonía. ¿Cómo podría tener parte un amor terrestre en ese estado místico del alma?

-Escucha. Más de una vez, espiando sus pasos con el ojo ávido del celoso, la he visto, dejando su carruaje a larga distancia, perderse entre callejuelas y conventillos. Más de una vez, también, cediendo a los estímulos de una temeraria sospecha, acariciando la hoja de un puñal, heme preguntado ¿qué nombre dar a esas sigilosas excursiones?

-Son obras de caridad. La señora hace el bien con el misterio que otras emplean para ocultar el crimen. En esos tristes parajes, donde solo habitan los desventurados, llámanla el ángel de la misericordia; porque allí va, ocultándose cual una culpable, a distribuir entre ellos socorros y consuelos.

Ahora mismo, que ha reunido a sus amigos para anunciarles un viaje de recreo a su bella estancia de las orillas del Salado...

-¡Se marcha! ¿Cuándo?

-Mañana.

-¡Y yo lo ignoraba! ¿No has jurado tú informarme de todo cuanto a ella concierne?

-La señora ha hecho de ello un misterio, en el temor de que se conozca el verdadero motivo que allá la lleva.

-¿Cuál es? Habla...

391

-Va en auxilio del administrador de la estancia y de su familia atacados de una terrible pulmonía que les trajo el último pampero.

Con grandes recomendaciones de silencio, confiémelo esta mañana el boticario de casa.

-Marieta -me dijo en tanto que confeccionaba las recetas ordenadas por el médico-, ¿sabes que tu señora es un ángel a quien estará reclamando el cielo? Va a correr cuarenta leguas solo para constituirse enfermera de unas pobres gentes que sufren desamparadas en un rincón de la campaña.

-¡Dulce y misericordiosa para todos! -murmuró Enrique, con sombrío acento- ¡para mí solo cruel y despiadada!

Y su voz trémula, denunciaba el llanto.

-¡Lágrimas! -exclamó Marieta, conmovida.

-¡Sí -repuso él- lágrimas! pero un día, el día que entre ella y yo se interponga un rival... ¡sangre!

-¡Ah! ¡señor! ¿haríame usted arrepentir de haberlo creído digno de mi señora?... ¡sangre! ¿Habreme hecho, tal vez, la cómplice de un asesino?

-¡Cómplice! ¿Y no lo fui yo de tu hermano cuando comprometiendo mi posición lo libérté del patíbulo?

Marieta, consternada, inclinó la frente.

-¡Es verdad! -dijo con voz sumisa- ¡no soy yo 392 quien tiene derecho a sublevarse contra el crimen, yo, sobre cuya cabeza pesan los de mi familia!... Y bien, señor, aquí estoy para obedecer a usted, que nos salvó de la afrenta de un cadalso. Oíme llamar y he venido. ¿Qué ordena usted?

-¿Eres tú de la partida?

-La señora acaba de anunciarla a sus amigos: ninguna orden ha dado todavía a la servidumbre; mas no hay duda que yo como sirvienta de mano, habré de acompañarla.

-En ese caso ¿me prometes tener presente tus compromisos y enviarme diariamente noticias tuyas?

-Ofrezco a usted obedecerle.

-Nada omitas, te lo ruego. ¡Si supieras qué placer acerbo, que amarga delicia siento, siguiendo los detalles de su vida! qué piensa, qué hace; a dónde va; qué vestido lleva; qué flor adorna sus negros cabellos: todo esto ha llegado a ser el móvil único, el solo objeto de mi existencia. La joven mucama posó una mirada de conmiseración en el hombre que así hablaba.

-¡Ah! señor -le dijo- ¿por qué encerrar la vida en el estrecho círculo de una pasión? Yo en lugar de usted había de desecharla; y buscaría la felicidad en la fortuna, en la gloria... en el amor mismo. Pues ¡qué! ¿no es Buenos Aires el país de las mujeres bellas?

393

-¡Para mí no hay en el universo sino una sola: ella! Su imagen está grabada en mi corazón tan profundamente, que solo la muerte podrá borrarla. Así, forzoso es que sea mía, o que yo perezca.

-¡Por piedad, señor! ¡no hable usted así, que me llena de terror! ¡Ah! ¡por qué habreme yo prestado a servir el propósito imposible que usted se obstina en perseguir!

-Eres cobarde, y por tanto, desconfío de ti. ¿Qué sé yo si me engañas, en cuanto a los motivos de este repentino viaje?

-Ni más, ni menos, he dicho a usted cuanto sé.

-¡Vamos a verlo! De hoy más, he de atenerme a mi propia vigilancia. Y se alejó, después de haber echado una onza de oro en el bolsillo del delantal de Marieta.

-Y yo -exclamó ella- juro a Dios apartarme de esta vía culpable. Y arrojó lejos de sí aquella moneda, precio de una infamia.

- II -

La obsesión

La mañana del siguiente día, a la hora que el sol asomaba sobre las aguas del Plata, tres jóvenes, 394 cubierto el rostro con los velos de sus sombrerillos de paja blanca; llevando en una mano el quitasol y regazando

con la otra las faldas de sus elegantes trajes de bretona plomo, atravesaban el jardín de la quinta, y se dirigían a la verja. Delante de ella aguardaba un carruaje, y al lado del estribo un apuesto mancebo.

-¡Al fin! -exclamó viéndolas llegar.

-¿Te impacientabas, querido Cristian? -dijo con acento cariñoso una de ellas.

-No yo, bella prima, sino el tren, que ha tocado ya prevención.

-¿En verdad?

-Vas a ver que apenas tendremos tiempo de llegar.

Pablo, a la estación del ferrocarril del sur.

El coche partió conduciendo a los cuatro viajeros a todo el correr de los caballos.

En efecto, el convoy iba a dar su último aviso, cuando las tres jóvenes y, su compañero se apeaban en la estación.

Al mismo tiempo, de un coche que estaba allí, hacía largo espacio, al parecer en acecho, salió presuroso un hombre, y se deslizó en el tumultuoso embarque de numerosos pasajeros que iban a Chascomús, atraídos por una fiesta.

-¡Tú aquí, Enrique! -exclamó un joven al 395 distinguirle entre la multitud-. Estaba pensando en ti, y hete ahí como llovido del cielo para hacer parte en la famosa cacería concertada en el club...

¡Bah!... ¡pero si se ha ido!... ¡Enrique!... ¡Enrique!... ¡Ah! ¡dónde encontrarlo en esta Babel!

-¿Dónde? -replicó alguien allí cerca-. En el vagón que ocupan las personas venidas en aquel carruaje que se aleja.

-¡La librea de Álzaga! ¡Pobre Enrique! ese muchacho tiene el seso fuera de caja. Deslumbrado por un astro...

-Se ha tornado su satélite y girando en torno a la beldad que lo rechaza, un día se perderá.

El silbato dio su postrer aviso, y el tren partió surcando con su negro penacho de humo el ambiente nacarado de la mañana.

Por un movimiento de coquetería, o bien para gozar mejor la vista del paisaje, las compañeras de Cristian levantaron las echarpas de crespón blanco que ocultaban su semblante.

Todas tres eran bellas; pero una sola absorbió las miradas y la atención de los viajeros, que exclamaron con simultáneo entusiasmo:

-¡La incomparable Feliza!

-¡La perla del Plata!

396

-¡La opulenta heredera!

-¡El ángel tutelar de los desgraciados!

-¡Aquella a quien el corazón ama con un amor inquebrantable, desesperado, fatal! -murmuró un hombre que, sentado en el ángulo más apartado del vagón, tenía fijos en ella los ojos.

Digna era en efecto, la joven, de esa lisonjera ovación; porque nada había comparable a la belleza de su rostro, al donaire de su cuerpo, a la gracia de sus maneras, y al encanto irresistible que de todo su ser emanaba.

Ella percibió el incienso que aquellos murmullos encerraban. Ruborizose con tímido gozo, y dirigió en torno una dulce mirada.

Mas, casi al mismo tiempo, volviéndose con expresión de disgusto:

-¡Él! -exclamó- ¡siempre él! ¡por todas partes él!

-Yo lo vi desde que tomamos asiento en el vagón -dijo una de las jóvenes que acompañaba a Feliza, ambas hermanas suyas.

-Yo también -añadió la otra.

-¡Dios mío! -continuó Feliza- comienzo a comprender el tormento de aquellos que se creen asediados por la presencia del espíritu maligno. Yo me encuentro en igual caso que esos desventurados. En el paseo, en los bailes, en el templo, allí está él, mezclándose, a todos los actos 397

de mi vida, con sus miradas; con sus palabras; con su silencio mismo, cargado de reproches y amenazas.

-Tuya es la culpa, prima mía. ¿Por qué me niegas el derecho de alejar de ti a ese hombre?

-¡Un duelo! ¡jamás! Tengo horror a esas sangrientas convenciones sociales, restos de la barbarie, que deben desaparecer de nuestras costumbres.

-Sin embargo, la civilización las guarda siempre como recurso y custodia del honor.

¿Crees tú que no ofende al mío la extraña asiduidad de Enrique Ocampo?

¿Piensas que no me debe cuenta de ella como el más cercano de tus parientes jóvenes?

La expresión provocativa con que Cristian miró a Enrique al hablar así, revelaba la presencia de un sentimiento más profundo que el de un simple parentesco.

Ocampo respondió a esa mirada con una amarga sonrisa.

Feliza la vio y tuvo miedo de la aproximación de aquellos dos hombres de impetuoso carácter, de los cuales, conocía el amor del uno, y presentía el del otro.

-¡Paz! ¡paz! querido Cristian -murmuró poniendo su mano en la del joven-. Los hombres no gustan 398 sino de los medios violentos que a nada conducen cuando no sea al escándalo. Yo prefiero la dulzura y la persuasión, que todo lo concilian.

-Y en tanto, ese hombre seguirá tus pasos; te atormentará con sus pretensiones, y se dirá que puede hacerlo impunemente; ¡pues aquel que tiene el deber de impedirlo es un cobarde! ¡Oh! de solo pensarlo la sangre hierve en mis venas.

-¡Paz! ¡paz! -repitió Feliza con un tanto de impaciencia-. Ruégote que prescindas de este enfadoso asunto. Muy mucho me atormenta, pero yo hago abstracción de él. Imítame, y no te ofendas si te pido que me dejes el cuidado de darle un término.

Y Feliza, velando de nuevo su rostro, quedose silenciosa y pensativa.

Cristian calló también, pero mordiéndose el labio de indignación.

Habría deseado castigar, él que nunca osó confesar su amor a Feliza, la audacia con que hacía alarde del suyo aquel rival desechado.

Llegaron a Chascomús, donde los viajeros, dejando el ferrocarril, tomaron el camino de la estancia, en un carruaje que las aguardaba.

-¡Heme aquí temporalmente libre de esa intolerable persecución! -pensaba Feliza, en tanto que atravesaba al rápido correr de los caballos 399

las diez lenguas de floridos campos que median entre Chascomús y la Postrera, nombre de la estancia término de su viaje.

Y entregada a una alegría infantil, extasiábase ante la perspectiva de los días de reposo que las esperaban en las rientes orillas del Salado.

Para mayor contento suyo, los enfermos en cuyo auxilio iba, habíanse restablecido, y salieron a su encuentro con todos los colonos de la estancia, que gozosos de ver a su amada patrona, entregándose a los regocijos de prolongadas fiestas, en las que figuraban Feliza y sus compañeros, organizando carreras, cacerías y pescas.

Feliza se abandonaba a estos placeres sencillos con una alegría candorosa, cuya pureza no había podido empañar el contacto del mundo.

Artista consumada, trasladaba las melodías de su piano a la legendaria guitarra y extasiaba a sus agrestes oyentes con las sublimes creaciones de Verdi y de Bellini.

Una noche que mezclada a los grupos de campesinos, bailaba en un prado a la luz de la luna las danzas populares, en medio a una multitud de espectadores, Feliza encontró de repente, bajo el sombrero de un gaucho, la mirada tenaz de Enrique Ocampo.

¡Adiós, plácidas horas de solaz! ¡adiós, campestres 400 goces! Todos desaparecieron para Feliza a la presencia de aquel incansable perseguidor. Desalentada, y el espíritu abatido, dejó la danza y fue a sentarse al lado de Cristian.

No podía confiarle la inquietud que la apenaba; pero acogíase a su adhesión, nunca desmentida mirándola instintivamente como su único refugio.

Hostigada por ese interminable seguimiento que había llegado a inspirarla una suerte de terror, Feliza pensó en la fuga, recurso inmediato; y recordando que poseía una hermosa estancia en el confín sudoeste de la provincia, con treinta leguas de tierra para interponer entre ella y Enrique Ocampo:

-¡Vamos a Juancho! -dijo a los suyos.

Ellos, que tan contenta la vieran en las amenas márgenes del Salado, juzgaron un capricho aquella súbita resolución.

Al siguiente día, dos carruajes que para mayor celeridad llevaban una reserva de ochenta caballos, partieron camino de Juancho, llevando a Feliza y sus compañeros.

401

- III -

Un encuentro

Por lo demás, la comarca donde se dirigían tenía, también, paisajes deliciosos, sembrados de vergeles; limitados por lontananzas admirables donde los ojos y el pensamiento se perdían en las profundidades misteriosas de la Pampa.

Allí, bajo las frondas de aquel lejano retiro donde iba a sustraerse a las manifestaciones de un amor importuno, Feliza debía encontrar otro amor que cautivara su corazón, iluminando con la aurora de una dicha, hasta entonces desconocida para ella, los últimos días de su corta vida.

A fin de evitar el calor ardoroso de diciembre, los viajeros habíanse puesto en marcha al anochecer.

Una hermosa luna llena alumbraba su camino, derramando en la sombra misteriosos prestigios; la tierra exhalaba suaves aromas, dormitaban las auras y todo parecía anunciar una apacible velada.

Mas, al mediar de la noche, una de esas borrascas que el pampero arrastra desde las regiones australes estalló de repente, envolviendo la caravana en 402 una tromba de granizo que en pocos instantes cegó los senderos convirtiendo los campos en un vasto piélago.

La oscuridad era profunda; y los relámpagos que la surcaban hacíanla más densa todavía.

Alarmado Cristian a causa de sus compañeras, dejó el carruaje y cabalgando con los guías, preguntoles si habría allí cerca algún sitio donde pudieran guarecerse del vendaval y los torrentes de lluvia que amenazaban anegarlos.

Uno de ellos indicó la proximidad de un caserío distante algunos minutos a la izquierda del camino.

Hacia allá se dirigieron.

Pero habían caminado media hora y nada se divisaba en el paisaje asolado por las ráfagas del pampero.

Feliza bajó un vidrio, asomose a la ventanilla, se orientó un momento, y exclamó «¡nos hemos extraviado!».

El guía protestó.

-¡La señora tiene razón! -replicó una voz; y la silueta de un jinete se destacó en el fondo oscuro de la noche.

-En efecto -continuó el nuevo interlocutor, acercándose al estribo del carruaje-. El caserío quedó a la derecha del camino: está ya lejos; 403 pero ruego a la señora me permita conducirla con sus compañeros a un paraje cercano, donde estará mejor que en aquellas chozas miserables de ganaderos.

Poco después, los viajeros se hallaban en un elegante comedor sentados en torno a una mesa ricamente servida.

El caballero que los guiara allí, bello y apuesto joven, hacía con galante finura los honores de anfitrión, colmando señaladamente a Feliza de las más delicadas atenciones.

Algunas horas más tarde, en medio a los esplendores de una hermosa mañana los viajeros continuaban su camino.

Al partir, Feliza tendió la mano a su huésped.

-¡Ah! -díjola él- yo anhele prolongar estos momentos de dicha, acompañando a usted hasta su casa. ¿Se dignará usted permitirlo?

-Yo iba a solicitarlo de usted para mostrarle el camino -respondió ella-.

Pues que somos vecinos en este desierto, debemos estar siempre reunidos.

El joven, con un ademán apasionado, llevó a sus labios la mano de Feliza; y los ojos de ambos se encontraron en una mirada de precio infinito; en una mirada que dejó en el alma de la joven un mundo de deliciosos ensueños.

Poco después, Feliza, escoltada por sus dos 404 caballeros, el uno revelando en su semblante la dicha, el otro una tristeza que en vano procuraba ocultar, llegaba a sa magnífica residencia de Juancho, y devolvía los honores de la hospitalidad a aquel que tan caro y fatal había

de ser para ella.

Desde entonces, el tiempo se deslizó para Feliza delicioso y rápido. El amor de Samuel absorbía su alma. Todos sus pensamientos, todos sus anhelos referíanse a él.

Así, cuando en la noche, apoyada en su brazo se paseaba a la luz de las estrellas en las solitarias alamedas de Juancho, elevados hacia él sus ojos, aspirando sus palabras, su sonrisa, sus miradas, creía no haber vivido sino desde que Samuel la amaba.

Muchas veces también, dudando de la realidad de ventura tanta, llevaba la mano al corazón para asegurarse por sus palpitaciones que no era un sueño el edén beatífico en que se había convertido su vida... Cuando Feliza regresó a Buenos Aires, sus amigos encontráronla más bella, más armoniosa su voz, y en su frente algo como los destellos de una luz misteriosa.

Era la irradiación de la dicha.

Y ella también, hallólo todo hermoso con los resplandores de su felicidad. Nunca la ciudad 405 le pareció tan espléndida; ni el río tan majestuoso, ni tan solemne la inmensidad de la Pampa.

Las zozobras del pasado; Enrique Ocampo y su importuno amor, habíanse borrado de su mente, visitada ahora por halagüeñas visiones.

Pero he ahí, que la noche misma del regreso; después de una dulce velada entre parientes y amigos, al retirarse a su cuarto, Marieta le presentó una carta que habían traído del correo.

-He seguido paso a paso el amoroso idilio de Juancho -decíanle en ella-.

Feliza, tú no contabas conmigo. Treinta leguas del espacio te parecieron bastante a separarnos. ¡Vana esperanza! ¿No sabes que la mitad de tu vida me pertenece? Tú no has querido que sea la luz: seré la sombra.

Yo estaba contigo durante la tempestad en las soledades de la Pampa; era uno de tus guías; y fui quien extravió la caravana. Quería arrebatarte en mis brazos y perderme contigo entre los torbellinos del huracán. ¡Morir estrechándote contra mi corazón! ¡qué delicia! ¡Ah! no me fue dada, entonces, esa dicha; pero ella llegará!

Feliza se estremeció; en su alma surgió el terror; y aquella noche, horribles pesadillas poblaron su sueño.

Mas, al siguiente día, Samuel llegó a Buenos 406 Aires, y su presencia desterró de la mente de Feliza, todo linaje de terror.

Y sus días volvieron a deslizarse radiosos en una continuada fiesta.

Hoy una excursión a las encantadas islas del Paraná; mañana visitas en las deliciosas quintas de los pueblos del contorno; y cada día largas horas pasadas haciendo dulces programas, en la suntuosa morada que se edificaba para ella, en la populosa calle Florida, cuya conclusión era la época fijada para su enlace con Samuel.

Feliza esperaba impaciente ese día venturoso, que divisaba ya entre los nacarados celajes de un soñado porvenir.

Una ceremonia que debía ella presidir iba a llevar otra vez a Feliza a las orillas del Salado.

Habíase construido sobre este río y en tierras de su estancia, un puente de hierro en cuya bendición y estreno había ella de figurar como madrina.

Feliza quiso dar a este acto el carácter de una brillante fiesta.

-Será el prólogo de la nuestra -dijo a Samuel la noche anterior paseándose asida a su brazo en los jardines de la quinta.

Vestiré a mis colonos con los colores nacionales; les daré banquetes, carreras, saraos. Nosotros estaremos entre ellos; tomaremos parte en sus regocijos cuando regresemos a Buenos Aires, encontraremos nuestra bella morada pronta a recibirnos, y la dicha esperándonos a sus puertas. -¡Jamás! -rugió con sordo acento una voz que llegó cual un eco lejano de amenaza al oído de Feliza.

Y un hombre que, pálido, y centellantes los ojos, contemplaba, oculto entre el ramaje a la enamorada pareja, fijó en ellos una mirada terrible; y murmurando una imprecación, se alejó, perdiéndose entre las sombras.

El siguiente día, víspera de su marcha a la fiesta del Salado, Feliza, gozoso el ánimo y la mente llena de rientes pensamientos, dejaba el lecho para entregarse a los preparativos de aquella solemnidad.

Queriendo darle todo esplendor, empleó fuertes sumas en manjares, licores y regalos, que expidió por un tren especial a los agentes encargados de organizar la fiesta.

Enseguida, fue a invitar personalmente a sus amigas, quienes, encantadas del convite recibieronla con gritos de alegría.

Feliza rió, charló, pasó el día formando con ellas deliciosos proyectos para aquella romería de placer; y las dejó diciéndolas entre besos y sonrisas: «¡Hasta mañana!».

408

- IV -

Mirajes de la última hora

-¡Bella! ¡rica! ¡amada! -quedáronse diciendo las amigas de Feliza- ¡qué feliz existencia!

Ella escuchó esa frase; y mientras recostada en los cojines de su lujoso carruaje cruzaba las calles, a esa postrera hora del día, tan llena de pueblo, de un pueblo que la saludaba con afectuosa expresión: «¡Bella! ¡rica! ¡amada!»., repetía.

Y pensando en esos esplendorosos dones: beldad, riqueza y amor, que Dios había derramado sobre ella:

-¡En verdad! -exclamó- ¡cuán dulce es así la vida!

Y su alma se elevó hacia esa fuente de eterna dicha, de eterna belleza, en un sentimiento de inmensa gratitud.

Al llegar a la bajada de Barracas, de regreso a la quinta, Feliza ordenó, de pronto, al cochero retroceder y conducirla a casa de sus padres.

Como se presentara a tiempo que estos iban a ponerse a la mesa:

-¡Qué feliz casualidad! -exclamó-. He desandado mi camino para venir a reclamar en esta mesa mi porción de otro tiempo, aquí, 409 en mi antiguo sitio, al lado de estos dos queridos de mi alma.

Y reuniendo a sus padres en un abrazo, sentose entre ambos y comió alegre, espiritual y cariñosa, reclinándose ora en el hombro de uno; ora en el seno del otro; parodiando con la gracia y el mimo de una niña engreída el

dichoso tiempo de la infancia.

Acabada la comida, abrazó a su madre, presentó la frente al beso de su padre, y citando a los dos para las seis de la mañana en la estación del ferrocarril del sur, separose de ellos y regresó a la quinta.

A corta distancia de esta, Feliza mandó desviar hacia la derecha y entrar por la puerta de los carruajes.

Sabía que los suyos, y con ellos Samuel, la esperaban reunidos en una glorieta, especie de pabellón de mármol blanco, situado a la entrada de la verja; y quería llegar sin ser vista, para dejar el severo vestido de calle, y presentarse con los frescos y primorosos atavíos que usaba en su casa.

Feliza entró en el vestíbulo sin que nadie se apercibiese de su presencia. Contenta de sorprender a sus huéspedes, anunciándose a ellos con una marcha triunfal que había compuesto dedicada al estreno del puente, subía tarareándola, alegre y ligera, a sus habitaciones en el piso alto de la casa.

Marieta, que estaba aguardándola en el tocador, le salió al encuentro.

-¡Qué alegría trae la señora en la voz y en el semblante! -exclamó la joven mucama, con la dulce familiaridad que Feliza permitía a sus criadas.

-¡Ah! -repuso ella con una mirada inefable- ¡estoy tan cerca del cielo!

Pero dime, hija mía, ¿se encuentra todo listo para mañana?

-Acabo de cerrar la maleta que contiene el equipaje de la señora. En cuanto a la señorita Antonia, ella quiso arreglar el suyo.

-¿Quiénes están con ella en la glorieta del parque?

-No otros todavía, que los señores Demaría y Saenzvaliente.

-¡Samuel! -murmuró Feliza. Y en voz alta- ¡Ah! date prisa, querida mía.

Nunca tardaste tanto para vestirme. Prende este lazo, y hemos concluido.

-También llegó hace poco la señorita Casares, que dijo la era necesario hablar con la señora.

-¡Albina! De seguro es algo que me interesa. 411 ¡Si te fuera posible llamarla aparte y anunciarle mi regreso!

-Nada tan fácil. Acabo de verla sola y pensativa apoyada en la verja, mientras que en la glorieta ríen y hablan.

-Ve a decirle que estoy esperándola en mi cuarto.

Abre, después, el salón; quema los pebeteros, arregla el piano y prepara el refresco de la noche.

Feliza se quedó de pie delante del tocador, sonriendo a la imagen encantadora que le mostraba el espejo.

Marieta bajó murmurando con gozoso fervor:

-¡Está alegre y es feliz! ¡Bendito seas, Dios mío! ¡Ah! si mi culpable condescendencia con la obstinación de aquel desventurado hubiera de costar una lágrima a este ángel de bondad, moriría de dolor y remordimiento.

La señorita Casares corrió a buscar a Feliza, y ambas se abrazaron. Eran amigas desde la infancia y se amaban con ternura.

-¡Preciosa mía!

-¡Mi bella!

-¿Sabes que preparo a esos señores una sorpresa musical?

-Yo te traigo otra a ti.

412

-¿Cuál?

-Enrique Ocampo está loco.

-Hace tiempo que lo sé, a costa de mi tranquilidad. ¿Qué es, sino una insigne locura esa tenaz insistencia en seguirme por todas partes, hasta en mi lejana excursión a Juancho? Si en este momento me asomara a ese balcón, segura estoy de encontrarlo ahí al otro lado de la verja, con los ojos fijos en mí.

-Pues no vas lejos de la verdad. Hace media hora, al venir aquí, dejé el tramway para ir a ver en una casucha cerca de la quinta de Nóbrega a una pobre mujer enferma que me pidió un socorro.

Despedíame de ella, e iba a abrir la puerta de viejas duelas que cierra el seto de rosales de su huertecito, cuando un coche vino a detenerse delante, y de él bajó un hombre.

Era Enrique Ocampo.

Di un paso atrás, y me puse a observarlo por las rendijas de la puerta.

Estaba pálido, y en su aspecto había algo de sombrío y siniestro.

-Juan -dijo al cochero- no me esperes; vuelve a casa y di que voy a partir para un largo viaje. Añade que no marcharé solo, porque la señora de Álzaga habrá de acompañarme.

413

Al oírle decir este desatino, mirelo otra vez y vi en sus ojos el vago fulgor de la locura.

El coche partió, y él se alejó también con el paso largo y firme del que ha tomado una resolución decisiva.

Pero cuando hube salido del jardín, busquelo en vano por toda la extensión: había desaparecido.

-Por dicha -repuso Feliza- ha llegado ya el tiempo de que esa locura acabe. Antes de un mes habréme unido a Samuel, y realizado mi proyecto de viajar por Europa y Asia.

En ese momento, Marieta, pálida y turbada, presentose anunciando a Enrique Ocampo.

-¡Oh! -exclamó Feliza con visible impaciencia- tú, hija mía, has recibido mi orden expresa de despedirlo. ¿Lo has olvidado?

-La he cumplido; mas el señor Ocampo pretende hablar con la señora, y jura que no saldrá del salón sin haber sido recibido por ella.

-Forzoso será, en efecto, que yo reciba a ese insensato; y forzoso también hablarle con la energía que rehusé hasta hoy por conmiseración a su demencia.

La señorita Casares, profundamente inquieta, detuvo a su amiga.

-Deja que yo vaya a su encuentro, querida Feliza -la dijo-. En los ojos de ese hombre había 414 relámpagos de amenaza, que tiemblo verte desafiar. Permite que yo hable y haga entrar en razón a ese obstinado.

Y sonrió para ocultar el terror que, cual un presentimiento, surgía en su alma, al recuerdo de las extrañas palabras de Ocampo.

-Ve, querida mía -dijo Feliza- y, pues lo desea, ahórrame el disgusto de una penosa explicación.

La señorita Casares dejó a su amiga y bajó al salón donde Ocampo aguardaba.

El día iba a acabar, y las tinieblas comenzaban a invadir el cuarto.

Feliza se acercó de nuevo al espejo; pero entonces, en vez del bello rostro que poco antes la sonreía, vio, solo, dos grandes ojos rodeados de

sombra que fijaban en ella una lúgubre mirada.

Poseída de miedo, dio un grito que atrajo a Marieta desde la habitación inmediata.

En ese momento llegaba también la señorita Casares.

-Veo -dijo esta- que te es preciso expresar personalmente a ese hombre una resolución definitiva.

-Tú sabes que mil veces la ha escuchado de mis labios.

-Él pretende que no.

415

-¿En verdad? Pues ahora va a oírla por la vez postrera.

Y Feliza se dirigió a la puerta.

La señorita Casares corrió hacia ella.

-Permíteme acompañarte -la dijo, con acento de profunda inquietud.

Feliza tomó el brazo de su amiga, y ambas bajaron la escalera cuyo último peldaño se asienta en un pasillo donde se hallan las puertas laterales del salón y del comedor.

Feliza oyó en este las voces de sus huéspedes, que dejando la glorieta del parque, habían venido allí a esperarla; e hizo seña a la señorita Casares de cerrar aquella puerta.

Quería impedir que Cristian, y sobre todo Samuel, intervinieran en la cuestión que iba a debatir ella sola.

Al entrar en el salón, Feliza vio a Ocampo alzarse mudo y sombrío ante ella.

Como la señorita Casares lo notara poco antes, había en su mirada un resplandor lúgubre que la dio miedo.

Pero sobreponiéndose luego a esa impresión; y llamando a su frente la serenidad de una conciencia pura, saludó a Ocampo con su habitual cortesía, señalole una silla, y sentándose en un diván al lado de su

amiga:

416

-Sé -dijo volviendo hacia el huésped su bello rostro revestido de severa gravedad.

Sé que ha entrado usted en esta casa jurando no dejarla si antes no lograba acercarse a mí y hablarme.

Ocampo fijó en ella su sombría mirada.

-Es verdad -respondió-; y su voz, en estas dos palabras vibró extraña casi lúgubre.

-No alcanzo a adivinar -prosiguió Feliza- lo que usted quiere decirme, ni deseo saberlo; pero entrar por asalto y hacerse fuerte en ella, es por demás impertinente.

-¡Ah! ¡no adivina qué vengó a decirla, aquella que ha hollado mi corazón bajo su pie! Helo aquí, Feliza: helo aquí, breve, pero decisivo

inexorable.

Usted ha concedido su mano a Samuel Saenzvaliente. El día señalado para esa unión estaba cerca. ¿No es cierto que mañana, en esa fiesta que iba a presidir, pensaba usted anunciar su próximo enlace?

-¿Por qué he de negarlo? En efecto, así habrá de ser.

-¡No! ¡no será!

Feliza sonrió con desdén.

-Ignoro -dijo- que podrá oponerse a mi voluntad.

-¡La mía!

-¡Insensato! ¿Con qué derecho?

-¡Con el de mi amor!

Y riendo con una risa siniestra que heló de espanto a las dos jóvenes:

-¡Ah! -exclamó- ¿creías tú, tú la que ha destruido mi felicidad, darla impunemente a otro, y pasear sobre mi humillación su insolente triunfo?

¡Ah! ¡ah! ¡ah! que venga a disputarte ahora, ese rival preferido...

¡Feliza, tú eres mía! mía para siempre; porque el abrazo que va a unirnos será eterno...

Oyose un grito seguido de una detonación que atrajo a Cristian y a sus compañeros, hacia la puerta que abría sobre el vestíbulo.

Aquella puerta estaba cerrada.

Cuando el joven Demaría, arrojándose contra ella la derribó y penetró en el salón, vio a Feliza tendida en tierra, bañada de sangre; a la señorita Casares desmayada, y a Ocampo de pie al lado de su víctima, en el momento que volviendo contra sí mismo el arma homicida, se enviaba la segunda bala de su revólver.

Cristian desesperado, casi loco, a impulsos de dolorosa rabia, asió del matador, buscando en él un resto de vida para vengar a Feliza; pero solo

418 encontró un cadáver, que soltara, arrojando sobre él maldiciones. Saenzvaliente, entretanto levantaba en sus brazos a Feliza moribunda; y

ayudado de Cristian poníala en la cama donde la rodearon los suyos.

-¡Samuel! -murmuró la joven con voz exánime- no te apartes de mí. ¡Los momentos que me restan son breves! Deja que mirándote se cierren mis ojos... Dame tu mano. ¡Así, así quiero entrar en la eternidad!...

Y buscaba aquella mano con la suya helada ya y casi yerta.

Pero Samuel no estaba allí alejándolo esa preocupación impía que aparta del moribundo a los seres de su amor.

Los médicos, que llegaron en ese momento; encontraron a Feliza en la última extremidad, y declararon inútil la extracción del proyectil que, atravesando la espalda, había penetrado en su pecho.

Feliza abrió los ojos una vez todavía; y mirando en torno con angustia:

-¡Samuel! -exclamó- ¿dónde estás? no te veo, por qué te oculta a mis ojos esta nube negra que se extiende... se extiende y me envuelve en su sombra... ¡Samuel! ¡Samuel!...

Una ola de sangre le cortó la voz.

Pocos instantes después la bella Feliza moría pronunciando con el último aliento el nombre de Samuel.

Aquella noche, cuando los médicos dieron el lúgubre fallo, Marieta, pálida y silenciosa, vino a prosternarse a los pies de la moribunda, besolos con doloroso fervor, y levantándose, salió cuarto y de la quinta.

Horas después, las aguas del Plata arrojaban su cadáver en la ribera.

Al siguiente día Enrique y Feliza, el matador y la víctima dormían juntos el sueño eterno bajo la misma tierra, ese lecho nupcial que el desventurado Ocampo diera a su fatal amor.

Así bajó a la tumba tan inocente y digna creatura. El oro, la belleza, los halagos del mundo que tributaba culto a su piedad y homenajes a su hermosura, fueron débil valla opuesta a los designios de la Providencia.

Bella, rica y amada, necesitaba caer pura, envuelta en los cendales luminosos de su castidad coronando su vida por el martirio, para decir después de su muerte: ¡fue también santa!

La morada de Feliza, antes tan alegre y visitada, quedó desierta y silenciosa. Los huéspedes que la frecuentaban, y pasaran en ella tan dulces horas, abandonáronla huyendo de los recuerdos que despertaba.

La yerba crece en los senderos de su parque, donde no se escucha otro rumor sino el arrullo de las tórtolas y el gemido del viento entre el ramaje de los cipreses.

¡Ay de los muertos! Los vivos alejan con temerosa repugnancia cuanto de ellos queda; y cuando han echado sobre su cuerpo la tierra del sepulcro, apresúranse a echar sobre su memoria la tierra del olvido.

Fin de Feliza

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

